País de papel

CREACIÓN Y VISIONES DE LA LITERATURA

NÚMERO 6 • 2022

PORTAFOLIO

LUBIO CARDOZO

CÍRCULOS DE ARENA

JUAN FÉLIX SÁNCHEZ
CARILDA OLIVER LABRA

- CRÓNICAS
- POESÍA
- NARRATIVA
- EPÍSTOLAS
- ENSAYOS
- LITERATURA INFANTIL
- LITERATURA JUVENIL
- RESEÑAS DE LIBROS

aem
Asociación de Escritores de Mérida
VENEZUELA

País de papel

NÚMERO 6 • 2022

EDITADA POR LA

aem

Asociación de Escritores de Mérida
VENEZUELA

www.escritoresmerida.com.ve / info_escritoresmerida@yahoo.es
Hecho el Depósito de Ley, Depósito Legal pp201202ME4012

DIRECTOR Arturo Mora-Morales

CONSEJO DE REDACCIÓN María Luisa Lázzaro y Marlene Morales Sueke

ASISTENTE DE REDACCIÓN Henri José García Durán

JUNTA DIRECTIVA DE LA ASOCIACIÓN DE ESCRITORES DE MÉRIDA, VENEZUELA (2018-2023)

Presidente Arturo Mora-Morales

Vicepresidente Freddy José Siso

Secretaria Marlene Morales Sueke

Tesorera María Luisa Lázzaro

Vocales Elena Molina, Martha Estrada y Mireya Kríspin

COLABORADORES

Rosalina García
Ricardo Gil Otaiza
María Luisa Lázzaro
Eliéser Ojeda
Arturo Mora-Morales
Alberto Jiménez Ure
Rosa María Arroyo Sancho
Mercedes Ruiz Tirado
Fernando Torre Chalbaud
Marlene Morales Sueke
Carmen Amaralis Vega Olivencia
Antonio Eduardo Dagnino
Inés Muñoz Aguirre
Alba Pocaterra
María Juliana Villafañe
Henri José García Durán
Héctor López
Juan Pintó Saloni
Zoilo Abel Rodríguez
Carlos Alberto Aguilar Venegas
Marysol Carrero Necker
Haydee Espinoza
Dariela Fernández G.
Salvador Tenreiro Díaz
Carmencita Molina
Ricardo Vargas García
Frank José Gavidia Salas
Franklin Pérez Guillén
Carla Leal
Dinapiera Di Donato
Freddy Antonio Torres González
Esmeralda González
María Eloina Contreras.
Héctor Cordero
Navil José Naime Yajir
Ramiro Ignacio Castro
Eduardo Dalter
Simón José Pacheco
Felipe Itriago Coiman
Carmelo Mata
Abraham Abraham Greige
Niria Suárez Arroyo
Iliana Gómez
Nelly Josefina Hernández Rangel
Sylvia Puentes de Oyenard
Magda Uzcátegui. Elena Molina
Arinda Engelke
María Isabel Novillo
Néstor Abad Sánchez
Enza Lázzaro
Rafael J. Saavedra V.
Arnaldo Andrés Véliz Paraguaima
Samantha Isabella Smith Arends
Sofía Marmolejo Plocikiewicz
Andrés J. Rojas S.
Alberto Hernández

Diseño editorial y concepto gráfico Reinaldo Sánchez Guillén

Los puntos de vista o los enfoques expresados en esta revista son propios de los autores y, en consecuencia, ni el editor, ni el director se hacen responsables de ellos.

CREACIÓN Y VISIONES DE LA *Literatura*

Sumario

NÚMERO 6 • 2022

EDITORIAL

7 | Letras que le debíamos a este espacio // *Arturo Mora Morales*

PORTAFOLIO — *dossier*

22 | Lubio Cardozo

24 | Las voces de la contemplación: una certera invitación de Lubio Cardozo a pensar en la poesía // *Arturo Mora Morales*

27 | El exilio, el juego y la palabra en la poesía de Lubio Cardozo // *Rosalina García*

31 | Poeterías. Lubio Cardozo // *Gonzalo Fragui*

35 | Lubio Cardozo, notable entre poetas // *Alberto Jiménez Ure*

37 | Poemas de Lubio Cardozo

42 | Terpsis de Lubio Cardozo

CÍRCULOS DE ARENA — *el autor y su obra*

51 | Juan Félix Sánchez

53 | De los Apeninos a los Andes, como una película de Sergio Leone // *Umberto Eco*

55 | Chistes criollos verídicos // *Juan Félix Sánchez*

59 | Carilda Oliver Labra. El primer centenario

CRONICARIO — *crónicas sin fronteras*

68 | Dime que no te has ido del todo // *Rosa M. Arroyo Sancho*

70 | Por aquí pasó el Conde Cagliostro (Ruiz-Guevara, con guioncito) // *Mercedes Ruiz Tirado*

74 | Cómo es la dolarización venezolana // *Fernando Torre Chalbaud*

76 | Ausencias amables de la ciudad encantada... // *Marlene Morales Sueke*

82 | Elegía para José Manuel Briceño Guerrero // *Antonio Eduardo Dagnino*

89 | Ecosocialismo en el parque // *Inés Muñoz Aguirre*

92 | De lápiz al garabato, del garabato al dibujo al Museo José Lorenzo Alvarado // *Alba Pocaterra*

UNIVERSOS — *poesía*

95 | María Juliana Villafañe
98 | Henri José García Durán
100 | Eliéser Ojeda
104 | Héctor López
106 | Juan Pintó Saloni
108 | Zoilo Abel Rodríguez
111 | Carlos Alberto Aguilar Venegas
112 | Marysol Carrero Necker
113 | Haydee Espinoza
114 | Dinapiera Di Donato
119 | Freddy Antonio Torres González
125 | Esmeralda González
127 | María Eloína Contreras
128 | Héctor Cordero
130 | Navil José Naime Yajie
131 | Ramiro Ignacio Castro
133 | Eduardo Dalter
137 | Simón José Pachecho
140 | Felipe Itriago Coiman
143 | Carmelo Mata
145 | Abraham Abraham Greige
149 | María del Rosario Chacón Ortega
151 | Olivia Villoria
154 | Freddy Jabano
155 | Libertad González
157 | Frank Gavidia
160 | Isidro Aroca Pellico

MOLINO DE PAPEL — *narrativa*

162 | Arturo Mora Morales
173 | María Luisa Lázzaro
175 | Eliéser Ojeda
177 | Carmen Amaralis Vega Olivencia
181 | Haydee Espinoza
183 | Zoilo Abel Rodríguez
186 | Navil José Naime Yajie
189 | Niria Suárez Arroyo
191 | Carla Leal
192 | Iliana Gómez
196 | Nelly Josefina Hernández Rangel
200 | María del Rosario Chacón Ortega
202 | Manuel Cubero Urbano
205 | Dinapiera Di Donato

EPISTOLARIO — *cartas de autores*

212 | A Marial // *Marlene Morales Sueke*
215 | La carta que debía // *Sylvia Puentes de Oyenard*
217 | A las uñas laceradas // *María Luisa Lazzaro*
218 | A mi futuro esposo // *Magda Uscátegui*
220 | Con tu recuerdo vivo // *Marysol Carrero Necker*
221 | Tú en mí... // *Dariela Fernández G.*
223 | A mi casa // *Elena Molina*
224 | Nefasto virus // *Elena Molina*

ENSAYOS

226 | Enseñar el gusto por la lectura a los niños es un acto de amor // *Arinda Engelke*

229 | La zona de broca y la palabra inteligente // *María Isabel Novillo*

232 | La llama incesante y el sustento espiritual // *María Isabel Novillo*

234 | Carmén Delia Bencomo: guardiana de sueños. Una vida y obra dedicada en hacer felices a los niños // *Néstor Abad Sánchez*

240 | Carmen Delia Bencomo vista por ella. Y en la mirada de otros con motivo de sus 98 años // *Néstor Abad Sánchez*

244 | El libro de Gil Otaiza sobre Febres Cordero // *Alberto Jiménez Ure*

247 | De per-ver-sos a la obra íntegra jiménezureana // *Eliéser Ojeda*

250 | La heurística en Borges como método de creación literaria // *Eliéser Ojeda*

252 | Mientras regaba las plantas // *Enza Lázzaro*

254 | ¿Cómo analizar el discurso musical? Su forma y su fondo // *Rafael J. Saavedra V.*

259 | Semblanza retrospectiva // *Fernando Torre Chalbaud*

262 | Evolución mental y cultural // *Zoilo Abel Rodríguez*

264 | El instinto poético del mito y el ritual teatral // *Freddy Antonio Torres González*

266 | Envejecimiento saludable // *Carlos Guillermo Cárdenas D.*

LITERATURA INFANTIL y JUVENIL

269 | María Luisa Lázzaro

277 | Franklin Pérez Guillén

280 | Arnaldo Andrés Véliz Paraguaima

281 | Samantha Isabella Smith Arends y su abuelita Marlene Morales Sueke

283 | Sofía Marmolejo Plocikiewicz

285 | Alba Pocaterra

287 | Marlene Morales Sueke

QUICIO DE LOS LIBROS — *reseñas*

292 | Para adentrarnos en los poemas de Felipe Itriago Coiman // *Andrés J. Rojas S.*

293 | "Tributo en sangre" y el presente y sus tiempos // *Alberto Hernández*

294 | Poemas entre el dolor y el amor adherido al país // *Fiorella Paraguaima Sanz*

Editorial

Letras que le debíamos a este espacio

por
ARTURO MORA MORALES
arturomoramorales@gmail.com

I. LAS PALABRAS

1

Las palabras se detienen muy cerca de las manos. Y con ellas pretendemos plasmar las glaciales impresiones de un saber intuitivo que multiplica en resonancias a la llovizna, al desamparo de la calle oculta entre la niebla, a las fuerzas de la soledad alojadas en los patios y en las alcobas de la casa.

Las palabras discretas, sencillas, las más amables y eufónicas gravitan por doquier; vienen desde los días de la niñez, de los labios de la madre, de sus relatos que en los sueños tomaron un sentido autónomo.

Las palabras son como esas aves negras que cruzan las tardes, los cielos de tintes lavanda y nuestro horizonte de visión. Respiran en los títulos de los libros, en los versos, en los anuncios, en los blancos muros de la ciudad. Nos abordan desde las marquesinas, doseles y camisas de las adolescentes. Las vemos temblar en la llama de la vela, con sus mensajes e historias de siglos...

De una comarca a la otra, el sentido de las palabras se altera. Dejamos la sustancia, los aromas o los colores locales y despertamos como colibríes que cosechan néctares de cayena en los distintos atajos del continente.

Muchísimas veces, por las noches, sin el texto, nos hemos visto solos, huérfanos o viudos. Aislados del mundo.

Las palabras, no siempre libres ni disolutas, están a la distancia de un paso. Nos instalamos con las justas bajo la pérgola. Muchas retrecheras pasan, hacen un rodeo, nos evitan; huyen como pequeñas perdices, como exóticas monarcas que cumplen su rito migratorio. Hemos querido rete-

nerlas, como se contiene el importante detalle de una fotografía que no nos pertenece. Pero no es posible; son libres, no nuestras. Nuestro sería el fallo de las malas elecciones. Están exentas de inculpación o pecado. Y no son responsables de nuestros fracasos.

2

¿Despertar es un comienzo? Igual que cada nueva página prefigura un poema desconocido, y cada tentativa de escritura puede ser un acto de justicia, las palabras pueden escapar al amanecer por las ventanas o las puertas abiertas, como suele huir de ellas el rubor cuando se vuelven cínicas o insolentes, o como cuando el mundo queda a oscuras y el párrafo se esfuma en mitad del trayecto.

3

Las esquivas, las hurañas palabras, las destinadas a extraordinarias entradas o a finales sorprendentes se van, y dejan un doloroso desorden en estos folios sin tender, una soledad de baúl vacío y de diccionarios sin accesos; se van con sus sonidos a otras tierras con temperamentos de mayores alturas, a enaltecer los colores del herbaje, los caminos del aire, otras costas, las aguas fijas del estanque, o los trazos en el cuaderno de trabajo de otro autor. Por doquiera quedan sus rastros inefables. No se marchan sin dejar un eco, un aroma y sin causar desvelos.

Así, las raizales y las que no terminan de llegar, las que esperamos, las que nos acompañarán un rato y levantarán vuelo, podrán irse, dejando el quebrado sonido de la lluvia, de la corriente del río entre las rocas o del migrar de las mariposas. A las que atrapemos, con el viejo refranero diremos: "¡A las que oro hilan, hilen, que yo devano!". Con Dios nos ocupamos de lo nuestro.

II. ASTUTAS IMÁGENES, IRREMPLAZABLES PALABRAS

1

Las palabras y las figuras retóricas, atraídas por el tema, merodean las demarcaciones de la mesa. Se elevan los tropos, descienden, planean, remontan alturas insospechadas, saltan desde sus nubes al papel. Las percibimos vibrantes, ávidas, solícitas. Algunas expresiones llegan reclamando un puesto de prelación. Comparecen con el farol de su relevancia, ostentando altaneras congruencias, o se suman con atavíos austeros; pero su sola adyacencia ocasiona discordias en la asamblea de letras, conmociona, escandaliza.

2

Adviertes que la simplicidad y la afectación se unen en virtud de fuerza y agravios; que el estiramiento reclama una atmósfera solemne, valoraciones ilustres, destacada significación; que la sencillez se resiente cuando la astuta vanidad o la desafiante pedantería de un vocablo —sin recato— marca territorio. Tal desorden y ruido provoca hiperacusia. Quisieras en estado de incondicional moderación plasmar las ideas sin la disonancia de la oportunista o espontánea y la despides en el acto. No falta la que resista la expulsión, simule irse, dé un rodeo y vuelva. La espantas como a la mosca, pero regresa solapada, caracterizando una nueva ocupación en el contexto, retrajeada en un pronombre o en un verbo enclítico.

3

Puede ser, también, ese morfema que, sostenido por la moda y el ordinario manoseo de la academia, la zafia radio, o la plática con los pares, se adhiere cual monema al pañuelo o como lexema a la pajarita, o viene alígero detrás de tu cabeza engominada. Lo ahuyentas. Se eleva, circunvuela, se evapora. Se va, posiblemente, a su paraíso de dicción, al basurero de donde partió, a su tierra de reveses.

4

Esa necesidad de fijar la sencillez, la llanura en un mismo corpus; plantar ideas simples, con efectos esperados, directas, asequibles al lector; esa responsabilidad de depurar el discurso, de echar la prosopopeya en el fondo de la espuerta no será ajena, jamás, a la contienda. Revocaciones, provocaciones, combate de sombras entre el cinismo y el comedimiento, choque de egos en absoluta pureza, disensiones entre adjetivos y sustantivos; aquellos decididos a erigirse como epítetos; estos satisfechos en su autarquía. Dichos combates son causa de muchos desastres. De planes inacabados. Desperdicio de horas o días. Los vocablos, con sus imágenes, suelen llevar su propio aire, irse por allí, tomar como las nubes formas pasajeras e irrepetibles y regresar con la parte del todo en la sinécdoque, con representaciones alegóricas, con aliteraciones consonánticas, a veces rítmicas, otras cargantes; o con los reiterados énfasis de apertura de las anáforas, o con el lúdico juego del orden establecido por el hipérbaton, el ácido de la ironía, la imposible naturalidad de la paradoja, la ilogicidad del oxímoron, la voz de la onomatopeya, la infusión de sensaciones y percepciones sensibles de la sinestesia, los reflujos del pleonasmo, los excesos de la perífrasis, las caracterizaciones éticas de la etopeya, o las físicas de la prosopografía, las insistencias del polisíndeton, las supresiones de las elipsis, los desencuentros de la antítesis, los desvínculos del asíndeton, las

solicitudes del apóstrofo, las piruetas de los retruécanos, la consumada importancia de las gradaciones, el orden eufónico, repetitivo del quiasmo. También, las ideas pueden irse, dejarnos desvalidos, sin propósito.

5

El despropósito puede ser hijo de la sombra amancebada con un desventurado tiempo, ahijado del hastío, producto de un accidente creador. Si no viene la idea precisa en auxilio de lo cabal, de la integridad del trabajo, si no llega el ritmo que licencia la alegría, o el swing que da viveza y flexibilidad a esas horas, obrará el olvido, el desenfoque y descubrirás qué provechos obtienes del fracaso. El descrédito del esfuerzo llegará como flecha de desilusión directo a tu corazón, que es árbitro de su propio juego. La mesa es un campo donde se cosechan derrotas dialécticas. Las palabras eficaces, a veces no llegan, andan por otro lado, cautivas en no sé qué jaula de la lengua. O sufren ictus y sus ausencias matan el plan general si no te sostienes en pie, si no vas a por ellas. Las ideas sin acabar y las palabras estancadas, al término de la jornada, comienzan a corromperse. El fracaso alcanza sus cumbres. Las frustraciones atraen vientos delatores.

6

Si tus propósitos no han quedado abatidos, si aceptas que toda derrota tiende su puente escape búscalo, crúzalo. Sepárate del juicio interpuesto, de lo que se resiste, al menos durante un instante o una jornada. Relájate. La tensión concita prematuras deserciones. Luego no es tarde. Luego es, incluso, pronto. La palabra cabal, el asunto exacto volverá a tomar su lugar, a posicionarse como objeto de esfuerzo. Sentirías en los brazos, en el cuello, el repeluzno. Entonces, ve rápido, completa tu trabajo. Ya tendrás tiempo para observar, fríamente, con otra mirada lo hecho. Tiempo para darle el guantazo al insoportable término, al moscardón que ambiguo o estridente, astutamente, se metió donde ni el diablo cabe. Tienes la tecla para tachar o el lápiz para rayar. No habrá acto más armónico con la ecología del planeta ni más honroso con la memoria del esfuerzo ni más obsequioso con la estética de tu faena, que ese trazo de grafito, ese cortafuegos, esa testadura puesta sobre el negro de la letra. ¡Qué, si le pones una raya más al tigre?

III. ESTO DE ESCRIBIR SIEMPRE O A VECES

Definitivamente sí. Ser o no ser no es cuestión de decisión. La decisión existe como una alteridad de la indecisión. No se escribe porque se quiere. Querer es poder poquísimas veces. Convengamos que esto es posible,

pero las letras forzadas suelen quedar manoseadas, maltrechas luego de los raptos veleidosos. Suponemos que un escritor tiene tentaciones, abrevaderos y desvíos existenciales que pueden llevarlo a dejar por momentos sus claustros y gabinetes, a diferir su anodino oficio, ya que la vida, allá afuera, suele ser más plausible y agradable. Y es que sabemos de qué va esto de alcanzar una epifanía a veces y ser escritor siempre. Aceptemos algo: las letras, aunque se avengan muy bien a las decisiones de un hombre y resulten gratas en muchos sentidos, no pueden sustituir a la vida ni lo que esta ofrece. Las letras no compensan lo que alguien pierde oficiándolas. Las horas invertidas en los bares, o los días dedicados al culto del tálamo, a la hedonía liberada por el ron, son mucho más gratificantes que los días de ahogo y tensión ante la resistencia de los párrafos. Entre un acto y otro se empinan dos opciones: hedonismo o escritura. *To be or not to be*: el escritor, por antonomasia es una voluntad.

IV. SOBRE ESTE TIEMPO

Para negar la magnitud física del tiempo no pocos afirman que solo existe el presente. «El tiempo —según Antifonte de Atenas, Einstein, Piaget, Mach, Boris Podolsky, y en nuestros días Barbour, Robert Lanza, Lachieze-Rey y otros más— es una ilusión».

«Una ilusión», reitera con un tono de fondo el hombre viejo que reflexiona con nostalgia sobre un detalle pasado e irrepetible, tal vez feliz, mientras agita la mano, contrariado, para expulsar el recuerdo —o echar de sí la fantasía—, como se ahuyenta un insecto.

Sin embargo, estos hombres, los héroes del pensamiento, de las ciencias y los hombres ordinarios, vivieron o viven (los que aún viven) obsesionados con la idea del paso de la edad, de los efectos de ésta en sus vidas, en su estado físico, en su salud.

Año tras año —los que todavía miran calendarios o solo ven las fechas en sus celulares— con menor emoción, contaron o cuentan sus aniversarios; observaron o registran con puntualidad cronométrica sus circunstancias recapitulando lo que es evocación y lejura, vigilando el presente o avizorando el futuro; algunos, portando con orgullo el registro de las horas en relojes analógicos o digitales atesoran en cuentas de ahorro las resultas de los certificados de depósitos a plazos fijos, vigilan la integridad del valor de los días hasta en sus fracciones milesimales, el ritmo de sus ingresos, ahorros, gastos, escaladas y desescaladas financieras y el ajuste a la cuenta de las jornadas.

«El tiempo es oro», se recriminan no pocos, mientras ven con horror sus minutos, horas o vidas perdidas. Al cierre del ciclo existencial, en sus lechos de muerte, hicieron o harán las paces con el común concepto del personal espacio-tiempo, al que pedirían o rogarían dilación. Evidentemente el tránsito de una existencia no sujeta a acciones periódicas finaliza donde comienzan las transiciones, las temerosas cavilaciones y la dolorosa fugacidad que el refutado, el objetado tiempo sostiene en alto, con puño implacable.

V. CUANDO LOS ÁRBOLES CAEN

(Una metáfora para los tiempos de pandemia que sale a matar desde los laboratorios)

1

El leñador, es cosa justa decirlo, debe estar en la lista de las peores pesadillas del árbol. Alguien, —¿por qué no?—, debió escribirlo antes.

El leñador tiene corazón de verdugo, viene a la vida para destruir la sombra, quebrantar la felicidad de otros; incluso, si se da el caso, fragmentar la dicha de los seres de su propio linaje; y para su obra recibe del Fatum limas bastardas y una o más hachas. Del árbol caído el leñador hace leña.

2

Los seres de este bosque, ya lo sabemos, formamos una misma comunidad con otros seres diversos. En este mundo se residencian en armonía la luz y la sombra. Aquí está el pasmo de la humildad de los pequeños habitantes del aire o de los que dejan su rastro, con aturdimiento, en los caminos de la fronda; por ahí la sorpresa de lo discreto está oculta entre la mímesis y la hojarasca; por todos lados está la maravilla de la magia natural temiendo a lo ignorado; en el aire el encanto de la libertad con el desafío de la depredación. También sabemos que cada uno de los miembros del oquedal, ávidos de perpetuación y fecundos de vitalidad y savia, tiene por tótem a un venerable árbol establecido en el centro de su espacio habitable. Cuando este árbol cae llora el bosque y, otro de su misma especie, el más antiguo sobreviviente —elevado sin conocimiento a su nuevo papel—, lo reemplaza. Pero cuando su caída es brutal, cuando ese árbol, por el hacha, es separado del cielo que le da luz, arrancado de la tierra a la que se conecta, el bosque entero llora por otra razón: sabe que un arma de total aniquilación, un tipo de muerte ha llegado a todos, y no hará distingos: la atroz muerte a tajos con la que se regodea el leñador.

Unos cuantos árboles de este bosque cayeron en las pasadas jornadas. Cuando la verdad se desclasifique quedarán al descubierto la identidad del verdugo y sus razones. Creemos que nadie salió indemne de la tala. Todos perdimos, en nuestra familia, a un árbol idolatrado.

Siempre recordaremos el tiempo cuando cayó, sin reacciones ni inculpados, impunemente, el sagrado respeto de la vida.

VI. SOBRE ESTA EDICIÓN

Este escrito rememora el décimo aniversario de la revista País de Papel, cuyo primer número fue editado en octubre de 2012.

En aquella primera edición teníamos muy claro el objetivo de que esta revista fuese mucho más que un producto bandera de la Asociación de Escritores de Mérida. Fijamos la propuesta de unir a las letras de este tiempo las voces de los maestros universales, de nuestro idioma y de otras lenguas, hoy ausentes. Nuestras ilusiones y deseos quedaron plasmados en el Editorial de esa publicación.

Es momento de situarnos en el mirador.

Muchos días han transcurrido desde entonces y hoy creemos que ni las dificultades naturales —las que golpean el ánimo de la gente, las que enfilan amenazas contra la salud y la vida—, ni la crisis de larga data que enfrenta el país han desviado nuestros objetivos: seguimos acompañando, abrigando los esfuerzos de muchos creadores de la literatura. Ensayistas, narradores y poetas de Venezuela y del resto de América, autores que habitan en la geografía de la dilatada separación oceánica, tienen aquí un espacio de comunicación y de exposición para su trabajo. Lo más importante; lectoras y lectores de 3 continentes (las dos Américas y Europa), pueden seguir contando con la presencia de estas voces del arte y de la libre creación. No habrá obstáculos geográficos, pandemias ni amenazas climáticas que desvíen el curso de este río de la cultura que tiene a Venezuela y a estas elevadas tierras de su geografía por venero. Las obras, por extensión y calidad, ajustadas al tamaño razonable de nuestro espacio, de autores nacionales o extranjeros fallecidos; las mujeres y hombres, poetas, narradores o ensayistas que hoy se empeñan en encontrar un sitio para el diálogo con sus lectores tienen espacio en esta publicación.

Sigue vigente nuestro objetivo de que estas páginas sean portadoras de las distintas expresiones de la cultura hispanohablante. La integración es una tarea que puede cumplirse si se produce un despertar de la conciencia de unidad en los pueblos. Sin democracia raizal en la comunicación tal objetivo es imposible. Y uno de los puntos de ensamble de menor com-

plejidad, por donde pueden establecerse los vínculos entre las personas, es el de la comprensión surgida de los encuentros del arte, del pensamiento dialogado, de las ideas susceptibles de compartir. La intercomunicación es objetivo de esta revista. Está en el centro de nuestros anhelos más destacados. ¿Cómo haríamos posible esto? Por ahora probaremos con lo disponible. Lo que parece fungible y está a la mano. Es necesario vincular esta publicación a las redes sociales que ahora ejercen una función masiva de entretenimiento, educación, información y orientación. Necesitamos que esta publicación promueva la interacción con los lectores, queremos que las mujeres, hombres y jóvenes que la reciben puedan enviarnos sus cartas, que los escritores, poetas y creadores de otras corrientes de las artes nos hagan llegar sus colaboraciones y que no se nieguen a hacernos partícipes de sus opiniones; sobre este esfuerzo y sobre los demás esfuerzos que alientan el ánimo de otros; anhelamos que esta publicación se difunda, se comparta.

VII. LOS POETAS MUEREN COMO LOS ÁRBOLES, ABATIDOS CUANDO SE ENCUENTRAN DE PIE, O DERRIBADOS POR ALGÚN DESTELLO QUE LLEGA A SU CORAZÓN

No es posible hablar de la vida sin recordar que en algún lugar momento del trayecto acecha la muerte. La muerte no deja de observarnos y de escuchar nuestros pensamientos. Cuando le sonreímos nos ve con severidad, cuando nos asustamos, temiéndole, activa sus artes lúdicas. Ella, inevitable, fiel compañera, desdice, desmiente todo: imaginación, decisiones, propiedades y sueños de libertad. Está a nuestro lado en las buenas y en las malas, en la salud o en la enfermedad, en el fracaso o en la cumbre del éxito, cuando estés acompañado o solitario.

Vivir y morir, dicen, son engranajes en un ciclo infinito. Esto se confirma en el continuo nacer y renacer, en el material que tras la extinción renueva la vida. Una y otra cosa encajan en perfecta reciprocidad. Morimos y los nacimientos no se demoran. Y aunque nacer sea un fijo inicio y morir un inalterable destino, de muchas maneras está estructurado, acaso de manera puntual y sistemática, que se cierra el ciclo de la vida con algunas formas de morir. Moriremos, y del mismo modo que con la experiencia de los sabores apreciados durante los distintos ensayos de vida, todas las formas de la muerte deben ser probadas.

Cuando piensas en la muerte es porque ella piensa en ti. Cuando te mueves siguiéndola te acompasa. Cuando vas a su ritmo te requiere como digna comparsa.

«El tiempo es oro» recriminan no pocos mientras ven con horror sus minutos y horas perdidas. Al cierre del ciclo existencial, en sus lechos agónicos, hicieron o harán las paces con el concepto del personal espacio–tiempo al que piden o rogarán dilación. Evidentemente la visión de una existencia no sujeta a acciones periódicas finaliza donde comienzan las transiciones, las temerosas cavilaciones y la dolorosa fugacidad de una vida que el refutado, el objetado tiempo, sostiene en alto y finalmente impacta con puño implacable.

La pandemia, esa pesadilla que duró horrores vino e hizo el trabajo que la leñadora ordenó. ¡Cuánto no hubiésemos dado por cambiar la visión pesimista de aquellos días, su panorámica de infiernos y sus acordes de ojalá! Soñábamos con la magia de los conjuros, con las palabras que podrían acarrear los vocablos, los verbos irrefutables, capaces de alterar aquella realidad; pero los sueños daban paso a la realidad de los días en que no dormíamos sin recibir las malas noticias, los partes del cruento botín.

Cuando el mal se instaló entre nosotros, aquel 12 de marzo de 2020, ni las aguas ni el sol de los días lavaban la incertidumbre. Comenzamos a entender el mundo tras la sordina y los miedos que nos confinaron. Comenzaron a caer a cuentagotas paisanos y buenos amigos. Nos hicimos meticulosos ciudadanos, escapistas del error, oficiantes de la meticulosidad. Uno evitaba despertar a la que jamás duerme. Uno temía estar en el gotero.

Creo haber dicho antes, que de esta masiva incursión de la plaga enemiga nadie salió a salvo. La razia vino, nos sometió al encierro, nos redujo dentro de interminables etapas de miedo, destruyó economías familiares, saqueó la felicidad de familias, arrancó de la sociedad a sus seres más prudentes, juiciosos y reflexivos. La muerte no perdonó a los más sensatos ni ponderados. Hizo su trabajo a destajo, selectivamente. Eludió a muchos que la desafiaron, tomó a quienes respetuosamente la esquivaron.

1. LUBIO CARDOZO

Con algunos amigos y asociados de esta institución hizo lo suyo. Una tarde de aquellos meses de encierro llamé a Lubio Cardozo. Estoy convencido de que fue a comienzos de julio de 2021. Este amigo, amante de la vida, apasionado con la lectura y el trabajo de escribir cada día, siempre tuvo tiempo para hablar con el suscrito. Era cómodo compartir en su apartamento una taza de buen café, las lecturas recíprocas y las reflexiones sobre los asuntos más puntuales.

Lubio eligió por compromiso con su trabajo creador el confinamiento. Desde 1996 se retiró de la vida corriente, de los auditorios, de las zonas concurridas. Solo quería estar en su *Torre de Segismundo*, ocupado en el

ejercicio de la poesía, en el deleite de la lectura, en el repaso de sus más queridos autores, en el estudio de los clásicos, en las reafirmaciones del griego, en las seducciones de la lengua alemana. Aquella vez, a mediados del mes aludido, hablamos de muchas cosas; en particular, de la *peste del Covid,* de los amigos que habían partido víctimas de la infección. «Tenemos que cuidarnos —me alertó—, pero no podemos privarnos del derecho a la alegría ni a encontrarnos con los seres amados» «¿Y los ultimátum de esta pandemia? ¿Qué hacemos con esta maldita amenaza que a nadie respeta?», le pregunté. Entonces me miró amable, divertido y me dijo: «No hay jornada ni prestigio que la muerte respete».

Esas fueron las últimas palabras que le oí. Poco tiempo después, a mediados de octubre Gonzalo Fragui me dio la mala noticia. «Lubio contrajo Covid y está en casa de Ibrahín. Creo que la enfermedad comienza a remitir».

Ibrahín, su hijo, es un magnífico cardiólogo, y también el hombre apropiado para cuidarlo y para asegurar su recuperación. ¿Quién mejor que él para prestar las atenciones clínicas debidas?

«La etapa más difícil del mal estaba próxima a superarse. «Podríamos ir a visitarlo en los próximos días», agregó Fragui, sugiriendo una visita sujeta a confirmación. Teníamos el interés de leer algunos poemas suyos y que él, personalmente, los escuchara. Sus hijos, Ibrahín Lubio y Alejandro Cardozo, nos lo informarían en el momento oportuno.

Días más tarde, el 2 o 3 de noviembre, Gonzalo convocó a sus amigos para que grabásemos, con nuestras voces, una lectura de un poema de Lubio; «Para ayudarlo en su recuperación». No descifraba bien este metamensaje. La idea de visitarlo hizo agua. Era perturbadora la imagen de una vida futura sin la presencia de este padre, hermano y amigo.

Remitiríamos aquella lectura a los Cardozo y estos se la harían audible al poeta. Recuerdo haber elegido entre otros, Detener el día, El Balcón y la Cabellera de Berenice. Así lo hicimos. Supe que el poeta se emocionó muchísimo con aquel recital.

El silencio tenía la consistencia de una pared. No teníamos información sobre la salud del poeta.

El 17 de noviembre, Alejandro me envió un recado: «Buenas noches, Arturo. Se están haciendo los mayores esfuerzos dentro de las posibilidades, pero el estado de mi papá es pendular. Más días malos que buenos. Mi hermano hace su trabajo, cuenta con un buen equipo en la clínica. La edad no ayuda y su estado anímico menos».

El 21 de noviembre, Gonzalo me escribió: «Buenas tardes poeta. El poeta Lubio parece que está mejorando, ha pedido que le lleven los nietos, que lo visiten los amigos. ¿Usted no tendrá la posibilidad de un carro para

que vayamos un día a visitarlo a El Vigía?». «Sí, poeta. Acuerda el día con los hijos de Lubio y bajaremos».

A la 13:19 del 22 de noviembre de ese 2021 volvió a escribir Gonzalo. La comunicación estaba dirigida a todos sus contactos: «Lamento informar que acaba de morir el poeta Lubio Cardozo. Un paro cardíaco». Se fue puntualmente a la 13. ¡En mala hora! En el momento en que caía un aguacero.

Lubio se fue a los 83 años, 5 meses y 27 días. Vivió 30.496 días.

Venezuela quedó endeudada con este poeta, el más reputado bibliógrafo e investigador de la literatura de entre siglos, específicamente del XIX, XX y XXI.

Lubio sistematizó junto con Pepe Febres Cordero, a finales de los sesenta, el primer estudio sobre los escritores merideños. Más tarde, en 1974, con el poeta Juan Pintó, también ausente y a quien también recordamos al final de esta nota, coordinó la construcción del primer diccionario de la literatura venezolana, un trabajo de gran importancia para el conocimiento y estudio, general y especializado, de los autores nacionales y de sus obras.

El poeta Lubio Cardozo ocupa, en nuestra opinión, un lugar cimero en lo más alto de la literatura nacional y latinoamericana. En su haber están los estudios y divulgación de la literatura indígena venezolana, más de 30 títulos de estudios literarios sobre Historia, Teoría y Crítica y más de una docena títulos de poesía.

Lubio Cardozo fue ejemplo de entrega y consagración al estudio de los clásicos, del griego y del latín, de la poesía y la gramática de Bello, de la filosofía y de torreones de ésta, para nombrar apenas a Heidegger y a Kant. ¿Hubo algo a lo que fuera ajeno? Fue cenobita en el ejercicio de la escritura. Tiene una obra que es ejemplar en el panorama de las letras nacionales y continentales. Fue un tejedor de la amistad y un constructor de la unión interregional e intergeneracional de los autores venezolanos con sus pares del mundo. Ofrendamos a Lubio, a su memoria, esta edición levantada en buena medida por sus más cercanos amigos.

Para finalizar esta nota en homenaje a este amigo retrotraigo el poema El Balcón. Estampa plástica de su entorno cercano; mirada suya al cielo, al tiempo, internalizada a su alma extasiada; a la ciudad que amó, a los habitantes del cielo, al mundo.

EL BALCÓN. Por Lubio Cardozo

Quien es dueño de un balcón vive como un globo suspendido sobre la ciudad, contempla la gente con el amor merecido por todos quienes vamos en el barco del tiempo, con el anhelo de la dicha y el dolor cierto. Cuando se tiene un balcón se es también amo de los ensueños del atardecer, del

aire; del azul una porción de cielo y de una civilizada ración de sol. Cual alfombra mágica resulta al fin y al cabo el balcón, bajo la luminosidad rápido florecen los jardines del espíritu; a través de los ojos de la luz entra e ilumina nuestro corazón, calienta tenuemente la sangre, las fuerzas tórnanse optimistas. Cuando un balcón nos pertenece, de día somos amigos de las aves, zamuros, raudos pájaros; las golondrinas anuncian la tarde; al ocultarse paulatino el sol arriban los nuevos visitantes, los murciélagos, los búhos, las estrellas, la luna y sobre todo la maravillosa señora noche. Si la suerte nos regala un balcón, por sus ventanas abiertas se introducirá la brisa mientras dormimos, y ella se transforma en caballos de los sueños para viajar juntos por ese país insólito de los desordenados registros memoriales de la oniria. En la temprana mañana por el balcón entra el pájaro matutino de la vida cotidiana y nos despierta. Al levantarnos volamos al balcón a contemplar de nuevo esa magnífica dádiva del azar: el mundo.

2. AIXA SALAS

Tres años se fueron en dos parpadeos. 2020, 2021 y 2022. Tiempo para asentar en la columna del haber. Trienio de cifras rojas para la vida y el amor.

El 29 de diciembre de 2020 a la edad de 63 años falleció Aixa Salas; había nacido el 28 de octubre de 1957. Tuvo en esta casa un lugar muy especial. Al irse, Mérida perdió a una dama consagrada por oficio a la literatura, y muy particularmente a la narrativa; sus colegas de la docencia y ex alumnos supieron de la partida de quien le dio esplendor a su profesión y a sus vidas; sus familiares y las personas con quienes convivió en sus últimos años vieron el desvanecimiento de un ser amoroso, dueña de los mejores afectos, pero sólida en el firmamento donde reposan las criaturas que se apoyan en la dignidad y la verdad.

No fue una escritora de exposición y de vitrina. Se la vio pocas veces en los encuentros literarios. De talante natural discreto. Inquisitiva, pero cuidadosa. Solía callar cuando la participación locuaz de otros desbordaba. Aunque parecía querellada con los ambientes, importunada por el estrés, nunca supimos que Aixa se saliera del cauce de la consideración ni que, en la **cotidianidad** de su vida, maltratara a la palabra.

María Luisa Lázzaro tiene una imagen psicológica que complementa esta aproximación a la personalidad de Aixa. «Era una mujer inquieta, nerviosa, de palabra acelerada, aunque semántica y sintácticamente organizada; siempre urgida por algo. Al llegar a un lugar, incluso a un encuentro con sus pares, no parecía dar con el reposo. Era la primera en irse; hiperactiva, aunque no impulsiva ni distraída. Todo lo contrario: atenta, detallista. Una persona muy sensata ante el acto de escribir, los desafíos

de las historias y sus exigencias estéticas». Sobre su obra, específicamente sobre su último libro, ***La jauría Magnífica***, María Luisa escribe que «(...) En su sorprendente contenido no hay concesiones con el lector y nos mantiene a la expectativa desde el comienzo hasta el fin. En algunos de ellos (relatos) se precisan varias lecturas para rearmar la historia; en otros, la autora comienza con asuntos aparentemente banales, cotidianos, en un lenguaje desenfadado, directo, sexual, o con metáforas, alegorías e imágenes, muchas de ellas denigrantes, escatológicas, para describir situaciones y personajes hiperbólicos que superan la realidad; o bien nos devuelve a un pasado nostálgico, plagado de silencios y pasiones insatisfechas, a la ternura de una niñez curiosa e inocente que, en medio de la pobreza, teje sus propios sueños prescindiendo de la dura realidad de los adultos».

En nuestro diálogo sobre Aixa, Lázzaro recuerda que «Ella, en cierto modo, tuvo a la literatura como espejo de su vida. Unos cuantos hechos, quizá algunos personajes provenientes de sus tempranas experiencias de vida cambiaron de paisaje; de la realidad se mudaron a la ficción. Un buen lugar para algunos hechos que merecen exteriorizarse respetando su crudeza y la candidez de sus responsables. De este modo se confiesan y hacen revelaciones los autores; expulsan de la historia personal ciertos incidentes y recuerdos sin exponerse, ni delatar ni traicionar a la verdad».

3. JUAN PINTÓ

El 25 de junio de 2021, a los 78 años de vida, se nos fue Juan Jaime Alberto Pintó Saloni. La noticia nos estremeció por dos razones: primero, porque ocurre cuando suponíamos que saldría avante del contagio del Covid 19 y, segundo, porque Pintó era un amigo de sólida vitalidad, a quien por afecto y plena racionalidad le augurábamos muchos años de vida y actividad creadora.

Juan nació en Maracaibo el 6 de octubre de 1943. Sus padres eran exiliados españoles oriundos de Cataluña, establecidos en la Sultana del Lago, debido al infortunio republicano de la Guerra Civil. Su vocación literaria se reveló muy temprano. Lector acucioso, ávido, que leyó la obra de Lewis Carroll, Alexandre Dumas, Daniel Defoe, Julio Verne y Robert L. Stevenson; de los poetas Federico García Lorca y Pablo Neruda. Hijo de músico y lector, muy pronto se encontró con la escritura como destino.

En su ciudad natal fue profesor de Literatura en los liceos "José Ramón Yépez", "Rómulo Gallegos", "Rafael María Baralt", "Humboldt", y en el "Hispano-Venezolano". Egresó de la Universidad del Zulia, como Licenciado en Letras en 1967. Se vino a Mérida en 1968 donde obtuvo por concurso el cargo de profesor-investigador de Literatura Venezolana de la Univer-

sidad de los Andes. Hizo la Maestría en Literatura Latinoamericana en la Universidad Central de Venezuela. En la ULA pasó por todos los niveles académicos: las cinco escalas de la docencia, responsabilidades directivas; director de la Escuela de Letras, director del Instituto de Investigaciones Literarias, Decano de Humanidades y Educación, Representante ante el Consejo Universitario. Se jubiló en 1992 en el ejercicio del cargo de Profesor Titular.

Co-Director de las revistas *Cadáver Dichoso* (Maracaibo,1965) y *K* (Mérida, 1971). Fue miembro del grupo Cuarenta Grados a la Sombra (segunda época), Maracaibo.

En 1969 obtiene el Primer Premio del VII Concurso Anual de Poesía de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad del Zulia, con la obra "Ciudad Día", trabajo poético sobre Maracaibo.

Juan Pintó Saloni fue un poeta que evitó el perifollo. Escribía por la hedonía del oficio, por el deber creador. Detestaba el afectamiento de la palabra. Prefería la sencillez y se decantaba por la palabra sustantiva, precisa, breve. Era de aquellos hombres que creían haber cumplido con su destino, si es que el destino resguardaba un propósito.

En los últimos años seguía la obra de autores como Leonardo Padura, Roberto Bolaño, y Kazuo Ishiguro.

Juan era un tipo amable, entrañable, dispuesto a los diálogos que sentía grato. Era un hombre cuya severidad formal no arrinconaba el temperamento dulce ni su humanismo constructor de ideas. Durante los últimos 10 años se vinculó a la Asociación de Escritores de Mérida como Miembro de su Junta Directiva.

Su obra literaria comprende los siguientes títulos: en poesía, *Curso determinado* (en unión de Jesús Serra), (Maracaibo, Universidad del Zulia, 1966); *Ciudad Día*, (Maracaibo LUZ, 1969), *Vuelo del cuerpo*, (Mérida, Lamparalabra, ULA, 1997); en narrativa, *Desandar lo andado*, (Mérida, Casablanca, 2003); en ensayo e investigaciones literarias, *Biografía de la Poesía Zuliana*, (Mérida, Centro de Investigaciones Literarias de la Facultad de Humanidades,(Mérida, ULA, 1974); Co-redactor junto a Lubio Cardozo del *Diccionario General de la Literatura Venezolana*: Autores, (Mérida, Instituto de Investigaciones Literarias de la Facultad de Humanidades, ULA, 1974, 1ª edición) y de la *Seudonimia literaria venezolana*, (Mérida, Centro de Investigaciones Literarias, CIL, ULA, 1983). Una selección de sus textos narrativos y poéticos fueron publicados en la *I Antología de Poesía* y *I Antología de Narrativa*, de la Asociación de Escritores de Mérida, (Mérida, AEM, Conac, 2004-2005).

PARTE

1

Portafolio

Dossier

Lubio Cardozo

(Caracas, 26 de mayo de 1938,
Mérida, Venezuela, 22 de noviembre de 2021)

Poeta y crítico literario. Su trabajo poético es publicado, por primera vez, en la revista *En Haa*. Hace parte del equipo de esa publicación uniendo su nombre al de José Balza, Jorge Nunes, Carlos Noguera, Argenis Daza Guevara, Armando Navarro, Teodoro Pérez Peralta. *En Haa*, significaba una tercera posición estética, creativa, en la Caracas del primer lustro de los años sesenta, en cuya escena jugaba un papel de primer orden *Tabla Redonda* y *Sardio*. Pasada la difícil década del sesenta, las búsquedas literarias de *En Haa* continuarán con el mismo grupo de intelectuales en las publicaciones *Jakemate* (Caracas, 1972) y *Falso Cuaderno* (1976).

Autor de los poemarios *Extensión habitual* (1966), *Apocatástasis* (1968), *Contra el campo del rey* (1968), *Salto sobre el área no hollada* (1971), *Fabla* (1974), *Paisajes* (1975), *Poemas de caballería* (1983), *Solecismos* (1986), *Poemas* (1992), *Lugar de la palabra* (1993), *Un verso cada día* (1995), *Ver* (1999).

Igualmente, Lubio Cardozo, se ha ocupado de la literatura venezolana y de la bibliografía latinoamericana en sus estudios críticos e investigaciones literarias, recogidos en más de veinticinco títulos, de los cuales podríamos mencionar: *Paseo por el bosque de la palabra encantada* (1997), *De la solapa de la cuarta escogenci*a, su poesía completa, publicada en 2006.

Las voces de la contemplación:

Una certera invitación de Lubio Cardozo a pensar en la poesía

por
ARTURO MORA MORALES
arturomoramorales@gmail.com

«Solo la poesía a sus amorosos ampara;
al abandonar su exigente comarca,
entonces las raras –selváticas– pasiones
de la intemperie o la Nada aguardan.
Algunos poetas lo saben, otros no: éstos yerran,
se disuelven, desaparecen. No hay otro amparo
para el trovador sino la poesía».

— Lubio Cardozo

En el panorama de las letras venezolanas, ese que discurre por la diversidad creadora en vertientes como la poesía, el ensayo y los estudios críticos e investigaciones literarias, destaca la singular voz de Lubio Cardozo. Su trayectoria se inscribe en un período que abarca, por ahora, más de 50 años. Simultáneo este lapso con las agendas elitistas o marxistas por la definición de un modelo democrático representativo, liberal o participativo. Compatible también con una etapa de cambios culturales y sociales con incidencia importante en la perspectiva de los discursos poéticos, narrativos; y en la asimilación de modelos teóricos, con enfoques o perspectivas de estudio.

Ha sido profusa la obra de Cardozo. Tras su irrupción en el campo de la poesía (1963) como partícipe de *En Haa*, una revista de literatura vinculada a emergentes figuras juveniles de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, surge aquella primera experiencia de autor con el poemario *Extensión habitual* (1966). Desde entonces su catálogo personal se ha enriquecido con unos 50 títulos: 15 de poesía y unos 35 de

ensayo, crítica e investigación. Este inventario rotula una constante: la consagración a un trabajo que durante estas décadas ha sido, además de inquebrantable, ejemplar, sereno y esclarecedor.

Soslaya el interés de esta nota dedicada a la publicación más reciente de Lubio Cardozo, *Voces de la contemplación,* cualquier valoración al conjunto de su obra o, específicamente, de su labor poética. Sin embargo, lo decible se interna en los límites de la totalidad de su trabajo; tiene ésta, como cualquiera otra de sus obras poéticas o valorativas, el rigor, la franca disposición para la observación, la tenacidad de un lenguaje que en su orden selectivo tiene, con acento de hoy, una irrenunciable tesitura clásica que es sello personal y marca de su obra entera.

Voces de la contemplación reúne veinte textos, todos sobre poesía. La experiencia pedagógica, la impronta académica del emérito profesor universitario, se hace presente en esta oportunidad para establecer un sutil diálogo con el lector. Cada autor y su trabajo, huéspedes de esta obra, son el motivo de una plática que desde los auspicios de la lucidez reflexiva y de los ajarafes teóricos, permiten un viaje raudo pero intenso por el denso bosque de la poesía venezolana y latinoamericana. Un itinerario que, a veces se interna en lo prístino, en las fuentes de la poesía clásica, para revelarnos que la contemporaneidad sigue el curso de las originarias corrientes.

La poesía como todo aquello que proviene de la vida o en ella se consuma, tal vez tiene de ésta, o de las cosas, la propiedad específica de ser lo que es. Cercano, por un instante a Parménides de Elea, y distante –también por un momento– al concepto de mutación o cambio, es válido pensar que la poesía es reconocible como todo aquello, que preexiste a nuestro nacimiento, y que cumple según lo expresa Cardozo "la aspiración de retornar al reino de las ideas". Porque procede de la vida, como la certidumbre o el asombro, es válido que los poetas pensemos –¿por qué no?– que la poesía es inmutable.

Pienso en ella y, al hacerlo, es inevitable distraerme en el pensamiento de su coetánea, la rueda; también pienso en los árboles, aves, hombres o en la belleza del rayado rojo, amarillo y negro de la serpiente coral. Cuando cavilo acerca de esto, en el hábito inopinado de las mudas de cubierta, de piel, corteza; que fijan sobre el metal o el maderamen, nuevas bandas de madera, goma, anillos de crecimiento, plumajes, restauran el tejido epidérmico, pondero la virtud de los recambios. Lo prístino en la poesía es que, más allá de los recambios cíclicos, "epocales" –como diría Cardozo–, se mantiene reconocible, intacta en sus ínsitas propiedades y, como la rueda, fiel a su esencia primera y original.

Voces de la contemplación es una obra para recrearse en una lectura aleccionadora. Aleccionadora porque se advierte frase tras frase el fervor del autor por la palabra. Su propósito: la claridad de la idea y la utilidad certera de la voz precisa, a veces inmemorial, viajera del tiempo, rescatada del olvido grecolatino. El autor deja ver también su talento crítico de doble probidad: lector contumaz que ha metabolizado buena parte de la poesía de más de dos siglos y esforzada erudición en la tarea de decodificar, interpretar y clasificar, –con gran acierto– la obra de muchos autores de la provincia.

Los temas, los nombres van, página tras página, señalando las rutas del empeño lector de Cardozo: Desde la contemplación, la idea de lo órfico en el poema, la idea de poesía en Juan Beroes, lo órfico y lo nítido en dos poemas a una misma flor, homenaje de lector a la poeta María Mercedes Carranza, la idea de poesía en Teresa Coraspe, la belleza de pensar (acerca de la poesía de Alfredo Silva Estrada), la poesía sobrevive a la confusión de la esperanza, los deshabitados paraísos de Juan Beroes, la idea de poesía en Car-

los Augusto León; Alberto José Pérez, su idea de poesía; Kosmos: la idea de poesía en Nada Salas; el cántico espiritual de Ramón Palomares; la visión del grito de Ramón Palomares; Abril, materialidad en dos composiciones líricas de dos poetas venezolanos; la *pulchritudo vaga* de Kant, su expresión en la poesía lyrica; ¿Qué es la poesía?, ¿cuál es el ser de la poesía? y Estar en la poesía.

El epígrafe que prelimina este trabajo encierra una sentencia que Cardozo ha corporeizado y transmitido durante su larga tarea de magisterio. Hemos sido muchos los amigos y discípulos a quienes el poeta laborioso, ejemplar y estudioso, les ha sugerido permanecer "montados en el caballo de la poesía". La relación del poeta con la creación es continua, un ejercicio inclaudicable. Tal vez, valga el ejemplo, el poeta debe sentir por el arte que cultiva la misma pasión que el labrador de jardines o del campo experimenta por el suelo que planta. Los frutos, el paisaje culto de la naturaleza, tendrán tarde o temprano la dimensión y forma de los sueños y deseos. El abandono de la templanza creadora, la liviandad, el díscolo y frívolo vaivén solo retribuye en la tierra barzales y en el campo de la poesía velos de olvido. "No hay, dice Lubio, otro amparo para el trovador sino la poesía". Este es el objetivo concreto de Voces de la contemplación. Que poetas y lectores, amantes de la poesía y de la literatura continúen en la "exigente comarca", sin que importe la sentencia hipocrática "*Ars longa vita brevis*". Es verdad, la vida para una tarea importante será siempre corta, pero la obra, su esperanza, merece todo esfuerzo y dedicación.

El exilio, el juego y la palabra

en la poesía de Lubio Cardozo

por
ROSALINA GARCÍA
rosalinagarcia94@yahoo.com

Escudriñar el origen y el destierro, la aventura de vivir, el juego, la palabra y la belleza es la apuesta del escritor Lubio Cardozo en su poesía. Aquí la seguimos en los poemarios que publicó entre 1966 y 1999, compilados en el libro *La cuarta escogencia* (2006)[1].

Lubio Cardozo (Caracas, 1938, Mérida 2021) fue poeta, crítico y traductor, gran conocedor de griego y latín; estudioso de la filosofía de Platón, Plotino, San Agustín, Kant, Heidegger; de los poetas de Venezuela como Bello, y Maitín, y de los escritores venezolanos de todas las épocas. Aficionado a la botánica y a la culinaria, vivió por mucho tiempo en su Torre de Segismundo en Mérida (Venezuela) donde llegan aún los pájaros y sobrevuela sigiloso un raudo gavilán de la serranía. Sus estudios críticos se recogen en más de veinticinco títulos, entre ellos *Paseo por el bosque de la palabra encantada* (1997). Perteneció al grupo *En Haa* en los años sesenta junto a José Balza, Jorge Nunes, Carlos Noguera, Argenis Daza Guevara, Armando Navarro y Teodoro Pérez Peralta. Don Lubio fue miembro correspondiente de la Academia Venezolana de la Lengua. Siempre brindó su amistad y orientación a los poetas jóvenes y también intercomunicó a sus bardos amigos con otros, bien de Venezuela, o del exterior. Mantenía con ellos una comunicación, en especial epistolar, que por su calidad literaria, además del afecto, debería rescatarse.

La escritura poética de Cardozo presupone una cosmovisión y una *kalosofía.* Así sus dos primeros poemarios, *Extensión habitual* y *Apocatástasis*, el primero en prosa poética y el segundo en verso libre, codifican principios de vida, de creencias y de estética condensados en símbolos. En ellos se habla de la escogencia de escudriñar, de buscar constantemente con espíritu libre. En libros posteriores, progresivamente, la escritura

simbólica conserva su profundidad y se vuelve más asequible.

El destierro del hombre en la tierra como significado se mantiene en toda su obra poética. En *Apocatástasis*, el hombre, exiliado de un mundo superior, está sujeto al dolor y la muerte. Esta son reminiscencias bíblicas, pero Cardozo, desde un punto de vista no religioso, cuenta la creación a su modo, sin seres extraordinarios, sin serpiente, pero con caída y caos. De allí, de un sitio del espacio de donde vinimos, fuimos exiliados. Nos dice el poeta al inicio del libro:

Esta son las meditaciones sobre el espíritu de la greda y de la arcilla, de la corteza del árbol y del fuego... Estas son las meditaciones sobre el regreso, calma de la sed... (*Apocatástasis*, I, 39) .

Todo partió de la luz y del corazón del frío, nos volvimos "islas cósmicas" y deseamos regresar al todo. Este sentimiento de extrañeza en el mundo se continúa en casi todos los poemarios de Cardozo. Así, cuando, por ejemplo, camina por un hermoso parque siente que este es "una isla de la provisionalidad de las moradas recordante" (*Paisajes* "Por el parque", p. 116). Desterrados en la noche oscura no podemos leer los símbolos y conjuramos la muerte con el canto; el fabulador cósmico Olfatea sobre la piel de la tierra, el paraíso ("Fabulador", p. 328).

La pena del exilio simplemente es:
...la lumbre la gran nostalgia,
Embriaguez de la miel de un solo día.
(...)
¡Oh dolor de no ser dioses!
En el fondo la gran aflicción.
(*Lugar de la palabra*, "Exilio", p. 215).

Al errar en el espacio como estrella que huye, el bardo penetra el misterio; y una especie de gnosis lo enseña y lo convierte en el develador de esta tierra que él llama "isla-paraíso-nave fugitiva" (*Paisajes*, "Azar", p. 138). En esta aventura el azar y el juego mueven nuestra vida, pero buscamos extrañados el:

Aroma de la oscuridad, de los misterios
más allá del hastío
(...)
¡Hibrys de la belleza!
Cómo pudiste trastocar el cielo con la arcilla
(*Paisajes*, "Mirra", p. 128).

Pero, a pesar del destierro, la poesía de Cardozo participa del juego y la alegría. En la aventura de vivir el juego acerca a lo esencial; permite conocer y trascender mediante la combinatoria de acciones y pensamientos de la vivencia, y solo es válido si se realiza en libertad. Esta visión lo acerca a Schiller quien privilegia el juego como la manera de lograr la belleza en sus *Cartas a Kallias.* El juego mayor consiste en aprehender lo eterno en la transfugacidad para atrapar un momento florecido donde la muerte no cabe. La poesía permite acceder a este instante que nos sobrecoge:

Ilumina la poesía la eternidad del juego
resulta lo lúdico la esencia...
entre el tedio y el ludismo los pasos
se mueven
(...)
hacia el altar del sacrificio de las horas,
a la poesía.
(*Solecismos*, "Unción", p. 253)

El azar y el juego, en su sentido más amplio, rigen la aventura del vivir. La vida o la muerte de un hombre se decide, por ejemplo, en un juego de naipes en el poema titulado "Juego" (1967), donde el protagonista morirá si no sabe cuál es el acertijo planteado. Es asunto de escrutarlo, de adivinarlo. Sufre una derrota, y es "desgarrado en el subterráneo". El poema expresa los tonos emocionales del juego en el ritmo y los silencios; y lo relaciona con la muerte, hito semántico muy

fuerte en los primeros poemarios de Cardozo. Sabemos de los momentos difíciles de los años de lucha armada de guerrillas en los años sesenta en Venezuela. Y nos arriesgamos a decir que este ambiente nacional donde hubo violencia y muerte pudo influenciar al poeta en algún momento. Pero su visión es, sobre todo, trascendente.

Otra clase de juego es el lexical, por ejemplo, cuando utiliza el orden alfabético para titular los poemas de *Lugar de la palabra;* o bien cuando crea en un distiko musical y sonoro:

Amor, ramo de mora.
Amar, ramo de mar.

("Distikos 22", p. 268).

La alegría, frecuentemente amiga del juego, es un estado del alma que lo lleva a cantar al país donde abre la flor, y se siente la embriaguez: (...) la euforia superior de esta arcilla (*Lugar de la palabra*, "Rondalla", p. 246). Lo dionisíaco en varios textos participa de esta alegría embriagante por la belleza y el deseo amoroso, o bien, por la resplandeciente hermosura de la naturaleza.

La alegría se condensa en el poemario *Arbóreos* donde el poeta celebra jubiloso la existencia de treinta y tres árboles de Venezuela. Fiel a la tradición bellista, los canta con esplendentes imágenes. Exalta el Bucare Rojo, el Cínaro, el Chaparro, el Algarrobo... He aquí el fruto de la vocación ecologista del poeta Cardozo. Es un libro hermoso y didáctico que debería estar en las escuelas y en las mejores bibliotecas de todas partes.

Para el poeta, el mundo es también Glauca nave airosa, pese al dolor irremediable (*Lugar de la palabra*, "Júbilo", p. 210). Alegran aquí el "murmurio (*lat. murmurium*) del río, el verdor, el azul, la luz. Recordamos a Wordsworth en el prefacio de Baladas Líricas donde dice que: ...el poeta se regocija, más que otros hombres, del espíritu de vida que vive en él, que se deleita al contemplar los deseos y pasiones similares que se manifiestan en los tejemanejes del universo.

El bardo quiere abrevar el agua cristalina, límpida, de la belleza para develar los símbolos y recordar un mundo superior, ideal, de donde fue desterrado. Platón en el Fedro dice que los iniciados podían ver el resplandor de las esencias:

Pero ver el fulgor de la belleza se pudo entonces cuando con el coro de bienaventurados teníamos a la vista la divina y dichosa unión, al seguir nosotros el cortejo de Zeus, y otros, el de otros dioses como iniciados que éramos en esos misterios[2] (Platón, Fedro, p. 301).

Se perdió esa luz en la tierra, pero el hombre la busca: ...por la pasión de la belleza se rompió el silencio (*Extensión habitual*, XI, p. 24); entonces, él intenta develar símbolos en un sitio de una belleza concéntrica perteneciente a este paraje del mundo nutrido de la secreción humana y de los símbolos (*Extensión habitual*, XI, p. 24). En poemarios posteriores esta búsqueda prosigue en versos relacionados con experiencias cotidianas donde persiste el sentido de extrañeza y de misterio.

¿Cuál belleza celebra la palabra de Cardozo?

La belleza de la mujer personificada en Helena; canta a sus amadas, a la naturaleza, a la aventura de vivir. Dedica dos poemas a Helena: en el primero solo su nombre es vida y muerte elemental. Es el arquetipo de la proporción, la armonía y el amor; dice el poeta que a la guerra se iría por ella: frente a las murallas, con mi lanza de fresno y una oda (*Paisajes*, "Helena", p. 135). En el segundo poema, Helena simboliza la mujer real, de carne y hueso, la que el poeta ha conocido en su vida. Le adjudica la alegría, la risa, el placer sensual, el consuelo y lo dionisíaco:

posee el agua ardiente, sin tregua.
La libertad frente al torbellino.
Desde los muros de Troya, así sea.

(*Lugar de la palabra*, "Helena", p. 201).

Ya no es la Helena de la proporción, sino la conmovida por la vida, en ella palpita el arquetipo femenino con sus dones para el hombre. Es la visión de la mujer donde recordamos la poesía de Safo quien unía el sentido de la belleza a la emoción y a los sentidos: Bello es lo que se ama. Quien es bello lo es mientras está bajo los ojos; quien es bello y además bueno, lo es ahora y lo será después[3].

Las mujeres amadas por el poeta, alumbradas por la belleza y por el amor condensan estos dos valores. Su poesía es amorosa con la figura femenina.

La palabra, capturada como una mariposa, toma su lugar, toma la salvante belleza y reta a la muerte; su espíritu se forja, dice Cardozo en el territorio de las cosas y no solo en nosotros, y será al final la huella de lo hermoso de nuestro espíritu (*Lugar de la palabra,* "Palabra", p. 236). Lubio juega con la palabra, la persigue, la sueña, la sabe dignificante y misteriosa, él ... atrapado en el eco, permanece... es el poeta (*Polístiko*s, p. 273). Conseguir una palabra lo lleva a atravesar olores, a buscarla en el sueño, en una enciclopedia de plantas, en un herbolario, en una caricia. La palabra dignifica al bardo y lo eterniza:

De los pocos grandes poemas.
De la pequeña historia de cada uno.
La dignidad, salvantes palabras.
(*Polístikos*, "La dignidad", p. 279).

La riqueza lexical de esta poesía es notable; puede utilizar arcaísmos con soltura y elegancia en *Poemas de caballería,* crear nuevas palabras, emplear las coloquiales y escudriñarlas en su sentido y sonido como lo hace en *Lugar de la palabra.*

Al concluir este breve ensayo, destacamos que hay en nuestro poeta una poética merecedora de un estudio especial; en sus poemas y en especial, en el agudo prólogo de *La cuarta escogencia*, titulado "La idea de poesía", traza el origen del poema, su trascendencia, su estatuto de noble y espiritual redención de la caída. Seguir la poesía de Lubio, oírlo en su pasión por la belleza y la justicia, nos une al placer de la palabra y a su don de otear mundos superiores desde su existencia cotidiana y desde sus sueños, muchos de ellos, desde su libro *Torre poética de Segismundo* donde aún llegan los pájaros y sobrevuela un sigiloso gavilán de la serranía.

Notas

1 Cardozo, Lubio, *La cuarta escogencia*, Ediciones Mucuglifo, Dirección de Cultura del Estado Monagas, Dirección de Literatura del CONAC, Mérida 2001.

2 Platón, *El Banquete*, Editorial Labor, Barcelona. 1983.

3 Eco Humberto, *Historia de la belleza*, p. 47, Editorial de Bolsillo, Milán, 2010.

Bibliografía

Cardozo, Lubio. 2006. *La cuarta escogencia.* Mérida: Ediciones Mucuglifo, Dirección de Cultura del Estado Monagas, Dirección de Literatura CONAC. El libro *La cuarta escogencia* incluye los poemarios: *Extensión habitual* (1966), *Apocatástasis* (1968), *Contra el campo del rey* (1968), *Salto sobre el área no hollada* (1971), *Fabla* (1974), *Paisajes* (1975), *Poemas de caballería* (1983), *Solecismos* (1986), *Poemas* (1992), *Falso lugar de la palabra* (1993), *Un verso cada día* (1995), y *Ver* (1999). Aquí se recoge la obra del poeta hasta esta última fecha.

Eco, Humberto. 2010. *Historia de la belleza*. Milán: Ediciones de Bolsillo.

Platón. 1983. *El banquete. Fedón. Fedro*. Barcelona: Editorial Labor.

Wordsworth, William. 2006. Prefacio a *Baladas líricas.* Mérida: Universidad de Los Andes, Facultad de Humanidades y Educación.

Poeterías

Lubio Cardozo

por
GONZALO FRAGUI
fragui2000@yahoo.com

Habían suspendido las clases en la Universidad Central de Venezuela, en Caracas. El joven Lubio Cardozo andaba un poco perdido. Se preguntaba qué hacer, hacia dónde orientar su vida. En la gran ciudad se agolpaban sus estudios, sus amores, sus luchas, sus primeros poemas. Mientras abrían de nuevo la casa de estudios decidió regresar a Choroní. Ya su padre Alejandro se había mudado a Uraca, de Choroní hacia arriba. Lubio lo fue a visitar. Después de un rato de café y conversa, Lubio dijo que tenía calor y que le provocaba ir a echarse un baño en el pozo de las guanasnas. El señor Alejandro le pidió que tuviera cuidado con las culebras de agua, que no hacían daño, pero asustaban.

Entrando a una hacienda llamada "El Tesoro", muy productiva de café y cacao, a mano derecha, como a ochenta metros, había un pozo profundo que lo llamaban "el pozo de las guanasnas", porque estaba rodeada de estas plantas, que son de la familia del cambur, cuya flor es amarillo crema, medio opalina. El pozo no tenía arena en la orilla y había que bajar por el río o tirarse a fondo desde una orilla.

Lubio fue bajando por el río mientras se desnudaba. Se quedó en interiores y, para su sorpresa, cuando ya estaba cerca del pozo, se dio cuenta de que se están bañando once muchachas, catiras todas, y desnudas, bellísimas. Lubio, como buen estudiante de literaturas clásicas, y "preparador" de latín y griego, lo primero que pensó fue en Catulo: "Endecasílabos del mundo uníos".

Lubio dudó. Le dio pena molestar a las muchachas con su presencia. Consideró que era una imprudencia acercarse porque ellas estaban allí gozando, echándose agua unas con otras. Jugaban sumergidas y apenas, a veces, cuando saltaban, podían verse sus níveos pechos.

Lubio se figuró a los argonautas. Se acordó de Hylas. Cuando la cóncava nave Argo llegó al Helesponto todos estaban sedientos. Desembarcaron en la playa y Heracles encomendó al joven Hylas para que fuera con una vasija de bronce a buscar agua. Pronto advirtió una fuente en una hondonada.

En medio del agua danzaban unas Náyades, desnudas, bellísimas, con ojos de primavera. Fue el mancebo con prisa a hundir la grande jarra en la fontana, y las divinas divinidades lo asieron de una mano, y le pidieron que se quedara con ellas. Hylas quiso quedarse, pero recordó la misión, sus compañeros de viaje tenían sed y estaban sin agua. Las Náyades acogieron al lloroso joven en su regazo y lo consolaban con palabras tiernas. De pronto se escuchó la voz de Heracles, quien, desesperado, gritaba: "¡Hylas!". El doncel le respondió, pero su voz salió tenue del agua, antes de morir ahogado.

Lubio se sintió sediento. Pensó en qué tipo de sed tendrían sus compañeros de viaje. "Según los griegos, las Divinidades con los humanos casan". Consideró que mejor sería bañarse en otro lado, en los pocitos que estaban más arriba, pero se quedó un rato más, contemplándolas. Metió suavemente las manos en el río y, cuando estaba a punto de beber, una de las bellas jóvenes lo vio, se miraron, ella lo acercó como con un zoom de una cámara, pero no lo delató con sus compañeras, le sonrió y se metió de nuevo en el agua.

Lentamente Lubio salió del río, y esa mirada nunca lo abandonó en toda su vida. Era la mirada de Erató, la "Amable" o "Amorosa", la musa de la poesía.

DENTADURAS

A medianoche Lubio se levantó con ganas de orinar. En el camino miró de reojo el espejo de la pared y no se vio. Como iba apurado, no se detuvo. Orinó y, por curiosidad, de regreso volvió a mirarse en el espejo, y tampoco se vio, pero tenía tanto sueño que siguió para el dormitorio. En la cama estaba ya su cuerpo acostado, entonces se metió en él y siguió durmiendo.

A la mañana siguiente, Lubio se levantó temprano. Ese día lo iba a visitar un señor que vendía dentaduras postizas. Hacía días que se le habían caído todos los dientes y Lubio estaba cansado de comer cremitas, sopitas y jugos. Quería comer algo fuerte. Mientras preparaba el desayuno pensó en lo sucedido la noche anterior. Fue al espejo, miró y se vio, un poco más deteriorado, pero ahí estaba su rostro. Pudo haber sido un sueño.

Llegó el vendedor con unos maletines y, de inmediato, empezó a mostrar la mercancía. Dentaduras de varios tamaños y colores. Habían pertenecido a personas que, al morir, las habían dejado en perfecto estado, y ahora estaban absolutamente esterilizadas y limpias. Eran más baratas y se podía pagar en dos partes. Las nuevas eran muy caras. No todo el mundo tiene dinero para pagarse unas nuevas, y un profesor jubilado menos. Lubio decidió probarse algunas. Podían servirle de muertos diferentes, la de arriba de uno, la de debajo de otro, de un hombre, de una mujer.

Así estuvieron toda la mañana. Por fin Lubio se quedó con unas pequeñas, delicadas, que le calzaban mejor. El señor le dijo que, al comienzo, las dentaduras pegaban un poco pero que uno se iba acostumbrando, y los beneficios eran muchos, valía la pena hacer el sacrificio. Después iba a poder comer de todo, caña, chicharrones y hasta pellejo de gallina vieja.

El señor se marchó. Lubio se puso las dentaduras para ir amansándolas. En la noche se las quitó, las metió en un vaso con agua, y se acostó a dormir. A medianoche se despertó con muchas ganas de orinar y, medio dormido, fue al sanitario. Al pasar por el espejo miró de reojo y no se vio. Como iba apurado, no se detuvo. Orinó, salió y, por curiosidad, de regreso volvió a mirarse en el espejo. Creyó ver otro rostro, pero tenía tanto sueño que siguió sonámbulo para el dormitorio. Al llegar a la cama vio que un cuerpo estaba ya acostado. Era el de una mujer mayor, que se incorporó y dijo:

—*Usted tomó mi dentadura y yo le quité su cuerpo. Hasta que usted no me devuelva mis dientes yo no le devuelvo su cuerpo.*

HUMOR FILOSÓFICO

Hace algún tiempo me encuentro con el poeta Lubio Cardozo en una licorería por los lados del viaducto, en Mérida. Yo compraba un tequilita y el poeta llegaba por su roncito. Mientras nos atienden conversamos un poco de nuestros escasos rudimentos filosóficos. Yo pago, me despido y sigo mi camino. El poeta se queda y, cuando ya va a pagar, se vuelve y me grita:

—*Poeta, no me respondió la pregunta.*

—*¿Cuál?*

—*¿La pregunta por el ser de occidente?*

Yo le respondo:

—*El ser de occidente es Grecia.*

—*Ah.*

El poeta paga, recibe la botella y se dispone a marcharse cuando la chica que lo está atendiendo en la licorería le pregunta:

—*Disculpe, profesor, ¿esa Grecia que mencionó el señor será, por causalidad, Grecia Colmenares?*

MOS Y LUBIO

El poeta Lubio Cardozo era el director de la Escuela de Letras, de la Universidad de los Andes, cuando, casi a las doce del mediodía, llegó el periodista Miguel Ángel Liendo acompañando a Miguel Otero Silva (MOS).

—*Ud. como que va saliendo,* le dijeron.

—*Pues, sí, pero con esta visita soy capaz de perderme el almuerzo*, dijo Lubio.

Miguel Otero Silva quería conocer en persona al poeta Cardozo por tres cosas: para felicitarlo por el Diccionario de la Literatura Venezolana, del Instituto de Investigaciones Literarias Gonzalo Picón Febres, para hablar de "Las Celestiales" y porque quería hacerle una pregunta sobre su novela "Fiebre".

Hablaron de "Las Celestiales", y Lubio le dijo en broma que el Cardenal José Humberto Quintero lo estaba buscando por haberse metido con José Gregorio Hernández. Con esos versos humorísticos iba a ser muy difícil que lo santificaran. MOS se rio y dijo que ya el Cardenal lo había perdonado al poner tres curas buenos en "Casas Muertas", al que habría que restarle el cura bandido de "Oficina No 1".

—*Todavía llevo dos curas a favor. Pero antes de que lleguen a santificarlo, José Gregorio ha aumentado su clientela sobre todo entre los hombres con esos versos de "Las Celestiales".*

Después MOS pasó a la pregunta fundamental:

—*Profesor Cardozo, mi novela "Fiebre", como usted sabe, fue exitosa, pero algunos críticos me han sugerido que corrija un poco el lenguaje y atenúe algunos términos muy fuertes. Yo le he preguntado a varias personas, pero no he obtenido todavía una respuesta convincente ni a favor ni en contra. Usted que es un estudioso, un gran lector y un crítico literario, aunque se ocupe más de la poesía, le pregunto ahora, ¿qué opinaría de eso?*

—*Mire, don Miguel Otero,* le dijo Lubio, *no le voy a dar una respuesta, así como usted me la está preguntando, pero yo oí una entrevista que le hicieron a Jorge Icaza, donde le hacían la misma observación, que por qué no corregía "Huasipungo", de tantos indigenismos y de palabras un poco fuertes, que tendría la novela, que mejor usara un castellano para un lector medio. Jorge Icaza hizo caso, pero después se arrepintió porque vino la otra crítica que lo acusaba de haber "amariquiao" la novela. Icaza aceptó que había sido un error, se disgustó por haberle hecho caso a esos críticos mojigatos, y en el futuro todas las ediciones de la novela salieron como en la versión original.*

MOS, al escuchar aquello, dio un manotazo al escritorio y dijo:

— *Carajo, esa es la mejor opinión que he oído. En agradecimiento lo invito a almorzar y si quiere después nos tomamos unos traguitos.*

—Yo le agradezco la invitación, pero mi esposa me está esperando.

—Bueno, lo comprendo, profesor, muchas gracias, y que San José Gregorio Hernández, que cumple el mismo día que yo, me lo premie con sus beneficios.

CENICIENTO

Teresa y Lubio se habían puesto de acuerdo. Esa noche ella dejaría las puertas semiabiertas y Lubio entraría cuando el padre de la muchacha estuviera dormido. El padre de Teresa era un coronel retirado que dormía en una hamaca en la sala de la casa. Lubio llegó a la hora convenida. El coronel dormía, pero Lubio, para impresionar a la chica, se había puesto unos zapatos nuevos que chirriaban al pisar y el coronel rápidamente despertó. Bajó de la hamaca, sacó un revólver de la mesita de noche y se asomó a la ventana. Allí estuvo largo rato hasta que le dio sueño. Lubio se quitó los zapatos y se acercó de nuevo a la casa. El coronel dormía con un ojo abierto y el arma sobre la barriga. Se estaba haciendo tarde, pero había que esperar. Cuando el coronel empezó a roncar, Lubio, con los zapatos en la mano, pasó por debajo de la hamaca. Llegó a la puerta de la habitación de la novia y entró. El cuarto estaba oscuro. Puso los zapatos en el piso y, tanteando, llamó suavemente:

—"Teresa, princesa... soy yo".

Pero Teresa se había quedado dormida y despertó asustada. Pegó un grito pensando que se trataba de un ladrón. El alboroto despertó al coronel quien, enredado en la hamaca, dejó caer el arma al piso. Lubio aprovechó para salir corriendo de la casa, pero, con el susto, olvidó los zapatos.

Al otro día, desde su escondrijo, el poeta Lubio Cardozo observaba cómo el coronel, acompañado del prefecto del pueblo, iba de puerta en puerta, tratando de descubrir a quién pertenecía un par de zapatos que alguien había dejado en su casa la noche anterior.

Lubio Cardozo,
notable entre poetas

por
ALBERTO JIMÉNEZ URE
albertjure2009@gmail.com

A propósito de los libros *Extensión habitual* (1966), *Contra el campo del rey* (1968) y *Paisajes* (1975) comencé ocuparme de los quehaceres intelectuales de Lubio Cardozo (*Últimas Noticias*, «Suplemento Cultural», N° 605. Caracas, 1979).

Me impactó el inusitado rigor que ostenta el autor mediante su trabajo poético, esa especie de oficialización de la *lírica filosofada.* Formado en exigente escuela, si su destino era literario no debía adherir a corrientes fatuas. Afortunadamente para la historia de nuestras letras, no lo hizo.

Balza en narrativa y Cardozo en poesía, ambos ex-*En Haa,* serían los creadores venezolanos más destacados de la generación que publicaría en revistas como *Jakemate, Tabla Redonda, Sardio* y *Falso Cuaderno.* La vitalidad de los mencionados comportaba cierta agitación en tiempos de fervor político democrático, iniciática corrupción institucional y espontánea, lícita e intelectual combustión social.

En sus primeros textos, es fácilmente perceptible que admiró a uno de nuestros clásicos: https://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Antonio_Ramos_Sucre, cuya resurrección en el Panorama de la Literatura Hispánica fue tardía pero arrolladora. Sostuve en *Últimas Noticias*:

«*Extensión habitual* me recuerda el trazo culto y fluidez de Ramos Sucre en https://es.wikipedia.org/wiki/El_cielo_de_esmalte» (1929)

El Año 1992 Lubio compiló varios entre sus mejores escritos bajo el título *Poemas* («Editorial Alfa», Mérida) Aun cuando mantienen apego al enunciado filosófico, lo mítico y la experimentación, es evidente que transformó su poética: la novedad era que parecía más inclinado expresar, fidedigno, sentimientos y motivaciones: «Junto a ti, por los suburbios, a nardos huele el viento fresco de la alta noche. De las colinas agazapadas como niños con frío viene la brisa baja del rincón donde crecen las diamelas, entre vacas, bulbos, pastos (...)» (Ob. Cit., p. 24. Fragmento).

Ejemplo de lealtad con su inaugural es *Dos tapices de la dama y el unicornio.* El hacedor formula a partir del evento imaginario y culto de la *Ilus-*

tración, que todo gran ensayista-narrador-poeta debe tener por ceremonia o ritual: «Melancolía, como la infinita de la *Quimera de los Cuernos* con su mirada perdida sobre los cielos de París, o la dama (*et Benedetto il primo dolce affano*) El León de los ojos que ven. O la conciencia del relámpago porque tiempo para ser piedra queda. Y la diáfana fuerza del unicornio, o la impudicia natural para el festejo» (Cfr., p. 35).

Con el título *Solecismos,* nos presenta difíciles, empero hermosas inferencias: *En F,* por ejemplo, sucesivas veces leí *Flor Roja:* «La flor de la fucsia flamea furtivos fanales, fugaz fábula flamígera de la floresta feraz. Floridas fogatas fragantes, feria de flámulas de fuego» (Ídem, p. 62).

Hay paciente investigación, rigurosa e inteligible escogencia de vocablos y exquisita sonoridad en sus versos. Comparte, tras una perceptible asimetría, poderosos instantes. Gocé de las densas construcciones lubiocardozianas. El autor no concede a bogas, petitorios estéticos-tribales [de fáciles redacciones, plagadas de frivolidades] No capto bohemiadas en sus epistemologías poéticas.

La inteligencia poética no ofende, pero incomoda al mediocre recostado en una butaca de burocracia académica o cultural que hincha su presunta sabihondez. Cardozo se mantuvo salvo de tanta estupidez con status lírico vertida en libros. Su talento fue asombroso, iluminó como el genio que fue.

Fuentes

http://epublica.saber.ula.ve/index.php/actualinvestigacion/article/view/2284 (1993) http://epublica.saber.ula.ve/index.php/actualinvestigacion/issue/view/184 (Portada) https://www.elnacional.com/papel-literario/lubio-cardozo-notable-entre-poetas/ (2020)

Poemas
de Lubio Cardozo

Del libro *Extensión habitual* (1960)

XI

Primero mi cabeza y tu cabeza se hicieron a la manera del mundo.
Antes del asombro el mundo se derramó sobre el alma. Luego
vino la palabra sorda para narrar el cuento de la naturaleza.
Pero la sociedad había nacido en la palabra del otro. Entonces se cinceló
el símbolo a semejanza de sí mismo, auténtico.
Y por él y por la pasión de la belleza se rompió el silencio.

XVI

Como no hemos llegado sino inesperadamente, la sorpresa fue el don primario antes de irrumpir en la fragmentación. Este es el territorio heredado para la acción libre. Estos son los predios para los arrojados, el paraíso perdido. Aquí, puestos; pero el secreto existe debajo de las rocas, en las turberas, en la salamandra. El hacer muchas noches lo han pregonado los heraldos —lo sabe el fuego, la tierra, el aire, el mar—. Solo el juego está hecho con la carne del hombre. El juego de los que han prestado fe, como si hubieran partido. El códice anticódice para los que juegan por el juego mismo, como las zambombas y las vihuelas para narrar lo que vive después de la desintegración, penetración y robo para atraer en cada célula el canto de la hazaña. Por el placer del canto que canta lo decorativo.

Del libro *Apocatástasis* (1968)

IV

Al comienzo fue el caos porque el caos era una
Asolación de galaxias y espacios convulsos, acerbas
Distancias para un volcamiento sin fin de adamascados ramajes
comentarios muchos antes del metano, del amoníaco y del agua.

Holocaustos de holocaustos para el surgimiento de la piedra bermeja y las loas de una vanidad disoluta o creyente, en la búsqueda de un sentido sin esencia; porque no hay fin sino átomos, moléculas, movimiento continuo. Arquetipos espejismos, ficción de calmas en la ausencia de un nombre para la eternidad. La eternidad es el nombre del horror al regreso.

X

Nuestra simiente es libre porque su carne y alma fue maderamen de galaxias. Nuestro misterio gozoso es sólo temblor por el regreso hacia el inmenso cenotafio del todo, que rellenaremos con nuestras sustancias signadas después de la conciencia y del nombre de la forma en plegaria, como un momento piadoso a nuestra vanidad que se diluirá en lumbre.

Pero nuestra simiente es libre porque antes fue agua de atmósfera turbulenta que coronaba laspesadas y tórridas comarcas hechas de cenizas y fragmentos volcánicos que ha poco había sido el germen de la linfa salobre que aún hoy tamborea sobre la piel en el apaciguamiento o en el tumulto cuando estamos escudriñando el lenguaje —la clave— cálido y sanguíneo de los labios de la amada, cuando su tez y su pelo y la sustancia cromática de su puerta hacia su sangre nos hablen de la tierra, de las selvas de licopodios gigantescos, de los terribles lagartos, del sol del leopardo, de los osarios ardientes, cuando creemos ver en sus nalgas, en sus caderas, en su vientre, en su vagina, la eliminación de la palabra aislante por el deseo endógeno de romper la aproximación imposible.

Luego vino la efervescencia de nuestra linfa y nuestros huesos en el abrazo repentino de las primitivas y caldeadas lluvias con una superficie ignorante del dorso de las aguas.

Colosos de una formidable y catastrófica naturaleza aborigen. Hermoso bullicio sobre la madre corteza primaveral arrasada por enormes corrientes preñadas de una meteorización de violentos contrastes que calmarían por primera vez la sed de los secos abismos terrígenos.

Del libro *Salto sobre el área no hollada* (1971)

CASTIDAD

Los vapores de limoncillo los expandía un
órgano al compás de una fuga.
("Miel y leche hay debajo de tu lengua" —pensó.)
Feroces leopardos se batían contra caballos
en los gobelinos de colores cálidos.
Se había colocado de espaldas y en posición
vertical sobre el monje. Sus piernas enrollaban
las de él, como una sed.

CÓDICE

Decía: Entre los límites está la gratuidad.
De la cítara y las botas del viento se
arma el guerrero. Posee el rasgamiento de
la infinitud y su avidez es un soporte de
la bizarría. Pese la tribu, marchar, saltar
sobre el área no hollada; el vituperio de su
condenación es una falacia.

EBRIOSA

En la vida a imagen del miedo tu modo es una
pirámide de luz donde un enano rojo fastidia
a los otros con piruetas de vagabundo.
Bruma ardorosa —peldaño—
ampliante de la cotidianidad.
De forjar tal escala, algo más que astucia y
valor para, en vigilia, poseerla.

CECA

En la casa de las monedas, a cambio de los
bienes, dieron, sorpresivamente, un reloj
y un planisferio con todos los itinerarios
posibles para escapar del mundo.

DESMEDRO

"Triste voy corriendo de mí mismo
y de mis perros huyendo".
Petrarca, Cancionero XXIII
Volviendo vamos, al fin y al cabo. Impugnan
los deslices un coro de dogos ante los cuales
no queda sino el recurso de levantar los
escudos de una fementida lealtad.

Del libro *Paisajes* (1975)

PLAYA DE LA CALERA

A Aura Rosa

obre esta eternidad de movimientos atajada
en el sepia de las rocas
en la torre del viento
frente al peso del mar
en la morada del vahaje.

Trovador de tus risas y tus gritos sin sombra de tu cuerpo,
mimbre de sol.
Planetaria.

Transformada en marina nuestras voces
del visionario no quedaron sino los libros vesperales
y en los valles el sol de las laderas
como quien ríe de la fatalidad.

ALDEA DE LA NOCHE DESPEJADA

Junto a ti, por los suburbios,
a nardos huele el viento fresco de la alta noche.
De las colinas agazapadas como niños fríos viene la brisa
baja del rincón donde crecen las diamelas,
entre vacas, bulbos, pastos.

Labiérnagos y azaleas, hortensias y virginias, lirios y espinillos,
dalias y heliotropos, lilas y amarantos,
espliegos o alhucemas,
flor del paraíso.

Viento, frío caballo heraldo,
la brisa es una clarinada
de los domingos la explosión floral
en esta aldea
como tú
dispuesta.

Del libro *El lugar de la palabra* (1993)

(...) "frente a la muerte todos los
hombres habitamos una ciudad sin
murallas"
Epicuro, *Fragmentos y testimonios*

FOGATA

Así, con la sonrisa de un victorioso tahúr
furtiva la muerte se posa delante de ti, sorprendido.
Ya no habrá chance.
El viejo, sentado en su mecedora vio flagrar una vez más
el abey, sus corolas enrojecidas.
Lo sembró con dulces manos su padre,
aún él era un niño.
En verdad un gigantesco reloj del gran tiempo encarnaba,
fanal sólo para marcar zancadas de vida
cuando encendía sus fogatas en medio del aire.
El final del júbilo, pese a todo.
El final de la risa de los niños,
de los pájaros y la lluvia
sobre la hierba luminosa, bajo ancianos pinos.
El final de la vida, furtivo.

HELENA

La mujer es la risa honda, eterna
tendida en el fondo de los días.
En medio del juego de la historia significa verdad.
Cuando comprendemos al fin el hado
Como los anales de la aventura
Ella su aroma de flor de la evidencia abre,
única.
Más allá de toda estupidez a fiesta
Tal vez difícil de alcanzar su reclamo,
tan real como la noche.
Hendija rutilante poblada de carcajadas y gritos,
natural irreverencia perpetua.
El loco caballo de la ventisca del dolor va y viene,
persiste,
pero ella posee el agua ardiente, sin tregua,
la libertad frente al torbellino.
Desde los muros de Troya, por siempre, así sea.

Terpsis
de Lubio Cardozo

A Braulio Alfredo Cardozo Rojas

LA BARCA DE CARONTE

Poco antes de morir un guaraúno sueña durante sus últimas largas noches con manatíes, cunaguaros, serpientes grandes de los ríos, papagayos, valga decir con sus cotidianos compañeros de la aventura terrena. Ellos representan sus vivencias, sus emociones y recuerdos existenciales dentro del mundo mágico del Delta del Orinoco. Así mismo aparecerán en nuestros sueños agónicos los seres queridos, quienes compartieron con nosotros la dulzura y los dolores del deambular térreo. A la orilla de nuestra muerte esperándonos permanece la barca. Allí aguardan ellos, las imágenes de personas, animales, cosas; también quienes llegaron al corazón por la vía de los libros, Homero, Platón, Virgilio, Petrarca, Garcilaso, Góngora, Bello, Manuel Díaz Rodríguez; las amadas dormidas en la memoria; no faltarán el perro, el gato, el canario; los árboles estimados como personas, el tamarindo aquel al cual vimos crecer después de sembrarlo con manos patriarcales, los araguaneyes, los apamates con sus flores de amatista. Todo cabe en la barca por cuanto todo se irá con nosotros, igual a los entierros egipcios o incaicos mas solo aquí no los objetos reales, corpóreos, los cuales la tierra algún día albergará como despojos testimoniales, sino todo cuanto fue carne del espíritu, sueños, recuerdos, anhelos, vivencias modeladoras del alma. Y zarpará la pequeña barca, en ella no habrá aflicción ni lágrimas. ¡¿Por qué!? Sólo aquiescencia, tranquilidad. Atrás ha quedado la tierra del dolor.

LA MUJER DEL PRÓJIMO

Ya le habían comenzado a lanzar piedras, mas, en verdad, flojamente. En eso apareció Cristo. La mujer era bella y ellos amaban la belleza. Ella era grácil y risueña, y ellos sabían de la dulzura. Pero estaba la Ley, y peor aún, los sacerdotes. Cristo no leyó en sus conciencias sino en sus corazones. Aunque en lo cierto dijo "Quién esté exento de pecado lance la primera piedra". Ellos sin embargo entendieron "Si conocen del sabor de la Mujer y de la hermosura váyanse". Con su bondad y su maldad a cuestas, hombres comunes y corrientes, como todo el mundo. Y partieron tranquilos y felices, sin bochorno.

> "Oh crueldad de los dioses...
> No queréis que las diosas su lecho
> a las claras compartan
> con el hombre mortal".
>
> *Odisea, V.*

LA SOLEDAD DE CALIPSO

Soñaba una vez Calipso –en su boscosa gruta– con un hombre derrotado del mar; arribaba a las costas de Ogigia, triste, hambriento, aterrorizado, fugitivo de la culpa, de las Erinnias. Veía entre sueños una ciudad en llamas, violadas sus doncellas, estrellados los niños contra las piedras, saqueados los templos; los guerreros vencedores huían, con los tesoros robados, en sus cóncavas naves mientras las llamaradas iluminaban la noche llena con los gritos del dolor impotente. ¿Era

él uno de ellos? ¿El apodado el astuto? Se apiadó de su miseria, le devolvió la sonrisa, lo acogió en su lecho de violetas. En fin. Al despertar, un hombre en su balsa tomaba los caminos del mar, regresaba a la tierra paterna impulsado por los suaves vientos. Los maravillosos momentos de la realidad poseen la mágica atmósfera de los sueños, pensaba Calipso mientras lloraba su soledad de diosa.

LUGAR DEL PARAÍSO

No se sitúa el paraíso en el lugar aquel, más allá de la frontera entre el día azul y la noche invisible. No es espacio la naturaleza del Paraíso sino tiempo. Paraje si se quiere, pero hecho de horas, de días, de momentos, tal vez de años, siempre fugitivos, etéreos, inaprehensibles, infijables, inatrapables más allá del rito de la plúmea existencia. Habitamos por mucho tiempo un apartamento, una casa, una ciudad, una aldea bañados por la opaca luz de lo cotidiano, de lo rutinario. Y un día de pronto allí ábrese la anaranjada flor del Paraíso. Raros espacios solares por cuanto su luminosidad pareciera diferente o mezclada con la imaginación y el sueño. Aparece casi sin darnos cuenta la reconciliación con el mundo. A veces no nos percatamos sino si se quiere detener, perpetuar el éxtasis, más por lo general ello sucede en el declive de ese pequeño sol cual lámpara del dulce recinto. Y se apaga. El lugar queda, lo insólito ha desaparecido. Adiós Paraíso, dejaste la nostalgia y la rabia por la fugacidad de las cosas.

BARBA AZUL

Ya resulta una farsa conseja la crueldad de Barba Azul. Inocente y oculto sacerdote de Afrodita amó con erotismo exacerbado muchas bellas y feas mujeres. Además, poseía un corazón de artista, por eso una de sus pocas aficiones místicas lo llevaba a pintar con colores cálidos y violentos a sus amadas. Placer incompartido por cuanto con sus óleos y acuarelas, sus creyones y carboncillos estableció en la última habitación de la casa la nutrida galería para él, su único visitante. De tarde en vez inspeccionaba el silencioso cuarto; viendo las imágenes de rostros y cuerpos en encendidos tintes recorría nostalgioso los recovecos del laberinto de la memoria, caminaba por esos frágiles y empolvados sueños, los recuerdos. Curiosamente es verdad de algunas de ellas pertenecientes a su remota juventud había olvidado hasta el nombre, de otras flotaba frente al cuadro un aire amigable, de las últimas ya no torturaba la remembranza de placeres del lecho idos con ellas a la región del pasado.

Tenía rarezas Barba Azul, por ejemplo, cuando colgaba una nueva pintura en la pared del relegado salón significaba el fin de ese amor; después de la "ceremonia de los adioses" ella partía para perderse en el dédalo de la ciudad e iniciar el rito de la incesante búsqueda. Pero siempre hay una postrera mujer. Un día, a fines de la ilusión del verano, una tarde de añil bajo un sol benigno Barba Azul se quedó dormido y hablaba de cosas y de nombres. Ariadna pudo así penetrar en sus dos habitaciones secretas, la del pensamiento y la encubierta galería de las mujeres muertas sólo en el amor. Ariadna vindicativa, decide dejarle a Barba Azul la sombra del desasosiego, y huye para salvarse… del olvido.

EL BALCÓN

Quien es dueño de un balcón vive como en un globo suspendido sobre la ciudad; contempla la gente con el amor merecido por todos quienes vamos en el barco del tiempo, con el anhelo de la dicha y el dolor cierto. Cuando se tiene un balcón se es también amo de los ensueños del atardecer, del aire; del azul una porción del cielo

y de una civilizada ración de sol. Cual una alfombra mágica resulta al fin y al cabo el balcón, bajo la luminosidad rápido florecen los jardines del espíritu; a través de los ojos la luz entra e ilumina nuestro corazón, caliente tenuemente la sangre, las fuerzas tórnanse optimistas. Cuando un balcón nos pertenece, de día somos amigos de las aves, zamuros, raudos pájaros; las golondrinas anuncian la tarde; al ocultarse paulatino el sol arriban los nuevos visitantes, los murciélagos, los búhos, las estrellas, la luna y sobre todo la maravillosa señora noche. Si la suerte nos regala un balcón, por sus ventanas abiertas se introducirá la brisa mientras dormimos, y ella se transforma en caballos de los sueños para viajar juntos por ese país insólito de los desordenados registros memoriales de la oniria. En la temprana mañana por el balcón entra el pájaro matutino de la vida cotidiana y nos despierta. Al levantarnos volamos al balcón a contemplar de nuevo esa magnífica dádiva del azar: el mundo.

> "Todos estos ritmos que en otro tiempo
> oyó cantar a Apolo el feliz Eurotas
> enseñó éste luego a los laureles
> bordeantes de su corriente.
> Así también los repitió Sileno
> y el eco de los valles los elevó hasta
> los astros".
>
> Virgilio, *Égloga VI*

EL PASTORCILLO

Tenían razón los intelectuales alejandrinos (s. III-I a.J.C.) al metaforizar al poeta en la figura del pastorcillo, con sus ovejas o con sus cabras, por los campos de la Magna Grecia o de la Arcadia o por los pastizales de Alejandría; con su sonoro caramillo para cantarle a la *amoenitas ruris*, a las Ninfas, a las fuentes, a sus esquivas amadas; nombrar en sus odas a sus árboles, el castaño, el olivo, también a las vides. Ante la incertidumbre política, social, civilizatoria del extendido y conflictivo imperio dejado por Alejandro Magno, huyendo el poeta del estruendo se refugia en el universo alterno del pastorcillo, el resto de su mundo lo construye la imaginación o los sueños del anhelo. Se observa igual actitud existencial, artística, poética cuando Roma cambia su conformación estoica de la República para desplegar las poderosas, brutales, fuerzas del Imperio. Se refugia de nuevo el trovador en el pastorcillo. Paradigma de esta particular situación la recoge Virgilio en sus **Églogas** o **Bucólicas** escritas al pie del nuevo milenio de ese entonces.

Pervive todavía en el poeta el pastorcillo. Han desaparecido los paisajes de otrora, aunque el mismo destino espera a las ovejas, a las cabras. Queda sí cuanto siempre estuvo: las palabras rítmicas. Juega el bardo contra lo real, frente a las asperosas circunstancias epocales opone él la belleza, lo *kállos*, elaborada con la madera acarreada por los ríos de la oniria, con las piedras sacadas de las minas de utopía, con su sutil musicalidad, aunque capaz de acallar las trompetas de Jericó. No puede haber, en fin, entendimiento entre esos dos mundos, aquél ofrece la avasalladora opulencia, el pastorcillo no lo cambia por su indigencia: en su zurrón lleva junto a la poesía la alegranza, unas de las pocas llaves para adentrarse en el espacio de la difícil belleza perenne.

ENDYMION Y ANAXÁGORAS

Preguntan una vez al pensador Anaxágoras de Clazomene (s.V. a.JC) por el sentido de la vida. Él dijo: Contemplar el cielo, el Sol, la Luna, los astros. Ya mucho antes el pastor Endymion ese destino había asumido: suplicó a los dioses dos bienes, la eterna juventud de su cuerpo y permanecer, después de la muerte, con los ojos abiertos para contemplar siempre a su amada, Selene. Cuando

murió lo colocaron sobre el monte Latmo en la Élide: desde allí observaba, mientras aguardaba la llegada de ella, el cielo diurno y nocturno, el Sol, los astros.

Se sabe casi nada de la vida de Anaxágoras, tampoco mucho de Endymion, aunque de los amores de éste con su Luna cada nueve meses nace una estrella. Y así ocurrirá necesariamente hasta el fin de los tiempos.

DETENER EL DÍA

Abandoné mi pueblo a los doce años, en mis manos traía muy pocas cosas más en mi corazón toda mi infancia. Quiero hoy destacar un solo recuerdo: Julián. Poseyó él siempre una edad equívoca. Nadie lo llamaba loco, antes bien algo en él inspiraba respeto, tal vez por su curioso decir y actuar. Llegaba a media mañana a la Plaza Bolívar, levantaba las manos como quien quiere detener el viento y así, incansable, transcurrían las horas. Solían preguntarle: Julián ¿por qué mantienes los brazos levantados con las manos abiertas? Respondía él: Para detener el día, así el día no se va tan rápido, tampoco las semanas ni los años.

Retorné a mi pueblo cuarenta años después, con mis hijos, con mi esposa. Uno de esos momentos matinales, caminando por la plaza de repente me topé a Julián. No me sorprendió ello más allá de un pequeño susto angustioso, pero sí contemplar en su rostro la misma edad indefinida. Me sonreí. Había logrado Julián, por lo menos para él, su propósito. Tal vez en un instante de su existencia capturó con sus anchas manos la esquiva mariposa de la eternidad.

CONTRADICTORIOS DESEOS

"Vivir quiero tantos años cual granos de arena quepan en mi puño" —pidió la Sibila de Cumas. Le concedió el deseo el buen dios Apolo en agradecimiento por sus oráculos, pero le advirtió: —"Te olvidaste de pedir la juventud eterna".

Con el paso de los años se envejeció tanto, se arrugó tanto, se encogió tanto hasta llegar al tamaño de un grano de arena. Alguien, por compasión, la colocó en una botella. Sin embargo, gente de aquí y de allá persistía en interrogarla sobre sus respectivos destinos. Un día un niño invirtió la pregunta: —¿Y tú que quieres Sibila?" Ella respondió: —"Morir"

ERISIXTON

Se comió todo: sus bienes, su ganado, su huerta, su perro, su gato. Mendigó. Vendió a su hija. Después devoró sus piernas, su tórax, su cabeza, sus brazos y manos. Atrapando moscas, mordiendo el aire quedaron al final sus mandíbulas.

Profanando el bosque sagrado de Deméter, meses atrás, Erisixton cortó uno de sus árboles para hacer su mesa de convite. "En ella te comerás el más extraño banquete" había proferido en sus palabras condenatorias la Diosa.

OCCASUS

Cuando el Sol cruza el horizonte en su aventura del poniente entonces la *mirabilia* del ocaso; ese espacio recorrido hasta el advenimiento de la noche se le ha nominado, desde la Antigüedad Clásica, occidente (occidens), el oeste del mundo, del orbis terrarum. Occidens es el participio de presente del verbo *occidere*, caer. Aunque más allá de esta ruda traducción literal, en sus acepciones metafóricas del sermo nobilis connota: morir, sucumbir, extinguirse, ponerse los astros. Constituye esa lato territorio la geografía por la cual se expandió la espiritualidad griega, la entidad helénica, valga decir el pensamiento, las artes, en buen medida –directa e indirectamen-

te– la lengua, la filosofía, la sabiduría, la historia, la retórica, la poesía, las ciencias del helenismo en sus tres grandes saltos: la propiamente grecicidad, la romanitas, el cristianismo, *no* sólo en su disposición cronológica sino en la profunda imbricación de sus entidades e inclusive la deglución (para preservar la armonía histórica) de sus contradicciones soslayables. Afirmo por ello: la Grecia de hoy es Occidente. Mientras el país de la Grecia raigal fundamentante, el lecho geográfico originario con la bella Atenas –"Luminosa ciudad / coronada de violetas / por los poetas cantada / ilustre, divina Polis"... (Píndaro)– con el Mediterráneo a los pies, flanqueada por el Mar Jónico y el Mar Egeo, *omphalós, umbilicus* de esta otra extendida Grecia desde las costas asiáticas del Egeo hasta los litorales del Océano Pacífico en el Nuevo Mundo, entre ambas orillas, grosso modo Europa y este Continente mal llamado América. Desde acá la Cordillera de Los Andes con sus prolongaciones rocosas hacia el norte se levantan cual alto escudo pétreo, frontera definitiva. Somos el *Occasus*, donde la luz se dulcifica en su decline, donde el sol –Helios, hipóstasis de Theós Apolo– arrastra su melancólico manto dorado, el fúlveo color privilegiado por los Dioses Olímpicos, categoría del oro, sagrado metal del misterio resplandeciente. ¡Gracias Zeus por Occidente!

> "*Idem me ille Conon caelesti in lumine vidit*
> *o Beroniceo vertice caesariem*
> *fulgentem clare*".
>
> Catulo Carmenes. LXVI*

LA CABELLERA DE BERENICE

Había sacrificado la reina su azafranada cabellera en honor a Afrodita a cambio del retorno vivo de su esposo de la guerra. A los pocos días corrió el lóbrego rumor cargado de miedo: ¡La cabellera había sido robada del templo de la Diosa! Vendrían ahora las requisitorias, las persecuciones, la cárcel, la tortura inclusive.

Desde su casa-observatorio colocada en la cúspide de una pequeña colina de Alejandría, Conon de Samos, el viejo astrónomo y geómetra griego, veía con preocupación la inquietud de la ciudad, olía su angustia. Pocos días antes él descubrió en el cielo una nueva constelación, un puñado de estrellitas regadas hacia el imaginario sur del firmamento.

El respetado astrónomo Conon de Samos bajó por las amplias calles de la resplandeciente urbe del delta del Nilo, se dirigió al palacio real. Pidió una audiencia con la reina Berenice.

–Señora– le dijo al verle su rostro cuya belleza no disimulaba la reciente ira–: tu cabellera no ha sido robada por persona alguna. Fue cosa de las Divinidades. Hace poquito tiempo la descubrí en el cielo, al presente configura una constelación y –mostrando un pequeño planiferio– por eso la he nominado con su apelativo justo: Cabellera de Berenice.

Sonrió la reina por primera vez en muchas horas: –Bueno, si ello es la voluntad divina, regrese entonces el sosiego a Alejandría.

Esa noche la ciudad de las ciencias, de la poesía, de las grandes bibliotecas mas también del goce celebró con euforia el descubrimiento de la nueva constelación.

* ("Aquel mismo Conon en la celeste luz me vio, cabellera de la cabeza de Berenice, clara, fulgente").

LO ALADO Y LO DEÍFICO

Muchas palabras aún permanecen adheridas a los portones del misterio. La voz latina "dialis" (dialis, diale) se refiere a Júpiter, su traducción al castellano equivaldría a "de Júpiter". De allí "Flamen dialis": sacerdote de Júpiter. ¿Pero cuál es la significación etimológica de dialis? No la hallo.

Apuleyo la define "algo del aire, aéreo, etéreo". Dice Cicerón de dialis: "de un día, cuanto no dura más de un día" (mantiene entonces algo de lo etéreo). Por otra parte el vocablo "flamen" (flamen, flaminis) se vierte por sacerdote: "Flamen Jovi" sacerdote de Júpiter. Mas también flamen corresponde en nuestro idioma a soplo. Horacio lo define cual "las modulaciones de la flauta". Para Virgilio: "Viento, brida". En fin, en torno a Júpiter hay algo etéreo, un aire, un soplo, un sonido de flauta, una leve corporidad alada. Platón, en su diálogo **Fedro** escribe: "Es deífico todo lo bello, bueno, verdadero, y todo lo análogo, ello nutre y fortifica las alas del alma."

EL NOMBRE DE MARÍA

María o Mariám es la versión oral y escrita en griego clásico de la voz hebrea o siríaca Miriam en cuya lengua siríaca significa estrella *del* mar. No estrella de mar sino *del* mar. No en genitivo de pertenencia sino de relación. O en otras palabras *no* el animalito marino del orden de los equinodermos en forma de estrella de cinco puntas con un dermatoesqueleto calcáreo, frecuente en las playas, juguetonas entre la espuma de las olas, muy llamativas para la curiosidad de los niños tanto cuando se desplazan hábiles por la arena, corretonas o también cuando aparecen muertas por deshidratación debido al fuerte Sol del mediodía. Refiérese pues a una estrella real, a un astro relevante. Ahora bien ¿a cuál estrella, a cuál mar se referirá el vocablo? La más fulgente, rutilante –después de Helios– en los cielos de la antigüedad clásica sobre el mar de las civilizaciones mediterráneas de aquel entonces era la llamada en castellano Sirio, en latín Sirius, en griego Seírios, estrella de primera magnitud en la constelación del Can Mayor. Seírios en la lengua helénica dice ardiente, abrasador, por eso Seírios Kúoon: La estrella caliente, quemante de la constelación del Perro (kúoon = perro), por cuanto su presencia más luminosa se percibía sobre las civilizaciones mediterráneas de la antigüedad clásica en los días de la canícula, ella señalaba el clímax, la plenitud del verano.

Iluminó Seírios además con relativa frecuencia las odas de muchos poetas griegos y latinos clásicos, la siempre grata aparición de ella en sus versos los dotaba de calidez, de un toque de sublime brillo, algo entonces de esa lejana hoguera estelar impregnaba sutilmente sus composiciones líricas.

Pero las estrellas se mueven. Se ha desplazado Sirio –desde nuestra contemplación– con el lento transcurrir de los siglos hasta el hemisferio boreal. El frío, las brumas, la tristeza geográfica silencian su poesía del ardor, de la luminosidad. Desaparición de los opúsculos de los poetas de hoy, permanece aislado dicho astro en los mapas estelares de la ciencia astronómica. No obstante, bello, poético, cálido origen de un nombre de mujer, María.

RECORDANDO AL POETA ARNALDO ACOSTA BELLO

Ni los árboles ni los animales del orbe silvestre tratan de interponer un artificioso acercamiento a los Dioses. Ellos simplemente los aman desde su sentir la alegría de su presencia al través del Sol, de la noche, de los vientos, de la lluvia, de la callada tierra soportante de sus cuerpos. Agradecen silenciosos el alimento, el agua. Disfrutan la sorprendente aparición de la Luna, de los astros, la voz estruendosa, luminosa, del rayo deífico. Seméjanse en ello a los poetas, en la espontaneidad del diálogo con los misterios.

Escribe Arnaldo Acosta Bello en su poemario *Minimum mysterium* (Mérida, 1985),

"En la iglesia entonaban
O Magnum Mysterium,
Dios está ahí, también
acá, en la avispa que entra
en el lirio y sale borracha
a posarse en el tronco de pino.
O Minimum Mysterium". (p. 59)

RECORDANDO A FÉLIX MENDELSSOHN (1809-1849)

De igual manera pudo Félix Mendelssohn expresar con su música la atmósfera espiritual del sur de Italia, me refiero específicamente a su "Andante con moto", el segundo movimiento de su *Sinfonía italiana*. No sólo atrapó con su musicalidad el espíritu de esas comarcas sino inclusive en cierta medida la manera de ser de esos pueblos, del ámbito de las costumbres. Ninguno otro ha podido leer y transmitir esa lectura con el lenguaje de la entonación, de la rítmica, en fin de la melopeya, el alma viva del sur de Italia.

SOMNIUM ORBIS TERRARUM

Cuando esta aventura de la vida concluya.
Cuando el Planeta una seca pelota de ceniza
sin azul
sin verdor
sea.
Tal vez entonces en algún momento
las piedras, la arena se preguntarán.
–¿Acaso soñamos?

PARTE

2

Círculos de arena

El autor y su obra

Juan Félix Sánchez

(1900-1997)

Del libro *Verdades verdaderas*. Primera Edición. Universidad de Los Andes. Consejo de Publicaciones ULA. Mérida, Venezuela, 1995.
José Gregorio Lobo. Mérida, febrero, 1993

A la extensa obra artística anterior, vale decir, tallas, tejidos, arquitectura sagrada, con todos los reconocimientos nacionales e internacionales que ha recibido por la misma, expresados en premios, libros sobre su obra y su vida, documentales, etc. Juan Félix Sánchez agrega ahora una nueva faceta a su imagen pública: la de autor. Verdades Verdaderas es el título de su libro, el cual se divide en dos partes: la primera de ellas consta de centenares de refranes o dichos, utilizados por él mismo a lo largo de su vida y de los cuales tiene una concepción muy particular que nos explica más adelante en la Introducción. La segunda parte se trata de veintiséis cuentos que Juan Félix Sánchez ha llamado Chistes Criollos Verídicos, porque se trata de anécdotas o cuentos recopilados por él desde hace mucho tiempo, guardados en su memoria algunos, otros, en sus cuadernos de anotaciones diarias.

La Lic. María Herminia Pérez estuvo a cargo de la ordenación alfabética de más del millar de refranes, paciente y celosamente guardados por este hombre excepcional. Teresa Salcedo de Sánchez colaboró con él en los manuscritos de los Chistes Criollos Verídicos. Estos últimos pertenecen a un mundo vivencial desde su juventud y que por una u otra razón reflejan situaciones embarazosas, insólitas o absurdas, dignas de quedar grabadas en el almacén de la memoria, para ser narradas oralmente a través del tiempo. Es ahora cuando adquieren dimensión propiamente literaria, aunque Juan Félix insiste en que son "verdades verdaderas" y que en ningún momento ha participado su imaginación para agregarles o para quitarles algo.

No tiene límites lo que podríamos denominar la voluntad de Juan Félix Sánchez, sobre quien el escritor italiano Umberto Eco escribió un bello texto refiriéndose a una obra artística insólita a finales del presente siglo. Juan Félix Sánchez, un hombre que, en solitario, por más de cuarenta años estuvo día a día realizándose como artista, totalmente integrado a las bellezas naturales de El Potrero, ubicado en uno de los valles más maravillosos del mundo, pasa a engrosar, desde hoy, la lista de autores del Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes, en Mérida, Venezuela.

Deseamos, pues, a este libro la mayor de las suertes, sobre todo cuando viene rubricado por el pulso de un nuevo autor, que ya alcanzó la respetable edad de noventa y cinco años.

De los Apeninos a los Andes

como en una película de Sergio Leone

por
UMBERTO ECO

L'Epresso
Traducción: Ana Mar González
El Nacional, sábado 30 de julio de 1994, pp. C/10 Arte.

En el pequeño negocio donde nos detenemos a tomar un café hierve una olla de caraotas negras y me pregunto en qué película de Sergio Leone ocurre algo parecido. Estamos subiendo por el Páramo, la zona de los Andes que se abre majestuosa en el Estado Mérida, Venezuela.

Primero conseguimos una vegetación en parte alpina y en parte tropical, después pasamos por grandes lagos entre enormes peñascos y macollas de arbustos mórbidos y carnosos, con forma y consistencia similar a las orejas de conejo. La temperatura es fresca y agradable, estamos a la misma altura del Monte Blanco.

Volvemos a descender a tres mil metros, hacia un valle verdísimo, en el cual se ve una casita de piedra. A primera vista me recuerda una de esas capillas entre Perpiñán y la frontera catalana, pero las formas son más libres; de cerca, ciertas extravagancias me hacen pensar en Gandi. La iglesia está torcida, con curvas sinuosas; la pequeña nave está decorada con muebles casi zoomorfos, hechos conjugando troncos y tronquitos ya moldeados por la naturaleza. El altar evoca a lo que por convención llamamos "art naif", pero si su autor es un primitivista, sabe cómo inventar soluciones técnicas muy refinadas.

Juan Félix nace en una familia de origen campesino en uno de estos pueblos andinos, en 1900. Estudió primaria, luego trabajó en el campo. Siendo todavía un muchacho inventó un molino de agua para sus vecinos. No sabe nada de tecnología y jamás ha visto los diseños hechos por los ingenieros del renacimiento. Usa lo que consigue a su alrededor. Además, siempre ha ignorado que existiese un arte románico o paleogótico. Sus únicos viajes han sido a Maracaibo y Caracas, de joven. Es inteligente y fue elegido por sus coterráneos para ocupar algunos cargos municipales.

En San Rafael inventa una turbina que funciona con agua para suministrarle electricidad al pueblo. Se casa con Epifanía Gil. Después casi a los cuarenta años, por un impulso místico, deja todo y se retira a las montañas.

Se dedica hacer tejidos, esculturas, a construir iglesias, todo un calvario con estatuas alineadas que se empinan por las faldas de la montaña, una crucifixión, un sepulcro de Cristo. La Iglesia de El Tisure tiene un altar con un pesebre coloreado, un nicho con el retrato en madera de José Gregorio Hernández y en alto un inquietante ojo de Dios hecho con el faro de un automóvil. Pero Juan Félix Sánchez no es un artesano, no es un artista, no es aficionado al bricolage; es un asceta de la montaña, un visionario. Sus creaciones más exigentes las comenzó a los sesenta años, el Santo Sepulcro lo hizo a los ochenta.

En un punto crítico, los estudiosos del folklore y filósofos de la ciudad lo descubren. Exponen sus obras en los museos, pero saben muy bien que al sacarlas de su ambiente las reducen a simples tótems, a hallazgos folklóricos. No logran enmarcar a este genio natural, se dan cuenta de que representa un fenómeno de espiritualidad que trasciende las categorías de la estética y de la etnología. Le trastocan su existencia. Juan Félix Sánchez se convierte en meta de peregrinajes eruditos, es invadido por sociólogos que le ensucian su humilde casa. Ve surgir junto al lugar donde vive un museo bautizado con su nombre y el de su esposa, que también tiene una biblioteca (muy bella, moderna, con computadores) para los niños. Se había retirado a un lugar inaccesible para perseguir un sueño en intenta que no lo transforme en una de sus creaciones.

Actualmente tiene noventa y cuatro años. Con una amiga de la Universidad de Los Andes, de Mérida, somos recibidos en una cocina primitiva y oscura por Epifanía Gil, quien también se ha convertido en un monumento, con su rostro de momia velluda y vestida como un personaje de la "Opera de los Tres Peniques". En el patio, flanqueando por un perro adormilado, Juan Félix dormita con el sombrero sobre la cara. Sentado en una silla, casi inmóvil por un achaque de las piernas. Se despierta, veo que también él tiene un rostro envejecido, una cara aindiada con bigotes enormes, que parece salido de una película de Leone. Está sordo, en un primer momento no reconoce a la visitante, después se va desperezando poco a poco.

Acepta mostrarnos sus cuadernos, algo deteriorados y grasientos, en los que desde hace toda una vida anota los pensamientos que le vienen a la mente y viejos proverbios populares como "a caballo regalado no se le busca el colmillo", aunque muchos debe haberlos inventado él. Me pide que le escriba dos y le anoto "*gatta frettolosa fece i gattinini ciecchi*" e "*il díavolo fa le pentole ma non i coperchi*". Escucha la traducción, "la gata apurada hace a los gatitos ciegos" y "el diablo hace las ollas, pero no las tapas", y asiente. Me pregunta con preocupación por el Papa, si es verdad que se cayó y se fracturó la pierna; y si puede volver a caminar. Estoy a punto de decirle que sí, cuando mi esposa me interrumpe y le dice que todavía se mueve con dificultad. "¡Ah!, como yo", sonríe consolado. Epifanía nos advierte que es mejor dejarlo dormir. Pero antes de despedirse nos pregunta dónde están sus cuadernos. Pide que se los devuelvan, los aprieta contra su pecho y a escondidas cuenta socarronamente para ver si están todos.

Nos montamos en el carro y regresamos a la barbarie.

Chistes criollos verídicos

por
JUAN FÉLIX SÁNCHEZ

EL PEÓN CANSADO

Había una vez un señor que gustaba de repetir lo que decía, quien era a la vez cantalentoso y delicado Un día tenía a un peón en su cada limpiando trigo y en horas ya de la tarde se paró el peón y dijo: "Estoy cansao". A lo que lo oyó el patrón, este haló una silleta y le dijo: "sentáte aquí a descansar en esta silla" y de continuo le seguía diciendo al peón: "Estáte ahí descansando, estáte descansando, estáte descansando", hasta que se hubo presentado la hora de la comida cuando le increpó y le dijo: "Pasá a comer, pasá a comer, pasá a comer". Cuando el peón salió de la comida el patrón le pagó el día (un bolívar) y le replicó: "mañana volvés, mañana volvés", a lo que el peón le contestó: "como no Don".

Al día siguiente volvió el peón. "Ajá, pasá al desayuno, ajá pasá al desayuno". El peón se desayunó y salió. Pero el patrón haló la silleta y le dijo: "Si estas cansado sentáte a descansar, si estás cansado estas cansado sentáte a descansar, si estás cansado estas cansado sentáte a descansar". El peón se sentó y se estuvo en la silleta y de cuando en cuando el patrón lo vigilaba. Llegó pronto la hora del almuerzo. El viejo le dijo al peón: "Pasa a almorzar, pasa almorzar". Este fue y almorzó y volvió. "Sentáte, estás cansado, sentáte a descansar". Ya para terminar el día el patrón le dijo: "Andá a comer, ya es hora de que te vayas, andá a comer ya es hora de que te vayas, andá a comer ya es hora de que te vayas".

Y le pagó el día (un bolívar). Lo despidió y el peón se fue.

EL ENFERMO

Era una señora que convidó a una amiga para ir a visitar a un enfermo que estaba grave; llegaron a casa del enfermo que estaba acostado en su cama, y pasó la señora y le dijo: "¿Está muy malito? ¿Qué le pasa, está muy malito?".

El enfermo callado no contestaba nada. Ella insistió preguntándole y por último le dijo: "¿No me conoce? Yo soy su comadre Inés". A lo que de una vez respondió el enfermo: "Ajá, yo soy su compadre Teófilo".

CANDELARIA ENCERRADA

Había una mujer que se llamaba Candelaria y llegó el Día de la Candelaria a la casa de un señor y este le encerró en la sala. Le echó candado por fuera a la puerta y la mujer desde adentro echó a gritar.

Las personas que estaban por ahí, intrigadas, le preguntaron al hombre que por qué tenía encerrada allí a Candelaria, y él le contestó: "Es para que no afloje".

Nota: Según el decir tradicional el día 2 de febrero, que es el Día de la Candelaria, existe la costumbre de decir: "Siempre en Candelaria afloja". Conocimiento que proviene de que en ese día llueve.

EN LA PARADURA DEL NIÑO

Estando en la celebración de la paradura del Niño, salieron de procesión con el Niño por el patio de la casa. Iba un señor cantando un Ave María como se acostumbraba y llegó al punto de la oración donde dice: "Todo el mundo en rededor" y él, en vez de decir así, dijo: "Todo el mundo tengo andado".

Como nadie había escuchado esa oración así, se quedaron callados. Sin embargo, un señor que estaba ebrio y acurrucado, levantó la cara y dijo:

—"Desde la seca a la meca".

Todos echaron a reír y no terminaron el rosario.

LA MAMÁ SORDA

Había un señor que tenía la mamá que era sorda. Ellos vivían separados y un día se encontraron en el camino; cuando él vio a la madre se arrodilló delante de la viejita y le dijo:

—"Mi mamá ya huele a arroz con chicharrones de marrano, chocolate y pan y tal cual trago de miche".

La viejita le dijo:

—"Dios lo bendiga".

LOS LENTES PERDIDOS

Una señora se paró un día de la cama muy impresionada. Empezó a registrar por donde quiera. Buscaba y buscaba por todos lados, pero nadie sabía lo que buscaba. Sacudía las cobijas, prendió una vela y seguía buscando. Al fin le preguntaron: "¿Qué busca?" y ella respondió:

—"Los lentes que se me han perdido y no los encuentro".

Luego se llevó las manos a la cara y se dio cuenta de que los tenía puestos. Tranquilizada se echó a reír.

Carilda Oliver Labra

El primer centenario

Nace en Matanzas, Cuba, el 6 de julio de 1922; fallece en Matanzas, Cuba, el 29 de agosto de 2018. Poeta, cuentista, abogada, periodista, docente. Bachiller en letras y ciencias por el Instituto de Segunda Enseñanza de Matanzas. Muy joven se graduó de profesora de dibujo, pintura y escultura. Estudió en la Universidad de La Habana, donde obtuvo el título de Doctora en Derecho Civil. Fue compañera de universidad de Fidel Castro. Ejerció la profesión de abogada; se ocupó en otras labores: en la biblioteca pública de Gener y del Monte, en Matanzas; también trabajó en el periódico El Imparcial.

Cuando alcanzó los 21 años (1943) publicaron en su ciudad natal su ópera prima *Preludio Lírico*: "No pude escapar de la poesía. He sido muy feliz siendo poeta. No hubiera querido ser nada más. Nací poeta", respondió en un plató de televisión a la pregunta ¿Escogió el camino de la poesía o la poesía la escogió a usted? Sin embargo, será *Al sur de mi garganta*, la obra con la cual obtiene en 1950 el Premio Nacional de Poesía del Ministerio de Educación. *Al sur de mi garganta* reúne textos notados entre 1939 y 1942. Los avatares, desvelos, derrotas y victorias del amor; la gente de la familia, los padres y la abuela, seguirán a partir de dicha obra como una constante del temario creador. Esta obra, además del lauro mencionado, le da el cariño, el reconocimiento y la fe de varias generaciones de lectores. Un amor inmortal.

Con el triunfo de la Revolución, sufre las consecuencias del exilio de sus padres. Aquellos dos seres dejan a Cuba para ir a Estados Unidos. "Se van, no por desafecto al proceso político instalado a partir de 1959. Siguen a sus hijos y nietos. Mi padre, abogado, hizo los arreglos para que los acompañara. Sacó los pasaportes, pero entendieron que no estaba en

mí dejar mi país. Aquella fue una situación difícil. Aparte de que se iban con ellos mis amores, me quedaba sola. Pero yo soy una palma que nació aquí y aquí tengo la raíz".

Carilda fue blanco de murmuraciones. *Libertina* fue uno de los adjetivos que sustituyeron su sustantiva realidad de artista y señora de la poesía. Un poema, *Me desordeno, amor, me desordeno*, va de boca en boca como miel de recitales, y es percibido por ciertos lectores y alguna audiencia como una declaración de desenfreno personal de su autora. Dobleces y sentimientos de una interpretación mendaz de pésimos lectores capaces de leer siempre mal y proyectar en las almas de los demás sus propios demonios.

> *Eso es hasta simpático, expone en otra entrevista. Esas infamaciones no me traumatizaron, aunque desde luego tergiversaron mi sello literario, mi marca. Desde un punto de vista personal, no me afectan los significados que la gente le da a lo que escribo. 'Carilda es así, o es asao' Generalmente los artistas arrastramos una serie de comentarios que son muy convenientes, porque cuando hablan de nosotros, hablan de nuestra poesía y eso promueve la venta de los libros. Yo muy jovencita escribí,* ***Me desordeno, amor, me desordeno*** *y la gente siguió desordenándose por su cuenta; pero ya ves, me echan la culpa de su propio desorden. Mira la cantidad de hombres y mujeres que me han dicho "¡Ay!, le agradezco su 'Me desordeno', ¡porque con esa poesía he enamorado!" Y me río porque ese poema es algo muy inocente. A esa parte que dice "y aunque quiero besarte arrodillada", la gente le da otras explicaciones. Yo, simplemente, me atreví a celebrar las piernas de un hombre, su boca, sus ojos. Ya sabes que en un hombre están todos los demás hombres. ¡Qué puede haber de extraordinario o subversivo en esos versos!, ¡qué de irreverente ni de faltar el respeto. Piensan que estoy hablando de una cosa carnal y —aclaró con énfasis en el tono de voz— el amor es espiritual y carnal, e integra ambas cosas, porque si no realmente no responde a la verdadera esencia del amor. La gente se ha inventado otras ocurrencias más. Se han dicho cosas de la vida de una, se han ido deformando, se han exagerado pasiones, inventaron cosas con Hemingway, una persona con quien no pasó nada. Este era un hombre muy caballeroso, que me hizo un elogio, un piropo delante de periodistas. A la gente le ha parecido natural que yo tenga romances de acuerdo con los versos que he escrito. Y esos versos fueron escritos para mis esposos, para las personas que he amado y me han amado*".

Datos biográficos

En 1950 obtiene el premio Nacional de Poesía de Cuba. En 1952 es receptora del Premio Nacional del Certamen Hispanoamericano, convocado por el Ateneo Americano de Washington, para celebrar el tricentenario de Sor Juana Inés de la Cruz. Aparece en la antología "Cincuenta años de poesía cubana" preparada por Cintio Vitier.

Ese mismo año comienza su historia de nupcias, pues se casó tres veces. En 1952 contrajo matrimonio con Hugo Ania Mercier, un abogado alcohólico y con tendencias suicidas. El hombre un día le pidió matrimonio y ella lo rechazó. No están claras las causas, pero cuentan que bebió veneno, se pegó un tiro y se lanzó al río. Fue rescatado, curado de sus heridas y hospitalizado en un psiquiátrico. Parece que esta experiencia la animó a tomar la decisión de casarse con él y vivir la agridulce experiencia de una relación que ella, en una entrevista, recordaría, en primer lugar, por la determinación de aquel hombre, de no ser padre jamás. "*Carilda, yo no quiero tener hijos, porque soy un suicida y no quiero dejar hijos con ese dolor*". Y luego por los celos. "*Era un hombre con unos celos terribles. Yo era abogada y tenía que estar en los tribunales. Yo era escritora y daba recitales. Me veía arreglada y preguntaba, ¿Y eso; por qué estás así?*". Aquel matrimonio solo duraría 3 años. El amor ardió de celos hasta que se volvió cenizas. En 1952 se divorciaron y más tarde, aquel hombre se suicida: profecía autocumplida. Dos años más tarde llega la hora de casarse con el tenor Félix Pons Cuesta. Escribe, participa en la campaña de alfabetización, ejerce como profesora de inglés. Con su nuevo esposo vive una relación más tranquila, estable, larga. "12 años", según sus cuentas. Las cuentas difieren con los datos hallados. En 1980 el marido muere tras unos golpes que recibe: uno en la base de la zona mastoidea (esa área donde se fijan músculos como el occipitofrontal y los músculos del cuello) y, el otro, en el maxilar. Se quedó sola muchos años. Al comenzar los 90 aparece Raidel Hernández, un joven que se propuso cortejarla sin darle oportunidad a rechazos. Cuando tenía 69 años y él 21 se casaron. Esto ocurrió en 1992. No es posible imaginar qué fórmulas eróticas y pasionales hicieron funcionar una relación que podía ensamblar perfectamente en categorizaciones etarias; ella en la franja de las abuelas y él en la de los jóvenes. Para más guinda, el muchacho era poeta dispuesto a aplazar la escritura de su obra y dedicarse a apoyarla y acompañarla en el trayecto marital que ella misma pronosticó que sería "el último". A esa edad Carilda tenía la certeza de no equivocarse.

Datos adicionales

Durante la década de los 80 recibe diferentes reconocimientos y noticias alagüeñas sobre su obra: en 1981, el actor francés Ivés Mantand graba en París un disco con poemas de su libro Al sur de mi garganta; en 1982, una muestra de su obra es seleccionada para *An Anthology of 20 Century Poetry by Cuban Woman*, de Margaret Randall, publicada en Vancouver. En Lima, Perú, la poeta y su obra son incluidas en una serie de televisión. Es personificada por Janet Agreen. En 1984 obtiene el premio Especial de Décima y el Segundo Premio del Concurso de Cuentos "Néstor Ulloa"; es reseñada en el diccionario de la literatura cubana, preparado por el Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba. Entre 1985 y 1989 su obra es incluida en las siguientes antologías: Antología de Poetas cubanos, elaborada por Alberto Rocasolano, Poetas en Matanzas (1986), La ciudad de los poetas, a cargo de Luis Espino García (1987), Para vivir como tú vives (antología dedicada al Che Guevara) a cargo de Waldo González y Antología del soneto Hispanoamericano, preparada por Mirta Yáñez; recibe

la distinción por la Cultura Nacional de Cuba (1988); a finales de esta década fue víctima de un hecho poco documentado y conocido. Sufrió una lesión abdominal durante un acto al que fue invitada en la Librería El Pensamiento de Matanzas. Se trataba de una tertulia dedicada al tema de la *Perestroika* en la Unión Soviética. No está clara la procedencia del delito, pero se dice que extremistas y acciones combinadas de agentes del Estado desbarataron aquel encuentro.

En 2013 recibe el título de Doctora Honoris Causa en Ciencias Humanísticas por la Universidad de Matanzas.

El próximo 29 de agosto, se conmemorarán 4 años de su fallecimiento.

Reproducimos para nuestros lectores
una muestra de su poesía:

GUÁRDAME EL TIEMPO

Vuelves a renovarme el don perpetuo.
Otra vez eres ése
que me enseñó las señales del alba,
el que salvó una hormiga en el borde del vaso.

Vuelves para pedirme que reúna
la corte de los gatos,
que te ampare de aquel golpe en la nuca,
que te dé mi tristeza como un sorbo,
que te recorte alguna uña,
que me moje de ti,
que te alcance el café,
que no oscurezca,
que me case contigo esta noche otra vez.

Se nos quedaron muchas cosas sin hablar,
Necesitamos una cita,
porque
¿a quién le doy tantas caricias
que sobraron,
aquellas que olvidé ponerte sobre el pecho?
¿A quién le cuento
que he planchado, creyendo que era tela,
tu perfil de muchacho?

¿A quién convido ahora con mis piernas
y le enseño el jazmín que nació anoche,
y le pongo una abeja a que lo pique,
y le saludo la inocencia?

¿A quién le miento y juro,
a quién le tiro un pan contra la oreja,
a quién le digo que lo odio,
y luego, que lo amo?

¿A quién le digo hijo,
y me lo paso por dentro como un trapo?
Sé bien que estás metido en nuestros átomos,
que te mueves en ese aire que espantó estas
páginas
que observas desde los retratos,
que te has caído hoy contra mi pecho
y para que seamos uno solo
hasta este propio corazón
me lo has parado;
sé que estoy muerta
soñando que te busco por el cuarto.

Guárdame el tiempo.
Guárdamelo.

Estoy segura de que puedes.
Así no ha de caer la luna
ni tendrás que morirte en la mañana
y el jueves será eterno
y te besaré siempre como el veinticuatro
de septiembre
de mil novecientos ochenta y uno.
Guárdame el tiempo,
guárdamelo.

¡Qué no pase ni un minuto,
que nada ciego nazca,
que no se invente un aparato de tortura
ni estalle otra contienda contra el hombre;
que no cacen más pájaros,
que no se malogre la pureza,
que vuelvas
a ser
y aquel esplendor tuyo se mezcle, poderoso,
a mis harapos!

Guárdame el tiempo,
guárdamelo.

Te lo pido con rabia,
con ternura,
con todo lo que no es palabra.
Para que siempre seamos lo estupendo:
hombre y mujer
girando,
nueva especie del mundo;
ya casi un milagro.
Pues me han salido en la cara tus ojos
y a ti en el rostro mi boca,
y no sé cuando te miro si eres tú quien me
mira
ni cuando tú me besas
si soy yo quien te ha besado.

CON DESDÉN Y ORO

Voy a verle
en cualquier sitio,
él pedirá un ron para mezclarlo con mis pupilas;
yo, el crepúsculo.
y me traerán una lágrima.

Voy a verle:
a las seis de la tarde,
cuando los combatientes repasan sus fusiles
y los adúlteros se acuestan con mariposas;
a las seis de la tarde,
sin luna,
cuando por los cines naufragan las divorciadas
y los obreros comienzan a bañarse.
A las seis,
con temblor y relente,
con bochorno,
ciega como leche y sed,
voy a verle.
Azogue en su mano,
una extraña,
qué poco de suerte,
subterráneo para reírme a carcajadas.
Con un traje amarillo como si renunciara a la
tristeza
voy a verle.

Tendré cuidado
no sea, que, al abrirme, estalle el sollozo
Y comprenda que delinco.

Seré cauta,
debo mentir: «adiós, alguien espera».
y al levantarme con desdén y oro
crecerán los pulmones donde le respiro
y para que no muera del todo
lo atraparé en mi verso.

Voy a verle
—he dicho en la hermosura—
mientras recupero el ala que no sirve
y llueven los nísperos,
divagan las márgenes rumorosas:
voy a verle
y nos desbaratábamos a besos
y el libro se quedaba a medias
y luego quién creía en los relojes
si aquí se olvidó su boca del binomio de Newton.

ME DESORDENO, AMOR, ME DESORDENO

Me desordeno, amor, me desordeno
cuando voy en tu boca, demorada;
y casi sin por qué, casi por nada,
te toco con la punta de mi seno.

Te toco con la punta de mi seno
y con mi soledad desamparada;
y acaso sin estar enamorada;
me desordeno, amor, me desordeno.

Y mi suerte de fruta respetada
arde en tu mano lúbrica y turbada
como una mal promesa de veneno;

y aunque quiero besarte arrodillada,
cuando voy en tu boca, demorada,
me desordeno, amor, me desordeno.

DISCURSO DE EVA

(...) Te extraño,
¿sabes?
como a mí misma
o a los milagros que no pasan.
Te extraño,
¿sabes?
Quisiera persuadirte no sé de qué alegría,
de qué cosa imprudente.

¿Cuándo vas a venir?
Tengo una prisa por jugar a nada,
por decirte: «mi vida»
y que los truenos nos humillen
y las naranjas palidezcan en tu mano.
Tengo unas ganas locas de mirarte al fondo
y hallar velos
y humo,
que, al fin, parece en llama.

AMOR, ¿CÓMO ES QUE VIENES?

Amor, ¿cómo es que vienes
a darle al pensamiento tu estocada
si estoy entre las sienes
-débil mujer a golpes decorada-
y apenas tengo trato con la aurora
por no mirar la luz que eres ahora'?

Amor, ¿cómo es que usas
el mismo corazón en que naufrago
y arrimas tus confusas
palabras al silencio este tan vago
y en brote que es de gloria me enajenas
mientras ardiendo estoy entre las penas'?

PON TU RECUERDO

Pon tu recuerdo aquí, de madrugada,
de bar violeta, de dolor que había.
Yo volveré la página y en cada
sueño con que nombre la poesía
habrá sólo una muerte dibujada
con la palabra amor, sin todavía.
Pon tu recuerdo, ingle navegada,
Disparo tierno, luto, vida mía.

Pon tu recuerdo aquí de pasajera
luna que dio en mi lágrima, de fiera
cuenta que estoy debiéndole al verano.

Pon tu recuerdo de temblor perdido
que alguna que otra noche me ha traído
el todo hasta este hueco de mi mano.

TE MANDO AHORA A QUE LO OLVIDES TODO

Te mando ahora a que lo olvides todo:
aquel seno de nata y de ternura,
aquel seno empinándose de un modo
que te pudo servir de tierra dura;

aquel muslo obediente pero fiero
que venía de sierpes milenarias,
aquel muslo de carne y de me muero
convocado en las tardes solitarias;

aquel gesto al echarme en la locura.
Aquel viaje al amor, de mi cintura;
aquel gusto en la piel a lirio extraño,

aquel nombre pequeño bajo el nombre,
aquel pecado de volverte un hombre
en el vicio feliz de hacerme daño.

ADIÓS

Adiós, locura de mis treinta años,
besado en julio bajo la luna llena
al tiempo de la herida y la azucena.
Adiós, mi venda de taparme daños.

Adiós, mi excusa, mi desorden bello,
mi alarma tierna, mi ignorante fruta:
estrella transitoria que se enluta,
esperanza de todo por mi cuello.

Adiós, muchacho de la cita corta;
adiós, pequeña ayuda de mi aorta,
tristísimo juguete violentado.

Adiós, verde placer, falso delito;
adiós, sin una queja, sin un grito.
Adiós, mi sueño nunca abandonado.

UNA MUJER ESCRIBE ESTE POEMA

Una mujer escribe este poema
donde puede a cualquier hora de un día
que no importa
en el siglo de la avitaminosis
y la cosmonáutica
tristeza deseo no sabe qué
esperando la bayoneta o el obús
una mujer escribe este poema
sin atributos a desvergüenza y dentellada
fogosa inalterable arrepentida pudriéndose
caemos por turno frente a las estrellas
todos tenemos que morir
no hay nada más ilustre que la sangre
una mujer escribe este poema
qué estúpida la línea que divide sol de sombra
el crepúsculo pasa
acumulándose al final de las azoteas
supimos de pronto de una trombosis coronaria
existe soledad

sonó una bomba
vean si se me han roto los lentes de contacto
una mujer escribe este poema
separa quince pesos para el alquiler
mi amigo viejo
se desprende del mediodía por la próstata
bailamos
sigue la preparación combativa
no pasarán
una mujer escribe este poema
como quien ha perdido el tiempo para siempre
creo en el corazón de Denise Darval
hemos ganado porque morimos muchas veces
parece que tengo un derrame de sinovia
no hay tiempo para la poesía
de veras que los frijoles se han demorado
en hervir
te juro que mañana presentaré el divorcio
una mujer escribe este poema
como hay fantasmas a las siete en mi pecho
entablillé una rama a la areca que está triste
mamá tu no sabes la falta que me haces
si suena la alarma aérea
recojan a los niños que duermen en la cuna
voy a guardar este retrato del Che
como calló el canario traje un tenor a casa
una mujer escribe este poema
cargada de ultimátums
de pólvora de rimmel
verde contemporánea lela
entre el uranio y el cobalto
trébol de la esperanza
convalesciente de amor
tramposa hasta el éxtasis
tonta como balada
neurótica metiendo
sueños en una alcancía
ninfa del trauma
novia de los cuchillos
jugando a no perder la luz en el último tute
una mujer escribe este poema.

LA TIERRA

Cuando vino mi abuela
trajo un poco de tierra española,
cuando se fue mi madre
llevó un poco de tierra cubana.
Yo no guardaré conmigo
ningún poco de patria:
la quiero toda
sobre mi tumba.

PARTE

3

Cronicario

Crónicas sin fronteras

Dime que no te has ido del todo

por
ROSA M. ARROYO SANCHO
rosam318@telefonica.net

A Rosario Paniagua Fernández
In memoriam

Siento el silencio de las letras como un lacerante dolor de ausencia, te las llevaste sin querer aquella madrugada de junio con el sueño eterno y callado. El tiempo solo me da la razón, ahora que con un viento frío parece acercarse el invierno doblando la esquina de este mes de noviembre.

¿A quién enviaré ahora ese polvillo que se arremolina a veces en el rincón más oscuro de mi alma? Quién, como hacías tú solo con la mirada, me dejará danzar en un haz de luz o, al compás de cielos juanramonianos, abrevar en la oración compartida; quién, en los peores momentos, con dedos llenos de amor podrá diluir todos los males con la señal de la cruz en mi frente... besándola para borrar todo rastro de quebranto... A dónde irá ahora tu voz plena recitando un salmo o la poesía amada...

Esta noche, percibo el silencio de las letras como un latigazo que deja en carne viva la memoria, y se arrastra hasta este blanquecino espacio donde derramo un verano entero y medio otoño, tan grises en mi soledad como de vivos colores mal disimulados acompañada.

Ya no habrá locuaces silencios, ni abrazos, ni sonrisas, ni tus ojos se cerrarán aspirando el aire profundamente mientras, hacia tus adentros, con él va todo el sentimiento y la sensibilidad. Mi alma se ha quedado huérfana de comprensión, de amistad, de versos mecidos por la marea de tu inteligencia en tantas tardes benditas. Mi alma se ha quedado huérfana y triste.

Quién acogerá ahora la geometría de mi latido sin preguntar, sin juzgar; quién la desvestirá de su timidez para darle vida como hacías tú con tu propia voz... Esos versos hilvanados a golpe de emociones jugando a ser poesía...

Siento el silencio de las letras que no volveré a leer contigo ...y duele, aunque entero haya pasado un verano y la mitad de un otoño.

Parece que la vida se haya quedado a medio escribir... Esta orfandad en los dedos ha secado la tinta que me regalaste y no sé qué hacer con este dolor de ausencia.

Paro. Cierro los ojos. Me repito, otra vez, como el mantra en la oscuridad de cada noche: que no te has ido del todo.

Estás, ¿verdad? Dime que sí. Repíteme hoy lo de aquella tarde: que si cierro los ojos te sentiré siempre a mi lado velando mi soledad... Y que es por ello que los colores del día ni siquiera sean disimulados y que, por eso también, la sonrisa no me abandona después de aquella madrugada de junio.

Dime que no te has ido del todo, que este vertido interior es porque vives aún en mí, que escribo estos silencios de letras, después de un verano entero y un otoño a medias, porque el calor de tu memoria es más fuerte que la fría tierra sobre la madera que te guarda,... que es porque te pienso,... porque aún estás.

Lo sé, perdóname, este llanto verbal me ha cogido a traición hoy y no he podido callar, las palabras buscan el consuelo de reencontrarte de nuevo en el camino del alma. Sí, no temas. Ya sé que aunque a tu cuerpo lo abracen las raíces, tú sigues aquí anclada en el calor de mi fondo, y hoy también, como seguramente cada noche, continúas haciendo la señal de la cruz en mi frente... porque no te has ido del todo.

Por aquí pasó el Conde Cagliostro

(Ruiz-Guevara, con guioncito)

por
MERCEDES RUIZ TIRADO
tirado@gmail.com

El genealogista que llevo dentro tuteló mis pasos durante el viaje por la Campania italiana. La directiva del Congreso de Americanistas que nos congregaba en Nápoles, además de la treintena de mesas de trabajo, organizó las tradicionales excursiones turísticas. Paestum y Pompeya centraron la atención de la mayoría, con toda razón. Me decanté por Salerno y un caluroso día, trasteando por el centro histórico, decidí escudriñar sus archivos. Una corazonada me llevó a los registros de nacimiento y topé con un tal Doménico Casabuona. Décadas después, mientras investigaba sobre un Conde Cagliostro que llegó a Barinas a mediados del siglo XX, supe que sus nombre, apellido y lugar de nacimiento coincidían con los de aquel salernitano. Como un elegante caballero trajeado de riguroso negro quedó registrado en la memoria colectiva. Fino bastón y perfumada pipa destacaban como infaltables complementos. Un paisano me comentó un día que el italiano por el que me interesaba tenía tantas historias como Alonso Quijano y hablaba más que un perdido.

Innúmeros viajes virtuales por el viejo continente, Asia y el África profunda, daban cuenta del pertinaz iconoclasta que habitaba en él. Historia, literatura, arqueología, hechicería y política centraban su interés como inveterado lector; enciclopedistas, filatelistas, nigromantes, masones y disconformes entre sus personajes favoritos pues, navegar contracorriente fue su notoria particularidad. Entre destinos favoritos no faltó San Petesburgo donde comprobó vínculos de un ancestro dieciochesco con Catalina la Grande. Extrañé la ausencia del Salerno natal en su peregrinaje y es que, consta en periódicos de la época, había sido expatriado por razones ideológicas y prácticas ocultistas.

Su pasaporte registra una breve estancia en Puerto Príncipe antes de llegar a Venezuela. Con el tiempo conocí sus patrióticas intenciones de repatriar los restos del Presidente del Congreso Constituyente de 1811, firmante del Acta de Independencia de Venezuela y prócer civilista Juan Antonio Rodríguez Domínguez, nacido en Puerto de Nutrias. Otra ocurrencia en el historial del excéntrico personaje. Si mal no recuerdo partió del mundo terrenal sin ultimar tan fervoroso deseo. En la última morada, redimidos los pecados capitales a fuerza de jaculatorias de sus acólitos, prócer y trotamundos sostendrían históricas conversaciones sobre el devenir de la República.

Con sus pies afincados al occidente de Venezuela y abrumado por la incandescencia solar del llano, Doménico Casabuona conversaba en la plaza Bolívar con don César Acosta Saldaña, cronista de la ciudad y honorable historiador quien, con sabia elocuencia, desgranaba conocimientos y recordaba el glorioso pasado de la Provincia de Barinas.

Sofocado por el calor, Doménico solicitó al anfitrión ser conducido al hospedaje: "*Con mucho gusto lo haremos pero, hotel propiamente tal no hay aquí en Barinas, sólo podemos ofrecerle la pensión de doña Estéfana Pérez. No está mal, cuenta con agua para bañarse y un cómodo chinchorro fabricado en la tienda de Pancho Acosta"*, corearon el historiador y don Carmelo Rodríguez, el panadero del pueblo, que se había incorporado a la conversación. "*Bañarme, no, sólo quiero ducharme* —dijo Doménico— y deletreando*, chin-cho-rro, qué es eso; no entiendo*". Tranquilo, amigo, ya conocerá usted las costumbres de esta tierra.

Pasada la hora del jumento, tal nombraba don Pedro Brito Arocha y de la Concha al soporífero mediodía barinés, Doménico volvió a la plaza trajeado de impecable lino beis. Su prestancia cautivaba a parroquianos y viandantes. Parabienes se escuchaban a voz en cuello, y hasta el mismísimo gobernador Arvelo Torrealba autorizó saludo protocolar al honorable visitante; también presentes, entre otros, el bachiller Herminio León Colmenares, Director de la Escuela Soublette, don Tomás Dávila y Celeste Tapia Canales. Trajeada con camisero de popelín rosa —rosa palo, para ser más precisa— su estampa, cual Nefertari barinesa, lucía bella entre las bellas...

Entre los mirones congregados, un grupo de barbilampiños cuchicheaba sobre el foráneo; entre éstos, un tal Víctor Esteban pretendía acercarse al mismísimo conde y tocarlo; imagen renacida del protagonista de una de sus novelas predilectas, parecía seducirlo. Su corazón palpitaba con fuerza y, exaltado, figuró ser Cagliostro. Los mozalbetes creyeron que Víctor desvariaba cuando lo vieron alejarse rumbo a la casa del Níspero. Detrás, como una larga, larguísima sombra, Trino Méndez Figueredo secundaba sus pasos; en su fuero interno atisbó sucesos trascendentes.

Concluida la comparecencia pública de Cagliostro y satisfecha la curiosidad pueblerina, don Herminio León Colmenares tuvo a bien invitarlo a conocer a la niña de sus ojos. Con la Escuela Federal Graduada Soublette como norte recorrieron el centro y, desde las ventanas, todas las miradas detallaban el garbo del italiano. Aunque con nombre aristocrático, pocos vestigios quedaban del señorial estilo de la nobiliaria Barinas. Escasos diez años habían transcurrido desde que el general Carlos Jordán Falcón remodelara en 1936, el Palacio del Marqués; y lo propio hiciera don Tomás Dávila con su histórica mansión de la calle Bolívar construida en tiempos del último traslado de la ciudad.

Ya en el recinto educativo, el orgulloso director presentó con nombre y apellido a los alumnos de quinto grado que se congregaban en el patio. *Este año, señor conde, el 24 de junio para ser más preciso, nuestra escuela completó la emblemática trilogía de sus símbolos patrios*, dijo emocionado

el maestro. *Nos faltaba el escudo y fue dibujado a plumilla por Víctor Esteban Ruiz*, *aquí presente*, y lo señaló con su índice. Todas las miradas convergieron en él… El ambiente se enrareció, al menos eso percibió Trino Méndez: *algo se trae entre manos Víctor, lo conozco como la palma de mi mano.*

Con el propósito de mostrarle el corazón de la urbe y su periferia, el egregio personaje fue objeto de múltiples agasajos. Celeste abrió las puertas de su casa y congregó lo más granado de Barinas. Tal el derroche de elegancia en manteles, cubertería, cristales y porcelanas, que Doménico sintió que paseaba por Brujas, Bohemia, Limoges, o el virreinal Perú donde, tiempos ha, comprara su utillaje de platería. Tierra de blancas mansiones, recordó haber leído en gacetillas viajeras; algo quedaba de ese pasado glorioso entre vecinos principales. Llamó su atención también la impresionante colección de frascos de cristal que adornaba estanterías de la botica La Equitativa, propiedad de Samuel Martínez Cartay, marido de la anfitriona.

Conocer el nombre del condumio lo dejó de una sola pieza. *Hervido zamorano de Celeste hemos preparado para usted*, dijo el orgulloso primo Rubén Osorio Canales. *Es un caldo plenipotenciario, cual corresponde a su egregio paladar*; *suerte de potaje preparado en consomé de carne y hueso de lagarto, alas, patas y pescuezo de gallina, con guarnición de tubérculos nativos.* Un puchero propio de la mesa del Buscón. Además de la prosapia nativa, se contaba entre los comensales a Juan Chejín y Salomón Sedán, precursores de la inmigración libanesa y respetados comerciantes locales. Don Arcadio Villafañe, con discreción, tomaba nota de los pormenores del festín como buen notario que era.

Con una romería bajo la tupida arboleda de mangos de La Carolina terminaría el periplo barinés; fueron los muchachos de la Soublette quienes se ocuparon de la organización del convite patrocinado por criadores locales. Paisanos y transeúntes acudieron a curiosear estampa y modales del forastero, y también disfrutaron del festejo. Carne asada con yuca cocida representaron la tradicional gastronomía llanera. Guarapo de caña de azúcar y chicha de arroz aliviaron la sed de los convidados; no faltaron espirituosas bebidas del gusto de homenajeado y señores de liquilique blanco (godos los llamaba el vulgo). Cuando crepúsculo vespertino y retirada de los fiesteros presagiaban el fin de la parranda, un trío de rezagados rodeó a don Doménico. Entre éstos, Víctor Esteban no sólo llevaba la voz cantante sino que se asimilaba a la sombra de Cagliostro; su alter ego confirmó Trino Méndez y, a pocos metros, Vicente Peña Pulido, boquiabierto, contemplaba la escena.

Cuando abandonaban La Carolina rumbo a la calle Bolívar franqueando potreros de Rafael Parra Bastidas e Ismael Centeno, Vicente se separó del grupo y, preocupado, buscó a su hermano José Valentín para conversar sobre Víctor Esteban. Fueron muy cercanos desde los años treinta cuando vivió con su abuela Mercedes en Pedraza; más que allegados, parientes del alma. Mientras los Peña cotorreaban sobre el tema, Trino Méndez ya había tomado camino diferente, decidió visitar a su tía Josefa María Figueredo en el cruce de 5 de julio con Libertad y, café por medio, compartió su tribulación: *no puedo abandonar a Víctor, un cabeza dura recalcitrante*. El correveidile del vecindario —redes sociales de entonces— tenía la lengua desatada. *Me pongo en el pellejo de doña Merce,* dijo la tía Figueredo*, menos mal cuenta con tan buenas vecinas*. En verdad Máxima, Rosaura y Bertha Benítez Santana más que amigas, compañeras de vida, habitaban el nimbo de sus querencias familiares.

A las ocho de la noche Víctor Esteban se encontraba ya en casa. Sin dirigir palabra a Mercedes se encerró en su habitación y pasó la tranca

de madera; ni a comer salió. El chismorreo de la esquina de El Mortero perturbaba el sosiego de la dama. Por boca de sus vecinas sabía que un tal Cagliostro había nublado el entendimiento de su nieto; ahora decía llamarse José Esteban y no Víctor. Ella, la verdad, nada comprendía. Rosario tras rosario imploraba al cielo misericordia y el Altísimo escuchó. A la mañana siguiente, risueño como si nada hubiera ocurrido, salió de su cuarto y le dijo: *Maché, voy a contarte mi verdadera historia. Yo soy José Esteban, como mi padre, no Víctor como me han mentado hasta ahora; así me lo dijo don Doménico Casabuona,* el *musiú del que tanto han hablado estos días, sobre todo en El Mortero. Él, haciéndose nombrar Conde Cagliostro vino a cumplir una misión y, realizada ésta, desapareció como por arte de magia. Me entregó un manuscrito llamado* ***Arañazos al tiempo****, en el que da cuenta detallada de cómo era Barinas en 1944, justo el año en que nosotros llegamos aquí espantados por el incendio de Veguitas. Mi obligación es publicarlo y más temprano que tarde lo haré, o dejo de llamarme José Esteban Ruiz-Guevara, con guioncito, como me rebautizó el italiano.*

En este instante nació para la posteridad el personaje Ruiz-Guevara y como tal vivió hasta su muerte. Soy hija de J.E. como también gustaba de nombrarse, pero he ocupado tiempo vital en recuperar del olvido a Víctor a quien conocía solo de nombre; conocía, en pasado, porque ahora puedo decir lo contrario, partida de nacimiento en mano. Algún día contaré…

Los cuarenta fueron años decisivos. Se instaló definitivamente en Barinas capital, estudió en la Soublette, hizo los grandes amigos de su vida, decidió nombrarse José Esteban y agregar el guioncito entre sus apellidos. Atrás quedó Víctor Esteban, el mozalbete que había transitado por Obispos, Pedraza y Veguitas junto a su abuela, la maestra Mercedes, viuda ya de Carlos Guevara Castillo.

En 1944 José Esteban Ruiz-Guevara inspirado en las ideas revolucionarias de don Carmelo Rodríguez, establecido en Barinas con la misión de fundar el Partido Comunista de Venezuela, se afilia a esta organización política y comienza su vida pública.

Cómo es la dolarización venezolana

por
FERNANDO TORRE CHALBAUD
fernando.g.torre@gmail.com

Es una dolarización impuesta por la mayoría de la gente, nunca fue una política oficial. Sin decir nada, por lo bajito, todos comenzaron a utilizar paulatinamente el dólar americano en el centro del país, junto al peso colombiano y al real brasileño en los estados fronterizos. La gente abandonó el bolívar por su pérdida diaria de valor. Todo el mundo lo hizo, hasta los jardineros. Hace tiempo, me dijo un taxista en confidencia: yo también tengo mi latica con dólares en el cuarto de la casa, para cuando se me dañe el carro poder arreglarlo.

Los pagos en dólares eran una especie de operación encubierta, porque era ilegal. El ensayo general de una operación pública en el uso de las monedas extrajeras, ocurrió en la oportunidad de los dos megaapagones. No había puntos de pago porque funcionan con electricidad, tampoco efectivo en bolívares, así que la única transacción posible era con moneda extranjera. En ese momento, todos nos dimos cuenta de que las cosas habían cambiado.

Este abandono del bolívar por parte de la población, ha obligado al Banco Central a retomar sus funciones de *controlar la inflación* y *mantener estable la tasa de cambio*. Lo han logrado a medias (la inflación sigue siendo muy alta), y esto ha sido a costa de un inmenso sacrificio de la población no dolarizada, que es la mayoría, quienes han visto desaparecer los avances sociales y económicos, logrados gracias al esfuerzo de las generaciones precedentes. Sin embargo, como esta nueva situación no genera confianza, pues todo es tan efímero e incierto, nadie quiere soltar los dólares para volver al bolívar.

La gente recibe el sueldo en bolívares, el cual se ajusta periódicamente de forma precaria. Lo que sí está en dólares es el precio de todas las cosas, pues ahora es legal colocarlo, pero los comercios se cuidan de hacerlo por la inseguridad jurídica, de manera que colocan con cierto eufemismo *Ref.,* en lugar del símbolo *$* de la divisa norteamericana.

Lo que hace mucha gente ahora es tener otro trabajo, lo que antes se llamaba *matar un tigre*, pero creo que se extinguieron porque todos andan de cacería. Cada vez es más difícil *conseguir un tigre* que no haya sido capturado por alguien.

Así, que se ha hecho normal tener un segundo trabajo, o vender algo dolarizado en la oficina. La ventaja para muchos es que el Estado colapsó, por ende, no hay controles de asistencia para el personal. Eso permite que muchas personas se dediquen al rebusque. Las principales fuentes de dólares son las remesas y los ahorros de la gente en cuentas en el exterior, pero eso es solo para el común. Los comerciantes, tal vez por el origen extranjero de muchos, están claros desde hace mucho tiempo, que todo ingreso debe convertirse a *moneda dura*, así lo llaman. De manera que se crea un mecanismo perverso que promueve la salida de capitales, desestimulando la inversión y el ahorro nacional.

Ahora los cajeros automáticos dan bolívares, antes no daban nada. Hoy en día, puedes sacar hasta cincuenta bolívares diarios (unos diez dólares), que sirven para las propinas o el pasaje de transporte público, según sea el caso, aunque las camionetas aceptan moneda extranjera, hasta en San Cristóbal. En realidad, todo en el comercio se paga con punto o transferencia electrónica.

No existe el crédito, ya que se ha restringido casi en su totalidad a través del encaje cambiario. Es decir, el Banco Central, en la práctica, no lo permite. Esto se hace de esta manera, porque el mejor negocio era pedir un *crédito en bolívares*, cambiarlo a *dólares*, y luego pagarlo en cómodas cuotas de *bolívares devaluados*, se decía. Esto se hacía, fundamentalmente, con el crédito comercial, por lo que no era negocio satisfacer al cliente. He conocido empresas que contrataban personal adicional para manejar únicamente el negocio de los dólares. La mayoría de las tarjetas de crédito tienen como límite un bolívar, pero nada se puede comprar con esa cantidad; un café, por ejemplo, vale más. En teoría, puedes solicitar un aumento en el límite de crédito, pero te piden un papelero y luego te dicen: *aquí entre nos, no lo procesamos*.

En realidad, muy pocos venezolanos pueden comprar algo. Se estima que tan solo quedan entre tres y cinco millones de consumidores reales, gracias a que están dolarizados. Allí están:

— Aquellos que trabajan en la *empresa privada* y tienen sueldos en dólares (generalmente entre cien y trescientos dólares mensuales, más un emolumento en bolívares),
— Quienes reciben *remesas*, por lo general perciben cien o doscientos dólares mensuales.
— Los que tienen un *emprendimiento*. Estos han sido favorecidos por la pandemia porque se ha desarrollado el *delivery* y las *redes sociales*, lo que les permite operar desde sus casas, creando una identidad de negocio sin realizar inversión alguna.

Así vemos que la población venezolana hoy se divide, sobre todo, en los siguientes segmentos:

— Quienes están *fuera del país*: se estima que allí está entre un veinte y un treinta por ciento de la población.
— Aquellos que *están aquí y son consumidores reales*: como dijimos, de tres a cinco millones de personas. Hacia ellos están dirigidos todos los esfuerzos de mercadeo, por ser el segmento que ofrece mayor rentabilidad.
— Finalmente, quienes se quedaron, pero perciben *ingresos apenas para subsistir*. Como diría Leopoldo Abadía, son consumidores o clientes "*ninja*" (*'no income'*, *'no jobs'*, *'no assets'*); es decir, *sin ingresos, sin empleo fijo y sin propiedades*. Son la mayoría, personas sin esperanza. Esto ha creado una desigualdad social inimaginable en tiempos de la democracia. El coeficiente Gini ya ni se menciona. Un aspecto interesante de esta situación de muy bajo o casi nulo consumo, es que representa la principal barrera para el crecimiento de las empresas y por ende de la economía.

Hemos perdido mucho en la última década, se estima que nos tomará cincuenta años recuperar el nivel de prosperidad que teníamos. Bueno, eso es si empezamos mañana...

Ausencias amables de la ciudad encantada...

por
MARLENE MORALES SUEKE
marlensueke@gmail.com

Quizás la primera vez que disfruté los cuentos de Julio Garmendia fue en aquella época en que mis hijos eran pequeños y yo caminaba, con mi voz, por las hojas de papel que sus ojos recorrían conmigo cada noche. Aunque también de día, en las tardes lluviosas, con nuestras tazas de chocolate tibiecito.

En esos días, Mérida era una burbujeante copa de jugos naturales y cultura derramada en cada esquina. Aunque todos sabíamos que Mérida seguía siendo, al mismo tiempo, la ciudad de los encantos. Si nos quedábamos atentos y silenciosos por un largo rato, lográbamos ver el maravilloso nacimiento de alguna nueva laguna. Como cuando brotó, o se posó, en una sola madrugada, la laguna Santa Rosa en el medio de los edificios en construcción de Las Tapias. En esa oportunidad, se apresuró la laguna, pues se rumoraba que en ese espacio baldío no pondrían ningún parque para niños sino un hotel tres estrellas. Los encantos decidieron entonces que ese sería el mejor lugar para la laguna. Veinte años después le llevé un manojo de poetas y le hicimos un hermoso recital a la Laguna.

En aquel entonces, si me sentía un tanto desesperanzada vagaba por las plazas grises pero amables. Siempre había algún árbol herido, como yo, que se dejaba abrazar o que se deleitaba escuchando mis tan pequeñas penurias con su ternura de madera. Podía dejar en algún huequito entre sus raíces mis lágrimas. Me gustaba luego de la conversación quedarme a ver alguna paraulata bebiéndose mi pozo. O contemplando el suceso extraordinario en que Arco y Arca salían luminosos con su sonrisa de colores a espolvorearme su magia de matices.

Si quería que alguno de mis hijos se zambullera en vivir la ciudad y sus bondades nos íbamos tomados de la mano por alguna calle, cualquier calle merideña. La recorríamos llenándonos con el aliento de los araguaneyes alegres y conversadores; tomábamos fuerza de sus ceibas antiguas y frondosas que nos miraban con sus grandes ojos desde la cintura de su tronco; suspirábamos la frescura de aquella neblina silenciosa y serena en

sus modales, neblina que a mí me hacía pensar que estábamos en algún lugar cercano al cielo.

A mi Lenimar, en la escuela, nunca hallaban dónde sentarla o junto a quién. "Su hija no para de hablar, ya no sé dónde acomodarla. Usted debe decirle que a la escuela no se viene a hablar". Me decía su maestra al borde de la angustia. Yo, la miraba asombrada (a la maestra) y me decía a mí misma: ¿Y quién puede detener a un manantial de ideas? Ya entonces, a su corta y breve edad, Lenimar Nairt nos organizaba los paseos: "Hoy vamos a buscar apamates rosados. Y los dibujamos con lo que tengan a su lado, una calle, una casa, una plaza". Si ese era el plan, nos llevábamos, en los morrales, creyones prismacolor y libretas con hojas blancas que al final del día no les quedaba ni un espacio sin pintar.

Este es un recuerdo hermoso para mí, que ahora me llega como una fragancia amada o como el olor del café recién colado. Ahora mi niña se dedica a diseñar ciudades amables y anfitrionas de árboles; urbanismos para florecer la diversidad; plazas y jardines para el encuentro. Allá, al otro lado del mar, en la ciudad de Gaudí, el arquitecto de lo sagrado y del mosaico. Lenimar ahora disfruta recorriendo las calles, hablando catalán, español, inglés o cualquier otro idioma necesario para entender el corazón de su dulce y alegre amigo hablante del francés... ahora esposo... o de quien por algún momento se detenga a su lado o la acompañe en el camino.

En nuestros caminares, de los días azules de la Mérida cordial, íbamos encontrando cantidad de personas volcadas en sus diversos haceres y saberes, con quienes compartíamos: Titiriteros, como Humberto Rivas, su esposa Betty Osorio y sus hijos: Jicacuy y Fabricio que de un pañuelo de colores hacían exóticas mujeres wayuu danzantes. Cuando Humberto silbaba melodías o cantaba sones inmediatamente la gente llegaba a las plazas a ver bailar a las tejedoras. Aún hoy siguen los Humbertos viajando por el mundo con su maleta de muñecos. Nuestro querido Humberto partió, un diciembre, un poco más allá de las nubes, llevando sus trompos, los juguetes de madera que venía tallando con su mirada dulce, inteligente y juguetona para los angelitos.

Poetas, como Pepe Barroeta que se sentaba con su mirada de mar en algún café de la ciudad y le bastaba cerrar sus ojos para recordar la Teresa de su corazón y llenar mesas y sillas de poemas, como flores de araguaney. Pepe se nos fue temprano y Teresa (Espar) se regresó al otro lado del mar porque, extrañamente desde que Pepe partió, las flores amarillas dejaron de traerle versos.

Rescatistas andinos como Eduardo Gómez, Deima Fuentes, Juan Pablo Sánchez y el otro Pepe (José Luis Lamas Cruz), entre otros, quienes se iban en grupo a las montañas nevadas a buscar gente que extravió sus caminos por andar viendo frailejones o siguiendo cóndores. Con el Grupo Andino de Rescate organicé un precioso Programa: Pioneros Conservacionistas, dirigido a niños y adolescentes familiares del personal de la Facultad de Ciencias Forestales de la Universidad de Los Andes, que duró varios meses en los espacios de la Facultad. Deimita un día decidió regresar a la orilla del mar donde había nacido. Tal vez para bucear en sus profundidades con el horizonte abierto. Pepe aún sigue rescatando, de los encantos de las lagunas andinas, a los perdidos.

O nos encontrábamos en las calles merideñas con percusionistas como Rodolfo Aranguibel que decidió volver a su Caracas con sus quitiplás y su tambor de Calipso... o como Mario Calderón, que en sus momentos libres tallaba juguetes y carruseles. Hasta que un día, en sus ratos de ocio decidió tocar tambor, y dedicar el resto del día y la noche a dialogar con la gente diminuta que, intuía, estaba oculta en algún pedazo de madera. Hace pocos años la Unesco (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia

y la Cultura) le dio un premio a Mario por ello… La última vez que lo vi seguía con sus juguetes cerca de la Plaza Milla.

A veces, mis hijos y yo, en aquellos tiempos, nos íbamos a tejer con Héber, pasábamos horas mirando la sierra para descubrir los ciento un matices de grises que en ella se enredaban como hilos de un gran tapiz. Él se fue a vivir a la isla de Margarita con toda su familia, quería recoger el resplandor del mar para tejerlo en la mirada de sus hijas. Antes de irse nos dejó a sus pupilos María Eugenia Dávila y Eduardo Portillo con sus fibras de lana y algodón, y sus cultivos de morera para criar gusanitos constructores de delicados capullos de seda que ellos aprendieron a deshilar e hilar en las lejanas tierras de la China, en uno de sus tantos viajes por el mundo en búsqueda de fibras. En Mérida, si eres realmente merideño debes tener en tu casa, una cortina, un cojín, una bufanda o algo, cualquier cosa, tejido por estos seres que tejen, tejen, tejen, y cuando no tejen viajan a conocer tejedores de otras culturas del mundo.

Sí, Mérida, la de los pintores, agricultores, queseros, apicultores, guardias forestales o guardias parameros. Como esa pareja hermosa que cuida a Combatiente, nuestro cóndor, en el Páramo de Mifafí. Ese que se acerca a mí cuando voy a visitarlo y se inclina como caballero de la Mesa Redonda de Arturo, al saludarme. Una vez mis hijos y yo le llevamos de visita siete Navajos-Dineé, un Cacique Guaraní, y un Abuelo Uitoto. Todos querían una de sus plumas blancas. Pero Combatiente solamente se las suelta a las mujeres de su corazón.

Todos ellos y muchos otros preciosos seres eran amigos nuestros. Gente querida. Aún lo son.

El colibrí me regresa al ahora, llega hasta mí con su canto de zumbidos y silencios, mientras me acuno en la mecedora. Sacia su sed, siempre como de prisa y sigue su camino. Pienso, y no sé cómo fue que se pasó tan rápido ese tiempo en que Raúl apenas tenía ocho años… Recuerdo que cuando Raúl, mi hijo, me veía friendo un plátano o cocinando cualquier cosa verde, se iba a la salita de las mecedoras de cardón, y desde allá anunciaba: "Yo no puedo comer ahora, mami, tengo que terminar de leer este periódico, porque aún me falta la sección de los políticos". Ciertamente la leía, y luego venía a comentarnos que Teodoro Petkoff dijo *tal cual*, como siempre, algo para reflexionar. O que fulanito siempre dice que hará y hará: "Pero, Mami, yo nunca veo que salgan las noticias de que hizo lo que dijo que iba a hacer".

Raúl siempre ha sido un enigma… o algo así. De día leía libros de historia y política, desde chiquito. Lo del gusto por la historia lo heredó de su abuelo Tulio Arends quien, cuando todos jugábamos, se dedicaba a seguir el hilo de la vida de algún personaje, como Sir Gregor Mc. Gregor, y hacía un nuevo libro de historia. De noche, Raúl disfrutaba dormirse escuchando de mí o leyendo él mismo poesías. Los libros de Benedetti estaban entre sus asiduos poetas nocturnos. Y luego veíamos, de pronto, a Raúl sacando una corbata de alguna gaveta, y poniéndosela para salir a Los Chorros de Milla o al Parque Los Caobos en Caracas. "Hijo, para qué te pones esa corbata, solo vamos a jugar al parque, mi amor". "Mami, acuérdate que voy a ser presidente y tengo que usar corbata desde chiquito para irme acostumbrando". Claro que ya a la media hora la corbata quedaba colgada de algún árbol o en un banco de madera; su camisa totalmente salida del pantalón, estrujada y llena de cualquier barro que se le atravesara. Siempre sonreído mi Raúl. En la familia se lo turnan porque saben que, al tenerlo cerca, la risa crecerá como sol amaneciendo. Y bien, sí, llegó a ser… vicepresidente. Pero… de la Asociación de Estudiantes de su Facultad. No usó nunca corbata y decidió que ese tipo de cargos de presidentes y afines no le gustan para estos

tiempos. Prefería ayudar al mundo en el día a día con su trabajo.

Si alguna vez quisiera darle yo un regalo a mi ciudad adoptiva: Mérida, la de la Sierra Nevada, que me recibió y acunó mientras yo me hacía esposa, mujer, madre, profesional (en ese orden). Tal vez le escribiría en un papel de seda esto que dijo, pensó, escribió Raúl, uno de esos días recientes en que vino desde oriente con su amor a visitarme a casa:

"Mi casa/ ... mi mamá,/ la gente buena/... l@s panas,/ el fresquito,/ los pastelitos de La Parroquia,/ La Nota / El Hoyo del Queque,/ la vía al Páramo.../ Coño! / Ahora no me acuerdo por qué es que me fui de esta ciudad".

Sonó el teléfono. Es Raúl. "Mamá estoy saliendo a la montaña con Marisabel. Dormiremos allá. No sé si esta noche, en la madrugada, o mañana en la tardecita, junto al río, le daré su anillo de resplandor de nube y una gota de esmeralda... Ya te contaré qué se me ocurrió y cómo lo hice... Y que ella te cuente luego lo que me respondió. ¡Bendición, madre!

Y, sí, se casaron en Caracas.

Cuando nació Alejandro, llegó con su mochila de papagayos azules y naranjas; su mirada de puerta abierta hacia la fantasía; con sus dedos prestos a dibujar en finas líneas los personajes más singulares. A pesar de todos los esfuerzos que alguna maestra, poco fiel a su misión verdadera de nutrir la imaginación, fanática del calcado, hiciese por desanimarlo. No lo lograron, al contrario. Dibujaba todo lo que iba encontrando a su paso, con su mirada larga. Alejandro, desde que despertaba comenzaba con sus relatos interminables e infaltables de lo que había soñado mientras dormía. Recordaba cada diálogo, cada detalle sucedido en ese mundo. Y era vital que todos nosotros lo escucháramos a lo largo del día, para poder irse nuevamente al anochecer a volar en su mundo de sueños. Había días en que al desayuno se traía algún amiguito y hasta a sus papás. Le dábamos sillas, le servíamos platos y comida, y hasta hablábamos con ellos, siempre siendo Alejandro el intérprete entre nosotros y sus amigos de sueños. Si alguna madrugada se osaba colear alguna pesadilla, teníamos nuestras estrategias y medidas contundentes para ahuyentarlas, y dejarlo a él, tranquilo, visitando mundos distintos en sus vuelos nocturnos mientras nosotros dormíamos.

Es cosa cierta para nosotros que cuando estamos atentos a lo mágico en el otro, nos suceden cosas fantásticas como aquello de que, en mis recorridos por el mundo, un día, en un espacio tan normal como la oficina de un ministro, donde habíamos sido convocados, conocí a un extraordinario abuelo llamado Miguel Ángel Jusayú. Este hombre moreno, usaba grandes lentes oscuros, lo que me indicó que probablemente no veía. No nos conocíamos. Tal vez percibió mi fragancia de naranjas frescas, y vino, y se sentó a mi lado, con sus ojos de corazón. Comenzó súbitamente y sin preámbulo, en voz baja y confidencial, a hablarme de los sueños, como si hubiese sentido mi fascinación por ese mundo, como si hubiese intuido mis años dedicada a escuchar los sueños de mis hijos, y los amaneceres anotando en cuadernos mis propios sueños dorados. Me dio algunas claves para estudiarlos, para leer las parábolas de sus mensajes, y me dijo con precisión que las pesadillas hay que contarlas para que se desvanezcan. Miguel Ángel Jusayú resultó ser un precioso relator y escritor de los mitos y cuentos maravillosos de su cultura, él, tesoro viviente de la cultura wayuu, quien logró que gente de dos mundos lo escucharan.

Pasaron muchas lunas, muchas tardes se fue el Sol a dormir, muchas noches de insomnio estudiando. La Tesis de Grado de Alejandro fue premiada por su creatividad. Surgió de una de esas líneas que a él le gustaba perseguir y dibujar:

el contorno de las costas de África recibiendo la silueta de la América del Sur y sus destellos, cuando el mundo era circular y se abrió como flor.

Alejandro ya venía, desde antes de llegar a la cuna, de mi vientre cósmico y alado, con la idea clara de encontrar a su esposa y compañera de lecturas fantasiosas, aquí, de este lado verde del horizonte. Amor que él llegó buscando desde su amanecer: "Mamá, y ¿con quién me voy a casar yo?". Pregunta existencial que hizo a sus cuatro años. Ha sido para mí un gran placer mirar juntos, los dos, madre e hijo, el mundo como una gran semilla de caoba, repleta de fantasías y sueños, y volverlos realidad día a día. Tejerle yo, mientras soñaba él, sus alas, y mirarlo desplegarlas en toda su inmensidad. Como un cóndor violeta que se alimenta de flores y nobleza. ¿Quién dijo que los sueños no se hacen realidad? O ¿que la realidad es solo un sueño?

Al encontrarla él a ella, o tal vez fue al revés y ella lo encontró a él. Desde ese instante, María del Valle, con su mirada despejada de mar y valle, se unió en ese mismo afán. Cultivar y florecer la fantasía compartida con su amor, y sus sueños bondadosos. Ella traía consigo, heredado de su padre, la amplitud y profundidad del mar y sus secretos, acostumbrada a caminar Macuto por la delgada línea entre arena, orilla y ola. Él, la frescura de la montaña de El Ávila, la altura y resplandor de la andina Sierra Nevada, moisés en que lo mecimos. Es curioso saber que el papá de María del Valle estudió en esta tierra andina y luego regresó a su mar. Y que nosotros nos vinimos del cerro El Ávila a vivir a la ciudad de las nubes. Aquí, llegó ella, atravesando cerro, llanos y montañas: las alas compañeras de mi hijo. Nosotros decimos que los sueños son realidad posible. Y que la realidad es el camino de un sueño.

Así que, ¿quién sabe?, si aquellos días en que Alejandro a sus seis años, modelaba en plastilina de colores junto a sus hermanitos, en esas tardes fucsias y brillantes que compartía con Leopoldo Ponte, el cineasta, y otros niños de la ciudad nublada, mientras modelaba, creaba, con inmenso detalle los personajes del cuento Manzanita, de nuestro Julio Garmendia; entonces, ¿quién sabe?, iba entendiendo a su vez el lenguaje de cada una de las esplendorosas frutas venezolanas, escuchaba sus sentires del momento, dialogaba con ellas de las cosas de su propio corazón, mientras las llevaba, en su dulzura, dentro de sí mismo, a los pies del gran mango. O tal vez, sucedió todo al revés, y esos diálogos cotidianos de Alejandro con los seres de los mundos, todos muy reales para él, a quienes cuidadosamente les ponía nombre, consiguieron un amigo en Julio. Ese venezolano que se atrevió a escribir cuentos inverosímiles. En asombro se encontraron allí: el niño, el escritor y la alegría de la fantasía.

Al pasar de los años, en la mecedora de caoba, releo a Garmendia. Hoy, la brisa se enfría con olor de nevada. Sonrío, porque la neblina vino a visitarme como en aquellos tiempos. Cierro los ojos suspirando largo rato. Puede que broten flores de apamate rosado mientras tanto. Cuando los abro, el colibrí afanoso bebe de las flores moradas de mi jardín. La gata de tres colores de mi vecina vino a mirar, quieta, a algún mundo que yo volteo entonces a ver; la paraulata que alimenté hace años me canta sus nanas desde el viejo árbol.

Las calles merideñas ahora no encienden sus faroles. En el país, por estos días, no hay pasajes. Estoy a la espera para salir a visitar otras culturas lejanas, muy lejanas. Ahora, yo soy una de las esquinas merideñas burbujeante de mundos y culturas. Alejandro y María del Valle, por estos tiempos, viven a la orilla del mar. Ella hace jugos con los colores del atardecer que viene a visitarlos cada tarde. A veces, cuando están nostálgicos, él moldea y hornea galletas del color del sol de los venados.

Todos mis chamos se mueven de incógnito entre multitudes, con sus alas medio ocultas en bolsillos y morrales, y sus sonrisas cómplices; ayudando a hacer camino a las personas para construir sus propios papagayos de colores, también a encontrar y abrir sus propias puertas, enseñándolos a leer poemas en las flores regadas por las calles… con la confianza de *La hoja que no había caído en su otoño*.

Elegía para José Manuel Briceño Guerrero

por
ANTONIO EDUARDO DAGNINO
antonioeduardo108@gmail.com

Christina Briceño Clarac de Fustec, me pidió, a raíz del fallecimiento de su padre (enterada desde niña que fuimos amigos íntimos desde 1966 hasta los 90 y tanto), algunas anécdotas sobre ese hombre carismático, de palabra incisiva y una seriedad y un dominio intelectual admirable, que le permitía tratar con familiaridad los temas más *terre à terre*, más 2 y 2 son 4, y los temas imponderables donde se explaya el misterio. Asumo esta tarea, agradecido, pues me permitirá comulgar de nuevo con uno de los seres realmente notables que he tratado a través de estas instantáneas o minivideos de algunos momentos fulgurantes compartidos con él.

El poeta Rafael Cadenas, en 1966, fue quien me sugirió que buscara a José Manuel Briceño Guerrero cuando me instalara en Mérida, "Porque ambos tienen mucho en común". Y así fue: La primera noche que lo busqué en su pisito de las residencias Hernández (Qué yo conocía bien) pues viví un año allí cuando estudiaba bachillerato, nos sorprendió la mañana hablando del misticismo oriental y el esoterismo occidental, de Blake, Rimbaud, y Whitman, de nosotros mismos y América Latina en el mundo. Desde entonces nuestra cercanía fue creciendo hasta tratarnos como familia para que finalmente yo, hermanito impertinente, decidiera darle una lección a mi hermano grande.

Momentos Fulgurantes:
Una noche, poco tiempo después de conocernos, salimos de paseo en mi camionetica Hillman y remontamos La Panamericana vía Jají. En ese entonces esos parajes eran despoblados y uno sentía que iba entrando en el aura virginal de la naturaleza, mientras ascendía perezosamente por las curvas empinadas que bordeaban los flancos rotundos de la montaña.

No sé de quién fue la idea de detenernos, y caminar entre los árboles hasta el borde de ese abismo que separa la Sierra del Norte de la Sierra

Nevada. A nuestros pies las luces amarillentas de Ejido, que aún era un pueblo pequeño alejado de Mérida, iluminaban tenuemente el fondo del valle. Ante nosotros, casi brillantes bajo una luna esplendida, se perfilaban las moles silenciosas, majestuosas, de los picos Toro y León.

En ese filo se nos acabaron las palabras y nos quedamos anclados en nosotros mismos contemplando esa inmensidad.

La única nube plateada, pequeña, compacta, que se hinchaba en la limpidez de la noche, estaba situada, inmóvil, en el corazón de la cumbre bicorne como un lucero blanco en el pecho de un enorme toro negro. Inesperadamente, propulsada por una ráfaga de viento que comenzó a mover las ramas y alborotarnos el cabello, se empezó a deslizar hacia nosotros y mientras se acercaba, como si quisiera comunicarnos algo importante con su metamorfosis, fue cambiando de forma.

A medio camino, incendiada por la luz de la luna y flotando entre las dos serranías, se transformó en un carruaje ligero, elegante, manejado por un auriga vertical deporte clásico que empuñaba las riendas de dos corceles indómitos, lanzados galopando hacia nosotros.

Justo antes de disolverse en el bosque a nuestras espaldas y abrazarnos con su manto de niebla húmedo, tuve la certeza (y el corazón me saltó en el pecho) de que un arquetipo consciente, vivo, se había vestido de nube para deletrear, en forma de imagen simbólica, un mensaje trascendente.

No sé lo que pensaría José Manuel de esa experiencia tan hermosa, tan vinculante, tan inusual, en relación a nuestra naciente amistad. Pero la mirada que me lanzó después del último careo con el auriga y sus corceles indómitos, tenía la misma intensidad acerada que la pregunta que me hizo después de que la nube se hubo disuelto entre los árboles: ¿Tú sabes lo que significa eso, Antonio?

En cuanto a mí, yo interpreté que los caballos éramos él y yo, hermanados por un vínculo kármico y destinados a un trabajo de alta consciencia, simbolizado por el auriga majestuoso que lo conducía por el secreto y la bastedad de nuestros Andes.

Solo después cuando estudié con José Manuel los diálogos de Platón y descifré en Indostán la simbología de las carrozas de Jagatnath y Surya Dev, entendí cabalmente la riqueza de significados y la metáfora que encierra ese arquetipo de la psiquis o de la unidad en la dualidad.

—~—

Desde que conocí a José Manuel, me di cuenta de que era un hombre sin frivolidad alguna, totalmente serio, empecinado en su misión vocacional; aunque también, paralelamente, tenía un humor del carajo y te podía matar de la risa. En ese entonces vivía solo y su mujer no cuidaba de su apariencia: vestía trajes arrugados, corbatas baratas y no tenía ni barba ni carro. A mí me parecía un hombre salido de otro siglo más sabio y no entendía por qué sus colegas lo odiaban tan enconadamente. (Yo llegué a escuchar que era un agente de la CIA plantado en la Universidad de Los Andes, también que era un peligroso brujo negro responsable del suicidio de un actor y hasta que su título de doctor en filosofía de la Universidad de Viena era falsificado).

El tipo levantaba roncha.

Tanto así (En la elite de extrema izquierda que controlaba la facultad de humanidades) que Lubio Cardozo no lo incluyó en varias ediciones de su diccionario de escritores venezolanos, a pesar de haber publicado ya sus primeros cuatro libros.

A propósito de este afán por destruirlo o por correrlo de la ULA, tengo una anécdota: yo conocí a Sócrates en el Centro Experimental de Arte, cuando se acercaba a los talleres, con su flus gris

y su maletín negro, a reunirse con los alumnos de la juventud comunista; sabía que estudiaba humanidades, pero no mucho más, ya que yo tampoco era santo de su devoción. Unos años más tarde nos encontramos (¡Asombrados!) en pleno centro de Delhi, esa ciudad tan populosa del otro lado del mundo. Ahora él se llamaba Jaquy (Por los brujos Jaquy de los libros de Carlos Castañeda) y era un hippie lanzado, fumador de ganya, trotamundo. Una tarde, recordando a Mérida, me contó con la cara muy lavada que el Partido Comunista lo había llevado allí desde Caracas y lo había plantado en la clase de Briceño Guerrero para que armara peo, lo sacara de quicio y alzara a los alumnos contra él. Luego se carcajeó de buena gana y terminó admitiéndome, con los ojos brillantes, que antes del fin de ese semestre había sucedido todo lo contrario: fue Briceño quien demolió sus defensas y lo hizo entender: "Que no era más que un zombie idiotizado por una ideología muy estrecha a quien le salía, si quería ser autentico, dejarse de huevonadas, sacudirse y despertar".

¿A cuántos alumnos cegados por sus prejuicios, su ignorancia, su cobardía, su soberbia o su violencia no les habrá abierto los ojos como a Jaquy durante sus más de cincuenta años de labor docente el doctor Briceño Guerrero?

—~—

Pocas veces vi a José Manuel asustado. Una de ellas fue una mañana que pasé por su apartamento y lo encontré ojeroso, agotado, con una sombra de pánico en el fondo de los ojos. Cuando lo logré sacar fuera de casa y lo llevé a comernos una arepa, me confió, con una cara ensombrecida pero guerrera, que había pasado toda la noche trabado en una lucha feroz para no dejarse arrastrar hacia una garganta terrible, que desembocaba en un terrible abismo gélido, por el ánima de su gran amigo César Dávila Andrade, quien acababa de suicidarse en Caracas y se lo quería llevar con él.

Yo nunca había escuchado algo así y quedé asombrado. Solo algunos años más tarde, cuando para cumplir con una práctica tántrica y enfrentar mis pánicos, tuve que pasar dos semanas durmiendo en un crematorio antiquísimo en la rivera del Santo Ganges, y se me dio la capacidad de situarme al borde del tiempo humano y comulgar con las ánimas, protegido por la gracia de mi gurú.

Cuando yo llegué a Mérida de profe, Jorge Luis Borges era mal visto por razones políticas por gente mediocre y poderosa en la ULA (la misma que más tarde le negaría el Doctorado Honoris Causa). Muy pocos lo leíamos entonces con fruición. Entre ellos, por supuesto, José Manuel, que además, fue quien me lo hizo descubrir. Así es que me interesé muchísimo cuando supe que se habían conocido por medio de un amigo común en París. He aquí lo que me contó dicho con mis propias palabras:

Luego de que nos presentaron, yo, consciente de que dialogaba con un ciego, me describí así: edad, traje, rasgos, color de los ojos, la barba, el cabello. Eso lo complació y la conversación, sobre temas universales y temas latinoamericanos arrancó sabrosa y fue muy fluida y espontanea.

Hasta se me abrió campo para preguntarle (cómo tú y yo lo hablamos alguna vez) si la simbología oculta en su obra y su talante metafísico eran ambientaciones, coloraturas de la trama y artificios literarios o si obedecían a arcanos de alguna escuela iniciática. Su respuesta de la que no dudé un instante fue sorprendente: su iniciador en los estudios ocultos, que se tornaron una de sus pasiones fue un albañil que estuvo refaccionando su piso de Buenos Aires. Y, él sí, pertenecía a una antigua escuela de sabiduría.

Cuando Borges se enteró de que José Manuel hablaba griego antiguo, le pidió que recitara un verso de la Ilíada y él escogió el primer canto. Y

tanto le emocionó que se le salieron las lágrimas y cuando su compañera le recordó que le esperaban en una cadena de la televisión francesa, no quería cumplir con la cita y le rogó a Maria Kodama que cancelara la entrevista. Ce'tait trop. ¡Había que hacer algo! Y fue Briceño quien se levantó y convenció a ese gran señor (son sus propias palabras) de que ya habría otra oportunidad para seguir disfrutando juntos de la música de Homero.

—~—

Cuando tuve que estudiar en el bachillerato lo que entonces se llamaba Historia de América, comencé a preguntarme en serio cual sería el lugar de Latinoamérica y su aporte al mundo. Yo había estudiado sexto, séptimo y octavo grado en Niagara Falls y ante el desarrollo y el empuje norteamericano nuestra cultura mestiza no quedaba muy bien parada. En París, donde había viajado a los 19 años para poner distancia con la familia y la patria y formarme como artista plástico, y también en mi primer viaje a la India en 1964, esa pregunta sobre la identidad latinoamericana no hizo sino crecer, al contacto, más a fondo, con la cultura universal. Pero no fue hasta que me instalé en la Mérida de los Caballeros en el 66, que pude encontrar, en Briceño Guerrero, a alguien que se la tomaba aún más en serio que yo. Por eso me interesó tanto su libro América latina en el mundo y, 15 años más tarde el Discurso salvaje. No voy a entrar aquí en valoraciones de estas obras ni de aquellas, firmadas por Jonuel Brigue, que he leído y releído con la curiosidad apasionada de un muchacho enamorado de los viajes hacía el centro y de las elipsis entre Adam Lilith y Adam Kadmon. Hago referencia a esto porque en 1968 coincidimos en México. José Manuel en la Escuela de Estudios Latinoamericanos de la UNAM y yo, infinitamente menos culto y coherente que mi polifacético y terco amigo, pero más intuitivo y aventurero; persiguiendo, en colita, con una banda de freaks –en la geometría sagrada de las pirámides y los santuarios de los toltecas y los mayas– una visión directa, una comunión con los númenes inmortales de esas espléndidas civilizaciones brutalmente descabezadas, y también con el Uno creador del universo y señor o señora de todas las religiones actuales o pretéritas.

Antes de marcharme a México José Manuel había comenzado a sufrir vahídos fuertes que lo solían agobiar. Yo presencié uno en lo de Micaela Romanovich, tan querida por ambos, y la abuela ucraniana tuvo que esforzarse para sacarlo de un bajón inerme de palidez cadavérica. Pero yo, que también conocía de ascensiones y bajones brutales, dejé de preocuparme cuando Elías Rad Rached, quien entonces era su llave, me sugirió que no se debía a un mal fisiológico sino a la somatización de un quiebre o una mutación que nuestro amigo había experimentado al terminar su Triandáfila, pues ese libro no era solo una historia simbólica; era, sobre todo, la transcripción de una experiencia iniciática vivida intensamente.

Una experiencia iniciática siempre implica una muerte (Al tiempo, el devenir, el ego) y una resurrección en Aquello que no se puede nombrar. Quizá nuestra visita a Teotihuakán no nos dio sino claves indirectas sobre la identidad latinoamericana en general; sin embargo, nos permitió comulgar –hermanados– con el misterio que sobrepasa al hombre en esta tierra de gracia y en todo el mundo, y avanzar cada quien a su manera hacia la individuación.

He aquí una aproximación, escrita entonces, de nuestra visita a la Ciudad de Los Dioses:

Teotihuakan
La chispa, la fatal iridiscencia
que se produce al pase del infinito
por el instante.
Gabriel Armand

Charlando sabroso sobre la simbología de las catedrales, las pirámides egipcias y el arte prehispánico, llegamos al amanecer desde México DF. José Manuel no había querido comer el peyote que le ofrecí, mientras yo sí había mascado en ayunas varios botones amargos. Cuando salimos del complejo turístico al borde de las ruinas comencé a sentir el poder del cactus y a conjurar su numen, para que –elevándome– me mantuviera sereno frente a cualquier eventualidad. Cruzamos la Calzada de los Muertos y penetramos el portal de la Ciudadela, especulando sobre la eternidad y la tumba, y me llamó la atención que José Manuel comentara que en la pirámide de Tlalok-Quetzalcoatl, aún hoy día se confiere una altísima iniciación Rosacruz.

Atravesamos, silenciados por presencias difusas, un patio mandálico y en su centro escalamos un túmulo de piedras que alguna vez fue un altar… Allí mi amigo se puso pálido y se quedó inmóvil, sobrecogido por un pavor o un éxtasis inesperado y fulminante. Yo lo tuve que sostener por los hombros para que no cayera y ayudarlo a bajar a contrapiés las escalinatas gastadas por los siglos y la intemperie.

Después de reposar un rato, cuando le volvió el color y la geometría a su perfil rotundo, le insistí (con impaciencia imprudente y la autoridad que confiere el cactus sagrado) que subiera conmigo a la pirámide. Él –varado por un respeto ancestral y un temor que velaba su mirada– no quería; pero logré ser persuasivo y con pasos lentos e inseguros me siguió hasta su cima. Allí se desplomó dulcemente, virilmente, y se quedó rígido, pálido, fuera del tiempo… A nuestro alrededor la luz escondía presencias y una serpiente inmaterial se enroscaba misteriosa, infinita, alrededor de nosotros y mucho más allá de nosotros.

Cuando se levantó José Manuel tenía un lucero sereno en el fondo de su mirada frágil, y no quiso o no pudo contarme lo que le había sucedido. Solo cuando bajamos y le dimos la vuelta a la pirámide, concentrados en la hermosura bárbara de los ídolos esculpidos en sus flancos, que parecían moverse ligeramente y respirar, comentó crípticamente: "Quizás no se trate de símbolos. Quizás Tlalok y Quetzalcoatl tienen las formas exactas, terribles, poderosísimas que reprodujeron los antiguos artistas indígenas".

En eso llegó, bullangera, sin carisma, a cortarnos la nota, la primera oleada de turistas.

—~—

Desde 1966 José Manuel, de tanto en tanto, se permitía hacer alusiones veladas sobre "un maestro poderoso cuya aura alcanzaba hasta Mérida y lo protegía de sus enemigos". Pero no fue hasta que se marchó a México que cedió a mi presión y me dio las señas del doctor Don Rafael Dalmau (como él mismo lo solía mentar) en Barquisimeto.

Como sucedió con José Manuel, con Don Rafael Dalmau fue amor a primera vista; empatía, entusiasmo, reverencia. Pero igual que con Sri Ma Anandamayi, mi maestra hindú, es casi imposible hacer su retrato sin traicionar su presencia sabia e imponderable, su virtud y su gran compasión. A pesar de ello voy a atreverme a contar dos anécdotas relacionadas con mi amigo, quien, no lo olvidemos, conocía al señor Dalmau desde la adolescencia y era su discípulo más querido y más brillante (ver 3x1=4 de Jonuel Brigue).

Cuando regresé de México y pude llegarme a Barquisimeto a contarle mi viaje a Don Rafael y entregarle una carta de José Manuel, el viejo sabio, me soltó, a propósito de su desmayo en Teotihuakán, con toda naturalidad, como si hablara de ir a Cabudare, lo siguiente:

Una noche llegaron a su casa las hermanas Briceño muy angustiadas porque habían tenido noticias (por alguna razón no enteramente confiable) de que su hermano acababa de fallecer en la capital mexicana. Don Rafael, que podía

ser cortante, le dijo que se fueran a dormir tranquilas porque si José Manuel hubiese muerto él lo sabría. Pero ellas insistieron llorando en que él era el único que podía hacer algo para aclarar esa situación de una vez por todas; pues, aunque volvieran a casa jamás podrían dormir con esa angustiosa duda.

Entonces el señor Dalmau se aisló en una pieza contigua y le dijo: "Aunque estaba convencido de que José Manuel estaba bien, me preparé para proyectarme hacia México. (No te creas Antonio Eduardo, los viajes astrales sobre el Golfo de México son muy peligrosos debido a las tormentas eléctricas que pueden cortar el hilo de plata y separarlo a uno del cuerpo físico violentamente). Cuando llegué a la cama donde el supuesto muerto dormía tranquilo y le tomé el pulso por lo demás normal, José Manuel se despertó asombrado y feliz de verme. Sin embargo, sus hermanas solo me creyeron a medias y no fue sino al día siguiente, cuando pudieron hablar con él por medio de un radio aficionado, que se calmaron de veras".

Nota para los escépticos: Escéptico yo mismo, me di a la tarea de rechequear esta historia con Briceño Guerrero y su familia; todos coincidieron con el señor Dalmau.

Cuando José Manuel regresó de México, ya barbado, con más nieve en el cabello y la pinta que le conocimos hasta su muerte, coincidimos varias veces en la casa de Don Rafael, junto con Elías Rad y Campo Elías Lobo. No hubo una de esas tertulias que no fuera interesante, instructiva y hasta asombrosa. Pero hay una en particular, la primera, que se me quedó grabada y quisiera compartir.

Una tarde me desvié a Barquisimeto en un viaje a Caracas con mi esposa y mi hija de 5 años. Nicole, que entonces no compartía conmigo la pasión por las cosas del espíritu no quiso bajarse, aunque no se opuso a que lo hiciera Maya. Cuando la niña, que me tenía agarrada la mano, pasó el umbral del cuarto donde estaban el señor Dalmau e, inesperadamente, también Briceño; se hincó (nunca la había visto hacer esto) y se fue gateando con la cabeza gacha hasta el sofá plegable donde reposaba el maestro. Allí hubo un milagrito de ternura entre el anciano y la niña, y entonces mayita se levantó risueña y volvió a ser la misma carajita traviesa y encantadora.

Briceño, que había seguido todo atentamente, remarcó, with a knowing look y una voz apenas audible: "La niña como que tiene radar y sabe más que tú a quien tiene enfrente". El señor Dalmau que a pesar de estar quebrantado se veía muy sereno y absolutamente relajado, guardó silencio. Y ese silencio, como la fragancia del alcanfor que ardía en una mesa, se fue apoderando, por la fuerza de su amor y la majestad de su ser, de toda la pieza… y la transformó en un templo donde nosotros durante unos minutos de plenitud ardimos como sirios.

Esa fue la única vez en 30 años de amistad que vi a José Manuel totalmente humilde, sin defensas, entregado y vulnerable.

—~—

¿Quién es José Manuel Briceño Guerrero? Escribo esto porque yo lo he sentido, lo he escuchado, he comulgado con él después de que abandonó su envoltorio carnal y ya no tenían sentido ni el orgullo, ni las diferencias políticas, ni el resentimiento, por lo que él creyó una falta de respeto y yo un don de los dioses.

Para algunos Briceño fue una cabezota, un lingüista notable, un políglota, un pensador que aportó propuestas originales a ser tomadas en cuenta de ahora en adelante por los estudiosos de los temas de identidad latinoamericana. Para otros fue, sobre todo un escritor de libros medulares pero difíciles, "que no podrían ser catalogados de relatos, ni de diarios, ni de crónicas, ni de poemas, y, sin embargo, son todo eso y mucho

más", porque son mapas de rutas interiores que conducen a decir nuestro Ser y ser nuestro decir.

Para otros, aún. fue un ocultista de armas a tomar, un gran brujo bueno o malo, pero nunca mediocre.

Para otros, al contrario, fue el venerable maestro de una antigua logia (a la que pertenecieron Miranda, Bolívar, Washington, Jefferson, O'Higgins, San Martin, Mozart, y muchos otros hombres distinguidos), una logia que tuvo todo que ver con la caída de las monarquías absolutas, la liberación de los pueblos de América y es enemiga de la esclavitud mental y el egoísmo individual o colectivo.

Casi todos están de acuerdo en que fue un profesor vocacional, excepcional, que amoló a sus alumnos casi hasta la tarde de su muerte a los 85 años, en las literaturas, las artes, las mitologías, los idiomas, el amor a la sabiduría y les dio armas afiladas para el duro oficio de vivir. Por eso, quizá, los chinos lo llamaron Pai Like, Piedra de amolar las espadas, y un antiguo texto babilónico que nos leyó a un grupo de amigos y estudiantes una noche larga de luna llena; partiendo de su día de nacimiento, lo nombró: Una tigra que defiende sus cachorros.

En estas páginas yo he tratado de compartir lo que José Manuel fue para mí, en ciertas horas fulgurantes de gran intimidad durante nuestra juventud. Pero, ¿qué de las horas pequeñas, sabrosas, cotidianas? ¿Qué de los ratos comiendo con nuestras esposas y con amigos en su casa o en la mía, mientras nuestras hijas jugaban en el jardín? ¿Qué de los gestos, las miradas, la confianza que no necesitaba de palabras y los millones de palabras que intercambiamos en la calle, el aula, el carro, el teatro, el restaurant, en momentos de crisis o momentos de expansión, en momentos de acuerdo o de filosa controversia? ¿Qué de los favores recibidos y los favores brindados y de las carcajadas francas en la noche?

Créanme o no –y esta es mi última palabra– José Manuel me acaba de soplar, molesto, mientras le daba vueltas a lo que acabo de escribir sobre su imagen pública, sus logros y lo que la gente piensa de él: "Yo no soy nada de eso; yo solo soy un hombre común que se esforzó por ser él mismo".

Ecosocialismo en el parque

por
INÉS MUÑOZ AGUIRRE
inesmuñozaguirre@gmail.com

María se tropezó ante la angustia. Detrás de ella una moto. Un par de hombres miran a su alrededor con indiferencia montados en su caballo de hierro. María, al tratar de apartarse casi tropieza con la estructura de metal que está sobre la grama. No sabe a dónde mirar, puede ser hacia lo que la hace huir, porque hasta llega a pensar que la pueden asaltar o hacia lo que la detiene que es un gran cartelón. Reconoce que desde que existen los carteles que señalan el ejercicio del ecosocialismo es cuando se detecta más tráfico de carros y motos dentro del Parque del Este.

El humo que despide el tubo de escape se eleva entre las hojas de los árboles trazando grandes círculos. Se escapa hacia el cielo. La moto desaparece a toda velocidad. La caminería se despeja a medida que ella avanza pensando en el poco respeto que hay por los lugares de la ciudad. Espacios de todos. Más atrás aparece una camioneta. María sigue su camino mientras intenta aceptar la realidad. Una cosa es lo que se proclama y otra la que se hace.

María recurre a su memoria. Tiene toda su vida caminando en el Parque del Este. Jamás vio carros circulando dentro, supone que solo se hacía si se trataba de una emergencia. Lo único que circulaba con la frecuencia necesaria era un bello tren que permitía que niños y ancianos recorrieran todo el parque, sentados cómodamente en una estructura abierta que les regalaba el contacto con el paisaje. La casa de la Guardia Nacional era muy poco frecuentada y es obvio que secretarias, empleados, jardineros y obreros cruzaban el parque caminando. Es más, se emociona al recordar que había una guardia montada.

María ve su reloj, camina pendiente de lo que sucede a su alrededor. Ha visto circular cisternas, carros en muy mal estado que son reparados dentro del parque. Motos a granel.

La vía pertenece más a los vehículos que a las personas. Una vez más recurre a sus experiencias y recuerda sus visitas a algunos parques emble-

máticos como el Central Park de Nueva York, El Retiro de Madrid o el Omar de Ciudad de Panamá, en los que el personal se traslada en bicicletas sin interrumpir la dinámica de los visitantes al parque. Las personas que visitan los parques de las grandes ciudades lo hacen en búsqueda de respirar aire puro y de hacer ejercicio.

María se pasa la mano sobre la frente. Ha cumplido con el ritual de dar su vuelta mañanera. Ve en su reloj el tiempo empleado. Pega un salto cuando otra moto pasa aceleradamente por su lado. Se pregunta: ¿De qué se trata el ecosocialismo? Es obvio que no tiene nada que ver con el ambiente.

El pasquín electrónico

María revisa asombrada el mensaje que acaba de recibir vía whatsapp. Uno de los tantos que recibe al día. La idea la deja perpleja: "Los libros serán tirados a la calle". En una síntesis de lo que contiene lo que podría ser un pasquín electrónico. María no puede con su asombro y piensa: ¡Si es así nos hemos vuelto locos!

Deja el trabajo que está haciendo y se levanta con la intención de revisar las redes sociales. En el Twitter se comienzan a acumular algunos insultos. Regresa a revisar quien firma el mensaje que entró a su teléfono y se encuentra con que es un anónimo. Y además quien lo envía se regodea en ello diciendo que el anonimato es una forma de resistencia.

Vuelve a leer todo el mensaje para entender los diversos planteamientos: cuestionamiento a la realidad, cruce de responsabilidades que resquebrajan las fronteras del hacer, crítica de las actividades culturales supuestamente para salvar

otras, acusaciones personales, degradación de la comunidad, ataque a una institución, desvalorización de un posible proyecto.

María regresa a buscar en redes sociales a la persona que le hizo llegar al mensaje. Por el contenido que encuentra en ellas puede concluir que la pesquisa ha llegado a su fin. Cree saber quién ha puesto a rodar el rumor. Con un solo vistazo es suficiente. No es necesario tanto olfato porque no se trata de escribir una novela negra.

Espera para ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Quien se supone el mayor afectado se ve en la obligación de salir al paso de una información que califica de falsa. Los rumores persisten coloreados con un tinte político.

María se ve al espejo y trata de descubrir alguna señal en su mirada. Es cierto que los últimos veintidós años no han sido nada fáciles. El daño más grave se ha enquistado en la mente de muchos, quienes han desviado el dolor hacia el mismo odio y resentimiento que demostraban a los que hoy se declaran vencedores.

La rumorología ha cobrado fuerza, el pasquín que se metía por debajo de la puerta mucho antes de que Venezuela contara con la luz eléctrica, ahora nos llega directo a nuestro teléfono. La imposición de nuestros criterios con la violencia que significa querer tener siempre la razón abre heridas. Urge el aporte para la construcción de una sociedad que necesita sanar no solo desde la política y lo económico, también necesita sanar desde las emociones.

Del lápiz al garabato, del garabato al dibujo

y del dibujo al Museo José Lorenzo Alvarado

por
ALBA POCATERRA
epocar60@gmail.com

El material que se muestra a continuación corresponde a la segunda historia, del grupo de textos cortos «*Del lápiz al garabato, del garabato al dibujo y del dibujo al Museo José Lorenzo Alvarado*». Emmanuel junto a los otros aprendices continúan conociendo y disfrutando todas las actividades que el museo les ofrece. En este capítulo tienen la oportunidad de conocer algunos aspectos de la vida de "José Lorenzo Alvarado y de su trabajo artístico".

Queremos compartir con ustedes algo de lo que hacemos en el Museo de Arte de Tovar «José Lorenzo Alvarado» 2020.

Sin duda Emmanuel disfrutaba a montón su nueva experiencia de aprendizaje en el museo. Mientras recogía sus instrumentos de trabajo del mesón que junto a otros niños compartía, repasaba en su inquieta mente todo lo dicho por el profesor en el tiempo de sus clases: musas, deidades, fábulas, mitos, Parnaso, Helicón; ¡cuántas palabras nuevas! Qué bueno que su mamá le había enseñado a tomar notas en un cuaderno, para luego preguntarle.

Después de comer algo para reponer las fuerzas que la nueva actividad de aprender a dibujar le demandaba, Emmanuel se sentaba junto a su mamá quien le enseñaba las hojas con sus primeros garabatos, y hoja tras hoja de papel los disfrutaban y podían darse cuenta de los logros alcanzados por el niño en sus nuevas rutinas de aprendizaje en sus clases de dibujo.

—Mami, mami, mira todas las palabras nuevas que anoté en mi cuaderno, ¿me puedes ayudar?

Y en un momento le contaba a su mamá todo lo que el profesor había dicho en clase.

Emmanuel contaba cada día, esperando que llegara el jueves y llegado este día se organizaba, cumplía con todos los deberes que tenía pendiente

y preparaba su morral donde guardaba las hojas, lápices, creyones, sacapuntas, cuaderno y lo más importante de todo: ¡sus ganas de aprender!

Lucas, el profesor les daba la bienvenida y de inmediato iniciaba la clase:

—¿Recuerdan que les dije en la clase pasada, que una de las funciones del museo es dar testimonio material del quehacer artístico de hombres y mujeres y su entorno? Pues bien, hoy quiero que conozcan algo del artista "José Lorenzo Alvarado", de quien toma nombre nuestro museo, además de conocer un poco la historia del testimonio artístico de este hombre, ensayaremos a reinterpretar una de sus obras.

Cómo sería este hombre se preguntaba Emmanuel, él sabía que el reto que ese jueves traía consigo era mucho más que garabatos.

La voz de Lucas, el profesor, interrumpió los pensamientos del niño:

—José Lorenzo Alvarado, o de Alvarado como se le conoce en algunos de los textos consultados, fue presentado en octubre de 1760 por sus padres Estanislao Alvarado y María Cruz Aranguren para su bautizo, en la iglesia parroquial del Sagrario en la ciudad de Mérida. Ambos padres dijeron ser mestizos, pues cada uno de ellos era hijo de un hombre blanco y una mujer india, según la biografía de José Lorenzo Alvarado consultada en la página web de la Real Academia de la Historia el día 30 de mayo de este particular año marcado por el aislamiento social que tuvo lugar por la pandemia.

En el año 1792, Alvarado pintó y talló la imagen de vestir que representa a Santo Domingo, esta pieza hoy en día es parte de la colección privada del tovareño Iván Vivas.

José Lorenzo Alvarado fue un artista que vivió en la época de la colonia y durante ese tiempo, realizó numerosas piezas con temas religiosos; sin embargo, muchas están sin firma; una muy conocida está a nuestra mano derecha: Nuestra Señora del Carmen intercediendo por las ánimas del Purgatorio ante la Santísima Trinidad. Y esta obra podemos verla en la Galería de Arte Nacional en Caracas.

Se puede también leer en la página web de la Real Academia, que Alvarado estableció su taller en la ciudad de Mérida y que este marcó de manera significativa a los artistas de la región andina venezolana.

Cada artista es reconocido por la manera particular de realizar su obra, la de Alvarado se caracterizó por hacer uso de una paleta cromática clara, y con preferencia por los colores primarios y ausencia de fuertes contrastes de luces y sombras en las que sus figuras poseían rostros dulces, expresiones serenas y marcadas líneas.

Nuevamente, nuestros fieles y entusiastas aprendices hicieron confiadamente preguntas al profesor y realizaron gustosamente la tarea deleitándose en las líneas, colores, formas, proporciones.

Cuán placentero les resultaba este tiempo de conocer también a través del dibujo y la pintura a José Lorenzo Alvarado y al museo que, en la ciudad de Tovar, lleva su nombre.

Emmanuel, se preguntaba si el rostro de José Lorenzo Alvarado, se parecería al rostro de la imagen de San Juan Nepomuceno que el artista realizara por esos tiempos de la colonia.

Lucas terminó dándole a conocer a sus alumnos que el día de la inauguración de nuestro Museo «José Lorenzo Alvarado» 15 de julio de 1995, el señor Iván Vivas cedió la imagen de vestir a Santo Domingo para ser expuesta en las puertas del Museo José Lorenzo Alvarado y dar la bienvenida a todos los visitantes.

PARTE

4

Universos

Poesia

María Juliana Villafañe

mariajuliana@hotmail.com

EL ENEMIGO INVISIBLE

La calamidad nos azota,
los países liban las heridas
que nos deja
el enemigo invisible.

La tierra recibe sus muertos,
los científicos buscan la cura,
los políticos juegan con la vida,
avaricia que asesina.

El miedo paraliza,
el dolor deprime,
el hambre corroe las entrañas,
la incertidumbre se apodera
de este tiempo que se alarga
más allá de todo sufrimiento
donde sentimos
el verdadero peso de la orfandad
en tiempos de pandemia.

VACANCIA

Mi ser se pierde,
busca el valor para ver
el claroscuro
que me puebla.

Círculos constantes
mueven las órbitas de mis ojos,
transfiguran los recuerdos
vertiendo mis viejos sueños
y la vacancia de mi alma
en pozos insondables.

ALEJANDRÍA

La carencia de mis huellas en ti
despierta el vigor de mis ansias.
Conocer el sentido creador de tu existencia,
escenas de deidades, diversidad de cultos,
lenguas del mundo,
grandes colecciones del saber.

El proceder de los pájaros
presagiaron luchas por poseerte,
tu grandiosa fortaleza
resplandece en la herida
de tu puerto
trayectoria de verdad y belleza.

En tu faro está la meta inmortal.
Lo veo en la cumbre de sol y luna.

La belleza impoluta de tu imagen
resalta lo profético en tu historia,
la mundificación no te anula
eres la concreción de todo en todos.

ME CONVIDASTE

Me convidaste a entrar, sentir.
Acepté.

¿Se puede Intimar en la distancia,
en el silencio?

¿Será que escuchas mis latidos pasajeros
como luz de relámpago?

¿Será que nace en mí el amor,
esa huella indeleble en el alma?

Cuánto extraño el haber sido
y no poder ser en ti,
en tu vida, en tu esencia.

Nuestros mundos,
signados por otros destinos
nos dejan nuestras
propias posibilidades de ser.

EL PRIMER VESTIDO

He recorrido la casa
por primera vez,
mis pasos se detienen en ella.

Acostumbro a caminarla con prisa,
con algo por hacer.

Ahora la siento un lugar extraño.

Vivo en ella hace años,
los objetos me son tan familiares.
Me acompañan hace siglos,
son parte de mi vida.

Hoy los he visto como entes
que hablan en el silencio.
Cada habitación
cada rincón dice su historia,
no sé si estoy viva.
Deambulo sus sombras
como sonámbula.

Hoy,
he querido hacer un testamento
dejar un legado.

Que sientan la historia,
el sufrimiento,
la alegría,
cada pedazo de mi guarida
marca el camino del regreso.

Hoy,
descubro
la desnudez del futuro,
cubrirse otra vez
con el primer vestido.

EL TREN DE LA POESÍA

Me piden,
lleve el "*tren de la poesía*"
a mi Patria,
a los confines de mi existencia.

Gritar que ya basta,
una protesta,
algo que levante la voz
contra la injusticia.

Pobreza, hambre, racismo,
abuso, desigualdad.

Levantar la voz
es hurgar en la inacción
de los que viven
sin gritar el dolor ajeno.

Es no pasear los laberintos
de los seres vivos
en los cementerios,
los inocentes encarcelados
o los niños,
que como ratas inmundas
pueblan las alcantarillas
de cualquier ciudad.

¡Todos estigmatizados!

¿Por quiénes?

Rostros
que nadie ve
corrompen, roban, matan.

Nosotros,
vagamos las calles
como fantasmas que todos ven,
proyectamos
la ilusión del anonimato,
justificando
la inercia social.

Henri José García Durán

hengardur.henrison@gmail.com

ALMAS EN SILENCIO

Somos lava ardiendo
en días de tempestad.
Almas caídas en un cráter profundo,
criaturas opacadas por el silencio,
envueltas por la tiniebla de la injusticia.

El verbo y la voz buscan renacer
como el ave fénix entre las cenizas.
Desean volver a la vida
después de haber muerto
bajo el azote inhumano.

El desespero carcome el aliento,
millones de seres como aves en desvelo
levantan sus alas frágiles y heridas.
Van en busca del horizonte matinal,
el alba los espera...

¡Libertad absoluta!
El canto de la vida, es la palabra...
derecho cercenado por el mal,
destructor de la tierra del Ángel,
la pequeña Venecia de ensueño.

Cortina de agua
que cae como velo de novia,
arropa nuestros llantos y sufrimientos.

Somos almas ansiosas de paz,
de justicia, de derecho...
que eleva nuestras voces hasta el firmamento.
Has que nuestro himno retumbe...
Que se escuche en todo el planeta
como el canto melodioso de los turpiales,
adornados por orquídeas de colores.

¡Despierten almas del silencio!
Despierten del sueño que arrebata la paz.
Nuevos caminos se divisan,
volverán a su tierra, a su nido.
Otro sol despuntará
y el eclipse humano cesará.

La diáspora llegará a su fin
y el silencio tendrá su ataúd.

Regresarán en multitud
se abrazarán de nuevo alma y cuerpo.

LETARGO NEGRO

Días de miedo y de duelo,
sueños encerrados en silencio,
seres confinados en el tiempo,
abrazos virtuales del destierro.
Vidas y sueños agonizan
bajo eclipses,
los corazones
se hacen cada vez más frágiles y tristes,
los rostros y almas andan sin sonrisas.

Las plegarias al Dios supremo
de la tierra van al cielo,
se hacen aves en desvelo,
cantos de consuelo.

Es el tiempo, es la vida,
testigos ciegos de la muerte,
cuerpos y almas en silencios,
destino incierto.

Renacer de la angustia
y seguir soñando juntos,
es posible un mundo nuevo y glorioso.
¡Reina ya la justicia!

Desaparecen las tinieblas de la mente,
los ocasos de inseguridad,
y renace la hermandad.

Aprehensión del deseo
y recogimiento del pensamiento
y la elucubración.
La diáspora abunda y se expande.
Un alba nueva se vislumbra
y nos levanta
el umbral de la esperanza.
Trae consigo un nuevo despertar.

DÍAS DE OCASO

El alba del progreso y del porvenir se oculta
entre las ramas del silencio y el desespero.
Caen las palabras, caen los sueños...
Cae la verdad amarrada al miedo.
Ya no se distingue el amanecer del atardecer,
el fuego de la diáspora consume las pieles más frágiles.

El viento de lo absurdo atrapa, arrastra...
hasta las catacumbas del exilio como refugio.
Ya no hay camino,
ya no hay luz de mediodía,
ya no hay atardecer para el descanso,
solo desvarío, desvarío.

Ya no hay sueños, ni esperanzas,
ya no hay horizonte,
solo horas de sosiego,
días de ocaso.

EL VUELO DEL VIVIR

Volar y volar...
Ascender desde el precipicio,
no caer en el laberinto de lo absurdo.
Son sus alas, son los sueños...
Seres que construyen su camino, su andar,
añoran descubrir el arcoíris de felicidad.

Sueñan volar juntos hasta el infinito,
con sus alas libres como el viento.
Así se elevan los sueños y los migrantes
alzan el vuelo angustioso del vivir.

Venezolanos buscando su propio nido
soñar, volar, vivir...

Eliéser Ojeda

elescriturador@gmail.com

PROSA POÉTICA

SANTUARIO ENIGMÁTICO

Un bosque aturde mis pupilas, su follaje asoma a la mañana, llora el rocío de la noche.
Su extraña floración altar de anacoretas y eremitas custodia un presunto acceso en la espesura sempiterna de una edad de cosmogonía nigromántica, trémula expectación cabalga mi atención.
Un haz de rayos aurorales de tamizada luz columbra una vereda imaginaria.
Pregones de extraños gorjeos, ruidos simbólicos elogian con sus trinos el umbral del santuario natural.
Un hado benevolente a mi conciencia apremia a su violación al amparo de misteriosos elfos y duendecillos.
Un frondoso sortilegio extiende sus brazos encantados al visitante. Lo embarga una emoción desconfiada por la bruma, alardea valentía, aprensión ante la presencia de un hada entre calinas y castillos sobrepuestos de un tiempo antediluviano: Artemis le vigila.

EN BUSCA DE NIETZSCHE

La piel cubre los trapecios de mi alma al amparo existencial de mis maromas.
La lluvia de mis días peregrinos, sofritos en caldera de un tiempo iterativo alcanza el precario sino de una eternidad aderezada en las marismas de una quimera digestiva de mis órficas prisiones.
Danzando en los espartos del circo de la vida, espejos de una concurrencia melancólica bajo un cielo de carpa penitente; veo mi alma en los malabares proscritos de un espacio incierto encapotada en ideologías de doctrinas imprecisas.
Comulgo con los dioses inexistentes de un Nietzsche furibundo, nómade como circo en busca del superhombre, de mi propio dios que arrase doctrinas heterodoxas en alambique de esquizofrenias definidas, cárceles de mi libérrimo raciocinio.

LA REPÚBLICA ENIGMÁTICA

Una galera temeraria desafía la bravura de un piélago inefable.
Vientos peregrinos del ocaso silban un premonitorio descontento nefasto de un Eolo enfurecido; la arroja a una ínsula en el tiempo.
Habitantes enigmáticos de una flora exótica reprueban el encalle en una realidad de paz inequívoca.
Elfos otean el horizonte; náyades mimadas en fuentes en cascada santifican sus diamantes.
Gnomos y genios protegen los veneros.
Todos cuidan la isla de Platón.

PASOS INCIERTOS

Ruge el cielo en noche borrascosa.
Bajo vetustos árboles quejumbrosos el peregrino apresura su marcha acompasada.
Un bajel fantasmal surca aguas ambiguas infinitas de un ponto milenario bajo el empuje de enhiestas olas. Lo abofetean; rechaza el líquido indeclinable que no le descaece.
Un cuervo de noches de Poe armoniza con odioso trino la fatalidad del peatón.
Ulular de ave de recortado vuelo convalida, a lo lejos, el infortunio adivinatorio del graznido.

TRAS LOS PASOS DE ATILA O MERLÍN ECOLÓGICO

Una lira sempiterna de la patria celestial arrulla la pradera y un trencellín de interpolado colorido, colgado de la nada, ase el rizado cual cintillo de niña virgen.
El valle suspira la fragancia de una flora exótica; las aves saludan la mañana con trinos alegóricos de un Edén oculto.
Las ninfas moradoras de fuentes cristalinas habitan con nenúfares danzantes al arrullo de melíferos insectos y hadas mariposas.
Un castillo de leyenda asoma entre cimas vaporosas. Barbechos y algodones ocultan su presencia matizado por un haz madrugador y peregrino.
En la angostura de su acceso cabalga un hada misteriosa sobre unicornio albo, vigilante unánime de una paz de tiempos pretéritos.
Criaturas fantásticas sobrevuelan oteando el nivel de Poseidón; una luna de noches de Érebo trasnochada gime ante Helio.
En el bosque brumoso Merlín recorre las veredas, galopadas por un Atila trashumante en follajes de fábulas perdidas.

SELVA MÁGICA PRETÉRITA

Un bosque invita a su desposamiento, su espíritu de turquesa trastoca los sentidos, incita a una paz indeterminada.
Mis pupilas heridas plañen la emoción de lepidópteros opalescentes homosexuales.
Mis oídos sucumben; tímpanos ignaros de lo prístino a trinos apocalípticos.
La brisa concede exquisitos aromas inconexos, sollozo a la caricia peregrina; alucino de fragancias y sonidos.
Avasallado, mi vista profana el reposo de un santuario sin memoria.
Peregrinaje de capullos en alegre romería de unánime tapiz modelan su obsoleta beldad en tapete primordial de enésima existencia; amanceban nenúfares de hontanares envanecidos.
Una náyade santigua mi presencia con incansables partículas vaporosas, exige explicación por la noción de su tiempo lacerado.
«Esta es mi estación, auguré tu deferencia en la distancia oculta de mi casto deseo y te desarraigué del momento de tu vaciedad. Tu pretensión es un mandamiento. Esgrimes el juicio; postulas mancillar mi velado paraíso a tus púdicos deseos. «
«En la distancia del tiempo anhelé el numen permanente para cantar a tu beldad alterando la dimensión errata de mi vida.»

1 Rodríguez López, M. (Ed.). (2015). Lo que pasa entre versos (p. 32) Centro de Estudios Poéticos. Madrid.

POESÍA EN VERSO

ENVEJECER CONTIGO

No marchitarás
Inmarcesible compañera de vida:
Igualmente yo lo haría.

De tus pétalos la prístina fragancia
Fluirá por mi olfato enmudecido
En el rancio tiempo
Y en la memoria de mis días.

Con el peregrinaje de mis manos
Por tu piel acartonada
Leeré los estertores exquisitos de tu cuerpo,
Símil de mi cuerpo envejecido.

Si las nubes de mis ojos silenciaran
Tu silueta al final de nuestros días
Ya no importa vida mía,
Mi amor por ti no elude
Evocarte repentina.

Ver tu rostro con los ojos de mi alma
Es mejor que la vista enmudecida.

ESTÍO[1]

El invierno de mis ojos
Descarga la tormenta amarga
De tu inesperada partida,
Mi corazón es un estío de desamor.

Mi alma, ahora, es un árido erial
De melancólica desnudez,
Muestra transparente de una dolorida
Vaciedad de agostados deseos

Mi corazón marcescente entristecido
Vaga en la estación inoportuna
De un odiado verano extemporáneo,
Cliente de la primavera de mis días

TE PRESIENTO

Te presiento entre lágrimas del tiempo
En la senda oculta de tus pasos.

Te presiento en el crepúsculo de mi ocaso,
En el deseo inerme de la eternidad anónima.

Te presiento en las esclusas de la noche,
En las pisadas de tu andar ambiguo.

Te presiento en la mirada muda de tu ausencia
Y en la inopia trasnochada de mis sueños.

Finalmente te presiento anclada
En las aguas púrpuras torrenciales de mi ser

¡DEMUÉSTREME USTED! SEÑORA

Demuéstreme usted, señora,
Que sigue presta al amor.

Que sigue presta a entregarse
Y a disfrutar del calor
En los brazos de algún hombre
¡Qué la estreche con furor!

Que la vuelva a su pasado
Cuando vibró de emoción
Entregándose ¡con todo!,
En su primera pasión.

¡Demuéstreme usted!, señora
Que quiere sí, despertar.
Las emociones dormidas
Que haya podido olvidar.

Y que un tiempo pasado
Entregada a la locura
En la cama con su hombre
Las supo usted ¡desbordar!

¡Demuéstreme usted!, señora,
Que su libido aún encierra.

Un cúmulo de emociones
Latentes y adormecidas
Esperando por un hombre
Qué la vuelva a sentir ¡hembra!

¡Demuéstreme, usted!, señora.

ALLÁ VIENE MI PADRE

(*In Memoriam*)
¡Allá viene mi padre!,
Viene del pueblo
Trae embriagada el alma
Embriagado el recuerdo.

De la viudez
El guayabo le agobia
Le ha dejado el alma
¡Sin flor ni corola!

¡Allá viene mi padre!,
Viene del pueblo,
Allá viene cantando
Su tango en la sombra:

«Soñé que volvías más Bella que antes,
Soñé que volvías pensando en mi amor».

Por el camino viene
Caminando a solas;
Pero en cada traspiés
¡La pena le ahoga!

¡Allá viene mi padre!,
Viene del pueblo
De un pueblo cualquiera del orbe.
Se detiene en la vía mirando al cielo:

«Soñé que volvías pensando en mi amor»,
Y mira buscando luna
Que alumbre el embriagado suelo.

¡Allá viene mi padre!
Viene del pueblo.
Una lágrima suya rueda en la arena
¡Y una lágrima sola cae del cielo!

¡Allá viene mi padre!
Viene del pueblo
De un pueblo cualquiera del orbe.

¡Allá viene mi padre!

Héctor López

ipoetalopez@gmail.com

I

Eran pequeñitos desde el cielo oscuro,
claros como los ojos cuando lloras de alegría
o placer,
intenso como los ríos andinos.

Así se abren camino los hijos
y dejan sus pequeñas estaturas
para ser cielos abiertos y noches claras
y risas de alegres conquistas.

Así los hijos derrumban muros
y saltan sobre los horizontes,
cantan y enamoran estrellas
a las que le dan sus nombres.

Los hijos son tan chicos
como cedros y samanes
o bucares de florecido amor.

II

Un poema suelto salió al mundo
en busca de sus pares,
nadie lo quería recibir.
Era como el poema feo que no se parecía
a los demás,
Pero, cuando lo escucharon,
cuando desplegó sus sentidos,
todos quedaron conmovidos
y lo invitaron a cantar en las plazas,
en los salones, en reuniones íntimas.

Y fue calmando,
masajeando corazones,
dándole aliento a las almas.

Y aún era un poema chiquitito
con nombre de hijos o nietos,
de abuelos y viejos y distantes pueblos.
Allá va mi pequeño poema buscando amigos.

III

Mi hija es una paraulata
cuando alza vuelo con su verbo.
Mi hijo vuela cual Salvador Gaviota.
Mis hijos son aves cuando están de amores,
fieles como cóndor,
pero son tigras paridas cuando les tocan
sus amores.
También gatos enamorados
y perros guardianes.

Mis hijos son bosques que limpian el aire
y generan aguas claras.
Mis hijos son nubes y soles
y girasoles cuando sueñan.
Tierra fértil.
Mis hijos son jardines en plena floración,
sus aromas y colores encandilan
a los deslucidos blanco y negro de las sombras.

Mis hijos no son ríos turbios, son mares trans-
parentes.
Mis hijos ya no son hijos, sino mundos.

IV

Nadie debería ser obligado a ser feliz.
Con ser luz es suficiente, viento de la mañana,
o suspiros, cuando los recuerdos incendian las
distancias.
O ese evento catatúmbico del rayo amoroso,
reconstructivo de nuestra atmósfera,
mientras los ríos nos llevan a los puertos
del silencio o del olvido;
pero yo canto sin voz sobre los caminos
de los viajeros incógnitos
que se detienen a las puertas de las casas.

Locos caminantes bailan en las noches
y festejan frente a la luna,
pero yo sueño
con las conjugaciones de tu nombre,
amor.

Juan Pintó Saloni

LUNA

Que ángel diseñó esta luna
y la desnudó de presagios
para ofrecerla limpia
llena de venturas cortejando el transcurrir.
Quién acumula deseos
y va esparciendo flores y fragancias
con el rumoroso caudal empujando la vida.
Cómo de repente
la luz de acero y el árbol de brumas
emergen de las negras aguas
aceptando que todo el ser cabe en el verbo.

(De *Andar de vida*)

CIRCO

I

Destino incipiente
de ciudades de olvido,
guerras secretas
simples y distintas.
Abandono de tu cuerpo ritual
al refugio de cuchillos
mil veces silbando tu aroma,
postal antigua
un tren en la memoria
de viejos y cambiantes temores,
roce insinuado a la vuelta
de extraños artificios.
Soleados deseos
enroscados al extremo de un mástil
en el fondo de la gran carpa desvaída.

II

Iridiscente tu cuerpo sombra.
Sólo la rigidez del deseo.
Labio o distancia al centro de tu oculta fuerza.
Arribo al persistente destello de tus piernas.
Océano puro o lecho.
Desnuda lámpara de rayos, senos dorados.
Remotas fiestas de amor inacabable,
sexo y triunfo.
Lengua junto a las manos anudadas.

(De *Vuelo del cuerpo*)

RECORRIDO HABITUAL

Hoy, al regresar sobre los largos muros
el leve ruido tendrá la forma de un vidrio
al estallar acosado por la luz.
El viento bambolea lentamente sus cadenas;
los largos avisos de neón
acarician posibles ideas de exterminio
en la ciudad aletargada
llena de carteles,
de rostros temblorosos
donde la muerte es tablero
para una fugaz partida de póker.

(De *Curso determinado*)

B

Has leído el periódico
y tu cuerpo se estremece
de infinita ternura
el último suicidio
había matizado
los juegos de la muerte
haciéndolos más atractivos.

J

Al tomar
tu carro y desplazarte
violento
por tu rectísima calle
te sientes
rabiosamente feliz
de estrellarte
de escapar sonriendo
de tu vida

(De *Ciudad día*)

Zoilo Abel Rodríguez

abel.zar2@gmail.com

MAGNIFICENCIA DEL DESCENSO

El árbol le pregunta
a la hoja que desciende:
¿Sabías pequeña fatua
que lo mismo que yo
perteneces al suelo?
ZAR

LÁPIDA

Confinada en sí misma
ignora su entidad
y no sabe de mí

Jamás sabrá que yo
ave de breve vuelo
le doy la eternidad

Agobiada de siglos
velará mi sepulcro
y serán mis despojos
mientras se vuelven piedra
los que nada sabrán

DISPLICENCIA

Solo poco después
del final de su tiempo
sin que medien razones
ni sistemas corpóreos
desde una esfera ignota
contempla sin juzgar
la figura vencida
y absurdamente triste
de su alter pretérito

Socarrón se pregunta:

¿Creerá que es mejor
ese mono insensato
estar aquí que allá?

No puede comprender
que nadie sepa darle
el sentido feliz
al chance de hacer ruido
(al menos un instante)
entre los dos silencios
de la nada total

PECADO

Si el verso vino ebrio
es pecado mortal
darle una mano

ECO

Esa extraña inflexión
que adorna a la palabra
cuando cuenta la hondura
no siempre se decanta
en la sublimación

No por fuerza es la veste
de la magnificencia
que habita los arcanos
del adentro profundo

Y acaso solo sea
el rumor sibilino
de lo abisal

RETORNO

Toda la metafísica
que huyó de mi razón
desnuda y humillada

volvió para danzar
ataviada de magia
en mis metáforas

VUELO INTERIOR

Mientras la poesía
me amadre y me amamante
no sabré de orfandades

Mientras la poesía
me guarnezca de alas
no dejaré de ir
a las cumbres más altas
de mi adentro

DIVERSIÓN

Me divierte la gente
que me cruzo en la calle
cuando veo en sus ojos
al loco que me habita

ÚLTIMAMENTE

Últimamente sí
me sucede algo bueno:

Me ha dado por oír
el silencio del cosmos

Por pedir a las piedras
sonreír a las nubes

Por huir de mi sombra
y volar con el viento

Por hacer en la lluvia
una casa de azúcar
y un lecho de palabras
solo blanco y azul

¿Será que mi locura
busca su perfección?

LA GUERRA Y LA PAZ

En el campo feraz
del sistema persona
se libra con arrestos
una batalla eterna
y a la vez un concierto
entre el cuerpo y el alma

Y ay de la criatura
que hace de territorio
donde va la contienda
si por mala fortuna
se alza un vencedor

Y eso es el equilibrio:
que alma y cuerpo combatan
y que también se abracen...

que lo psicosomático
sea la guerra y la paz

LAS PREGUNTAS

Los que en su bagaje
solo traen certezas
que sigan de largo

Aquí solo entran
los que tienen miedos
dilemas y dudas

Toda certidumbre
les cierra las puertas
a nuevas nociones

No es lo que ya sabe
sino las preguntas
la lumbre del sabio

ENCUENTRO

Acabo de encontrarme
con un duende impensado
que confiesa que habita
en mi profundo adentro

Me pesca a la intemperie
lidiando la borrasca
entre una muchedumbre
que impreca tumultuaria

Jura que él es el alter
que subirá la lumbre
cuando aun bajo el sol
me asalten las tinieblas

Me dice que no tema
que él es también el estro
que pulsará la lira
cuando me falte el canto

Carlos Alberto Aguilar Venegas

carlosalbertoa@yahoo.com

DESARRAIGO

El tiempo viene a regresar su oficio
la vieja tarea de los deseos proscritos
tesoro perdido en lo profundo

El mar a lo lejos
me habla

Viene tarde su marea
restaurando lo perdido

La obligada luz
salvaguarda

Es dueña del lamento en lo que tarda
en darse
la vida así
escasa bruma frente a la costa

Al otro lado de la línea aguarda
trepando los atardeceres
finales pasajeros
fantasmas

La última palabra
desata el ciclón

Tiempos difíciles amainan
cabelleras se juegan la vida con los últimos
giros del desierto
escapan los barcos

Mareas difíciles
centrifugas

Todos saben que el espíritu más grande se
establece cuando huye
necesita la mañana
el sol de mediodía
Abre de golpe la puerta del sentido
abreviado se hace extranjero

Debe implorar siempre
abrirse al destino como las piernas de una
reina
llegar a la alabanza en suelos de algas desperdi-
ciando la fuerza
pero nunca vestirse triste
nunca
fijarse una meta inefable

Marysol Carrero Necker

mcnecker@gmail.com

LAS SAGRADAS INSCRIPCIONES

Sigo en el laberinto,
caverna mágica.
Con la frágil luz que resplandece
aún en sus resquicios,
Sigo.
Y es mi estar pausado el que me lleva,
a tientas confió en que encontraré otras almas.
Las miraré, y reconoceré como verdaderas
sin pestañeo alguno, sin dudas.
Estaremos vivas o muertas.
¿Vivas sin vida?
¿Muertas con vida?
¡Aún con alma!
Busco allí el mensaje tatuado de los Jaguares,
una inscripción,
un enigma que traiga a mi alma una certeza.
¿Me dirán ellas de dónde vengo y adónde voy?
¿Encontraré en el laberinto
de estas sagradas inscripciones algo real?
Mi alma, tu alma,
está ahí.
Se siente,
el hilo de Ariadna me lleva.
¿Cómo creer en la salvación
si ya he sido salvada?
Ya vine con un centro,
con un entretejido de figuras,
con una sílaba entonada.
Dibujo así el mandala del ser en la arena,
pero desaparecerá sin duda también,
sin tatuajes, sin inscripciones antiguas.
Solo el ser desnudo.
Se oye aún la sílaba ancestral.

LOS RETAZOS DE DESESPERANZA

Los vericuetos del laberinto me llevan,
me acercan a resquicios frágiles de luz.
Me seducen... trato de no tentarme
lo suficiente para no entrar en los apegos.

Hay rostros de hombres, mujeres y niños,
sonríen, invitan.
Sus voces se tornan susurros,
el mundo se va pareciendo en uno y otro
rostro.
La misma atracción parece ser única
y nueva en su momento.

Quiero navegar ríos distintos
dentro de mí misma.
No ver más rostros afuera,
no oírlos.
Siento que la misma historia se repite.
Uno a uno va dejando
los mismos retazos de desesperanza
Y yo, con los mismos esfuerzos,
saliendo de estos intrincados vericuetos.
Conozco la fe que me habita.
la fuerza de la plenitud que he vivido.
Pero, la repetición me deja a tientas,
sin salidas, a veces.
No quiero ver el mundo.
¡Sigo solo el latido de mi corazón!

Haydee Espinoza

maye.04041946@gmail.com

SONRISAS OPACAS

Te pienso, te hablo
Eolo, impetuoso, ruge,
intenta extinguir
tu llama.
¿Acaso lo permitirás?

Te pienso, te escucho,
escucho tu tristeza,
suspendida
a delgadas hebras de plata;
caerán lágrimas azules,
caerán sonrisas opacas,
caerá lluvia de espinas.

¿Acaso te rendirás?

Te pienso, te extraño.
Veré lo que no supe ver
detrás de tu antifaz
pincelado con reflejos
de impotencia, dolor.

Veré el traqueteo
furioso de tus entrañas.
¿Acaso... acaso?

Te pienso,
te hablo,
te extraño.

LA HUELLA EN EL NOPAL

Tu recuerdo permanece
en la sabatina taza de café,
en el chiste bobo
que de tan bobo
provoca risa.

Tu recuerdo permanece
en el deseo de alcanzar
el néctar de la jugosa cayena
savia que alivia dolor.

Tu recuerdo permanece
en la huella de tu pie
dibujada en el nopal
donde brota el hijo que partió,
el hijo que quedó,
el hijo que naufragó en el
vaso de agua envasada.

Tu recuerdo permanece
mudo en el puerto
de tu ausencia, mi ausencia.
Clamo
por tu cercanía,
tu compañía,
tu retorno.

Dinapiera Di Donato

dpdidonato@yahoo.com

Del libro de poemas *Los claustros de Manhattan*, de Alicia Perdomo Hernández

Gerardo Febres espera que yo abra los ojos
y el médico se explique
me lleva con Alejandro Varderi
a ver a las madonas

Voy rezando libros
de la casa común
Elisa Lerner, José Pulido,
Victoria de Stefano,
Alicia Perdomo Hernández

La madona de la doble mirada
de los Claustros
no te quedes dentro
no te pierdas lejos

habla con el sol y la luna
el amor de un psiquiatra
el amor de Bogardus
el amor que pasa y sigue
a donde tenga que ir

Si la habénula lateral se dispara con mayor frecuencia
puede conducir a un estado de continua decepción
te acarician los rescatistas

inyectan la sabia en los dedos secos que sueltan
las rosas de la calle Bogardus
saluda al sol en las sesiones de la palabra amor
donde los ojos
aprenden a mirar el aire
que nos aparta

los estudios post mortem revelan
que el tamaño de la habénula lateral
y el número total de neuronas
disminuyen en pacientes con enfermedad depresiva

no seas paciente

la tristeza canta en su nido
es todo

ha echado a volar a las renacentistas
de Inwood

antes de tiempo

terminan de hacerse
en el aire

un paso de fiera herida un ojo ámbar conste-
lado
bordas
en la sala de los tapices
diente de la pradera
cocida al agua
sigues cortando

la tristeza agradece su parte
en tu reino de los cielos de alimañas
en las praderas que hacemos andando
la esperanza es el monstruo dulce
respira
a salvo
te he besado los pies

no es cierto

en urgencias oigo que cantas
tus manos quietas
devuelven la aguja
a mi garganta
la noche
a su aire suave

LA HABENULA VAGULA BLANDULA ANIMULA DEL CEREBRO

Esto se ha ido
Ellos se han ido
El poema comenzaba con su tacto de cableado
eléctrico
donde colgaban nidos solos

el almizcle de la presa que doraban
los cazadores
carne que era buena
para tu olor

trenzado al collar de colmillos azules
siluetas de atapaimas perennes en tu cuello
carreteras reaparecidas
cayendo de la nieve

te
cepillabas los dientes y seguían asomando
hierbas

abierta cuando duerme
la serpiente por dentro es la fruta negada
metáforas blancas
directo al corazón

apunta al bosque
la bruma o el odio
más o menos
prudente

el poema
ve pasar a su enemigo
sienta su sazón
bien llevada la carga
ten valor
y viaja por el mundo

algo así dejó
escrito en el puñado de arena
que me lanza a los ojos
el perfume cegador
una urgencia animal que arrastra por el cuarto
no es lo que creo

alguien dio ventana
alguien la abre
los montes van ganando los lomos ondulantes
la quema organizada les sigue el rastro

procura la gran letra
la letra pequeña

repartida
por todo el reino de likes
real
gobierna

procura que mastique despacio en tu oído
upatense de poeta al gusto
que se mira a los ojos y en ellos
la alegría
cruja
tus huesos
viejos
escritos

así te acaricio
en las confusiones
anegados tesoros de andar a ciegas
arden
los palacios colgados de sus maderos
la iglesia de pobres dando y recibiendo
golpes maestros
limadas las costumbres
las estaciones del metro que nos llevaban
entre jardines de maldiciones
y rumias de brotes en la carroña enamorada
de la montaña

la casa fue el matadero donde sangrábamos
bien
bajamos de sus ganchos
al dente
de madrugada
la casa fue la rosa
la casa vuelve
a bailarnos entre conjuros
hasta soltar suficiente
calor de verano
estrellas
hijos

En esta calle no
ojos dorando limpio
no ha parido bien
no traduce
quiero leerte más
querida

quema su plato a fuego alto

los jugos secos disuelta en el agua alta
mi despedida de mayor no te hereda
el mapa

sabrás llegar hasta la grande la más grande
ilusionada letra pequeña
se interpone me interrumpe
un anuncio que ordena compras
explorar su región remota
pagar la cura
fantasía de agente literario
votar y refugiar ser útil
diezmo
apenas

conéctese compre desordene inmensos
poetas de días flacos
no logro leerte amada poesía
y es mi culpa
voy a buscarte
el laberinto
publicitario
falsas huellas
un mito sigue el hilo de los muertos
como si fueras tú
costa
final
una noticia
llevado el mundo

la poesía

quédate un poco más

CÓMO LE DIGO QUE ALICIA NO ESTÁ MÁS

Las lentejas salvarán a mi madre
(baja la voz, podrían oírte,
esconderlas, alterarlas
desaparecerlas

desaparecer a mi madre)

Las... (cállate)
salvarán a mi madre
(ya perdimos el mastranto de los suelos
y el río
que se llevan
vamos lamiendo su huella)
...salvarán (a mi madre)

Salto de la Llovizna, que vuelva la tierra
terciopelo del guamo
aire limpio, regresen
a mi madre

prometo no hablarle de Alicia

ARPAS DE UCRANIA Y SIMON & GARFUNKEL

Un día te despiertas tarde la guerra con su
jauría a lo lejos
es la película con cambio de reparto
donde
tampoco has muerto

en el vecindario nadie tuvo que huir dejando
su arpa bandura
te fuiste antes

la ambulancia daba vueltas contigo
los muchachos inexpertos atendían
no saben lidiar
con su propio miedo

era solamente una pandemia
para su generación que arrastra deseos incum-
plidos

vamos a suprimirte
para que alcance

que te vayas a Bielorusia sin retorno
que el camino a ninguna parte

reparta tus trozos
que los que te hemos querido
comencemos la larga marcha
buscándote

que el armisticio llegue sin ti
con nuestra sombra cada vez más delgada
cantando al árbol donde solías mirar para no
dejarlo solo

llamabas Orfeo a un cotoperí
a un cerezo
a un bosque de Inwood
volteabas a cantarle
convertida en polvo

una y otra y otra perdías
por nada
la guerra

algo
susurrado en el tiempo del parque
que movía en el follaje
su gran amor

TUS BOTAS O TUS PIES, QUÉ ELIJO

Última sombra de nube
se alejan
con el brillo de tus lentes
de tus
dientes

hay oros que no sabes por qué
se abrazan al cuello con temblor
y calma
con pastillas fulminantes

veo correr un anillo
por el bosque
creció entre raíces
volvió entre los ojos y la tierra
escondía a los más pequeños

en un barco
sin suerte

últimas sombras
de gases letales
las huertas se encargan

reaniman la belleza
boca a boca

y tú sola con tu impulso ciego
de arrebatar las aguas robadas
vendes tu collar para que haga silencio
ya no quieres
la calma
de las flores con olor a vino
del desierto
del promontorio de botas arrancadas
en los exterminios
un par
a mi medida
sombra a mi medida
con tus pies
helados

camino
a mi parte
en el coro

LAS RECTIFICACIONES, NO EL MAQUILLAJE

El psicoanalista
a veces llega de la música
aquí estamos los ciegos
apartando el día

es el hombre del tambor de la vieja guerra
va redoblando
el corazón se acompasa
limpia el campo herido

entierra los muertos sin espantarle
los pájaros
puntuales en cada hora
devuelve las raíces que se enredan
en tu pelo
recorren mi mano que amó

trae un café Napoli el analista con sus noticias
los teatros del mundo pasan los ritmos exactos
que necesita una mujer para enamorarse

parece un estilista *fashion* un barbero antiguo
va desenhebrando
tu cabellera creciendo en mi cuerpo de noche
aquí van tus hebras
a seguir su viaje
en la ruta de la seda

deja que siga
a hacer los nidos

incierto grano de Napoli
el grano de la fe de las tardes
tu pelo estaba doliéndome tanto

este pelo
crece

Freddy Antonio Torres González

demeridagrupoteatro227@gmail.com

¡GODOT, POR FIN ANOCHE ME INVITÓ A CENAR!

Dedicado al Maestro Leonardo Azparren Giménez

Pozzo. ¿No has terminado?
No seguirás envenenándome con tus mentiras...
¡Insensato! ¿Cuándo aparece Dios?
¿No te basta tanta insensatez?
Hoy es un día como otro cualquiera...
se volvió mudo, ciego y sordo.
Un día nacimos, un día moriremos,
el mismo día, el mismo instante.
¿Acaso no es suficiente?
Las mujeres dan a luz a caballo sobre una tumba.
¿Te parece bien?
El día brilla por instantes para los condenados de la tierra
y luego, después, la mala noche oscura. /lee sentado y se para
para reclamarle a Beckte/
A Becket

le importa un pepino que le digan el poeta de la desesperanza,
hoy, sesenta años después lo maldicen
sin embargo, se aprestan a montar por enésima vez
una ceremonia que es puro teatro.
¿Quién es Godot? / se sienta al lado de Becket/
Sólo sé que antes que cayesen los muros y las cruces
la libertad de los hombres su luz se apaga
ojalá se hundiesen las ideologías
para que Godot no vuelva más a sembrar esperanzas...
¿Qué representa Godot? ¿Acaso la guerra?
Porque al final no llega nunca nada ni nadie.
Tal vez tengamos que comprender
el lado oscuro del corazón y la existencia
en esa espera que no envejece para nada.
Tengo que encontrar la luz de mis ojos
en esa misma espera,
superar la tentación de morir, íngrimos y solos
trascender la esperanza y la tentación de morir
ahorcados en ese pobre árbol de papel de arroz.
Por ello hay que ser aquello que somos y,
como mucho, tal vez, mejorar un poco,
mirar a nuestro alrededor, personas y cosas.
La poesía no es poca cosa para acariciar una conclusión:
todos nacimos muertos de miedo, ¿dónde está lo pinturesco?
¿dónde está el vértigo de la emoción?
¡Bah! Eran mejores tus primeras obras.
¡Pobrecito! ha perdido la ilusión.
El paso del tiempo irremediable
no es para esperar al señor Godot,
porque él ya no representa para el teatro la desesperación.
¿Qué representa entonces?
Esa agonía, un texto con fama de críptico
tenemos que descifrarlo, traducirlo para las almas incrédulas
para que sea historia transparente,
un poema sobre la pobre existencia cotidiana
con la mísera esperanza de abrazar al todopoderoso.
El, nos ha aherrojado a ese campo santo que no es tan santo.
¿Acaso es el sueño de la humanidad contemporánea?
Godot no es nada, ni nadie.
Godot es, también, los innombrables Godots
lo esperamos cada día y cada noche que,

para cada uno, son una cosa diferente.
A pesar de la guerra,
Hiroshima mon amour,
el desastre, la catástrofe de un momento sin esperanza
todos vamos a desaparecer para nada.
Anda, ve, cancioncita mía /se escucha una sonata/
a los hombres impúdicos y solitarios,
Ve, eso sí, con pie ligero.
Ve, y ponte a bailar sin vergüenza.
Ve, con vuestra diversión escandalosa.
Llévales un saludo a los tontos y los embarrados,
rejuveneced incluso a los que no son de los nuestros.
¡Ve de prisa y búrlate de todos!
¡Enséñalos a bailar el diablo anda suelto! /se oyen tambores/
¡háblales de la mala conducta de los dioses!
¡Dile incluso todo esto a míster Samuel!
¡Levántale las faldas incluso a su mujer!
¡Habla mal de sus ojos pintarrajeados,
de sus labios mojigatos!
¡Pero, sobre todo, llévale un chisme a Estragón,
Vladimiro, Lucky y el muchacho!
¡Ellos ya han dejado de llorar!
¡Háblales a calzón "quitao"
de su pobre y ridícula vestimenta!
¡Entusiásmalos con "Esperando a Godot"!
¡Recítales los últimos parlamentos!:
¿Vamos, entonces?, dice Estragón.
Levántate el pantalón. Dice Vladimiro.
¿Qué me saque el pantalón? ¿Dice Estragón?
Que te lo levantes. Dice Vladimiro.
Es verdad (Se levanta el pantalón. Silencio.)
¿Vamos, entonces? Dice Vladimiro.
Vamos.
No se mueven. TELÓN.
¿Qué te parece? Una maravilla.
¡Se parece a la vida!
¡Vamos! ¡Toquen sus timbres
Diles que esta noche no hay función
por duelo
y vivirán para siempre.
Yo, como emisario del hombre que no tiene nombre

declaro que hay muchas maneras de comprender al autor
en esta feria de vanidades,
de fosas y de cruces.
Los sepultureros no están invitados
y menos un cura.
No hay un maestro de ceremonias
a un kilómetro a la redonda,
a veces el mismo Beckett
toca su redoble de campanas
con una especie de partitura de sentimientos
en las que el mismo compadre
da las instrucciones últimas:
venid canciones mías,
expresemos nuestras pasiones más bajas.
Oh, que desgracia
la gente nace y muere,
nosotros también moriremos
pronto de aburrimiento.
Así que actuemos
como si estuviéramos muertos ya.
El pájaro se monta en el Cínaro,
pero también se muere.
A algunos tipos los cuelgan,
a otros le disparan.
La condición humana es desgraciada…
Para Godot no es así,
así que, sonreímos
para hacernos un sitio.
Centenares de didascalias y situaciones adversas
en una suerte de funeral de sentimientos
en los que el autor, Beckett,
ya lo tiene todo previsto.
A lo sumo, pues, te encuentras mimando
este guion, en el cual él ya había respirado,
réplica por réplica los cinco personajes
ayudando a sus acompañantes a descubrir, ¿qué?...
los signos de vivir sin esperanza.
Esto no es clásico ni contemporáneo,
ni tiene validez ni poesía.
Estamos convencidos de que,
si lo hemos sabido leer con la honestidad de él,

el mismo señor Samuel Beckett,
se dijo para sus adentros:
“a mí mismo no me sirvo,
si ella quiere, yo quiero, puede tenerme”.
Pobrecita ella, la vida.
Se buscó su perdición.
Quien soy yo para condenarte,
Oh Pozzo,
Yo que estoy amargado
por la pobreza
como lo estás tú
por el inútil reconocimiento del público
que miente cuando te aplaude y te ama.
El efímero teatro es pura superstición
por eso los dioses lo han recompensado
haciendo que reciba más placer
del que pueda ofrecer;
si esto no te parece una bendición,
entonces que cambien de oficio
los cinco majaderos que viven de mis palabras.
El tímido Vladimiro
se ha casado con una mujer
fea en la vida oscura,
estaba aburrido de su oficio inventando cosas en escena
tan indiferente y desanimado que pensó
que daba igual esto de actuar cada noche
que cualquier otra cosa que da ocio.
Acaba de ser padre de gemelos,
pero esa gesta le ha traído lo suyo:
le ha tocado la difícil tarea
de ser cornudo cinco veces.
Ay, el mísero Lucky, /se oyen voces/
se ha vuelto medio chiflado
bordando cada noche una chaqueta amarillo pollito
que le envió un aficionado al teatro de China
con dragones dibujados,
el otro día en plena función de Godot
se le cayeron los mismos pantalones
de casimir inglés
sin darse cuenta
artistas descarriados,

amantes de la belleza,
actores famélicos que no pueden rendir al máximo
para seguir buscando los aplausos.
Ustedes,
objetos de recelos y maledicencias
dense cuenta:
yo he sorteado la tormenta,
he vencido mi exilio.
Reúno estas palabras
para cinco personajes inolvidables
de pura pobreza solemne,
alguien más puede invitarlo a cenar esta noche,
lo siento por ustedes
no conocen quien mece la cama de sus mujeres.
Ah, se me olvidaba el muchacho,
él es el final de una estirpe
su aburrimiento es exquisito y excesivo
le gustaría que alguien fuera a decirle
que todavía le falta mucho
para entender lo que sucede
con su carácter cuando entra
y se entretiene mirando a la chusma
como ríe de sus astracanadas
y casi tiene miedo de que yo
cometa una indiscreción
y le hable.
Solo sé escribir para la gente
mi amada doncella sin senos,
eres mas esbelta que un lirio.
¡Escúchame, atiéndeme!
Si sabes hacerlo
insuflaré un personaje tierno
solo para ti
y vivirás para siempre.
A veces
me vuelvo muy exigente
apuro mucho a los oficiantes de la escena
experimentarán los escalofríos, y al mismo tiempo
el bálsamo de esta inmensa poesía metafísica
sin corrección alguna.
¡Tan dura y tan tierna con el humano Ser, enteramente solo!

Esmeralda González

esmenilneia@gmail.com

HORAS CAMUFLADAS

Abrigaré con fuego
las horas camufladas

Abrigaré con fuego
las escasas horas
Victimario complacido

Borraré palabras
incumplidas.

Abrigaré con fuego
mi tiempo camuflado,
escaso,
perdido.

NOCHE OCULTA

Cruza la línea
que separa tu
cuerpo
de mi cuerpo.

Rompe toda regla
que dejan mis lunas.

Besa mis noches
en soledad.

Así no recogerás
en fragmentos
mi totalidad.

DÍAS AUSENTES

Sabes
lo que siento.

Sabes
que quiero
encontrarme en tu vida.

Estoy agotada
de sentir frío...
agotada de mirar
días ausentes.

Quiero navegar
en tu barco,
anclado en el
mismo puerto.

Me encanta el sabor
de lo prohibido,
lo sabes,
tú lo sabes.

DESOLADA CONSOLACIÓN

Lo sublime de lo
oscuro
en momentos incompletos.

Intimidad femenina,
cápsula de
placer.

Constante búsqueda de
colores púrpuras
en amaneceres
inciertos.

Desolada consolación, sentimientos compartidos.

Llueve amargamente
en el corazón,
tiembla frente al oscuro
encuentro con la
realidad.

¿Cómo ocultar el miedo?

¿Cómo retirar el velo
de temblorosas
manos?

El hielo de las horas
opaca la visión
vacía

Desconozco quién le habla
a la mente
muda.

El reloj señala
la despedida.

Llueve amargamente
en el corazón.

María Eloína Contreras

meloinacontreras@gmail.com

A UN POETA

Camina solitario de a poco
por las calles del pueblo.
Ya doblada su espalda
cargada de recuerdos.

Ausente de sí mismo
y lacios sus cabellos
a veces pierde el rumbo
nada es cerca, ni es lejos.

Se detiene en la esquina,
sus ojos ven al cielo.
Le parece escuchar
algo así como truenos.

Se refugia inconsciente
debajo de un alero,
que si llueve no sabe
si es prudencia o es miedo.

El poeta camina
con su carga de sueños,
no lo rinde el anuncio
del siguiente aguacero.

Silencioso el poeta
se va a contar luceros,
lo agarra la noche
en las calles del pueblo.

ATARDECER

Tarde serena y nublada
silenciosa al contemplarla
la neblina se pone fresca
como la llovizna con la rosa.

Campo lejano y hermoso
se oye el rugir del viento
azotando las ramas de los árboles
en un contexto majestuosos.

Los pájaros se refugian
en sus nidos poco a poco
Pareciese ser de noche
y el frío se vuelve tormentoso.

Justo la neblina cae
moja la vegetación,
obliga a usar abrigo
en esa alegre región.

Se observa en la lejanía
mucha neblina y llovizna
que cubren las montañas
como queriendo saludar,
dando las buenas tardes.

Héctor Cordero

hectorcordero9615@gmail.com

FUENTE DE BESOS

Agolpados en algarabía silenciosa,
en laberintos sin murallas,
dispuestos a la huida
ante la emoción y la alegría.

Cuando se fugan
van en cascada maravillosa de luceros,
noche esplendorosa enamorada.

Van en camino silente
al santuario de tu corazón.

¡Oh fuente inagotable!
Infinita ...
Fuente mía, tuya,
de todos.

VEN

Ventana abierta,
tejida de sueños al amanecer.

Inquietas gaviotas peregrinas
traen en sus alas
todo el amor
y la canción del mar.

Allí está
el templo infinito
de emociones,
solitario corazón.

Allí está la ventana,
siempre abierta
tejida de sueños al amanecer.

Allí te espero...
¡Ven!

UNA MAÑANA

Todos los abrazos,
todos los besos,
el encanto,
el amor.
Todo...
en una mañana.

Girasol encendido
luz del relámpago
despierta el amor
cada mañana.

Despierta el amor
siempre
una mujer.

Despierta el amor
siempre
una mañana.

VUELO

Mariposas hilanderas
tejen flores,
tejen corazones,
aromas y colores.

Viajeras peregrinas
hablan al mundo
palabritas en alas de cristal.

Hablan en silencio,
en vaivén
hablan al sol
palabras de amor y color.

POETA

Yunque dorado
sofocando el fuego
del relámpago.

Cada mañana
mundos invisibles
en sinfonía de colores.

Más allá del horizonte
mirada infinita
atrapando mariposas.

Manantial indetenible
ilumina el mundo de colores.
Arco iris tu corazón.

Navil José Naime Yajie

millo8tordok61@hotmail.com

"LA MISMA SED"

OLVIDO

Elijo este lugar para olvidarte.
No hay desechos de adiós
sobre el pasto vacío.
Cruje una hoguera
de pequeñas cosas
y en su loma de cenizas
algo de ti
se ríe de mi olvido.

MUDEZ

La voz que intenta
lo que digo,
trabada en el camino
de mi sangre
atrapada en el dolor que ostento.
No fue posible urdirla
con palabras.

Esto que callo
es todo lo que tengo.

MI TRINCHERA

Mi trinchera desierta
con su rumor de sangre,
las plegarias ocupando
sus silencios,
la esperanza vertiéndose en las tardes.

De su lodo estoy hecho.
Ya nada puede sepultarme.

INVIERNO

En días como este
crujen las paredes,
las aves sucumben
de espaldas a sus vuelos,
mis hermanos
atraviesan el humor
donde envejecen,
mamá nos mira desde tan lejos
que se le borran las preguntas.

Y padre no regresa.

Sigue allí
donde estuvo el camino.

NOSTALGIA

La memoria no encuentra su lugar.
Herimos la casa
persiguiendo un recuerdo.

Alguien perdió la llave
del último momento,
el tiempo va horadando
nostalgias movedizas.

Madre zurce el abismo
de sus sueños.

Padre vuelve otra vez
de su sonrisa.

Ramiro Ignacio Castro

ramiroignacio2000@hotmail.com

LAS SIRENAS

¡Dejadme libre! Que quiero escuchar...
Aquel sublime canto... ¡Qué barbaridad!
Su deleitosa voz me hace olvidar,
tanto mi objetivo como mi identidad...

¡A la Patria ya no quiero retornar!
Pues, ya no le temo a la soledad...
¡Soltadme! Que quiero disfrutar.
Tamaña tentación corrompe mi integridad...

¡¿Acaso no escuchan mi suplicar?!
Al parecer desdeñan mi humanidad...
Por esa bella voz y dulce cantar...
¡Vale la pena sucumbir ante la oscuridad!

POLIFEMO

Dime Nadie ¿Dónde Estás?
Tú, que en la nada me has dejado...
Cuando te encuentre... ¡Te arrepentirás!
¡Truhán!, que me ha engañado...
Nunca pensé que te atreverías.
Debí haberlo imaginado...

¡¿Con que el funesto Ulises eras?!
El destino me ha desamparado...
¡Pero de mí no te escaparás!
¡Hombre pequeño y amanerado!
Pues, de mi padre no te librarás...
¡Él en el mar te dejará varado!

PENÉLOPE

Día y noche te espero, amado mío...
Pero las olas no te traen a mi lado,
¡Me encuentro al borde del delirio!
¿En qué lugar habrás parado?
¿Por qué mantienes mi lecho mustio?
¡¿Será que te habrán ultimado?!

¡Que terrible mi suplicio!
Hago y deshago mi bordado...
Intentando proteger el matrimonio,
de un reemplazo no deseado...
Sólo me queda llorar en un palacio,
Que ahora ha sido desvalijado...

Pretendientes viven de mi perjuicio,
y tu ausencia me ha destrozado...
¿Cómo hago para romper este maleficio?
Que poco a poco me ha minado...
Por favor vuelve con tu ingenio,
¡Y salva este corazón desesperado!

ARGOS

Mi querido Argos...
Fiel compañero,
Vaya mal te han tratado los años.
Noble corretero...

Cachorro hermoso eras cuando nos separa-
mos,
decrépito llegas a nuestro encuentro pasajero...
Ojalá hubiésemos compartido más ratos,
de mutua felicidad y cacería con esmero...

Pero la edad es algo que no postergamos,
Y el infame tiempo se vuelve de todos carnice-
ro...
Espero en algún lugar volvamos a vernos,
mi adorado perro faenero...

LA FLOR DE LAS MADRES

La primavera anuncia
la vorágine de tu color.
Mayo nos trae consigo tu elegancia,
privilegio y deleite del espectador.

En el sur te llaman Cataleya,
aquí en Venezuela eres la Orquídea.
Joven sastre de figura eusebia,
puesto que vistes a la mismísima María.

Y así como ella fuese madre dichosa
de quien murió en la cruz que tus pétalos ador-
nan,
dichosas también son las madres a las que
ahora,
se les celebra su día en el mes en que tus capu-
llos brotan.
Te han galardonado ya como flor nacional
y apodado como "Flor de Mayo",
pero eres en realidad el recuerdo maternal
de la mujer que yo más amo.

Eduardo Dalter

contacto@eduardodalter.com

SEMERUCO

De Güiria a Maracaibo

Dedicatorias:
Al poeta Lubio Cardozo,
en Mérida, con especial afecto.

A mis viejas lecturas
del poeta Eduardo Sifontes,
quien partió en hora temprana.

"Semeruco" se terminó de escribir y dedicar hacia fines de octubre de 2021, unas pocas semanas antes de la partida del poeta y amigo, Lubio Cardozo, por lo que también dedico a su memoria esta primera edición. E.D.

TESORO CARIBE

Güiria, La Salina, Punta Brava, Irapa,
hundieron en mí un tesoro, que no lo van a encontrar.
Un tesoro indecible, extraño, o a medio entender.
Con sus costas, sus bananos y sus aromas de caoba,
que circulan por las calles donde los libaneses
tienen sus negocios de quincallas y baratijas.
Sí, casi sin advertirlo, mientras venía por la calle Vigirima,
o avanzaba en dirección de la camaronera o del puerto.
Mi vida quedó tocada, habitada, desde aquellos días
en que escuchaba los braceos y bramidos del mar
desde la cama, con una joven mujer, en aquella lejana
sala, con algún grillo desvelado siempre cerca.
Como les decía, Güiria, La Salina, Punta Brava, Irapa,
por si alguna tarde me quedo sin memoria, sin suerte o dormido.

SOLEDADES

Soledades vespertinas,
domingos desolados
de pensar en Buenos Aires,
en sus desesperaciones,
que no me dejaban escuchar el mar,
que no me dejaban
cruzar y celebrar el momento.
Algunas veces
como extrañando a alguien.
Güiria
con su plaza, sus steel bands,
su mercado,
y a menudo con Buenos Aires
como desgarrado
telón de fondo, allá lejos.
Repensar
la vida, si es posible,
en los caminos
viboreantes, bajo esos soles,
con aromas
de pargo frito, cambur y ponsigué.

POEMA DE LAS SEIS PALMERAS

A Caurantica se podía llegar caminando,
a la hora en que el sol aún no quemaba,
bien pegados a la banquina, al costado de los terrenos pedregosos,
y mirando allá al oloroso, infinito mar en las subidas.
Siempre era emocionante descubrirlo en su brillantez,
cada día con un tono distinto,
como los tonos de nuestras vidas,
tan sacudidas y solas estos meses.
Hasta que después de atravesar La Salina
y cruzarnos con algunos cochinos sueltos
y alguna rápida lagartija, arribábamos a la playa más insólita,
rica en destellos varios y en murmullos,
encendíamos un cigarrillo y nos poníamos a admirar
con el tiempo a favor, y lejos ya de todos los desconciertos
y acechos del mundo, a la increíble, relumbrante maravilla.

MACURO

Poema de las voces.

Si fuego, viento, piedra,
odio, amor o agua
devastaran estas calles,
desde las costas hasta la última
iguana,
de nada serviría.

Cada roca, cada hoja,
cada luz
volverían a su sitio,
como ha sido desde siempre.
Y esa es nuestra gloria,
también nuestra condena.

MUELLES

No digo que te acuerdes de todo
o casi todo; repito que te adentres
un momento, entre tu soledad y
esta espesura, que inclusive tiene
un puerto, para saludar o partir,
o distraerse, si ese fuera el motivo,
o para imaginar otros aires o puertos;
el mar, lo sabes, siempre da su nota
distinta y se revuelve en marejadas;
todo respira sin detenerse bajo el sol.

LECUNA Y BARALT

Desolaciones, nuevos paisajes, cielos tórridos,
mientras el autobús avanzaba por la autopista
bajo los altos reflectores de luces amarillas,
próximo a entrar a la terminal, seguro semidormida.
Entonces, recuerdo, pensaba en mi madre
y siempre en las calles de mi país muy lastimado.
Tomaba un café o dos, entre mendigos
y noctámbulos, con sus frentes sudadas,
y aguardaba el clarear de la ciudad de mala fama,
sin comprender mucho en dónde estaba.

(Los exilios de alguna forma dejan en el aire,
como levitando; ¿en cuál mar desembocará
esta historia que parece sin ley y sin medida?)
La avenida Lecuna, con sus comercios, se extendía
aún en sueños, bajo la mañana que ya se prometía
olorosa a monóxido, a café largo y frituras.

LOS SIETE POEMAS DE SIFONTES

La maestra Marta una tarde los dejó en mis manos;
"son maravillosos", me dijo mientras me servía un café
bajo el alero, con dos chinchorros blancos recogidos.
"Él se fue, ya partió, muy temprano", me agregó,
ambos al resguardo del impiadoso sol de aquella hora.
"Yo lo conocí hace añales, en un hermoso encuentro",
me acotó pensativa, como yéndose de la conversación.
"Te van a acompañar", me predijo con leve sonrisa
al despedirnos, ya en la vereda. "Te van a acompañar".

LA REALIDAD ME ESCRIBE

Hay poemas, Lubio, que es mejor no escribirlos,
sería como deslizar la lapicera sobre algo ya escrito
y cuyos signos se fueron arraigando en los años,
no con vocales, consonantes, sino con aires, voces...
Estaríamos haciendo una copia, o un intento
de copia, que nunca podría ser sino un agregado.
La realidad también escribe sus poemas en nosotros
hondamente, como si fuéramos una pizarra o un papel
repleto de caminos y muelles que se fueron dibujando.
A menudo, sobre todo cuando me detengo en los tiempos
(o en sus momentos más vívidos, o entrañables),
yo los leo y releo, no sin emoción, no sin sorpresa.

VIERNES

"El pueblo sabe lo que la tierra sabe".
a Carl Sandburg, en memoria
El día en que el pobrerío hastiado bajó de los cerros,
los funcionarios y políticos empalidecidos no aparecieron
sino hacia la noche, para dibujar falacias y bienestares en tevé.
Cuando el bramar y el tronar recorrían las avenidas
entre una corte de perros vagabundos que ladraban,
nadie se interponía, a excepción de algun policía,
que empezó a recular ante el duro frente de tormenta,
que venía refucilando oscuro, arrecho y tumultuoso.
Maldito, me dije, el palurdo burgués que pretende
poner en duda el escaso y sudado pan del pueblo.

* Levantamiento popular en Caracas; febrero de 1983.

Simón José Pachecho

simonjosepachecho75@gmail.com

I

Son estas palabras que crujen
constantemente en mi alma
y que no te aconsejo leerlas
porque tienen un tono apocalíptico
y desembocan en mis lágrimas
donde mis pensamientos estallan
tumultuosamente en tu corazón,
digno de ser amado en la luz
de tu romanticismo.

Quisiera escribir algo nuevo,
pero a mi edad
el hermetismo no sirve en mi poesía
hecha con mis personalísimos verbos
conjugados
en el plural de la primera persona,
y con la emoción de poder decirte te amo...
El perpetuo verbo amar que no falta
en casi todos mis poemas.

Esos que aparecieron en mis manos
para seguir viviendo en tus sueños
sin que nos distancien las ideologías
disfrazadas de gramática,
porque hemos sido amigos muchos años,
y fue mi vida la poesía de mi adolescencia
y la puse en tus manos.
Hoy escribo
desde mis convicciones doctrinarias
en el umbral celeste de mi otoño
y aún no comprendes algunos de mis textos,
cuyo destinatario es el amor.
Y que no quepan dudas,
en mi corazón se hospedó el amor desde hace
tiempo.

II

El sortilegio mágico de esta tarde
es un paisaje estremecido
por tu amor que me gravita más allá de este
poema,
que según tu espíritu
son unos versos ardiendo en mis huesos
para metabolizar tu amor que termina
en las metáforas o en la tempestad del tiempo
tantas veces derramado
en los colores del crepúsculo en tu cabellera
o en los códigos secretos atormentados
por mis versos platónicos que me identifican.
Imaginas entonces como una revelación,
que vivo atormentado,
encarcelado en la nostalgia,
víctima de una gran depresión
a muchas calles de ese viaje sin regreso,
desde esos poemas sin títulos todos hechos
el mismo día sin ninguna pena.

Debo escribir sobre esta tarde
y del sonido imposible que cruza
por nosotros con indiferencia
en las orientales sabanas
o en las tibias aguas de los morichales
sumergiéndome en tus sueños.
Y encontré tu belleza en los vericuetos
de mi alma bajo una gota de sangre,
en mi corazón o en la eternidad
de la primavera inmóvil de tus manos
impregnadas del perfume líquido
de tu piel mojada de un te quiero...

III

En este diálogo persistente
y donde vibra la verdad deslumbrante
te confieso con estas palabras
mi admiración y mi amor
porque me has acompañado
ofreciéndole a mi vida protección
en esta aventura monótona de escribirte
poesías.
Aquí manifiesto
mi amor que siempre gira hacia tu corazón,
lugar donde viven mis sueños
aguardando un poema que te guste
aunque no termina de revelante que te amo.
Un poema que tenga las formas
enigmáticas de tu cuerpo sin un manual
para andar por la obscuridad de tus sentidos,
ese lugar mítico
donde me encuentro con tus ojos
o con tus besos después de una tormenta,
con mi visible angustia alrededor de mis
insomnios,
desdibujándose al amanecer
en la simetría de tu cuerpo desnudo,
que me produce una epifanía
partiendo nuestras vidas en dos minutos
sin los rotulados de un relámpago.
Con su aspecto patético
Haciendo trazos azules en el cielo, frente el
espejo...
En la infinita luz de esta mañana están tus ojos
que me observan con preocupación
aunque de un modo cauteloso
y sin la necesidad de los recuerdos
que nunca faltan en mis poemas.
Sobre todo, al usar los sustantivos
desempeñando las funciones de los adjetivos
en las últimas líneas escondidas de una
expresión:
¡Te amo!

IV

¿Y si lloviera esta tarde,
y si tu nombre fuera el diminutivo que me
aguarda
en las noches por donde me asomo
a tus sueños sin los sobresaltos
que asaltan la esperanza?
Me haría feliz
saber que me sueñas algunas veces
con el simple detalle de las palabras tiernas
de tus intimidades ardiendo en tus costillas,
y enfrentarme a tus celos,
precisamente cuando llueve en mi existencia
llena de imperfecciones en los paréntesis,
o en el conflicto de tus besos
buscándome por donde no debes.
Sin darte cuenta de que hoy no es jueves
y sigue lloviendo en la melografía de tu ser
cómo la primera vez.

La tarde se vuelve agua,
y eso me inspira a escribir
utilizando el sustantivo mariposa.
Con él puedo adjetivar esta tarde
en la transparencia de tus ojos,
a la sombra del sol saliendo por los míos...
He extrañado tus brazos en el costado
izquierdo,
abrazándome a ti
para no ahogarme de rocío matinal,
reencarnado en tu alma,
quién sabe si a lo mejor nos encontramos en
las madrugadas
y el por qué no tendré pena
de volver amanecer en tus brazos
abrasándonos de sueños irrealizables.

V

Hoy me he levantado estremecido
por las palabras ecuménicas,
las que me duelen por los cuatro rincones de la inocencia,
las mismas que utilizan las marías.

Es domingo y llueve a chorros,
por tres días la felicidad me hace recordarte.
Entretanto me duele el amor sin cielo
y hasta la ilusión sin culpa.
Y hablamos masticando el verbo amar
prisionero en tu boca de besos.
¡Ay San Gabriel, haz el milagro!

Hoy amanecí más o menos innumerable
y simónterciario en tus sueños,
o quizá insaciable en mis locuras
y por las esquinas de tus piedades
o en el nivel de tu amor en este día
que me induce a algo eterno, ¿y quién sabe?

Hoy amaneció el cielo siendo de nosotros
y con su lluvia saliéndonos al encuentro
en una sola línea inadvertida
en este poema y con ganas de llorar.

Ahora el día ha florecido con una brasa
encendida en mi corazón llorando un domingo
y cantando un lunes
martirizado de infortunio en la voz de las mujeres,
en las junturas de mi alma...
Con lástima infinita y a la intemperie
cantando van mis sueños desvelados.

VI

Lánguidamente la tarde es una romería
en la desolación de mi corazón,
un grito anciano de mi angustia en un terceto,
en la oración de mi idilio muerto
en voz baja frente a un espejo
y a media luz en nochebuena entre el amor y el placer.
Pero antes de que se acabe el domingo
pienso en las escrituras sagradas
o en las epístolas que no me dicen nada
porque para describir mi vida
hablan de la muerte en los crepúsculos
cuando estoy mirando a otra mujer
y recordando su adiós salomónico
después de tantas preguntas.
Y te estoy llamando entre dos vocales y una consonante
en los escombros de mi alma sin saber dónde te busco
con este sentimiento antiguo.
Porque a lo mejor soy otro y tengo frío
o porque hoy me gusta la vida
y ando huyendo en el aroma dulce de tu piel
que acaba de pasar en estos versos que me ahogan
después de tantas palabras en la mesa
del hambriento, en el buen sentido de la palabra,
es el momento más grave de mi vida.

He aquí que hoy te saludo
y en tu casa ya no vive nadie, ¿qué más da?
Ahora me pierdo en estas líneas
antes de que se acabe la tarde
y vuelva a llover
y no quieras abrigarme en tus pechos
que le sobran literalmente calor.
Es por eso que muero tantas veces.

Felipe Itriago Coiman

ltriago17felipe@gmail.com

SUSURRO DEL FUEGO

La boca te besa en los silencios que queman la hoguera del viento,
cortan los danzantes la triza de ceniza que quema tus sales.
El tiempo besa la noche, pienso que los relojes giran perfectamente sin el segundero.
La carretera es el minutero del reloj, por eso te beso porque necesito estar en la palabra.
Las mariposas estáticas del destino.
Porque ahorita es estar en el vaivén
de los trenes, para escapar contigo.
Mientras besan la noche los amantes de la cercanía.
Nosotros necesitamos bailar, para ser el tic tac del reloj.
Deseo, gemido, placer que se exilia entre los dedos de la huida.
Somos sonoros epicentros para amar.
Cuando la palabra se escurre, la noche es fervor de orgasmo.

HE DESCUBIERTO LA POESÍA EN TUS OJOS

(Dedicado a mi gran amiga Valentina Reggeti)

Mañana quiero cambiar el día por la noche.
Sin que las estaciones bailen al ritmo de la libertad,
no del vértigo rutinario de los contrarios.
Para que arda arte en la calle.
Quiero que el plano real se convierta en edificios tornasoles,
métricas que trenzan los continentes y se unan en uno solo.
Quiero que la palabra sea salud, y no divisiones corruptas
sobre la faz humana.
Que la soledad me abrazara y olvide mis miedos.
Te amo, deseando ser ave. Y volar.
Mañana quiero ser lírica.
Que me besaras con deseo, pasión.
Quiero estar en balcón de un edificio, y sellar poemas para que sean
constitución.
Poemas que revolucionen, haciendo que baile la infancia y la historia
sea diferente.
Versos que dan cuerda a la locura, colisionando humo, madrugada
vibrando en la grama manuscrita y nos convierta en ave con tinta.

LA VERDAD DE LA HUMANIDAD EN PROSA

(Del poemario *La flor del fuego*)

La fuerza de vivir con la piedad de morir abrazado a los pies de la libertad
en el hecho de crear, mientras escribo, la métrica de un cuadro.
Sólo sellé el sello del confesionario del taller donde empecé a pecar
con el ritmo tecnicolor.
Te estaré esperando en el éxtasis de la palabra,
al observar que la creación se fue con un soneto habitando el espejo
de reflejos de varios colores, como un vino vivo en una canción rota.
En el espectro encontré mi verdad.

MUSAS EXALTADAS CON EL TELÓN

(Del poemario *Viaje para descifrar tu nombre*)

El cinetismo figuraba estos gritos transitados,
acariciando la ilusión cubista de un eco.
Saltas con la geométrica silente del telón,
descubres magia con la danza gravitatoria
de nuestra actuación dirigida a la nada.
Las páginas ya cerraban el escenario,
el público se quedaba esperando los aplausos.
Huías fuera del tren humano,
los dilemas palmaban la noche interviniendo
los nocturnos callejeros.

ESTADO DE POESÍA

(Dedicado a mi gran amigo y poeta mexicano, Danilo / @verbo.danilo)

Habito, en latitudes que elevan melodías de mi boca conectada
a las vertientes del compás dibujando la tierra.
Cenizas que se remueven con mis dedos.
Exhalo porque estoy aquí, levitando,
buceando entre océanos congelados de ausencias, duelos.
La emoción llega palpitante al deseo para ser alfabeto de hiedras
y vocablos que susurran, mientras se extravían
en los caminos más escondidos de la elipsis.
Susurra la madrugada con su fina voz que seduce ángeles,
rozando temperaturas que erotizan lo etéreo.
Ahondando sílabas, dibujándolas en el aire.

Siendo ángeles de humo.
Emociones de pájaros cromosomas que se gestan
en proceso de mitosis y después fecundan
para ser palabra fértil en acción,
explotando entes magentas.
Siendo susurro de éxtasis.
Palabras que desnudan tu alma,
una y otra vez llegan al cosmos para besar la vía láctea.
Transpirando pinceladas sobre lienzos.
Y telas sobre bailes girando y ahogándose entre dudas
que zurcen noches vertientes.
Me sumerjo ante besos de abismos,
entre cascadas que te abrazan.
Métricas que germinan liras.
Hazme placer.
Vertiente de agua.
Meditación que besa las aves fuego.
Componentes diluidos con lágrimas.
Despedazándome vivo en estado de poesía.

ESPALDA DE CUALQUIER PARTÍCULA

(Del poemario *Viaje para descifrar tu nombre*)

Suena el latido de corazón de una alarma;
es una molécula de hidrógeno llena de pintura
para desnudarte cuánticamente, contándote los días fértiles.
Por tu boca suena una canción de cuna desesperada,
una desesperación porque reaccione con la unión de dos partículas
que provoquen el amor de una mujer y un hombre ante cualquier dios.
Una bala de los intrusos en el arte, una persona tratando de expresarse
con un poema.
Mientras que la espalda de una molécula musical,
a través de alguien desconocido, es cuerpo.

Carmelo Mata

matacarmelo1607@gmail.com

!AY MUJER!

Si me dieras los besos que tu labios provocan
me hundiría en el silencio de tus ojos de amor,
fueran míos los sueños que refleja tu boca
contrayendo la gracia que me deja el dolor.

Si me dieras el guiño que altera tus cejas
con la suave ternura de esos ojos de horror cuando miran los míos,
inocencia que dejas embriagada en perfumes con el óleo de amor.

Si dejaras mis manos ser corsarias en tu cuerpo
perdería sentido el arrullo del tiempo,
en tu dulce guitarra me quedara cual puerto
donde sueña el marino la caricia del viento.

Si dejaras pasar la hoguera encendida
del refugio de encantos en tu alma y la mía,
brotarían magnolias en tu vientre tendidas
entre encajes de oro con la noche y el día.

Si confiaramos todo a la suerte del viento
seríamos un remolino de pasión y locura,
un tornado de amor al decir lo que siento
en tus labios de seda que los míos procuran.

Ven ahora a mis brazos, estrechemos calor vagabundos
de sueños en suspiros perdidos por la hermosa vereda
donde posa la flor forasteros vencidos a la piel de gemidos...

Y caídos en éxtasis, perfumemos la alcoba
con insencio sagrado de pureza entregada,
entre canto y violines donde Eros se asoma
con la Venus radiante que lo espera agraciada!

ILUSIÓN

Los luceros de tus ojos mi niña
me invitan a vivir la vida;
la dulzura de tus labios me vuelven loco contando estrellas;
los volcanes de tus pechos desesperan mis manos sin retorno;
el eco de tu sonrisa me llena de fantasías en el universo de mis sueños
y tu cuerpo de guitarra me deja como el pensador de Rodin a tus pies...
¡Ay mujer como matas al poeta!
¡Ay Venus como sueño tus encantos!

SAMARITANA

Dame agua amor mío, estoy sediento de ti;
caminando senderos a tu cuerpo he llegado,
al maná de tus besos donde yo aprendí
a soñar embelesos en tu barca callado.

¡Ay mi Samaritana que me ahogas de encantos con tu fuente tan pura
entre miel y cerezos, la pasión desmedida, mansedumbre que tanto
desearía de tu boca en mis labios tus besos!

Tuve sed y calmaste, cual parral mi agonía de sentir cada gota
de tu alma en mi piel, en el pozo el deseo te sentía tan mía
cual panal de la abeja donde deja su miel.

Y en mis labios frescura, derramaste agua viva
como en Juan 4,7 de sagrada escritura,
¡Ay mujer compasiva del Jacob que reviva
en la sed de mi cuerpo esperanza y dulzura!

Y ya ves mujer noble la piedad de un poeta
con el cántaro tuyo me volví soñador,
un refugio en la alcoba donde sueñan mis letras
la grandeza que esculpe como un ruiseñor.

Pero basta decirle la verdad de mi sed
que calmada en sus labios sofocó mi dolor,
cada gota un rocío con aroma de té
bálsamo tan piadoso como gema al amor

Y asi niña amada un aljibe tus ojos
una lágrima tuya nunca era salada,
era miel y parral sin piedad del abrojo
en la sed de mi boca que dormía callada...

Abraham Abraham Greige

abraham821@hotmail.com

En la fuente de soda Lucetti
una pareja baila siguiendo el compás
de la música
hacia atrás.
Ellos viven muy juntos en mi entrecejo.
El toma la cintura de ella y marca la danza
mientras ella lo sigue
mira sus pasos para
no equivocarse
en una pista de cemento verde
muy pulido
entre mesas y tragos de guarapita
hacia atrás.
Brillaban la señora y el señor
ella de gran falda con cinto de vaivén
él de lino y sombrero pelo de guama siempre
hacia atrás.
Su vuelo
jamás se ha interrumpido en mi
frente
y como no tengo registro exacto de la música
que los hizo eternos
bailo a solas con melodías de estación
hacia atrás
en homenaje a los que
en adelante fueron
mis amigos y no lo sabían.
Yo los registré
con ojos de niño que escapa de su casa
y contempla la ternura
de espaldas al mundo
deslumbrantes
sobre una cuerda de cemento
en la Lucetti
hacia atrás.

La lluvia no sorprende a la ciudad de la lluvia.
Entre su velo de agua alcanzo a ver
la línea que dibuja el santo
y seña de un pueblo que fue promesa
en medio de la selva.

Trazo una línea
a partir de voces muy remotas
y la encuentro en esta isla al oeste del norte
en medio del frío que cuece la piel
y la veo
y digo soy
desde esta hora.

Cesa el chubasco,
la tarde se contiene en el gris de un topo que trae perfiles
abre zanjas sobre el deseo
golpea mi respiración
estremece el arrebato
trae.

Viene
se instala en el suspiro de un impulso rendido
a la belleza
palabra
tesoro y revés
pregunta sin respuesta.

Viene en la insinuación
de la Danae de Schiele
en el cartón de la Virgen de las rocas de Leonardo
en los girasoles despeinados de Vincent
y toda la vasta Gallery
que ofrece su preciosa desnudez
a un extranjero
en medio de la lluvia.
La misma
y solitaria luvia
de la promesa
que nunca
llegó.

Hoy me han vuelto a hablar
de ti
y regresas como brillante silueta
que levanta un baile
al entonar “Ron con Coca-Cola”
el calipso de las hermanas Andrews junto a la banda de Bing Crosby.
Aunque tarde
supe que era la resonancia de tu pasaje por Trinidad
el eco de la gracia
de tus pasos
para borrar adversidades
mientras te miraba junto a mis hermanos
contenidos a la fuente de una ternura
inagotable.
Me han vuelto a hablar de ti
y estos dedos que son extensión de los tuyos
escriben para sostener
que tus canas eran contrarias a tu espíritu lleno de resplandores y murmullos.
Estoy seguro que conjurabas
el rubor de tus penas
al transcribirlas con la punta
del dedo pulgar derecho
sobre el dorso de tu dedo índice contiguo.
Esos versos que sembraste al azar se esparcen en una voz que hoy fortuitamente
me habla bien de ti
papá,
y veo al viejo Isak Borg de Bergman recogiendo fresas salvajes para salvar su alma
mientras elevas las puertas de tus amigos para salvar la tuya
y me extiendes
tu antebrazo de acero
para colgarme
y balancearme como antes
de un lado a otro
al compás
de tu oración
purísima,
exacta.

El aire de Darío se hace más pulcro
cuando acompaña los últimos destellos de sol.
Se dejan colar suaves
a través del triunfo de un arco de virtuosos
que una vez fueron y ya no lo son en una avenida
surcada de arces donde Eulalia, la de Rubén
puede acariciar las sedas de los escaparates
como quien mira su rubor a través de un cristal.
Rememora en los maniquíes de policarbonato sin gracia
un duelo de pueblerinos que aspiraban adueñarse de su nube.
Atrás dejó su aflicción junto a los que no estuvieron para ella
vuelve a su casa con patio de aceitunas
a la piedra donde procesaba el trigo y al curso de confección
que rechazó su hermana la insensata.
Atrás dejó brotes de desilusión
recogidos en un barco carente de fe
que la llevó a parajes inciertos.
Los dias franqueaban el pañuelo esposado a la inocencia
de su cabeza y cuello.
Eulalia, que podría ser mi madre
apuró un trago antiguo
y el mar no descifró el futuro de vivir
sorda, siempre bella y blanca
apoyada en la apatía de las prótesis que mantienen su pelvis
junto al escaso perfume de un ramillete de bellas flores de café.
Espera ansiosa en el sillón de rafia
la palabra que sorprenda su fatigada piel una aparición
que de alas al entramado de pabilo que convierte en croché.
Eulalia la de Rubén Darío ríe
-al igual que mi madre-
entrelaza souvenires y entrega agradecida
a la visita de turno.
Eulalia la de Darío como mi madre
amó lo que ya no encuentra entre los dedos callosos
de un desolador y lejano bosque de retales
sin lustre,
roto
como el arte de su ilusión.

María del Rosario Chacón Ortega

mariadelrosariochacon@gmail.com

MADRE COMO PERISCOPIO

Amanecí friendo nostalgias
en el calderito de mamá.
Mami,
caminas a mi lado,
desde arriba como periscopio
abrazas la vida tuya
la vida mía;
lo que dejaste que aún no veo
lo que imprimiste.
Llueve,
es el agua y el hielo,
en cualquier forma
    salada deslizándose en mi rostro
    sobre la vida,
debajo de ella.
Esa etapa te encontró pasiva
violenta,
cruda,
sin corazón
Y uno escucha...
lee ese disparate
Esa argucia política
Que sigue mordiendo
la cola de la serpiente roja.

NAVEGA LA SOMBRA

A mi querido nonagésimo
Alberto Antonio Vásquez Indriago
en su cumpleaños 17 de mayo 2022

Navega la sombra
en pos
de su luz
y allí te aguarda en
aquellas caminatas en el paraíso.
Se delimitaban encrucijadas,
las nuestras se hacían viernes y
difuminaban las estancias hasta
elevarlas a senderos agradables.
El aroma de malabares y
esa especial humedad de Caracas,
es un regalo verde.
Siempre divisamos
El Ávila a nuestro horizonte,
un mundo detenido
donde el tiempo se diluía
en el bosque inmenso que nos cobijaba.
Siempre tú en ese recuerdo,
Siempre Sir Alberto de Catia
cautiva nuestras risas,
tus ocurrencias.
Siempre Alberto,
Caballero del afecto
siempre en este presente.
La lluvia y los recuerdos se anudan
Surge Altavista,
aquella máquina de escribir de carro inmenso...
tu hogar,
espacio de apoyo a muchos,
aletean los tuyos, los míos
que divisamos
que nos esperan.

Hoy en tu cumpleaños te obsequio
mi palabra llena de amor,
sombra de sombras diluidas.

Sombra de sombras somos
presencia compartida,
a la sombra de nuestras historias,
amigos Talleristas.
Constancia en tiempo y
espacio verde
de nuestra mágica y
telúrica ciudad
abrazada por el majestuoso Ávila.

Sombra de la sombra somos,
al segundo del café compartido
desde tus ojos hasta los míos,
en cada letra, poema, cuento disfrutado
en caminatas caraqueñas o
en senderos de Las Delicias de Maracay.
Somos náufragos
en medio del apagón.
Sombra de sombras,
carrera de las buenas
al compás de los sesenta.
Un suspiro se escapa,
llega el efluvio de un par de gardenias
y trae tu rostro
Caballero del afecto Sir Alberto de Catia.

Olivia Villoria

oliviavilloriaquijada@gmail.com

COTIDIANIDADES

Amo la simpleza de la cotidianidad
los buenos días que pronuncian los labios
amados
aún somnolientos y a veces malhumorados,
el olor envolvente del café colado en manga
que emborracha mi casa temprano
en la mañana.

Amo el momento sagrado de la comunión
entre el agüita caliente cuando hay,
una pastilla de jabón y mi piel madura,
blanca y delicada
fresca y perfumada.

Anhelo el instante sublime en que mi cama
blanda y acogedora
recibe mi cuerpo cansado,
somnoliento o afligido
para dormir en los dulces brazos del mi misma
para imaginar en vigilia o soñar dormida
para leer tantos libros que esperan mi devoción
para desnudar mi alma en la escritura de ficción.

Amo lo sencillo de lo profundo
Amo lo profundo de lo sencillo.

PÁJAROS

Cierro los ojos y lo veo.
Es un enorme pájaro color azul celeste
que busca mis ojos y me mira fijamente.
No soporto las miradas que parecen querer robar
hasta el más íntimo de mis sentimientos.
Siento miedo y abro los ojos para escapar
del ave.
Varias de sus plumas
se han enredado en mis cabellos.

Vuelvo la cara hacia mi ventana y los veo
parados en los extremos de un árbol ahora seco
que una vez fue de tupido follaje.
Son dos hermosos pájaros azules
que al descubrir que los miro vuelan raudos a
mi encuentro.
Cierro los ojos para huir de ellos.
Para que no los ignore
me dejan hojas secas entre mis sábanas.

¿Qué quieren de mi los pájaros?
¿Desean herirme con sus picos
como si yo fuera el alimento
que sustentará sus pequeñas vidas?
Les ofreceré las palmas de mis manos.
Les ofreceré mis pechos.
Porque ya no tengo a quien acariciar
ni tengo a quien amamantar.
Será que quieren cubrirme con sus plumas
y esconderme bajo sus alas
para librarme de este frío abrasador.
Si quieren llevarme en sus alas
para cruzar el océano azul
danzaremos sobre las ondas del mar,
nos llenaremos de espuma,
nos emborracharemos de sol y de arena
No volverán a vernos
porque allí nos quedaremos.

AMO AL POETA

El jueves me devoré un libro de poesía.
En la noche soñé con una lluvia impetuosa,
repentina y fría
que me inundó hasta el alma
cuando estaba en París, a mediodía.

Fue un aguacero que desbordó mi río interior.
Como abejas nocturnas,
cada célula de mi ser escapaba
por mi boca ansiosa, queriendo desesperadamente
escapar del agua, atrapar el aire.

La noche de ese jueves morí ahogada.
A pesar de mi muerte
una felicidad extraña me empapaba.
El viernes me desperté con gran dolor
en los huesos
y supe por qué estaba tan feliz,
pese a los tormentos.
Era que estaba con Vallejo
y hacía el amor con el poeta.

NO HAY TIEMPO QUE PUEDA

Ni veo ni oigo ni siento el tiempo
Pero el tiempo no me pierde de vista
y se enseñorea a cada momento.
Como para que sepa quién manda,
oh, déspota de mi existencia.

En cada arruga, cada mancha, cada olvido
cada cana en mis cabellos
cada incapacidad de mis huesos
cada dolor de mis miembros.

Mas mis sueños se rebelan
mis amores se subvierten
y mis letras se sublevan.
Ellos se hacen siempre nuevos,
frescos e inéditos.
Contra ellos no puedes, tiempo.

DE COLOR DE TINIEBLAS

De color de tinieblas es el niño en abandono,
el ser humano violentado,
el anciano desvalido.
Son las niñas mutiladas,
los seres decapitados.
Lo es el desastre natural
que deja a algunos sin techo,
la muerte precoz
de inesperada presencia,
la enfermedad que destruye,
la peste que nos enferma,
la cárcel del inocente,
el delito sin castigo.
De color de tinieblas es el desprecio ramplón,
la lealtad traicionada,
la inmerecida descalificación.
Es la miseria provocada,
la mentira y la injusticia,
la imperdonable corrupción.
La vida y sus desafueros
son de color de tinieblas.

ABANDONO

No lo he vuelto a ver
pero lo miro todos los días.
El día que se fue
el sol no se levantó de su cama,
la alegría desapareció
entre espesos nubarrones,
las sonrisas se escondieron
no sé dónde.

Todo me abandonó
menos las profundas arrugas
que acudieron presurosas
a mis ojos, fatigados de llorar,
y a mis labios, ávidos de pronunciar
agrias palabras.
Hasta mi cuerpo cambió.

Mi cabello se vistió de luna.
Mi piel se desnudó de la frescura del rocío.
Mis caderas se ampliaron como guitarras
y mi vientre se hinchó
como globo de cumpleaños.

No lo he vuelto a ver
pero lo miro todos los días.
En la mirada castaña.
En la voz musical.
En la piel morena de mi hijo,
que me recuerda para siempre
su abandono.

DIFERENTE

Se sentía un alma herida
un juguete destrozado
un cuaderno borroneado
un árbol mal trasplantado.

No me pongas pantalones
zapatos negros con trenzas
franelas desaliñadas
no me gustan los marrones.

No me regales aviones
ni soldaditos de plomo
menos carritos chocones.
Por qué veo esto en mi cuerpo
si me siento diferente.
Quiero llevar trajes floreados
zapatillas color fucsia
medias largas transparentes.

Me agradan los lazos lila
brillo rosado en mis labios
jugar con la cocinita
y cargar a una muñeca.

Sueño a diario con princesas
dibujo bellos vestidos
y firmo con corazones.

Por qué me miran tan raro
si lo que busco es amor
sonrisas y caramelos
tu apoyo y tu comprensión.

NIÑA

La niña que fue y que sigue siendo
baila de noche con los ángeles
en el firmamento azul,
conversa con las hadas
que anidan su dormitorio,
recibe besos de las gardenias
en los mediodías soleados,
viaja en brillantes aviones
de papel lustrillo y seda,
se mece en la hamaca de la luna menguante,
y va a la playa dorada en la carroza del sol.

La niña que fue y que sigue siendo
se come las uñas de los pies,
pega el chicle en los bordes del plato
para comerlo más tarde
y quiere ser bailarina o novelista de fama.
Raya las blancas paredes con lápices de colores.
Hurta los dulces de coco
del horno de la abuelita.
En el piso dibuja una rayuela
y salta hasta las estrellas.

La niña que fue y que sigue siendo
volvió a orinarse en la cama
y le cambian los pañales.
La alimentan con sopitas
que le dan en cucharilla.
Da pasitos vacilantes
como quien aprende a andar
y no pronuncia palabra
pues se le ha olvidado hablar,
vestirse como es debido y sus dientes cepillar.

Freddy Jabano

freddyjabano@gmail.com

TERNURA

Gracias por los besos
diminutos
reflejados en tus ojos
de ciruela
mirándome con ternura.

Siento en tus pasos
el aroma de los años
y la quietud de tu ser
posado en mí.

Me enseñaste a viajar
a las entrañas de lo que somos.

Voces de bondad
se amontonan en mis sueños
conjugando el querer.

Eres noble y eso basta
para que en la estela de las acciones
el rosal florezca
y las bandadas de abejitas
se emocionen al verte.

Por eso comulgo contigo
renovando mi espíritu,
para que el pilón guarde siempre
el musical recuerdo de besos
del cigarrón en su cuevita,
en pleno amanecer.

EXTRAÑO

Extraño minuto a minuto
el imaginar, el roce
de nuestro cuerpo, de nuestras manos.

La caricia perdurable,
tu respiración y la mía.

Nuestros corazones
queriéndose salir del cuerpo,
encontrándonos.

Extraño tus movimientos,
el furor de tu grito y mi silencio,
la plenitud final.

ME ENCANTAS

Me gusta contemplarte en imágenes,
sentir en tu mirada mis fantasías.

Me gusta tu sonrisa de agua tranquila
y en tu gesto la posible aventura
que atormenta dulce,
el casi grito ante lo inesperado,
hasta la paz de los labios encontrándose,
besándonos con ternura infinita.

Te imagino caminando por las tardes
en alguna playa
buscándome en el canto de las aves,
desde tu fantasía.

Te imagino siempre hacia mí, mientras aquí,
entre mis nervaduras de piel ansiosa,
te espero mirando en el horizonte tu visita
por siempre y para siempre.

Libertad González

libertad.glez@gmail.com

1

Llévate el viento
que zarandea todo
Deja la lluvia

2

Croar de ranas
en el estanque manso
Canción de estío

3

Tibio fulgor
desvanece la niebla
Clarean formas

4

Tras la tormenta
de repente en el cielo
Un arcoíris

5

Lluvia en la noche
suena sobre el tejado
como una nana

6

Ruido de máquinas
taladran la mañana
Elijo el pájaro

7

Cesa la lluvia
afuera reverdecen
todas las hojas

8

Bajo la luna
El camino de plata
sobre la mar

9

De pronto el río
fascina con su salto
Estruendo de agua

10

Sueño la calma
del estanque sereno
Salgo a buscarla

11

Dolor del náufrago
la orilla lo recibe
El mar lo sabe

12

Caen jazmines
El viento los levanta
Un remolino

Hay quienes no pueden imaginar un mundo sin pájaros;
hay quienes no pueden imaginar un mundo sin agua;
en lo que a mí se refiere, soy incapaz de imaginar
un mundo sin libros.

— JORGE LUIS BORGES

ERRANTE EN EL LABERINTO DE TUS LÍNEAS

Te muestras ante mí,
desnudo, sin velos, sin filtros,
abierto a lo que quieras mostrarme.
Y me dejo atrapar en tus mares
destapados de cielos,
para beber la lluvia que proclamas
más allá del infinito.

Eludir el tiempo es la forma de aliarse contigo,
desafiar la razón y asumir
que cualquier lógica tiene cabida.

Todas las dudas se desvanecen en tu mirada,
toda la rabia se ahoga en tus fuentes,
todas las esperanzas se alcanzan en tu abrazo.

En horas forjadas de noches y días
desnudas los espejos desde el templo sereno
del silencio donde habitas,
para saciar mi sed
y alimentar mis ansias.

No existen el tiempo ni el espacio
en esta simbiosis perfecta
que ambos formamos.

Tú, el viajero sin fin que se erige eterno
desde otra dimensión,
el refugio tantas veces
de momentos callados.

Y yo, como una gota efímera,
errante en el laberinto de tus líneas,
recorro tus abismos para devorar
uno a uno los deliciosos trazos de tu memoria.

Frank Gavidia

fgavidiowriter@gmail.com

Del libro *El exilio en el horizonte* (2022)

AL INMIGRANTE

¿Qué nos significa el exilio,
dejar atrás la brisa juguetona
que se despide en el ropaje?

Y el pañuelito húmedo
de tanta lluvia en los ojos.

La mirada cambia en el horizonte,
los brazos se sacuden como alas
hasta tumbarse frente al cielo
de la tierra a bordo.

En verdad,
¿qué es un adiós
con promesa de un mañana?

Es triste el vaho de los terminales
tras una partida.

La casa con sus sombras silenciosas
come sentada a la mesa noche tras noche,
mientras espera.

Y yo, solo llevo la Cruz de los pueblos,
no olvido el ángel
que nos guarda de asolearnos
en nubarrones y abismos.

EN EL VIAJE

Tengo la vida en un bolso de mano,
estuvimos dándonos abrazos por la ruta
de donde se sale de Mérida
para llegar a Dallas.

En mi casa hay dos ventanas,
por una observo al país y su tropelía,
en la otra sigo mirando la calma citadina.

Aquí, de todos modos,
soy un extranjero.

A veces anoto en una libreta,
repito lo mismo:
es tiempo de rebelarse primero en lo interno,
confrontarse a sí mismo
como quien busca
(des) dibujar lo de afuera
antes de dar cualquier paso.

HAY ESPERAS MUY LARGAS

Hay expectativas
a lo largo y ancho del territorio
de nuestro país.

No debieran ser lo que son,
insufribles listas de espera.
En oficinas públicas,
de ocho a tres de la tarde,
en días hábiles de la semana,
cuando no hay fallas del sistema inalámbrico,
ni riesgo posible de contraer algún virus;
y si el presidente lo ordena.

Hay esperas ineludibles en las gasolineras,
la gente se acumula haciendo hileras de autos,
parecidas a la sucesión de vagones de una
locomotora.
Las de los hospitales, roídas de incertidumbre;
las de las aceras, tediosas
la piel se fusiona con el sol
y la gente ya no cuenta las horas.

A veces se abren las urnas de votos,
aunque cada vez son menos extensas las listas.
Hay acopios que se expelen hacia las fronteras,
más tierra que se remueve para sepulturas.

Se inscriben enunciados
que asustan la piel
y encadenan los deseos en cubiles.
Hasta los sueños hacen antesala
entre la lúgubre expectativa.

Si retornara la hora cierta
la espera sería aliciente
como el amanecer que intuye
un encuentro fortuito y eterno.

NO HAN PODIDO

Este gobierno hostil
nos ha vaciado los bolsillos.

No podrán por suerte
vaciarnos la cabeza;
aunque censuren, aunque encarcelen.

PIEL

Entre colores
los ojos saben de variedad,
el corazón, en cambio, intuye
en lo profundo e infinito
el amor indivisible
del alma
indiferenciada.

VENTANA SURREALISTA

Uno, dos, tres,
en secuencia mira el faro
en oposición al muro de pelícanos.
Ya no pudo resistir el asombro.
Hace trazos púrpuras arriba,
pintura extraña cae en el lienzo.

Recomenzar o continuar,
volver al mirador en vigilia,
solitario frente al televisor.

Y detrás la ventana,
más allá el taller, papeles sueltos,
un cosmos se destila entre grietas.

PARA RECORDAR

Días transparentes,
días que retuercen en el vacío,
días fúnebres,
días para encaminar tus pasos
y días sin ti para mí.

Días con un aura fresca de sollozo infinito,
de rezos sencillos para retener el suspiro último,
para rendirnos ante la lejana estrella.

Días para patear pensamientos moribundos,
para hacer brillar de nuevo la razón perdida.

EL AMOR NO TRANSITADO

El amor duele, el amor nos naufraga,
abrasa tu sangre y asesina,
es una mentira nefasta.

¡Odio el amor porque nos censura!
Es huésped molesto y maloliente,
como bañado en alcohol barato.
Cuánta hipocresía evocan los versos
de un matrimonio por conveniencia.

El amor se alimenta de la usura
y es peor que un pleito legal entre herederos;
todo te quita, hasta los pantalones.
Extrae tus armas a escondidas
y te derrota en cualquier escenario bélico.
El amor es un bandido que fuma pipa,
artífice de mafia, dictadura y traición.
Es periódico amarillista,
pone nubes grises en cielo despejado,
es la bomba nuclear que nació para calcinar los cosmos.

El amor es el hambre caminando alegre por las costillas
y es el voto cínico obtenido con dádivas.
El amor es clientelismo, fanatismo e ignorancia.
Todos los días borra con su sangre la Constitución,
es una ley injusta y arbitraria
aprobada con aquiescencia del Supremo.

El amor es perro con sarna que te provoca ardor en el corazón,
es un cheque en blanco que la gente da y recibe con zozobra.
El amor duele y empuja a lo más hondo de la propia miseria,
y vuelve sancocho amargo los afectos.

El amor evade o te olvida
como si fueras mendigo o niño sin techo.
Eternamente es metamorfosis de luz en sombra.

Lo cierto es que el verdadero amor, el mejor transitado,
es todo lo contrario.

Isidro Aroca Pellico

Nació en Madrid, España en 1932 (90 años).
Emigró a Venezuela en 1957 a los veinticinco años, actualmente vive en Caracas. Su poema lo conserva en la memoria desde el instante en que lo escribió a sus 15 años, lo recuerda letra a letra.

EL NIÑO Y LA MARIPOSA

Mariposa vigorosa y elegante,
rica en tintas y donaire,
—¿qué haces tú de rosa en rosa,
de qué vives en el aire?

—¿Yo?
De flores y olores
y del sol resplandeciente
y de espumas de la fuente
que me visten de colores.

—¿Me reglas tus dos alas?
Son tan lindas, te las pido.
Deja que adorne mi vestido
con la pompa de tu gala.

—Tú, niñito tan bonito,
tú que tienes tanto traje,
¿de qué envidias mi ropaje
que me ha dado Dios bendito?
¿Qué alitas necesitas,
si no vuelas cual yo vuelo?
¿Qué me resta bajo el cielo
si mi todo me lo quitas?

Días de contento
que el señor a ti te envía.
Mas mi vida es solo un día,
no me lo hagas de tormento...

Ansiosa, ella vuela y se posa
en mi palma sonrosada,
y allí mismo ya saciado,
de gozo temblorosa...
expiró la mariposa.

PARTE

5

Molino de papel

Narrativa

Arturo Mora Morales

arturomoramorales@gmail.com

LA VALLA VERDE

«*Lástima que tanto árbol impida ver el munificiente camino de la gloria y la pasmosa belleza de la ciudad de Dios*», dijo el cura al Capitán Hernando de Alcocer, quien sosegaba con mano izquierda la cabalgadura y con la derecha hacía visera, aguzando la mirada sobre el cerco boscoso establecido como lindero de la colonia.

El límite forestal impedía ver la espléndida ruta empedrada de ágatas, aventurinas, citrinos y cuarzos. Más allá de la barrera y de los caminos ocultos, como un bello hechizo, en un lugar probablemente lejano estaría la urbe erigida y pavimentada de oro, envuelta, según las versiones más sobrias, por un paisaje de herbazales de jade y bosques que por frutos darían esmeraldas.

«*Y pensar que toda esas maravillas están protegidas por ese diabólico seto*», repuso el clérigo, mirando con malicia a un tal Francisco de San Martín, que desde el amanecer del día anterior, caminaba prisionero muy cerca del caballo del jefe. Iba desnudo, con arco, flechas y un dardo; tenía los dientes negros, la cara lampiña, corte de totuma, un calabazo de cal, suficientes hojas de coca para calmar el hambre y un hayo con hierbas para quitar la sed.

San Martín fue un español alistado en las fuerzas de Alfinger, antigua tropa de Iñigo de Vasconia, que en el retorno desde el Magdalena a Coro se perdió en las calurosas selvas piemontinas, en los términos del Sur de la Laguna de Maracaybo. En esas pantanosas llanuras debió morir como el resto de sus compañeros porteadores de oro, pero se salvó, pese a los abscesos de los pies, las heridas sin tratamiento y los estragos causados por el hambre. Vagó muchos días solo, después de tener noticias de la desaparición y muerte de sus compañeros. Cansado de su suerte, una mañana desafió el destino tirándose, con el apoyo de un palo, a la corriente de un río. Al atardecer, desde el cauce que apaciblemente lo arrastraba alcanzó a ver humo y una aldea de viejas barracas. Vio más humo y vio perfiles de mujeres y niños. Salió del lecho y se encaminó a gatas con dirección a los ranchos. Los indios lo avistaron, se acercaron corriendo, lo tomaron en hombros, lo llevaron hacia una de las viviendas, lo echaron en una hamaca,

le dieron alimentos, remedios, y tres meses más tarde mejoró; cuando creyó que la suerte estaba a su favor intentó huir. Aquellos hombres descubrieron a tiempo que intentaba irse en una canoa; fue perseguido, alcanzado y aprehendido cuando comenzaba bogar con un remo corto de pala angosta; seguidamente fue esclavizado y un tiempo después vendido por el precio de un águila de oro. Con estos infortunios entendió que el pueblo que una vez lo salvó de morir de inanición o devorado por alguna fiera no dudó en proscribirlo para evitar males peores: el escamoteo o daño de otra canoa, el asesinato de algún poblador dispuesto a evitar otra evasión, y el potencial regreso del evadido con un número invencible de otros blancos.

Quien lo compró lo sujetó como se asegura un fardo y en bote lo llevó con los suyos. En aquel lugar lo ataron, lo azotaron muchas veces, le pelaron las barbas, lo encerraron en un bohío Fue objeto de castigos cuyas razones no llegó a comprender. Estuvo atado de pies y manos a un palo en varias ocasiones y, en cada uno de estos eventos, se le amenazó con matarlo. En dichas circunstancias una de las muchachas más distinguidas de la comunidad lo salvó cuando los principales se mostraban dispuestos a cumplir la amenaza de quemarlo vivo. Le preguntaban si pertenecía al pueblo de los cristianos de Maracaybo, y ella, que aseguraba tener con él un trato muy especial, de intérprete, negó dicho cargo temiendo que una respuesta afirmativa lo destinara a ser carne de barbacoa. Insistían sobre su procedencia. Olisqueban sus olores. Los olores viejos desaparecieron con los baños diarios. Querían asegurarse de que no fuera cristiano, y siempre aseguró que era gente, que pertenecía a los *chimilas*, un pueblo del que había tenido noticias en el Magdalena, que los cristianos eran sus enemigos. Finalmente aquella chica, obviamente enamorada, ideó la solución de sus problemas: unírsele en matrimonio. Esto lo supo tiempo después. Su primer desafío fue aprender el idioma. En cuatro meses resolvió este conflicto: comenzó a comunicarse de forma solvente, entabló relaciones sociales con la familia de la joven y con otras personas de la aldea, exhibió cualidades especiales para consultar a las fuerzas de la naturaleza, a los espíritus de los animales, a entrar en contacto con el mundo superior e inferior, a profetizar. Luego se vinculó a ceremonias espirituales, al rito de iniciación sacerdotal. La gente vio en él virtudes místicas y aceptó la responsabilidad del oficio de chamán que sanaba o alcanzaba atisbos del mundo espiritual soplando humo de tabaco con la boca llena de cal y hierbas.

En medio de estas circunstancias llegó la noticia de que una larga columna de cristianos se acercaba peligrosamente a tierras de la comarca. Los guerreros se aprestaron a tomar sus armas, se organizaron para el combate, discutieron su estrategia, y en esta etapa él se ofreció a participar en la contienda como un indio más. Quería demostrarles fidelidad y poner a

prueba su experiencia y talento. Tomó las armas de batalla; arco, flechas, dardo, calabaza y hayo. Salió con una de las escuadras. Así se presentó la contingencia del encuentro con la hueste. No hubo combate. No era su propósito pelear. Reconoció a Alcocer, un antiguo camarada de armas, lo llamó por su nombre, y este detalle lo salvó de enfrentar aquella lucha en la que perecería como desertor y traidor del bando español, o como el héroe improbable del pueblo que quiso vanamente ganar su corazón.

«De una muerte segura en la selva, me liberó un milagro de la Virgen de la Victoria, y la idea fija de rescatar el botín de los alemanes, enterrado en fuertes cataures de caña al pie de un árbol», diría años más tarde.

Después del comentario del eclesiástico, el sospechoso de deserción, conocedor de los caminos y sendas de la *Colonia de la Pequeña Venecia,* hombre astuto sin duda, toma como buena oportunidad aquellas palabras y dice a Alcocer: «*Esa es la selva, que en su profundidad más recóndita oculta la ciudad de Dios y el oro, que un poco más cerca de este camino, yace enterrado al pie de una peña*».

«¿Estás seguro, San Martín?».

«No tengo la menor duda, Usía».

El caudillo toma el alfange y cabalga contra la espesa fronda. Los soldados de la hueste repiten con idéntica energía el embate. Las arboledas, en su primera etapa de palmitos, caen rotas. La ringlera de árboles sucumbe fácilmente al inicial ataque. Los árboles siguientes son más fuertes y demoran la acción. Sus maderas bermejas y lustrosas, ceden al cabo de una larga sesión de tajos. Otros follajes contrapuestos a la agresión, sustituyen a los caídos. Árboles pequeños, árboles robustos, maraña alineada en formación de combate enfrenta la embestida. Caen tronchados. La lucha parece desigual. La dureza de sus maderas es el escudo que oponen hora tras hora. Los árboles ruedan, uno cada vez y la espesura se anima, pero también se rompen las armas de corte, las hachuelas y otros instrumentos para talar. Nuevos árboles ocupan las posiciones defensivas y el oro alemán, los caminos y la ciudad de Dios siguen ocultos.

El combate prosigue. Nuevos contingentes militares refuerzan la ofensiva. Las fuerzas menguan con las horas que se agregan a los días. Caen más árboles y las fortificaciones se levantan nuevamente en medio de la noche. Detrás de las líneas de árboles, bajo la luz del plenilunio se ve la espesura surtida de rubíes redondos y gordos, que cuelgan de los gajos como manzanas. Sin embargo, al amanecer los matorrales en vez de rubíes solo ofrecen flores rojas.

Tropas frescas llegan al alba con recia fibra y las armas de corte afiladas. Los maderos caídos se apilan en rimeros compactos con rígidos aguijones más agudos que las espadas. Detrás de la maleza, como sombras, saltan

cervatos con pieles de visón y se agazapan los zorros grises, merodeando el lado oscuro o bajando del toldo renegrido de las canelas. Los hombres escuchan atemorizados su peculiar tauteo. Alguien ve cruzar, detrás de la glauca fragosidad, *seres* nebulosos, barruntos entenebrecidos de humanidad, almas indiferentes, vagarosas, sin objetivos ni con intereses beatos, de plática o confesión. El paso se torna intrincado y expuesto. El acero de los alfanjes se consume en el corte de los gruesos pinchos que alcanzan la dimensión de las dagas. Las bajas de los hombres, que resbalan sobre los troncos vencidos comienzan a afectar la moral de la hueste, que al comienzo pareció ejército de ocupación en virtud del número. Caen árboles de grades doseles con deshiladas enredaderas de cascabeles que corren contra los ofensores; danzan en el aire, haciendo bucles, los jaguares antes de llegar en vertical y embestir a los hombres; árboles de fornida contextura, heridos de muerte se desploman sobre soldados distraídos. La batalla es campal, y en un punto el tiempo torna asimétrica la contienda. Por cada árbol talado mueren diez hombres abatidos por el angelim rojo que eligió el lugar de su caída. La matemática elemental es obsesión de los guerreros. La avidez de Alcocer y las tropas no da cuartel.

Un tal Pedro de Andalucía anuncia el hallazgo de un par de botas desgarradas por la intemperie. Ahora un calvero de pizarra en el monte ofrece una tregua y una fragancia dulce. El paisaje exhibe en aquel claro la innúmera cifra de figuras humanas representadas por la algaida, tropos que se agitan y respiran, que asimilan o reproducen formas antropomórficas. Es fascinante aquel espacio que metaforiza a matojos, bejucos y monte bajo en formación, transformándolos en infantes de ronda, nocheros o soldados exhaustos al pie de los árboles. Algunas enredaderas imitan la forma de los arcabuces, de los bracamartes y espadas, tiradas al lado de sus posesivas entelequias. Los guerreros creyeron, unos minutos antes, haber roto la obstinación vegetal, pero bajo la reciente floración, más allá de las falsificaciones del paisaje encuentran verdaderas armas, yelmos recomidos por la herrumbre y una pequeña botija con tres piedras de oro al pie de una peña. Alcocer comenta con voz menguada: «siempre he dicho que la ironía es un guiño de la suerte contrariada». San Martín comenta discretamente, dirigiéndose al jefe: «Usía, el 3 de oro no es un mal palo del naipe. Perfecto sería el encuentro de los 2 quintales y medio. Mas otros cargaron con el oro y el moro. Llegamos demorados a la suerte».

Aquel día descubrieron, bajo helechos y hojarascas el cuerpo apergaminado de un hombre con un jubón abierto que alojó en el espacio del corazón y sus demás entrañas un panal de abejas. De este cuerpo manaban los aromas y nació una leyenda.

Los árboles más fuertes y viejos no llevan cuentas pero saben que su número es infinito. El camino de ágatas, aventurinas, citrino y cuarzo jamás se muestra. Alcocer se rindió. Después de varias semanas dijo: «¡A volar golondrinas!»

Los árboles seguieron defendiendo durante siglos la virtud de la ciudad de oro.

LO QUE LAS LUCIÉRNAGAS PUSIERON EN MARCHA

El camino sigue ahora un curso distinto, derecho. Pero sigue en pie el árbol, detrás del cual Luis Molina se ocultó para lo aciago. ¿Tuvo tiempo, mi nonino, para comprender que moría en la cabecera de sus tierras, frente al bucare plantado el día del nacimiento de mi madre? ¿Tuvo tiempo, al menos, para advertir lo funesto, para saber qué mano de su parentela ejecutaba ese acto?

El suyo fue un verdadero mundo de luces y sombras. Días con sol de acero en el patio que anunciaban la inminente floración de los cacaguales. Noches negadas al plenilunio, cerradas por la niebla y la elevada altura de los robledales; áreas perladas en las desérticas tierras de las cactáceas; movimientos de luz en las riberas de la bahía donde el mar, el viento y las palmeras danzan a un mismo ritmo.

Por aquella época la vida bebía, dentro de la casa, grandes sorbos de alegría. El regocijo se volvía pleno, cuando cambiaban los litorales. El Norte y el Sur de nuestra isla tienen temperamentos distintos. Agraz el Sur, suave y dulce el Norte entre enero y mayo. Dos veces al año, anticipando las épocas de lluvias, puntuales por lo común entre junio y agosto se restauraban en la familia sueños viajeros. En recuas de doce mulas iban la familia, el cacao seco y el merey a la ciudad. Comenzaban a postrarse, en el economato, sus valores de intercambio. El camino y el sol del amanecer doraban la tierra y calentaban las espaldas. Dos meses después volvían a casa con los abarrotes e historias que los entretenían en las tardes: el encuentro con las Colvin, las Maurera y las Salinas, el reordenamiento de la casa urbana, la sorpresa de las frutas ultramarinas cargadas de tamaño y peso en el mercado, los navíos anclados en la marina, los relatos de la tía abuela Soirée sobre sus primos Kordell, Antoine y Eugéne, solitarios y trotamundos.

Volver era ponerse de pie frente a la vida.

Mi madre decía conocer cada repecho, hondonada y llano del trayecto: desde la costa hasta la serranía, las montañas azules o verdes según la distancia, la frialdad del viento acarreando los aullidos lejanos de los roncadores que llegaban nítidos hasta las plantaciones de los anacardos.

La casa, lo oí una vez, era un olvidado predio de la provincia. En realidad *Antares*, como llamaron mis tataratatarabuelos a ese lugar del que hablaré en otro momento, comenzaba fuera de aquella demarcación territorial y concluía siempre, en cualquiera de sus términos, junto a un roble de tronco ancho. Algunos de estos con lodazales al pie, donde retozaban los cerdos. El trabajo, tal como lo entendieron mi madre y mis tres tías, fue por siempre arte de luz: bordar, tejer, cosechar, ora el cacao, ora el merey, controlar las dietas en la pesebrera, hachar y organizar la leña destinada a la solera. Actividades inequívocamente diurnas.

Cuando el sol se ponía, la cocina y el comedor tornaban a lo familiar: la oración en acción de gracias, la cena, el recuento de la jornada y el rubor de la brasa. «Esta parecía encender la memoria. Nuestros padres, en la sobremesa, repasaban recuerdos, decían lo suyo y esa brasa, ignorada, tornaba a su beato rescoldo», recordaba mi madre.

«Con la reducción de la lumbre, nos íbamos al salón. Tres lámparas de queroseno suspendidas en el centro iluminaban aquellas dos horas previas al sueño. Las mujeres, por lo general, planificábamos labores a seis manos».

Nadie, alguna vez ni por error, franqueó los senderos de Antares. A las aisladas vidas de esas tierras nadie jamás, ni en recuerdos, fue de visita. Nadie con una tangible identidad corpórea. Solo alteridades intermitentes, chispas incontinuas que los seis seres de aquel hogar aprendieron a respetar y aceptaron sin quejas.

La sinuosa ruta que ascendía y descendía, elevada y cercana al mar, ofrecía siempre un aspecto nebuloso, incluso durante los días más radiantes. En la última costana, rodeaba un peñasco y se perdía en los entresijos de un sotobosque de guayacanes.

Pero una noche, ese camino, sorpresivamente, les dejó ver que por él y sin desvíos, llegaron embriagadas de entusiasmo las primeras lucecitas. Descendieron de algún santuario protegido por los bosques. Quizá de una ignota oquedad de las montañas. Eran moléculas fosforescentes, diminutos destellos congregados en semicírculos; girantes exhalaciones de un misterioso fuego, auténticas chispas gobernadas por fuerzas ajenas a la comprensión de sus sencillos moradores. Mi madre recuerda, cómo aquella noche escuchó, por primera vez, los tambores y los sensuales requiebros que llegaron con la brisa: «Eran los seres del lado paralelo. Tras el grito de los halcones tomaron el mando de las luciérnagas, de su energía lumínica, de su instinto gregario. Las lucecitas, iniciaron a partir de aquel momento, una coreografía, una representación, casi teatral de viejas vidas, ambientes e inmemoriales veleidades».

Mamá y mis tías, antes que el tío Juan y el abuelo, vieron aquella primera función en la concitada oscuridad de la luna nueva. Fue la noche del

veintinueve de septiembre del cuarenta y tres, poco después de las preces a San Miguel Arcángel.

Hacia las vísperas, con las sombras ya próximas, posáronse en el cerro oscuros cúmulos. Vigilantes augurios de lluvia. Pero ráfagas de vientos verticales se alzaron. Las hojas secas, como palomas, tomaron el curso de las nubes y con estas se alejaron. La esperanza cedió y vino la certidumbre de que la lluvia seguiría diferida.

Prontamente la función se puso en marcha. Volvió el gañido de los halcones, y allí estaban uniéndose por primera vez los lampíridos y las oscuras fantasmagorías de la tarde, tan oscuras como la noche de la cual se sirvieron hasta las sólidas horas del sueño.

Sé que aquellas imágenes, desde la perspectiva de esta diégesis, parecen forjadas por la ilusión de una mujer ya anciana y destinadas a un especial repertorio de sueños. «Pero fueron tan ciertas como el encuentro de tus ojos con los míos», me dice. «Acaso más reales que este claro momento. Fue, ¡qué digo!, una conjunción de millares de luciérnagas formando específicas representaciones; encarnando inéditos personajes. Alucinamos viendo la exactitud con que asimilaron, en apretada unidad, las formas de los caballos y los perros. Y seguidamente el descenso, el ritmos correcto de los trotes, pasos y velocidades. Aquellos bichos de luz volvieron las noches subsiguientes: recreaban luminosas recuas de mulas con el peso de las cargas; arrieros y sus pequeños hijos ascendiendo la ruta; procesiones de fantasmas llevando sobre los hombros un féretro; verdes bandadas de loros; palmas de cera agitadas por el viento; caballeros y hombres de a pie, huestes conquistadoras con capitán y soldados, acorazados por cascos, escudos y yelmos, armados con alabardas, ballestas, bracamartes y arcabuces; gente en combates de sombra».

Mamá siempre habló de su bisabuelo. Del hombre que murió o se perdió en los selváticos territorios del Darién: «También su imagen fue recreada una noche por las luciérnagas: vimos bajar por el camino al solitario caminante del fajín y del sombrero».

«¡Es mi abuelo, y es increíble que pueda verlo después de cuarenta años!», exclamó con visible emoción mi padre. Esa vez, él, el bisabuelo, recreado por centenares de luces, se quitó el sombrero haciéndonos una reverencia. Sonrió y su luz se desvaneció. Al día siguiente vimos los insectos muertos cerca del frontispicio, dispersos en el césped y en la tierra, junto a las rocas. Durante varios días, los luciferinos estuvieron iluminando aquel costado de la casa. Venían con sus puestas en escena. Cumplían sus roles y se marchaban o desvanecían. De nada sirvieron los llamados de atención de mi padre. «Es tiempo de dormir». Allí estábamos las hijas y la madre, asistiendo noche tras a estas fiestas de luz sin entreactos».

Dije al comienzo que aquel fue un mundo de luz y de sombras. O sin ambages, digo que fue un lugar grisáceo, claroscuro, hasta que las luciérnagas le estamparon a esas vidas un nuevo sentido de lucidez. Recibieron del cielo, o lo que fuera, una especial luminiscencia, una particular coloratura que los hizo muy dichosos. Experimentaban, a diario, de vísperas a completas, sin interrupciones, la felicidad. Las mujeres recordarían, años después, que esa forma de alegría se mantuvo hasta que la absoluta negrura, paradójicamente, llegó firme la noche de luna llena y cielo más despejado jamás vista.

Aquella noche del 20 de octubre de 1945, la luz llenaba todo mientras mi abuelo, a propósito de un comentario del tío José recordaba, sentado en el diván y a espaldas del patio, una historia de caballos. Afuera, en las ringleras de la plantación el viento hacia extraños tratos con los anaucos y cacaotales; más acá el patio parecía iluminado por dos lunas.

Mi abuelo y mi tío hablaban siempre de caballos y herrajes; de cuanto realizaban bajo el sol. Algunas veces el abuelo compartió relatos personales. Siempre suyos. Historias notables, travesías raudas, vigorosas; estampas en blanco y negro, de otros paisajes y vidas.

Ella aún ve al padre en su sillón. Un «uh-uh-uh» se instaló cerca de la ventana. Antes, la sensación de que la luz había penetrado las cerradas habitaciones había sido intensa. «¿Por quién gime ahora la lechuza?», preguntó él.

Sobrevino, entonces, lo impensable. A veinte metros nomás, él y el tío, o sus espectrales réplicas descendían, con las mulas cargadas, por un lugar inequívocamente recreado. Conversaban con voces audibles. Aquellas imágenes distaban del gracejo urdido recientemente por los cocuyos. «Eran réplicas hiperrealistas de los dos hombres de casa. Mi madre las advirtió con asombro. Hizo una señal y guardamos silencio. Mi padre giró el asiento para ver la causa del nuevo asombro, mi hermano entornó los ojos, y todos nos quedamos en una sola pieza conectados con aquella visión extraordinaria. Los espectros de papá y de mi hermano fueron sorprendidos, en medio del recodo por una figura oculta detrás de un árbol. De este árbol partió el fuego y en seguida los vimos caer. Aquello era idéntico a lo que décadas después vimos en el cine. En ese instante el relámpago borró la visión. El cielo tornóse oscuro y comenzó a llover».

Desde ese momento las cosas en casa comenzaron a tomar cierta densidad.«Al día siguiente tu abuelo era un hombre envejecido. Su cabello castaño se tornó blanco; su figura, antes ligera y dinámica, se volvió pesada. Y toda esa semana anduvo en trance, esforzado en el imposible interés de interpretar el mensaje.

Poco después sobrevino lo del recodo. Ocurrió el sábado siguiente. Mi hermano, afectado por la visión de aquella noche decidió no acompañar ese día a tu abuelo».

Mi mamá cree que su padre simplemente olvidó o, subestimó aquellas señales luciferinas. Lo cierto es que, Morales, atento al descendente pasitrote de la recua no vio lo sabido. Luis Molina, su más querido primo, consumó en un minuto un crimen, que un tiempo después, confesó haber planificado y organizado durante toda esa semana. Y por una razón que los aldeanos interpretaron como algo totalmente demencial. Por meses las luciérnagas, frente a su casa recrearon eventos que generaron variadas conjeturas, todas absurdas; pero la última, no iba a subestimarla. La de su primo Nicolás, volviéndose en armas contra él y dándole muerte en el lugar donde él durmió y comió en un acecho de seis días. «Era un asunto de vida o muerte, de legítima defensa», dijo. «O era él o era yo».

Todo fraguado por las luciérnagas.

LAS CENIZAS QUE EL VIENTO Y LA LLUVIA LLEVARON A LA PLAYA

Después de todos estos años dijo: «Tal vez es hora de que conozcas la vieja casa». Como algo que no tenía importancia, solo dos veces en el pasado habló de ese lugar. De este modo: «Ese punto del mundo es el eje de los cielos. Todas las estrellas gravitan en él», y «Oir desde la ventana la tarde con sus voces de arroyo y mar»; pero entendí en los dos momentos que mi madre evocaba sombras, sostenía fuertes recuerdos de un lugar y de un tiempo muerto.

Hicimos el recorrido en nuestro escacharrado Land Rover por un estrecho camino que nos situó en pocos minutos en un campo abierto a los panoramas de la costa Sur. Detrás de nosotros quedó el sinuoso, sombrío y difícil recorrido de la vieja carretera de ripios. Iluminada por el sol de mayo la tierra rebosaba pastizales a ambos lados del asfalto. Un verdor de matices claros y oscuros abotonaban sombras de anacardos. Y debajo de estas surgían rocas grisáceas y negras como soñadoras vacas. Frente al paisaje del golfo, en el tajo del cerro, nos paramos y me señaló el lugar. Siempre pienso en aquel momento extraordinario, animado por la colorida migración y la jarana de los guacamayos.

Allá estaba esa casa, a discreta distancia de una solitaria caleta, elevada en el mirador. Blanca, sosteniendo el cielo. Con el relieve fronterizo de las montañas azules, los bosques de lefarias y los antiguos cacaguales como fondo; y advirtiendo de soslayo las arenas plomizas, las palmeras, el azul

marino y celeste fundidos en la bahía. Allá seguían los mil techos de oscuras tejas perpetuas sobre fuertes vigas, alfardías y pilares de roble, las dieciseis ventanas sonreídas y visibles, y el gran portal en pie.

Descendimos cautelosos con el todoterreno. Pegados al talud, por la antigua calzada, hasta el área limpia de rocas, asentadas irregularmente como inexorable protección del largo y alto frontispicio. Nos apeamos. De cerca no lucía mal, aunque las bisagras, puertas y picaportes estuviesen corroídos por el salitre. Atravesamos el amplio y dilatado corredor lateral hasta las caballerizas. Sus cuatro ventanas escanciaban en el interior rumores y aromas marinos. Escuché la resonancia de las herraduras en la piedra apretada. Imaginaba a los fundadores y jornaleros de la heredad transitando, en sus monturas por él, desde y hacia las arriesgadas travesías, dos siglos antes.

Sin daño alguno estaba la pirca del perímetro, los cobertizos, los abrevaderos, las canoas de los piensos, las arboledas de suave sombra, el pozo desde cuya boca se podía oír la profunda corriente freática.

Encontramos intacto el gran salón aunque pareciera la estancia del salvamento de un naufragio. Un vivac de mariposas huyó en el acto. Los ornatos, lámparas, el tinajero, un ancla, unos remos, un sextante y una estantería de libros estaban volcados sobre las rojas baldosas que un anónimo solador pegó con primorosa paciencia. La puerta interior del salón nos puso en la ruta de una galería con jardines de helechos colgantes, rosales aéreos, abiertas jaulas de pájaros, podría decir «recién liberados», y con la visión de un gran patio sobre el cual se dispersaban el guano y los destrozos azules y verdes del techo de vidrio que antiguamente lo cubrió. Frente a este patio de secado estaba su habitación cerrada. Pero bastó nuestra presencia para que llegara una enigmática brisa con aromas de montañas y abriera en el acto y, de par en par las hojas. La estancia lucía como recién hecha: la cama, las sábanas de algodón egipcio, la alfombra y las sandalias, las cortinas graduando la claridad de las ventanas con vista al mar; cada objeto personal en la cómoda: espejos de mano, peines, polveras y borlas; los portarretratos con exóticos paisajes coloreados. El interior de la sala del lavabo de brillante limpieza tenía un orden perfecto. A un costado la alcoba de mis abuelos, más sobria y deslumbrante; el tintero, el secante, la pluma, el secreter, dos infolios; la mesa de lavatorios, el aguamanil y la jofaina. Las toallas limpias y dispuestas. En esas paredes colgaban los retratos al óleo de los antepasados. Frente a este dormitorio, el patio. Y de cara al patio, la cocina. Una estancia que poseía la amplitud de nuestro pequeño piso capitalino. El gran fogón revestido de azulejos; el horno abovedado y la lámpara central con forma de timón, pendiente del alto techo.

El resplandor del sol de las 3 atravesó los bloques de vidrio de la pared del comedor y nos obligó a cerrar los ojos. En sus lugares, perfectamente organizados, colgaban los calderos y sartenes de cobre de la cocina. La vajilla impoluta en el aparador. Le dije: «Mami, no habría que hacer mucho para devolverle su antigua dignidad. Quizá el calor humano le reintegre la vida». Ella no pudo contener la lágrima ni el temblor que nació en su mejilla. La voz se le quebró cuando me dijo: «Por favor, vámonos; no puedo sostener en pie tantos recuerdos». Salimos. Vi la casa reflejada en sus ojos de miel. También di una última mirada. Aquel maravilloso domicilio, en virtud de la firme decisión de irnos, no ocultaba su tristeza. La casa había resistido y esperado a su habitante más pequeña, y ahora parecía entender que con ella también, la última oportunidad se había ido definitivamente. En un instante la sombra se arrojó sobre las paredes y expulsó a la luz del interior. Escuchamos muy cerca, en el bosque de anaucos el golpe uniforme, inconfundible del picamaderos. Cuando mamá caminó hacia el vehículo volví la mirada por última vez; vi sobre el paisaje el raudo vuelo de los años. La casa ya no era la misma; sobre ella el cielo caía a sus anchas; sus columnas de roble desfallecían podridas; lloraban sus 16 ventanas, el portal oscurecido y el aguaviento sobre los mil techos; la tejambre, sus líneas de soporte combadas, anticipaban el poder cáustico, ruinoso, combinado de la sal, la brisa y la soledad. Era obvio que nadie volvería o viviría allí nunca más. No quedaba entusiasmo ni fuerza que levantara sus encantos. Y esa morada, poco antes de pie en la fe de una de sus residentes, de hecho y por derecho, se sintió condenada a aceptar su destino: el colapso definitivo, la extinción de las cosas y de los propósitos que durante décadas le dieron vida.

En el camino de regreso, mamá notó mi desolación e impotencia, y dijo de puntillas, como si le hablara al niño: «Esa casa ardió en una sola noche hace 65 años. Y al amanecer solo quedó la ceniza que el viento y la lluvia llevaron a la playa. No llores hijo, hoy no entraste a mi casa paterna. Solo te permití visitar mis recuerdos».

María Luisa Lazzaro

mlazzaro55@yahoo.es

AURORA Y MARZO

Aurora, en dos semanas cumpliría cinco años, alguien le dijo entre sueños que debía recordar algo muy importante de su vida anterior. El primer síntoma fue que empezó a buscar entre los compañeritos del jardín de infancia a un muchachito que, al mirarse ojo a ojo, se reconocieran. Pero, nada, ninguno se conectaba con ella.

Le dijo a su mamá que la cambiara de escuela, la mamá preocupada quiso saber si alguien la estaba molestando, que se lo dijera con toda confianza, que entre las dos lo resolverían.

Casi se cae para atrás como en las comiquitas, cuando la niña le dijo: —Es que tengo que reencontrarme con Marzo.

—Hija, marzo es el mes que acaba de pasar.

—No, mamita, Marzo es el nombre de mi amiguito. En eso quedamos en la vida pasada.

—Ajá, aún si fuera cierto, cuando escogemos los nombres de los hijos, son tan pequeños que ni hablan siquiera.

—No obstante, mamá, desde la mente les enviamos a nuestros padres los nombres que queremos llevar. Por ejemplo, yo te dije de mente a mente: "Aurora, mamá, Aurora". Y tú me escuchaste.

—Ya, va. ¿Quiere decir que tú eres médium?

—No sé que es eso, solo sé que desde mi mente me comuniqué con tu mente; nada más.

—¡Santo Cristo de la cachucha! Tengo que buscar ayuda y pronto.

—No, mamita. Solo escúchame. Venimos a algo muy concreto. Lo que pasa es que la mayoría de las personas no lo recuerdan.

—Cuéntame ¿a qué has venido tú… y yo?

—Vine a reconstruir una vida que no pude vivir a plenitud en el pasado. Marzo y yo quedamos en encontrarnos desde el preescolar y para siempre.

—¡Uff!

—Solo ayúdame, mamita.

—¿Qué debo hacer?

—Busquemos entre los tantos preescolares en cuál aterrizó Marzo.

Y así lo hicieron hasta que dos semanas después... Aurora entró al salón de La Huerta, preescolar donde los padres de Marzo lo habían inscrito.

Se vieron y se reconocieron de inmediato con una sonrisa de niños espontáneos y profundos en su búsqueda. Él también le había advertido a su madre que lo ayudara a la búsqueda de su alma gemela, Aurora.

Después de un ir y venir de instantes extraños, e incluso difíciles de aceptar, las dos familias llegaron a acuerdos insólitos en tiempos normales.

Decidieron que los dos niños estudiaran en las mismas escuelas y que jugaran e hicieran vida en común, hasta que les llegara la edad en que se graduaran y pudieran casarse y conformar su propia familia. Asunto del que podemos dar fe.

Eliéser Ojeda

elescriturador@gmail.com

¡QUIERO MIS ZAPATOS!

La noche fría me despertó con presagio sobrecogedor, la habitación estaba en penumbras, la energía había fallado. A tientas, entre la cama y la pared palpo con mis manos y arrastro mis pesados pies.

En mi ambulante sopor intuyo la presencia vaga de un espectro, su rostro de alabastro, su cuerpo todo. Vislumbradas las vacías cuencas de sus ojos por una luna inexistente que me miró con inefable fijeza. Yo, aterido por un frío sepulcral castañeteaba los marfiles al olor nauseabundo, insoportable de la muerte. Acaso solo atinaba a desviar la mirada de aquellas depresiones oculares.

La intuición me obligó a bajar la mirada de improviso, y al observar sus pies me conminó, «¡Quiero mis zapatos!».

AL VAIVÉN DE NUEVAS EXTREMIDADES

Siempre tuve la agradable sensación de la seguridad de mis extremidades superiores; pero había algo extraño en ellas, en mi condición de ser humano, pues el aire producía un extraño, pero agradable efecto ante las fuertes y perennes ráfagas de viento. Al contacto con este elemento percibía en mis brazos una rara vibración innata de querer aletear y volar.

La primera vez que hice uso de esta última condición casi sufren mis encañonadas y metamorfoseadas extremidades. Ya venía notando el cambio que se estaba operando en estas, mis ocasiones de íngrima soledad, más propiamente luego de una estrepitosa caída desde un pequeño árbol frondoso sin consecuencias fatales para mi humanidad. Solo algunos raspones dejaron las ramas en mis brazos. Entonces pude notar la cambiante condición que se estaba operando en mis extremidades, aceleradas sobremanera a partir de ese hecho como inédita condición de mi cuerpo físico.

Mi nuevo estado me conminó, ahora, al uso sucesivo de camisas manga largas protegiendo así mi transformación evidente de miradas extrañas, y de la propia vista de los míos de mis novísimas y encañonadas extremidades hasta lo imposible.

Por fortuna vivía en un ambiente rural de conveniencia única para mis sucesivas prácticas necesarias de despegue y vuelos que, en lo sucesivo, serían de mi

asidua existencia pues mis padres ya notaban un cierto y extraño cambio en toda mi morfología.

Así, tuve la experiencia prematura y agradable de mis primeras planeaciones con una real sensación de vuelo etéreo y aterrizajes fortuitos; erratas de aclimatación como toda cría de plumaje trascendente en su primera elevación sin el aire suficiente en mis huesos poco desarrollados para tal fin.

Mi primera planeación *in plena fuga* ya con notoria experiencia no acreditada, la hice orillando un acantilado, extasiándome al ver variadas y lujosas mansiones circundadas por magníficos céspedes con jardines; exorno de imprecisos bordes bajo la envergadura de mis novísimas extremidades emplumadas. Estaba experimentando el goce permanente de iterativas y frecuentes fantasías durmientes, que solo en mi cerebro era posible tal deleite, pero que, en la cotidianidad de mi vigilia, rotundamente me era imposible.

Otro día me desplacé por las principales autopistas de la capital con nombres de arácnidos, miriápodos y octópodos sobre ristra de enésimos vehículos quejumbrosos.

Después, estuve revoloteando por sobre un ecosistema de clorofilas bananeras cuyo color unívoco irrigaban el iris de mis ojos como experimentada ave.

La pasible liviandad de andar por los aires cual natural ave era de una sensación indescriptible, anfibológica de lejanía imprecisa producto de una total transformación teratológica de mi original ser de cuerpo ya no humano.

UN VIAJE DE SUEÑO DE CONGOJAS

En mi ambiguo onirismo los latidos trastocaban mi órgano vital. Las imágenes causaban en mi ensoñación una vívida y pasible dicotómica emoción; comprensión de mundo ilusorio, fantasioso.

Observaba a mi progenitor echado sobre el piso del vehículo, en movimiento, expresar la congoja de un canto en la distancia, añorando la partida eterna de mi madre representada en la data de la edad del Cristo.

Mi padre era gardeliano: interpretaba a un Sandro ardiente, era una confusión de sueño generacional. El corazón de mi hermana entristecía de alegría al verlo canturrear el amor perdido de su vida, la desaparición prematura de nuestra madre. En la existencia de su precoz viudez, sus pies solían hollar el camino hasta su estancia interpretando, enguayabado, la congoja ebria de las melodías de Gardel.

En mi regazo, ella, imagen transparente de mi ensueño, contribuía a hiperbolizar la real utopía.

Mis hijas, en mimos sensitivos de lágrimas vertidas, permanecían en pasible circunstancia.

Un giro brusco del vehículo, en mi viva somnolencia, devolvió la trivialidad de mi quebrantada conciencia.

Carmen Amaralis Vega Olivencia

cvegaolivencia@yahoo.com
www.carmenamaralisvega.com

DESNUDA Y VIVA

Se acabó el pudor. Ha decidido caminar desnuda en la noche erotizando ensueños. Una fuerza mágica la mueve. Las sombras de las bocas que la besan y las lloviznas que la cubren de alfileres le provocan un delicioso cosquilleo de felicidad oculta. El cabello se le enreda en los brazos que se alargan en delirios.

Entorna los ojos y la media luna aparece cristalina y transparente. Por el sendero surge un suave aroma a sexo voluptuoso, y se derrama el deseo en los cuerpos ajenos y en el propio.

Sigue caminando a paso lento, mientras su cuerpo se roza con la piel del viento, y el ardor de libertad la cubre con un manto tibio. Está la noche a su favor. En las sombras se escuchan los suspiros de un fantasma enardecido y unos ojos brillantes se asoman al balcón del amado, dispuestos a ser iris en la entrega.

Siempre caminó cubierta de desidias, del portal al umbral, asfixiando lo que el cuerpo le pedía. Ahora ya lo sabe, no dará marcha atrás, seguirá desnuda mientras viva.

A lo lejos un anciano le hace el amor a sus recuerdos y una niña descubre de repente las aureolas de sus senos tiernos.

DE MUERTE DELICIOSA

Te escojo a ti, espectador de la escena de mi muerte. Trágate el momento en que me visto de novia y bailo a cámara lenta el ritual del desgarro, el momento de la caída y la entrega.

Tus ojos captan los pedazos de mi cuerpo. La cámara enfoca mis pupilas dilatadas. Se difumina la intensidad de tus brazos sobre mis caderas, y me arrastro para lamer tus pies.

No puedes ver el escenario. Acabo de vestirlo con lirios sublimes. Los códigos blancos empalidecen ante el ardor de tus manos, y quedo ahí, observando cómo se desprende mi alma con el ardor que poseen tus deseos.

Terminan los espasmos y baja el telón. Te levantas satisfecho, sin artificios, mientras yo sigo inerte en el suelo.

Sin proponértelo, me has ayudado a morir en delicias.

LA DIOSA MADRE

En el principio era la Luz y la Diosa Madre. La Diosa parió a una hija. Y el mundo estaba en quietud y luz hasta que la hija de la Diosa parió un varón que se convirtió en militante belicoso, y como no había razón para las guerras, se las inventó reclamando defensa de territorio para sus hembras y críos.

La Diosa no quiso guiarlo en guerras sangrientas contra sus hermanos. Furioso el hombre comenzó una idolatría nueva. Fabricó un Dios guerrero con barba blanca y lo proclamó Rey del Universo. Su universo se convirtió en un campo de guerras y muerte, y la Diosa madre, confundida, y triste, desapareció. Solo vivía en el recuerdo de las hembras.

Incapaces de anular los veredictos de los hombres, las mujeres se confabularon para amarse unas a otras, prescindiendo de la estupidez del guerrero. El mundo se hace viejo, las guerras cubren la faz de la tierra y las hembras añoran a su madre y ruegan por que un día cualquiera aparezca en el firmamento, a juzgar a los vivos y a los muertos.

Y su reino de paz no tendrá fin.

PLAZA DE HIROSHIMA

(Relato verídico)

No esperaba llegar a este espacio tan enorme a la hora del silencio. Es la hora en que la tarde le toma la mano a la noche. Hay una leve penumbra que me permite oír claramente un extraño murmullo que se mete por cada poro de mi cuerpo. No debí salir tan tarde en busca de este espacio que siempre me ha atraído como cal para los huesos, como sal viva para los ojos, como agua para la sed de la vida. Es la hora en que todos se recogen a mirar las paredes del silencio y no se habla, ni se piensa, solamente se desea reposar con la mirada en el blanco de los recuerdos.

Cruzo la plaza en diagonal a pasos lentos. Agudizo los sentidos, deseo mirar cada pulgada del suelo, ese que un día fue alfombra de carne chamuscada. Deseo la clarividencia que se esconde en mi mente.

Hoy la necesito más que nunca. El murmullo se hace más intenso y se cuela por mi boca, diluyéndose en mi sangre hirviendo.

Sí, sé que escucho gritos, lamentos. Los murmullos son cada vez más entendibles, cada vez más dolorosos. De momento comienzo a ver las caritas quemadas, los ojitos ardiendo. Las ropitas en hilachas de cenizas y sangre coagulada se pegan a mi piel.

Estoy segura de que es en este lugar donde los apilaron y terminaron de matarlos para que no siguieran sufriendo por largo tiempo. La radiación les hizo mucho daño, no tenían salvación, esas reacciones en cadena seguirían pudriéndoles la piel tierna, las llagas cubrirían todos sus cuerpecitos supurantes en carne viva, en dolor vivo, en horror largo y lento.

No sé por qué necesitaba estar aquí, en este lugar de los infiernos, pedir perdón, llorar por cada uno de ellos. Llevo la culpa tatuada en mi alma vieja. Los alaridos se clavan en las entrañas como punzadas cortantes. Estoy aquí, al borde de la locura, al margen de la conciencia, llorando ríos, mares, sofocando con mis lágrimas el ardor de sus cuerpos, pero estoy segura de que ni todas las lágrimas del universo podrán sellar esta laceración imperdonable. Mis brazos se alargan y extienden hasta el suelo. Logro un abrazo horizontal.

Soy sábana tendida sobre la muerte.

DERMIS DE DIOS

Después de andar perdida siglos, rebuscando, encontré la piel de envoltura frágil, me adentré en ella deseando convertirme en un ser incapaz de sufrir y de gozar. De cada grieta surgía la conciencia de estar en la presencia de un todo infinito que daba nombre a mi existencia, a cambio de pertenecerle en la esencia del placer y del dolor. Rebusqué todo lo que quise y pude sin encontrar respuestas lógicas. Suspiré rendida ante la eternidad, grabé mis deseos puros, y entre lágrimas y risas, le hice la batalla a la vida orgánica, y habité entre ella con el deseo de reconocerme alma y cuerpo en lo más profundo de este ser envuelto en la dermis de Dios.

A PUNTO DE VOLAR

Preferiría no tener que venir a este lugar, detesto la necesidad de este recorrido perseguida por manchas de plomo gelatinoso.

Me corre un sudor frío por la espalda, y el estómago se encoge de la parálisis que me causa caminar por la niebla de este túnel de largo interminable. Han sido muchas las veces que he tenido que detener el paso con la intención de respirar algo de alivio, antes de llegar a la habitación donde se debate entre la vida y la muerte la más querida.

Me detengo en las ventanas que encuentro a mi paso para mirar al azul y pedir ayuda y fuerzas. El arquitecto supo ubicar aquellas ventanas: unas con vista a las montañas y otras con vista al mar.

Pareciera que han entendido la muerte y el momento justo donde el alma necesita que el mar y el cielo se besen, aliviando el dolor agobiante del que espera la partida de lo amado.

Hoy tengo que verla, hoy no tengo escape. No puedo dejar de acompañar a mi alma gemela en su trance. Se resiste, lucha con la muerte, pero sé que le falta muy poco. Los riñones se le han paralizado. Ya no recibe alimento, y sus ojos solo miran a la distancia en busca de la ruta corta al destino incierto del que deja la vida entre verdes y violetas.

Y me toca volver a recorrer este maldito pasillo largo, que me desquicia pegajoso. Antes de llegar a la habitación me invade un severo dolor de cabeza. Siento un tejido boscoso en el centro del pecho y miles de tentáculos se me enredan en el cuello.

Nunca he sabido disimular, pretender que todo está bien y sonreír, cuando la verdad es que traigo la desdicha pegada a la piel y mis ojos echan fuego. Me preguntan si tengo catarro, y contesto, con voz ronca, "No me pasa nada", mientras se desbordan las aguas de la vida por las mejillas y no tengo forma de evitar voltearme para que no sepa que me duele la impotencia, y el deseo de maldecir se me atraganta en la garganta. Un chillido seco y profundo se escapa, y recobro fuerzas para poder hablarle.

—¿No lo aceptas?, —le pregunto, y abre sus ojos tan grandes que pareciera que quiere que me meta en las cavidades de su ser y descubra por mí misma la batalla cruenta y amarga que la debilita.

Termina por hacer un esfuerzo sobrehumano, y logra decirme, otra vez, que soy su alma gemela, y se me nubla la vista con la sal y las lágrimas. Vuelvo el rostro y no logro coherencia, mientras recorre por mi mente mi propia muerte. Me veo en el lecho gelatinoso yo misma muriendo, luchando mi propia batalla.

Dios mío, ¡qué miedo le tengo a la muerte! Me aterra sufrir y ver sufrir, y salgo de la habitación corriendo, a sollozos, suplicando a las hadas que me liberen de la angustia que me consume. El pasillo se transforma ante mí en una boca gigante que me va tragando mientras corro buscando la salida. Los corredores se convierten en un laberinto sin final, el cloro y el alcohol inundan mis sentidos.

Manchas gelatinosas y negras se desprenden de las paredes, asfixiándome. Logro desligarme del pegamento que recubre mi piel. Llego frenética a mi automóvil en el estacionamiento, comienzo la marcha y recorro calles desiertas e indiferentes. Me hundo en un trance indescriptible. No sé cuántas vueltas innecesarias doy antes de llegar a casa. Las flores del jardín lucen marchitas, se percibe un olor nauseabundo. El perro me mira con ojos de comprensión. Le doy un abrazo y decido regalar todo lo que poseo. Liberarme de los apegos para suavizar la carga.

¡Pesa tanto la vida!

Haydee Espinoza

maye.04041946@gmail.com

ENEMIGO INMISERICORDE

El diagnóstico llegó cuando ya había salido el sol. Caminé... caminé por las calles verticales del pueblo, que parecían dirigirse al cielo, aunque también podrían ir de arriba abajo, hasta el infierno, como aquella vez que llovieron piedras. ¡Ah! recuerdos dolorosos.

No obstante, aún más doloroso el diagnóstico que me lleva a la negación, aunque sienta pánico ciego... ¿Pero, y de qué sirve?...

Un aire glacial desciende por los predios de mi cuerpo, sé que ya el monstruo se ha instalado, que acecha alimentado por el medio viscoso y mi propio miedo, que se extiende indetenible, como neblina en un atardecer invernal.

La fatalidad se apresura a mostrar sus garras, los árboles expulsan sus secas ramas, el suelo yermo, con su acompasada vibración, escapa presuroso de mis pies como si temiera ser contagiado.

La máscara que he llevado con necio orgullo, ahora –lo comprendo– va desprendiéndose lentamente, rebelando la sincopada sonrisa con la que creí disfrazar mi escondida verdad.

¿Qué siento... temor, ira, dolor, resignación? ¿O todo al mismo tiempo?

Al ser descubierto ya no hay prisa, otros desafiarán al intruso, yo apretaré los dientes, dispuesta a enfrentar... ¿la batalla? contra esta inmisericorde amenaza.

PASO A RIESGO

Por la serpenteada carretera remolinea el viento con virulencia, aleja los demonios que ultrajan sus predios. Entra por la ventanilla y.... a ella, le empalidece el rostro.

"La loca Luz Caraballo", desde su atalaya sonríe y entiende... como ella un día esperó, también la mujer de corazón vacío de familia espera que la tormenta, de lúgubres pensamientos, se los lleve el viento.

Frailejones temblorosos se repliegan, la laguna en la hondonada se cubre con su manto verde abismo.

A lo lejos, se mimetiza un hilo de humo, olor a carne asada que vivifica. El hambre se le viene de golpe sobre su cuerpo famélico de vida.

Las esencias se esfuman, el temblor aferrado a su cuerpo azota. Las aves ya no trinan, el cóndor acecha y sonríe y sonríe.

EVIDENCIA

—No soy feliz.

—¿Qué le hace creer que no lo es?

—Espero que usted me lo diga.

—Que usted pueda descifrar en mi enajenada mirada, la desazón que me carcome. Que usted pueda descubrir el enigma de mi ceño fruncido... mi paso lento por este camino fangoso.

—Todos los síntomas me delatan...

—¿Qué delata sus síntomas?

—Espero que usted me lo diga.

—Tiene todo para ser feliz, amigo.

—Entonces, por qué mi cuerpo va por la derecha y mi alma por la izquierda... ¿Por qué voy como araña comprimida en la web...? ¿Por qué deseo enterrar mis abrumados pensamientos en un rectángulo, donde no exista rendija alguna...?

—¿Por qué quiere hacer eso?

—Espero que usted me lo diga.

—Será en la próxima consulta, porque esta ya terminó, amigo.

Zoilo Abel Rodríguez

abel.zar2@gmail.com

ILUMINACIÓN

La verdadera iluminación no viene en alas de la mística...

Y lo cierto es que no tiene que venir de ningún lado, simplemente, porque ya está en nosotros. Lo está desde el momento en que, niños aún, con la conversión del agua del cerebro en el vino de la conciencia, nuestros sentidos nos permiten percibir conscientemente y darnos cuenta...

Y esa iluminación no es más que el deslumbramiento que nuestro entendimiento y nuestra sensibilidad –si cultivados, mejor– nos conceden experimentar aquí y ahora en presencia de todas las maravillas del Universo y de la comarca planetaria en la que hemos tenido la fortuna de aparecer para cumplir nuestro efímero tránsito existencial.

Si todas esas bondades de la naturaleza, de la cultura y, en fin, de la realidad, con las infinitas formas de deleite intelectual, estético y espiritual que pueden concitar, no nos basta para sentirnos iluminados, y nos empeñamos en esperar que la luz que alumbre nuestro adentro venga de allende el mundo real, vale decir, de la ficción... somos, sencillamente, unos grandes tontos.

Y vaya que mereceríamos serlo.

EL PÁJARO Y LA POESÍA

—Ajá, profe —inquirió la Nina—; ¿y disfruta usted de esos poemas, no sé..., herméticos, enredados, que uno no sabe qué es lo que dicen?

—¡Claro que sí! ¿Por qué no? Disfruto de su estética, de su musicalidad, de sus trinos, de la danza de sus palabras...

—Ay, profe..., ¿y el mensaje? ¿No tienen los poemas que tener un mensaje, algo que decir?

—Lo tienen; solo que no necesariamente dirigido al entendimiento, sino a la sensibilidad; no abierto, no explícito, no en lenguaje comunicacional, en fin; si no, no fuera poesía, metáfora, canto..., sino prosa.

—A ver, explíquese.

—La poesía no tiene por qué entrañar, al menos no siempre, comunicación, información, descripción... Y digamos que es, más bien..., comunión,

por decirlo así. El de las palabras en oficio de poesía es un lenguaje, aunque significativo..., no significante. Como el de los sonidos en la música, los colores en la pintura, por ejemplo.

—Ya. Empiezo a comprender...

—Qué bueno. ¿Tú necesitas entender lo que "dice" una pieza instrumental clásica, digamos que una obertura de Beethoven o de Mozart..., o una canción en un idioma que no hablas, "Imagine", "New York, New York", por ejemplo, para que te concite deleite?

—No, claro.

—¿Puedes sentir placer en la contemplación de una obra pictórica no figurativa, no concreta, ni realista ni naturalista –un cuadro abstracto, cubista, de Picasso, por ejemplo–, en la que no haya "mensaje" ni anécdota, sino solo formas y colores en equilibrio y armonía no convencionales?

—Por supuesto.

—Entonces, mi niña, ¿te das cuenta...?

—Perfectamente.

—Me alegra, me alegra.

—Más me alegro yo. Hoy aprendí algo nuevo.

—Espero que sí. Y, hablando de Picasso, quien se vale de los elementos de expresión plástica para hacer poesía, una vez les respondió a quienes se interesaban por saber qué quería decir él con su pintura: "¿Habrá alguien que desee saber lo que dice un pájaro?".

LA FE

¿Te das cuenta, poeta, de que la gente que, incluso cuando está bien jodida, no pierde la fe tiene al menos algo de lo que agarrarse?

Ajá, pero..., ¿qué es para tal gente, según tú, la fe?

Bueno, digamos que la fe, si bien inexplicable, es algo grande, algo que lo es todo, dado que es lo que, por encima de todas las cosas, determina su instinto, sus sentimientos, sus pensamientos, su moral, su espiritualidad, sus palabras y sus actos.

Algo en cuyo nombre siempre se espera y se confía. Algo que pone la esperanza, y nunca dejará de ponerla en la Divinidad. Entidad metafísica superior de la que sin falta vendrán no solo las respuestas a las necesidades místicas y "la salvación del Alma", sino también la sanación del cuerpo y la solución a todas las contingencias, penurias y problemas que eventualmente agobian la existencia.

Algo que no es poco si se toma en cuenta que en ello se pone la vida toda durante el breve tránsito terrenal, lo cual, ciertamente, permite que

este discurra, si no más placenteramente, de manera mucho menos complicada –al menos en lo mental y en lo emocional– que lo que suele ser para quienes privilegiamos la razón porque no comprendemos las razones de la fe.

(Tu y yo –y yo soy tu "alter" a los efectos de estos soliloquios–, sin embargo, ya sabemos lo que es, en términos "neocorticales", la fe, ¿no es así?

Ya sabemos que para ti (y para mí) fe es la creencia religiosa, incondicional y fervorosa, en algo –por no decir que en Dios y en todo lo que a Él concierne, incluyendo las parafernalias sacras de los distintos credos–, sin que medie constatación alguna de su existencia desde la lógico-racionalidad.

Vale decir, la renuncia a pensar y a discernir en uso de las potencialidades y las capacidades del neocórtex, de la razón, del entendimiento y de la consciencia, que es como negarnos en cuanto las criaturas que como especie han llegado más lejos en la evolución del Universo)

Míralos... Mientras tú y yo estamos aquí intrigando..., ¿no ves lo "tranquilos y sin nervios" que pasan ellos, aunque tal vez lo único que lleven en el estómago sea... fe?

¿De veras, mi poeta, eso no te da envidia?

Navil José Naime Yajie

millo8tordok61@hotmail.com

DE "HISTORIAS DE SOMBRAS".

AROMA

Sobre un montículo de polvo escribió una palabra. La vio posar ante sus ojos y brillar con impaciencia. La letra inicial era gris y menuda. Parecía saltar desde la elevación hasta su frente y volverse a clavar sobre la tierra. La palabra lloraba. El loco la miraba con una curiosidad transformada por el hastío. El sol se mezcló con la tristeza. El resultado fue un resplandor, casi un espejismo.

El viento sacudió la maleza y se llevó la palabra. El hombre la vio temblar en el aire, arremolinarse y luego volar hasta perderse.

No podía entender lo que miraba. Permanecía estático, en actitud de espera. La voz del nombre volvía como un eco desde su ausencia. Invadía su sombra, acechaba su espacio. Lo acosaba. De pronto dejó de escucharla. Cuando cesó la voz, percibió el por qué de la tristeza. Si intentaba rescribirla, la letra inicial palidecía hasta desaparecer. Buscaba una respuesta en el pulso de sus sienes. Araba en los recuerdos. Giraba en su laberinto.

En el arco de su frente la angustia transpiraba. Veía a la letra esquiva disolverse en los olores, disiparse en los sueños, sepultarse en las marcas de sus pasos en la tierra.

La luna arruinaba la oscuridad de la noche.

Fue apenas un instante, un segundo de luz en su penumbra. El bostezo del recuerdo arrastraba formas del pasado. Se fue, como llegó, fugaz e inadvertido.

Y supo que extrañaba un aroma de mujer.

LA ESTACIÓN

En la estación del tren se ha quedado dormido. En su sueño, un niño de seis años avanza en una escalera. Era un hijo de nadie; solo un pequeño de la vida. Ascendía sin asirse de nada. Miraba, entretenido, los cordones de sus zapatos. Sus manos parecían flotar en la tibieza de la tarde. Por encima de su vista, un marco pomposo encuadraba a un celestial bisabuelo. Debajo de su cuello, un triángulo de luz le dividía la espalda.

No terminaba de llegar; extrañamente, en la medida en que avanzaba, se alongaba la escalera. Del retrato surgía una luz que lo urgía a apresurarse. El triángulo a su espalda lo aferraba y lo retenía. Cuando giró para descender, una fuerza superior a su voluntad lo arrastró escaleras abajo hasta el piso. Aturdido, en la oscuridad, observaba las lámparas del techo pendiendo sobre su cabeza. Aún así, lograba divisar el retrato del anciano, mirándolo muy lejano, desde su extinto tiempo. Quiso llamar a alguien. Ninguna mano, ningún rostro, ni siquiera un nombre acudió a su silencio.

Cuando se incorporó, sus pies tocaban el agua de un charco. Un cielo de ocaso teñía de rojo sus harapos. Una estrella prematura titilaba en soledad. Y entonces recordó que no era niño.

Despertó agotado. Tenía el horizonte rozándole la cara. Sus rodillas latían de cansancio y en sus manos resaltaba la cicatriz de aquel recuerdo.

Algunas tardes, los vagones del tren se quedan en sus ojos y viajan a sus sueños. Desde ellos, un niño, siempre triste, mira con los ojos húmedos hacia la estación. Como diciendo Adiós.

UNA FIESTA

El loco despertó sobresaltado. Un coro de voces desentonadas destruía la paz de la medianoche. La luz de las farolas manchaba débilmente el pavimento. Un reborde de luna se asomaba entre dos nubes y luego se escondía. Debajo del ruido, el silencio respiraba.

El loco se aproximó tímidamente. Seis personas festejaban. La oscuridad les había tragado los rostros. El líquido amarillento de los vasos les espesaba la voz. Una rubia bulímica lo descubrió a lo lejos. Sus ojos y sus cejas eran transparentes. Dijo en un tono demasiado elevado: «Que comience el festejo. Ha llegado nuestro último invitado.»

Una estrella se asomó a un lado del reborde de luna. Titilaba frenética, como un escozor. El bullicio opacaba las farolas y dejaba manchas en el cielo. El loco se incorporó abruptamente al grupo. Los miraba desde el pasado. Escuchaba sus voces circulando en el aire espeso de la madrugada. El ruido desgarraba sus harapos y pendía de su barba. El novio de la rubia miró al indigente con aprensión. Dudó antes de sujetarlo por un brazo. Su mano derecha en los harapos se contagió de locura. Tiró de él con tal fuerza que lo lanzó contra el piso. De bruces en el asfalto el mundo se le puso de revés.

Nadie dijo nada. Las farolas estaban ruborizadas de vergüenza. La luna se ocultó detrás de las nubes, y estas, detrás de la oscuridad. La estrella dejó de titilar.

Apenas logró incorporarse ensayó una desastrosa sonrisa. El resultado fue un rictus sardónico que le desfiguró el rostro.

Lo vieron alejarse pausado y claudicante. La noche se hizo más lánguida y profunda.

Echado otra vez sobre su sombra el loco se quedó meditando: «Me conmueven estos hombres. Qué manera más triste de ser felices».

LA ABUELA

Antes de que el pueblo despertara la abuela ya había muerto. Las paredes estaban en penumbra y la casa se había tornado más pequeña. Vistieron la puerta de blanco y azabache. Sendas velas crujían, acompañando el lecho. El ruido de los pájaros entreabría la ventana. Desde allí, el viento de su última mañana sacudía las cortinas.

Antes de concluir el último rezo la procesión ya avanzaba hacia su destino. Una lenta lluvia brillaba en el pavimento. Un techo de paraguas oscurecía la mañana. La tristeza tiraba de la ropa y se escondía en los zapatos. En la cajita de la abuela no cupieron sus ochentas años: afuera quedaron dos pendientes de oro y las trenzas de sus nuevos zapatos. En la pequeña cómoda, una bolsa escondía sus retratos.

A pocos pasos del cementerio un viento helado sacudió los paraguas y arreció súbitamente la lluvia. Los árboles cortaban el zumbido de la tormenta. Fue cuando todos empezaron a correr. Primero a largos pasos y luego, frenéticamente, en desbandada. Duró unos pocos minutos. Los dolientes no entendían cómo alguien podía morirse en un día tan complicado. Los cuatro hombres que llevaban a la anciana en hombros, depositaron la cajita frente al sepulturero y corrieron a guarecerse. Los cipreses rugían impacientes.

El loco acompañaba el cortejo. Inmutable en el agua, observaba, divertido, la prisa de los deudos. No hubo palabras finales. Ayudó al sepulturero a izar el féretro y a depositarlo en su nicho. La tapiaron muy bien y sin adioses: supieron hacer las cosas para siempre.

Los restos de la lluvia temblaban en las hojas de los apaciguados árboles. La tarde se ocultaba entre jirones de neblina. El loco chapoteaba en las manchas pardas de la tormenta. Antes de marcharse miró hacia el cementerio y le comentó al sepulturero: «Pobre abuelita, tuvo que llover para que la olvidaran».

Niria Suarez Arroyo

niriasuarezcorrecciones@gmail.com

HABLA EL CUERPO

¿A DÓNDE VAN?

Nuestros sentidos que cambian sus funciones con el paso de los años, pero ninguno lo hace con tanto desparpajo como el auditivo; se vuelve astuto, selectivo, voluntarioso, impaciente y por supuesto sordo. Se cansa rápido, en particular de la verborragia política, del discurso fundamentalista; se hace el sordo con los comentaristas deportivos, los hermanos en Cristo, huye del reguetón. Escucha lo que quiere y cuando quiere. Se vuelve amable y dócil con las voces de la infancia y el deslizamiento del agua tibia por la espalda.

APOSTASÍA

Mi apostasía va in crescendo en esos días en que invade la sensación de que el mundo nos ha abandonado antes que nosotros a él; no nos pertenece. Convertidos en observadores, visitantes, ojeadores de un mundo que es nuevo cada día. El mundo de hoy tiene entre 30 y 40 años, con suerte llega a los 50. Edades a quienes va dirigida la producción material y las interacciones sociales reales o virtuales, el gran supermercado, la música, el cine, las nuevas plataformas que han borrado el equipamiento de la vida; ni el decorado de nuestra casa nos pertenece. Tener 67 años no asusta tanto como tener más de seis décadas hablando y que de pronto te cambien las palabras, y lo más desolador: quedarnos sin interlocutores.

ASÍ COMO LLEGARON, SE FUERON

Huye de las ardillas (2022).
La bendición del agua era lo primero. Se nombraban los Padrinos de Agua, eran quienes les asignaban el nombre, después había que esperar un año para el bautizo pero a veces no llegaban. Entonces lo hacíamos cuando caían con las fiebres y las diarreas. Habiendo cumplido como mucho dos años, ya era el aviso de que había que preparar las plumas blancas y los cajones.

¿Las plumas? Sí, las plumas blancas había que encargarlas porque yo no tenía gallinas blancas. Cuando una angelita moría, se armaban las alas con las plumas, y ya bien armadas se cosían al faldellín blanco, y así vestidas se colgaban de la pared sujetadas por la cintura; y como no se rezaba ni había velorio, les cantábamos salmos y versos de despedida. ¿Se acuerda de los versos de la abuela? No, qué me voy a acordar, esos los sacaban en el momento los músicos, pero sí me acuerdo de que remedaban el canto de los turpiales y los cristofué, las flores de los bicuyes y los colores de las lefarias maduras.

METAMORFOSIS

Cuando me llegó la primera menstruación mi madre reanudó por momentos los mimos que me prodigó cuando fui operada de las amígdalas. Fue un mediodía, quizás un fin de semana porque no había ido a la escuela. Ella estaba en la cocina afanada con el almuerzo y le susurré: *Mamá me llegó la regla.* Me miró fijamente con una expresión de sorpresa y miedo, y su primera reacción fue preguntarme qué sabía yo de la regla, reconociendo en silencio que nunca me había hablado del asunto ni siquiera cuando mi hermana, dos años mayor que yo, la había tenido. Como solía hacer cuando me apartaba de la máquina de coser, me tomó por los hombros, me llevó a la cama y me dijo que me acostara con mucho cuidado, ayudándome a estirar las piernas, me puso en escorzo, me cubrió con la manta, advirtiéndome que no me moviera. Salió de la habitación y al cabo de una media hora llegó con una especie de faja alargada hecha con recortes de la costura, rectangular y delgada, a la que le había cocido dos tirantes largos, uno de cada lado. Llevó también una ponchera con agua tibia y me indicó con un levantamiento de quijada que elevara la cadera, puso debajo un paño de baño doblado y me hizo un lavado, luego me secó y colocó el fajín pasando los tirantes por los lados del vientre y lo sujetó con un nudo al frente. Repitió la advertencia de que permaneciera inmóvil mientras iba a la cocina a preparar un guarapo de canela. A partir de ese momento asumí que había caído enferma quién sabe por cuánto tiempo, preguntándome con angustia y confusión: ¿Cuánto tiempo tendría puesto el fajín?, si podía caminar o no, si podría bañarme; hasta que poco a poco, fui sacándole respuestas lacónicas que me fueron tranquilizando hasta que descubrí que había otra razón por la que mi madre me miró con espanto cuando le di la noticia de mi desarrollo. Me estaba haciendo mujer y ella sabía perfectamente qué mundo me esperaba.

Carla Leal

cleal.pineda@gmail.com

UNIÓN MÍSTICA

La inquebrantable fuerza espiritual nos hace sentir seguros cuando asecha el peligro, cuando nos sentimos encadenados a un objeto cotidiano de aquí y allá. Introducimos números alocados que por razones sencillas olvidamos, encerrándonos en el transcurrir de las horas, mientras adivinamos el código para librarnos de nosotros, quitarnos los anillos que nos unen místicamente a seres humanos y a nuestro propio hogar.

Un día inverné y al despertar estaba en el erebo, veía a un sepulturero terminando de enterrar a personas que habían muerto por radiculitis.

Suena el timbre, despierto, y me doy cuenta de que solo fue una pesadilla.

SILENCIO SOLLOZANTE

La oscuridad en algunas almas es tan fría y vacía como una cueva, desciende hacia un callejón sombrío, en el que está tendido en el suelo un hombre ensangrentado, mientras, una figura misteriosa, alejándose entre la niebla susurra: —Es inevitable, a todos nos llega la hora.

En la agonía de aquel pobre hombre una niña, su niña, lo mira y lo llama: ¡Papi!

La atrapa un silencio sollozante...

Iliana Gómez

Del libro *Confidencias del Cartabón.* 1981. Fundarte, Editorial Arte. Caracas, Venezuela.

LA VIDA EN NÚMEROS

No quedaba tiempo suficiente para calcular el valor de la incógnita. Era un gran esfuerzo dilucidar el método apropiado para resolver el problema planteado. De paso, el profesor nos había estado insistiendo en la importancia del procedimiento. "Los valores no son lo que cuenta, cuenta más el procedimiento. Pocos días antes había llegado al colmo. "El procedimiento es la base de la vida; la vida misma es puro procedimiento".

Levantamos la vista del papel para asegurarnos de que él se encontraba en su sitio y en sus cabales. Esta vez seguía hablando, pero en un tono más sentencioso, tan desagradable, que la misma Marta, su alumna predilecta, mantuvo los ojos suspendidos en el techo, durante todo el discurso. Pude adivinar las ganas que tenía de decirme: "¡qué ridículo es este tipo!". Los que todavía no conocían el estilo rimbombante del teacher, llegaron a compararlo con Bertrand Russell y con Pitágoras. Los que ya estábamos acostumbrados a verlo en ese estado, preferíamos llamarlo el pájaro loco.

A uno de los nuevos se le ocurrió interpelarlo: "—Profe, explíquenos eso de la vida. Eso de que... ¿Cómo dijo usted? Que el procedimiento es la base de la vida y...

—"Sencillísimo, joven. Tribal. Sencillamente evidente. Supongamos...A priori, que tuviésemos que eliminar todos los elementos existentes que tuvieran funciones similares. ¿Se imaginan lo que pasaría?

¡Una verdadera hecatombe! Casi todo desaparecería y apenas quedarían tres o cuatro objetos. Porque una máquina de escribir, un lápiz y un bolígrafo son lo mismo. Una madre vaca es lo mismo que una madre coneja, una madre gallina y una madre humana. En fin, son madres. Un profesor es igual que un diccionario; un investigador es igual que una sílaba, que una traductora bilingüe o que un grabador. Todos reproducen un mensaje. Un ciclista es lo mismo que un esquilador, que un golfista, que un futbolista...Todos juegan. Bueno, a ver si lo ven. En el mundo, jovencitos, no hay más que dos elementos y las cuatro operaciones aritméticas fundamentales. Todo lo que ustedes suman, restan, elevan a la decimosegunda potencia, sacan la raíz cúbica y le calculan el logaritmo en base dos, se reducen a los cátodos del imán. Positivo, negativo. En física, la unión de los extremos produce el equilibrio porque, en el caso de la electricidad, las cargas se anulan. Para otros mundos, significa la posibilidad de que dos cosas opuestas convivan unitariamente, pero en suma, el mundo no es tan grande como se piensa. Yo por ejemplo, soy igual a ustedes. Se los mostraré".

Y así continuó con espantoso teorema. Trazó primero una tabla de cuatro por cuatro en la pizarra y siguió experimentando otras cosas con la tiza, pero nosotros no quisimos quedarnos a ver qué pasaba. Nos fuimos, un poco por hambre y bastante, por temor a que se nos pegara esa manía de sacar las bolsitas de azúcar y comenzar a enumerar los granitos y concluir diciendo que los granos de azúcar son como los granos de arena y como los glóbulos blancos y como los puntos de la línea recta y... En fin, que a ninguno nos pareció tener tiempo para despejar la incógnita.

EL SOLDADITO

En actos primordiales se nos da el cuerpo. Esto debe ser que ponen un espejo arriba. Y ella, la nueva cenicienta que se olvida de su primer papel, para decorar la pantalla en busca de la zapatilla; pero no. Es el agua y la sucesión vertiginosa de los sonidos, subida, descenso. Luego se va y uno asiste al abandono, para luego, silencioso. Pero intervalos a uno se le olvida que el bailarín volverá a girar interminablemente, como si su tiempo nunca concluyera. La curiosidad nos dicen es privada, nadie la discrimina y el ojo absorbe todas las vestiduras, los maquillajes, las coronas, los cabellos. Como agua como viento. En el preciso momento en que el maquillaje deja de ser falso y nos asombra. Alguien se levanta y lo ignoramos. Pero su cuerpo también ejecuta y aunque desprovisto de lo hermoso, participa y se apodera de su último baile.

INCONVENIENTES DE HORARIO

El humor y la locura no son nuestros atributos todos los días. Son más bien una especie de visitantes periódicos, que dependen del régimen de las mareas y de la estación lluviosa. Por eso, cuando salgo a desempeñar un trabajo, y voy pensando en que ya no podré marcar la tarjeta de entrada a tiempo, termino entrando a una fuente de soda, pido café, salgo a comprar el periódico y si ahí no trabaja fulano de tal o si ellos no tienen una imprenta. Por casualidad, la oficina tiene algo que a mí me interesa. Así que me ofrezco a ayudarlos gratis, únicamente para aprender.

Durante media hora, quizás micho más, converso con alguien, si no muy simpático, al menos me divierte el intento de curiosear con mi persona. Bueno, y lógicamente hago como con en el resto de los seres desconocidos a quienes encuentro por primera vez; me preguntan cuándo nos vemos, y les prometo volver un día de estos. Después de esta locura, llamo a la compañía y me declaro insoportablemente enferma, con un principio de bronquitis, con cólicos y derrames, con un ataque de asma, con cualquier cosa que suene natural y desagradable. Seguidamente y sin darle chance a replicar a mi interlocutor, abandono el auricular y pierdo la memoria.

Del libro *Extraños viandantes.* 1990. Fondo Editorial Fundarte. Caracas, Venezuela.

EN EL SUELO O A MIL AÑOS LUZ

Para olvidarme de mí tengo que imaginarme que soy otra persona. Únicamente de esta forma me es posible pasar la vida entretenidamente. Únicamente así se puede resistir tanto tiempo. Esta mañana, por ejemplo, cuando fui a ponerme las medias, encontré en el suelo, una foto de alguien que me resultó simpática e ingenua. Tardé algo en reconocerla, hasta que pude asociarla conmigo. Cuando tenía trece años. Desde entonces he venido cambiando. Desde entonces he ido envejeciendo. Desde entonces ignoro quién soy en realidad. Y me pregunto diariamente si soy o no soy. En verdad ¿quién soy?

La mujer no tuvo reparos en contestar:

Soy la figura que transita adormecida por las calles; la que se viste de traspiés, huecos y escupitajos. La que confronta su rostro opaco con el barro adosado a los neumáticos. Par mí, el desplazamiento de una mezcladora de cemento es tan inevitable como la "silenciosa confortabilidad" del deportivo europeo.

Deambulo perennemente sin tener la posibilidad de permanecer. Los muros y los postes son una exposición de cuadros que dura apenas unos segundos. Mientras el mundo se nos acerca, nuestra retina apenas puede impresionarse de un golpe. Nunca logra el espectador decirnos algo en tono grave, si se halla en el interior de un vehículo. Nunca queda oportunidad de prestar atención. Nos detenemos justo lo suficiente en los asientos, como para ir programando lo que vendrá a continuación. A ratos se tiene la creencia de que si nos demoramos mucho dentro del auto, podremos quedarnos definitivamente instalados. No señor. Cuando estamos a punto de dar el sí, de romper la costumbre de peregrinar sin rumbo fijo, entonces surge el duende de lo impresivo, con su atuendo de inexperto. No queda otro camino que irnos para otro sitio. Esa es la rutina de los modernos errantes.

Y así quedan los días borrosos, mecánicos. Días en que los individuos se detienen a mi puerta y yo los veo exactamente como objetos gelatinosos de una curiosa pesadilla. Hablo y vivo con ellos, a sabiendas de que todo se esfumará a la mañana siguiente.

Revisando lo que se esfuma a lo lejos, un chispazo que raya las córneas de los árboles se pega a mi aliento. Veo una mujer pequeña. La mujer se desdobla. Veo dos mujeres pequeñas. Parecen fotografías caminantes,

Les pregunto: ¿Cómo se llaman ustedes?

Ellas sonríen y yo entiendo: "Igual que tú".

Algo me come. Prosigo el juego de las confesiones.

— ¿Qué hacen ustedes aquí?

—Lo mismo que tú. Transitamos por las calles; tropezamos con cuerpos, piedras, vehículos, sonidos; nos maquillamos con las historias que despiden las ruedas del auto; amanecemos con el noticiero bajo el brazo de las costumbres y digerimos la chabacanería a fuerza de frenazos, de títulos, anuncios oficiales, notas luctuosas, horóscopo, la cartelera

cinematográfica, los cables y los consultorios de última hora. Soportamos el vapuleo de la rutina porque estamos conscientes de que el proceso no es permanente, de que la acción no será más prolongada que los quince minutos de comerciales reglamentarios en cada programa. Porque sabemos que al salir del auto, la historia del mundo habrá cambiado. Y por la misma razón, nada nos preocupa. Sentimos con igual emoción el machacar de una mezcladora que el " performance" de un Renault.

—Pero yo insisto en saber por qué diablos están aquí.

—No estamos. Eso fue en otro tiempo Ciertamente, eres tú quien nos está contemplando. Pero la imagen que tú recibes es este momento, pertenece a otro período. Todo lo que nos rodea, eso que seguramente tú consideras como parte de tu mundo, ya no existe. Pues nosotras, al igual que la calle, el puente, los balcones, los toldos, las antenas, las cortinas, el humo, las vitrinas, el cartel de cigarrillos, todos estamos a mil años luz de tu ventana. Tan solo tú estás presente, como un cuerpo geométrico.

Soy eso sin duda. Un cuerpo geométrico de infinitas aristas. La luz corre por mis vértices para nivelar mis carnes. A menudo, mis venas se dilatan con sorpresa y espasmo. El color penetra abundantemente en la raíz de mis cabellos. Soy un árbol que no se detiene. A la hora de dormir se me dificulta mantener mis párpados cubiertos. Y mientras yo visito otros espacios, casi sin darme cuenta, los que me conocen suponen que estoy muerta. Según ellos, debo estar descansando por primera vez. Según ellos, siempre anduve de un lado a otro, como si eso fuera lo más natural del mundo. Según ellos, era justo que Dios me diera la oportunidad de quedarme quieta en algún planeta. Me gustaría que supieran lo que está ocurriendo. Que continúo realizando un viaje interminable. Por ejemplo, ahora acabo de hablar con dos seres idénticos a mí y me han manifestado que ellas hace mucho tiempo murieron. Me pregunté si eran fantasmas. Pero ellas leen lo que pienso y ya me están explicando lo de los años luz. Que cuando tú los ves tan cerca de tu ventana, resulta que están a miles de kilómetros de distancia. Un fenómeno así no tendría mucho sentido en la tierra. Aquí en cambio, es destino. Me gusta la idea de ver seres que se me parecen. Lástima que como siempre sucede, dentro de muy pocos minutos me tendré que ir. Por eso digo, viajar es algo que no tiene fin.

La mujer de la foto s e quedó en el piso. Apenas trece años y se llamaba igual que yo. También ella se preguntaba quién era. También imaginaba cosas. Por ejemplo, que era otra persona.

Nelly Josefina Hernández Rangel

yllenjose@gmail.com

EUFROCIA

A Nallyd...para que sigan los sueños

Eufrocia fue llamada así al nacer, en ello se conjugaron varios elementos que solo pudieron unirse para crear una perfecta sincronía entre el nombre, el carácter y la fortaleza de esas mujeres nacidas de la tierra azarosa y pródiga de las montañas andinas. El ahumado almanaque de los hermanos Rojas siempre pegado en la pared de la cocina fue uno de ellos. El otro, las circunstancias de su asentamiento en la prefectura, entre el compadre Janio, siempre pasado de tragos, quien hizo el favor cuando fue al pueblo, y el prefecto casi analfabeto quien dejó establecido en el nombre una sonora o y una c, nada semejante al de la santa monja francesa María Eufrasia, que aparecía en el santoral.

Pero Eufrocia se asociaba mejor con esa recia y corpulenta mujer de baja estatura, fuertes piernas, senos llenos y múltiples partos que, aunque graduada de madre a los doce, de su vientre seguían saliendo hijos a sus ya cuarenta y seis años; mientras en su casa de paredes de barro, se confundían sus retoños con los recientes nietos. Y es que luego de sus idas al conuco o al café, brotaban hijos como matas de cambur, o de malanga, o de guayabas; sin conocerse cómo o con quién los engendró.

Cuenta su comadrona Rafaela que cuando estaba pariendo a uno de sus últimos muchachos, puesta en cuclillas en el suelo terroso de su rancho, como lo aprendió de su abuela y madre allá en su lejano Guaimaral, pujaba tan fuerte como podía para expulsar a su criatura. Pero, ante la tozudez del muchacho renuente a salir, se levantó de un salto, bajó las enaguas, y con la misma se fue a la cocina a revolver las arvejas que tenía cocinando en el fogón.

GEMELAS

Nacieron juntas, eso es evidente, de lo contrario no serían gemelas. Luego de cumplidos tres años, cosas de la vida, comenzaron a diferenciarse marcadamente, nadie sabe por qué, o tal vez sí. Cuentan que fue después

de una fiebre que las atacó a ambas, pero de la cual Derecha –obvio no se llama así, pero ayuda a distinguirlas– salió muy maltrecha, sin embargo, a Izquierda no le hizo gran cosa.

Entonces surgió una marcada contradicción en sus vidas, claro que no tienen por qué ser idénticas en todo, pero de allí a diferenciarse tan notablemente es cosa de una absurda contra natura gemelar. Es más, no se entiende para qué nacer gemelas y luego no parecerse en nada, excepto por el hecho de que siempre estaban juntas.

Mientras una crecía robusta, bien formada, saludable, me refiero a Izquierda; la otra, Derecha, parecía empequeñecer, volverse frágil, timorata, muy susceptible y con ciertas encorvaduras, además de fracturas que le impedían andar bien.

Crecieron así, una fuerte y la otra frágil. Corrieron, jugaron, se lastimaron, sufrieron, se levantaron, se apoyaron mutuamente en las diversas oportunidades en que, una o la otra, se vieron en serios aprietos de salud, pero nunca dejaron de estar juntas. No solo siempre se vestían igual, usaban las mismas medias y casi idénticos zapatos; sino que, a pesar de las diferencias notorias, hasta de temperatura –Derecha era calurosa, Izquierda era friolenta– podían perfectamente andar juntas, compartir lugares, actividades, gustos, querencias y hasta amores. Nadie entendía cómo seres tan disímiles podían complementarse tanto; aunque parecían dos versiones de un mismo cuerpo.

A lo largo de sus vidas paralelas, sus experiencias, tragedias y cicatrices iban quedando marcadas en cada una, acrecentando sus diferencias y permitiendo distinguirlas mucho más. Aunque a veces no se sabía a ciencia cierta quién era la fuerte y quién la débil, pues la resistencia para levantarse de nuevo era prodigiosa, sobre todo en Derecha, aunque Izquierda también tenía lo suyo. Lo que sí era claro, era que cada una denotaba las etapas de su vida por la geografía de su piel y de sus huesos.

La madurez las alcanzó con su carga de debilidades y fortalezas, sin reproducirse y con un par de bastones como apoyo. Con tantas diferencias, hasta de grandes pesos que cargar, con mucho estatismo en sus vidas y sin adrenalinas gastadas, comprendieron que necesitaban una vejez digna.

Aún las tantas vivencias compartidas no se habían preocupado por ejercitarse para ver si por milagro, Derecha se fortalecía y hasta llegaba a crecer. Sopesaron las posibilidades de moverse un poco más para recobrar la agilidad, contrarrestar la flacidez, fortalecer los músculos, ganar equilibrio y mejorar la estabilidad. Hasta les dio por sentirse jóvenes, audaces, lucir bonitas, intentar una marcha armónica como las modelos y dejar de usar bastones. Mas, sin embargo, los contrastes se fueron acentuando, al parecer nacer gemelas, y morir diferentes, era el fin último de sus vidas.

No se sabe si lograron ser lo que no eran, solo corrió la noticia de que cuando fallecieron lo hicieron a la misma hora y en el mismo lugar. Cumpliendo sus deseos póstumos las cremaron a las dos al mismo tiempo. Se intentó unir sus cenizas como para que no quedaran dudas de que deseaban juntarse hasta en el polvo de sus restos, pero en el lugar donde yacían las cenizas de Derecha encontraron tres diminutos metales retorcidos, símbolo de aquellas fracturas de la niñez que marcaron sus vidas de adultas y las separaron, diferenciándolas para siempre.

JUANITO

Juanito desde hace varios años es un ser obsesivo. Tiene la manía de creer que alguien o algo le quiere desgraciar la vida. Así ha vivido espantando desgracias tras desgracias que supuestamente se cernían sobre él, pero que sus amigos y conocidos nunca vimos.

Cada cierto tiempo un nuevo atacante aparecía transmutado en cualquier peligro y con ellos venía una nueva manía; la lista era larga. Una vez le dio por creer que había personas con miradas fulminantes y que una de ellas lo quería asesinar, optando por usar una máscara con lentes oscuros detrás de su cabeza y de su cara también, así no sabrían realmente en donde estaba su verdadero rostro.

Otra vez pensó que caminar hacia delante era llegar a su fin, entonces decidió andar hacia atrás todo el tiempo, hasta que un sonoro frenazo lo mandó de rodillas y hasta allí llegó la manía. En una oportunidad creyó que por medio del aire que respiraba se colaban cientos de partículas que intoxicaban su cuerpo, y se la pasaba aguantando la respiración hasta enrojecer y ponerse morado. Más de una vez tuvimos que darle unos cuantos golpes en el pecho para obligarlo a respirar y que no muriera ahogado.

Desde el año pasado hemos observado que se le ha presentado una nueva modalidad maniática persecutoria. Esta vez se obsesionó con un ser microscópico, algo parecido a una esfera con muchas patitas, que era escupido por otras personas y se lanzaba a perseguirlo insistentemente para destruirlo.

Comenzó por desinfectarse constantemente las manos con cualquier líquido, crema o espray que le diera confianza. Limpia obsesivamente su casa, la ropa, los picaportes, zapatos, utensilios de cocina, tarjetas del banco, bolsas y todo lo que toca. Si sale de casa para hacer alguna diligencia a la calle se coloca una gasa empapada en alcohol sobre nariz y boca, luego una esponja, encima de eso un respirador plástico y finalmente dos mascarillas. Sus ojos los cubre con unos lentes amplios de plástico y su cabeza

con un pañuelo y sobre él un sombrero. Su cuerpo está protegido de pies a cabeza con un mono de tela y, encima, otro de plástico completamente blanco, de esos que usan en los laboratorios, que vaya usted a saber dónde lo consiguió; completa su atuendo con zendo par de guantes.

Se baña varias veces al día, toma infinidad de infusiones de cualquier planta que le recomienden, hace gárgaras e inhalaciones n veces al levantarse, durante el día y antes de acostarse. La rutina diaria lo deja extenuado al anochecer, pero, igual, el sueño es intermitente porque despierta a cada rato pensando si ha cumplido estrictamente el protocolo de seguridad que se ha autoimpuesto.

Cada día ha venido perfeccionado más su plan, lo repasa y hace los cambios pertinentes, revisando las rutinas y mejorando los pasos de cada proceso. Cuando interactúa con alguien está pendiente de cada elemento de su método, para ver en dónde ha habido un fallo y corregirlo.

Hace poco decidió usar triple tapaboca para que el "bicho", el virus, no se cuele por su boca u olfato. A los lentes agregó una careta para evitar que entre por sus ojos, después del pañuelo y antes del sombrero, agregó un gorro calado hasta las orejas, para evitar que se cuele por la raíz del cabello o los oídos.

Si se acerca alguna persona le hace señas para que se detenga y rocía alcohol por todo su alrededor. Pero, recientemente, ante la necesidad de comunicarse, ideó un método para no tener que hablar con nadie; aprendió por youtube lengua de señas, algo básico para poder comunicarse con los cajeros, verduleros, vecinos, etc.

Hace un par de días me lo encontré y con asombro comprobé que su manía alcanzó niveles sorprendentes.

Sobre todas esas capas de ropa agregó una más. Le dije que con ese traje especial no tendría problemas con el microscópico bicho, pero sí podría sucumbir a manos de otro más fundamentalista, y ni siquiera me oyó.

Un día lo vi pasar a metro y medio como una fugaz sombra negra cubierta de pies a cabeza, nada parecida a la chinesca, con apenas una pequeña hendija que abarcaba ambos ojos.

María del Rosario Chacón Ortega

mariadelrosariochacon@gmail.com

TREN A TURQUÍA

Llevaba prontitud. Iba acelerado, quizás algo le atormentaba. Lo ignoraba. Subió los peldaños que faltaban para llegar al andén y luego la calma le invadió.

Una temperatura gélida le recordó sus años en Londres, pero todo en este andén resultaba ajeno. Sin duda era una estación pulcra. Los avisos eran recurrentes de Turquía a Estambul, o al revés. Tres horas y media aproximadamente iban a resultar una vida. Buscó la hora, dato curioso. Su reloj se había detenido. Tocó en el bolsillo izquierdo algo inusual. ¡Sorpresa llevaba leontina! Introdujo la mano en el bolsillo y pudo ver que el reloj se detuvo. Era en realidad un objeto valioso, totalmente de oro. Su esfera relucía al contraste de la poca luz que percibía. Eran dos sus agujas más sobresalientes, marcaba el segundero las doce, pero el horario andaba como giroscopio enloquecido. Las tapas del reloj le asombraban y se podía leer JV.20.000 sub.

Precisó el canto de un gallo, porque se le hacía necesario en ese aquí, en ese espacio. Se preguntó dos veces cuál era su nombre, pero otra voz interna le murmuraba: Te llamas antes de agosto, después de junio. Para si mismo, en meditación extraña, se decía: Algo me indica que ese es mi nombre, hay resonancias con ese sonido.

Todo parecía una postal de trenes tomadas de Lisboa. Sí, seguramente se trataba de alguna de esas estaciones de encanto como la Estación Rossio. De su viaje a Sintra recordaba ese especial sitio despejado. Había un Reloj gigantesco en la mitad del andén, parecido al de aquella estación. Estaba suspendido en unas barras hermosas. El tiempo allí estaba congelado también.

Empezó a ver alrededor y eran pocos los otros ¿pasajeros? Sentía que no cuadraba en ese lugar. Insistió en buscar en su reloj, pero no había aguja de horario. Eso ya lo había notado, pero este reloj tenía un círculo pequeño con una única aguja detenida en el número 60, casi al ladito 61...de qué se trataría, qué medía esa aguja... sería que se trataba de un cronógrafo. ¿Cómo llegó esa palabra a su mente? De dónde salió esa joya. Efectivamente, él nunca había tenido este tipo de joyas, prendas de oro. El nerviosismo le iba crispando la piel.

Desde el año 1998 ya no compraba nada de oro. Seguía insistiendo en la búsqueda de su reloj. Eso lo calmaría, pero ¡nada! Seguía igual y ahora la única aguja que titilaba, parecía desprenderse a velocidad.

A 250 kms por hora. En Ankara todo se veía hermoso, sobrio. Esta terminal abierta, casi intergaláctica le señalaba que algo pasaba. ¿Realmente algo sucedía? ¿Por qué estaba aquí? Como aspecto pintoresco, llevaba indumentaria extraña: pantalones de grill y camisa al estilo combatiente. Eso sí, era notorio, percibido de lejos se encontraba muy perfumado. El color le desagradó, le pareció triste, retrógrado. Al mismo tiempo, sentía el grato y envejecido Lavanda Yardley.

La gente en el andén se notaba huraña. Se trataba de personas de ojos bajos, tristes, con ojeras casi pintadas. Este maletín pesa, se parece a uno que usaba cuando estaba en bachillerato. Se preguntó una y otra vez desde cuándo usaba maletín.

Intempestivamente, llegó el tren. Se acercaba como si gateara. Al fin se detuvo y él a fuerza del entrenamiento caraqueño, chupulún se lanzó al interior. Se introdujo a velocidad supina. La punta aguijoneada del tren fascinaba ante su incursión. Luego una especie de eructo maquinal impregnó la atmósfera. Un grupo de personas se avocó a las puertas.

Ya en el interior se ubicó al lado de la ventana. Se emocionaba al ver ese desierto, le parecían medanales de los de su tierra. De pronto, unos hombres altísimos se acercaron, entraron por las puertecillas internas del vagón. Todos enmudecieron. Hubo cruce de miradas que le petrificaron, se soldó al asiento. Sentía que venían por él. En una lengua desconocida le pidieron papeles y era rarísimo, sin embargo, entendía lo que exigían. Se levantó con las manos alzadas venciendo la terrible gravedad del tren en marcha. Buscó en su maletín Weixier de cuero. En el cierre lateral sabía que se hallaban. Con una mirada atónita y los rolos de gendarme le arrojaron a la cara lo que les dio. Su sorpresa fue mayor cuando vio en el piso del Tren su Carnet de CORPOELEC. Cuando despertó el carnet de CORPOELEC todavía estaba ahí.

Manuel Cubero Urbano

macuur@gmail.com

ALFONSINA

El viento cantaba sus más dulces canciones. Mientras, el horizonte vestía su rojo atardecer de profundas armonías embriagadoras. Deslumbrado por aquel instante, volví la mirada hacia ella. Me bañé en su sombra fragante y seductora…

—Margarita está linda la mar, y el viento lleva esencia sutil de azahar —le dije.

—No soy Margarita, soy Alfonsina —respondió.

Luego, tomó mi mano dulcemente, me llevó hasta la orilla y me besó.

El Sol, que se hundía en la mar lejana, nos invitó a seguirlo.

AMANECE

Allá, en el horizonte, la noche se tiñe de azul. Azul. Florece la vida. La calle vibra con las primeras luces del día. La callejuela renace con la voz inocente de un niño. Luz, vida, palabra, trabajo y amor. Amanece.

ARTE MODERNO

—Solo han sido cinco mil euros. Puro arte vanguardista. Un chollo, mi vida. Cuando seas mayor, este será uno de tus tesoros.

—Jo, papá. Pues anda que no tengo tesoros mejores que el cuadro este que has traído. No digas nada en el bar. No quiero ni pensar que alguno de tus amigos me robara mi cuaderno de dibujo, pero mis dibujos son más complejos. Fíjate, este hasta tiene rayas verticales en medio. Nada menos que diez rayas de cinco colores distintos.

BLANCO Y NEGRO

Tonos grises como la vida cubren el mundo. Vacío y soledad reinan sembrando de tristeza el entorno. Pero es el sueño quien por un segundo atisba un resquicio de esperanza… ese blanco anuncia nueva vida, vida que surgirá con la fuerza de un trueno cargado de inocentes sonrisas.

A TODA VELA

Navegar por la vida. Hermosa navegación. Primero fue con mi maestro, don Francisco, luego, con Jesús y Rafael, mis amigos soñadores. Con ellos recorrí los parajes más insospechados y con ellos aprendí a descubrir los rincones más placenteros.

Estoy seguro que hoy, en los mares infinitos del paraíso os habéis encontrado los tres. Navegad, amigos. Seguid navegando y gozad de vuestro eterno descanso.

VINO TINTO

El sol, cálido y acogedor, abre sus puertas a una nueva cosecha de tintilla. Cariñena, garnacha y su hermana, la tempranilla, saludan a la vieja amiga del sur. Todas ellas, unidas en tibia tarde de otoño, regalan al hombre sus esencias. Abren para él un mundo de vida y alegría que solo la madre naturaleza puede regalar.

LA REINA DE LAS MARIPOSAS

Cuentan los pajarillos del bosque que hace mucho, mucho tiempo, escondida entre la hojarasca de la copa de un viejo chaparro, una nueva vida comenzó a anunciarse dentro de un pequeño y solitario capullo. Nadie supo de él hasta que una mañana lo sorprendieron mientras bailaba alegremente al ritmo de la brisa mañanera. Asombrado por su presencia, un leve rayo de Sol regaló su calor a la nueva vida que dormía en sus entrañas.

Dicen que fue una nube gigantesca, arrastrada por los vientos más poderosos que jamás visitaron la montaña, quien, hacía poco tiempo trajo un mínimo puntito casi transparente desconocido en el bosque. Y que fue ese puntito quien, agarrado a una hoja que acababa de nacer, creció hasta convertirse en aquel capullo.

Y apunta una paloma torcaz, viajera por todos los montes que viven en la comarca, que nunca, en sus múltiples viajes por los territorios conocidos, había visto un capullo como el que estaba a punto de regalarnos una nueva vida.

Entusiasmado ante la novedad que todos esperaban, aquella mañana el Sol se levantó un poco más temprano. Estaba nervioso, intranquilo y deseando conocer al nuevo habitante del bosque. Algo en aquel capullo le decía que, aunque desconocido en el lugar, no se trataba de un nuevo

habitante del mundo sino que una travesura de la naturaleza había traído a un habitante de tierra extraña...

Y como el Sol ama todo cuanto vive de su calor, no le preocupaba tanto el nuevo habitante del bosque como sus posibilidades de acomodarse a un medio de vida que hasta ese momento había sido ajeno a la familia de Colorete, que así fue como Cantarín, el jilguero que vivía en el árbol llamó al nuevo vecino antes de conocerlo.

¿El motivo? Ya se lo pueden imaginar ustedes. Conforme la nueva vida iba madurando en su interior, el capullo fue dejando traslucir el bello colorido que maduraba en su interior.

Y así fue como aquel día en que la primavera le regalaba toda su vitalidad, el capullo se abrió y regaló al bosque la mariposa más bella que jamás se conoció en el lugar.

—Parece una reina —dijo Cantarín.

—Es la reina de las mariposas —respondió la paloma torcaz.

—¡Desde hoy será la reina de las mariposas! —Cantaron a coro todos los pajarillos del bosque.

Por eso, desde entonces esta bella mariposa fue bautizada como LA MARIPOSA MONARCA.

Y colorín, colorado, este cuento se ha terminado.

Dinapiera Di Donato

dpdidonato@yahoo.com

Comparados con el sol, aquí todos los fuegos
son breves, cosa de aficionados;
se acaban cuando se consumen las hojas.
Entonces reaparece el granjero, rastrillando cenizas.

Pero la muerte es real

— LOUISE GLÜCK

NI SERTRALINA, NI CLONAZEPAM, NI ALICIA

I

Hace mucho tiempo que no volvía al terapeuta que me curó del zoloft. Porque un día se puso a contarme un cuento, harto de que sufriera más y escribiera menos, digo yo. Prefería leerme.

Éramos así, yo le regalaba novelas para explicarme mejor. *La vida está en otra parte* me retrataba. El hombre inhalaba su pipa de chamán y el humo subía hasta despejar un río más al norte que empezaba en mis dedos. Y no era el Moldova. Es lo que veía él mientras yo juntaba a duras penas la imagen neblinosa llena de huecos. Aquello se estaba pareciendo al destino del poeta rimbaudiano y su madre, del libro que le valió a Kundera la expatriación.

Alterada, andaba anticipando. No lograba ser parte de una tregua. Mis colegas a orillas de un río seco empezaron a hacer chistes: "más Praga serás tú", cuando me dio por meter a Kundera en todas mis conversaciones. En las reuniones de departamento tomaba la palabra y empezaba "Recuerden que en Checoslovaquia..." y apenas empezaba yo ellos se ponían a dibujar esperando que la reunión volviera a ser seria. Pero yo insistía, "si seguían financiando los viajes a Cuba, vendrá el día en que el departamento tendrá que atender a los turistas escritores invitados, disfrazándonos de autóctonos felices, pero autofinanciados, porque tendremos que disimular la merma de los recursos universitarios porque ya se está viendo que lo que seguirá, una vez el estado quebrado, será la eliminación de los departamentos de Filosofía y Letras".

Mis colegas intercambiaban sonrisitas entendidas y dibujos de manos haciendo una "paloma" a manera de contra, "tus palabras no sean oídas". Mientras la universidad de provincias se caía a pedazos por los recursos desviados hacia "la causa" los colegas se dedicaban a profundizar con los especialistas invitados porque ante todo había que subir el nivel, y ahí andaba yo desaprovechando las lumbreras internacionales asomados al paraíso, con mi impertinente disco rayado de "recuerden Praga, cuando..."

Antes del zoloft, mi imaginación trastornada producía un desfile de embajadores culturales presidiendo campañas de rescate, como la que hicieran García Márquez o Carlos Fuentes o Cortázar cuando regresaron de Checoslovaquia con sus tanques de regalo. En mi taller literario también se hablaba de Praga. Una alumna del otro taller de Poesía y Pueblo, la talentosa políglota Marxilenín Torres inventó a mis expensas aquello de que: "a mí me respetas, más Praga serás tú".

–Alguien tiene que calmarse y estar mejor informado, ¿quién ha visto un tanque aquí? Te tenemos el equipo de buceo, te tenemos la catalana, te tenemos pepire, de sobra, se burlaba la colega de sociología que llevaba la campaña de Izquierdas Universitarias aludiendo al chiste legendario, la vez que el filósofo francés conferencista, exhibiendo su cuidado español, le preguntó a la mesonera que le servía la langosta en el agasajo qué tipo de "pepere" tenía.

El terapeuta me había medicado en una emergencia la primera vez cuando empecé a ver y oler un cadáver de muchacha que flotaba de día como una nube de plomo sobre mi cabeza, en una proyección intermitente. Me despertaba un rayo que calcinaba la ciudad. La muchacha iba perdiendo su carne. Ahora se convertía en una roca que me aplastaba y empujaba la costa.

Viajó a Caracas a consulta, iba a pedirle que aumentara la dosis, pero esa vez no la dejó hablar. El doctor se puso de pie, y con la mirada lejana describió una mesita de café de la Barnes & Noble de su reciente viaje a Manhattan, con el enorme encanto de que si te daba la gana no hablabas con nadie o con todos y no importaba. Y si escribías acerca de la panza hinchada de ballena verdosa muerta de la noche, o sobre un suicidio colectivo, no había riesgo de parecer obsesiva, sino urbana. Al final de la sesión el terapeuta se sentó, parecía salir de un trance, terminó diciendo que no necesitaba medicina sino atravesar las corrientes. Ella le regalé entonces *La risa y el olvido*.

II

En la video llamada, veinticinco años después, no le digo al terapeuta de mi juventud que extravié completamente el rumbo.

Que, a Alicia, la muchacha que me ayudó a huir, la han dejado morir en el viaje que habíamos soñado entre todos. "¿Así que, al final, agua? ¿Nada de llamas?" es lo que quiero citarle, como si todavía viviéramos en aquel país donde leímos a Kundera. Quisiera que volviera al libro de Kundera de la primera consulta. Que entrara acaso en *Averno* de la poeta Glück. Pero ahora sé que cada uno llega al poeta que le toca en otra parte.

Alicia no sabía a dónde quería llegar yo con una escritura que solamente ella veía avanzar como un torrente límpido, sin culpa ni rabia. La ballena devuelve a Jonás siempre más al norte. Descolorido. Respira aún. Mucho tiempo después contará una historia bíblica. Una venganza. El amor por una ciudad condenada. Asilado en el esqueleto salobre y blanco de un pez que lo abandona en Estocolmo. El ego mal curado de Jonás era lo que yo veía en el Kundera de mi juventud.

En los noventa, asomada desde la platabanda de mi edificio, yo me rebelaba contra el primer desfile oficial de la multitud que suele creerse sus enamoramientos del carismático hombre nuevo, y que continúa así, matándolo y sustituyéndolo a su debido tiempo, para que el hombre nuevo le deje continuar con su vida en paz. El zoloft me producía vértigos, pero enfriaba.

Dejé de hablar de Kundera y lloraba para mí.

No les gritaba a las mujeres esqueléticas desde la platabanda. Se arrodillaban en la calle al paso del último showman de la revolución que hasta Chomsky aplaudía entonces. Las pobres viejas de rodillas, las jóvenes apasionadas por él ponían caras lascivas, nadie les diría levántense, no adoren, no mendiguen. Ellas solamente conocían las procesiones.

Alicia sabía consolar porque la paz siempre venía después de la matanza. Yo no entendía a mis colegas. Habían leído *La vid está en otra parte* mucho antes que yo. Algunos no pueden estar expuestos mucho rato al sol, pierden la vista, el oído. Los desajustados necesitan la sombra, hidratarse después de la larga insolación con los otros. El poeta puede ponerse en remojo demasiado tiempo y extraviarse del todo, como el personaje Jaromil, convertido en el intelectual revolucionario de la fábula checa que entonces no venía a cuento. Solamente para Alicia.

Ella fue la primera que me confirmó lo del rayo. Era el anuncio de una lluvia torrencial que movería poco después las montañas que empujaron los edificios hasta el mar y desapareció una costa. Lo del hombre nuevo, showman carismático y chismoso también fue su pesadilla anticipada.

La rebelión de Alicia era su felicidad.

El poeta Rimbaud experimentó varias trincheras hasta que ya no pudo andar. Los rimbaudianos que yo conocía hacían turismo de riesgo literario y pasaban temporadas en el infierno institucional. Las rimbaudianas parecían más unas niñas despistadas con problemas de crecimiento.

No había que llevar una antorcha a ninguna parte ni perder la compasión por las ahogadas, había sí que rebajarse la obsesión de ser y estar en un centro seco, claro, lleno aliados. Reírse de una misma. Escribir cuando la escritura cruzara.

III

El bus se accidentó a medianoche, invitaron a los pasajeros a bajar en medio de la carretera, hasta aquí llegamos.

Encaró al chofer porque ya no tenía el zoloft que la volvía astuta.

Solamente brillaban los ojos de los más pequeños en la oscuridad. O eran animales. Una larga cola de siluetas que fueron adivinando cuáles eran sus pertenencias.

El chofer y un primo que hacía de copiloto reembolsaron el boleto. Fueron deteniendo a transportes que pasaban repletos, tomando a los pasajeros que pudieran llevar, para continuar el viaje de siete horas, de pie. A ella no le tocó ni medio boleto y cuando intentó subir al vehículo que por casualidad se detuvo a socorrerla, el chofer se interpuso. Prioridad para señoras con niños. Lanzaron su bolso y oyó cómo se rompía la figurina de lodo que le llevaba de despedida al terapeuta.

Quedó en medio de la nada, de ultima entre una hilera de viajeros o de curiosos que salían del monte, hasta que alguien compasivo quisiera detenerse. Con o sin zoloft era solamente una mujer estrafalaria, sola y alzada.

Porque no solo no encontraba natural que los dejaran allí, sino que se había alzado antes cuando pidió que disminuyeran un poco el volumen de la salsa que era el tranquilizante más popular, junto con el Valium de venta libre.

Cuando arrancaba la música los pasajeros caían en un letargo reparador, menos para ella, el chofer y el primo que lo acompañaba en el trayecto únicamente para cambiar el disco y pasarle cerveza con arepas rellenas de cazón.

El aroma de la masa y los rellenos, esto lo pongo aquí por Alicia que cocinaría siempre para mí en New York. Antes de morir experimentó con la concha de mandarina para el relleno de carne molida.

Los pasajeros de aquel viaje a Caracas para la que sería la consulta decisiva la odiaron por su desconsideración. Tápese los oídos, ella los llevaba tapados. Si el chofer se dormía qué sería de nosotros. El primo subió aún más el volumen. Tanto que no sintieron el aviso del motor hasta que el patinazo los fue orillando, por suerte. Menos mal que el chofer estaba tan alerta que pudo maniobrar con la sincronía de un músico de orquesta bailable. Menos mal que no le habían hecho caso a ella, un bus repleto de dormidos hubiera habría ido a parar al fondo del mar y no habría conocido a Alicia.

Conté las peripecias que en cada viaje a Caracas eran diferentes. Y fue así que de pronto entendí mi deseo a través del terapeuta, de una vida en otro lugar, cuando que se puso a dar zancadas mientras me hablaba de una posible vida futura de lectora y escritora en New York con sus espantosos y saludables veranos en el parque de Los Claustros, "un saqueo sacro que usted no se debe perder, ni esos montajes de Shakespeare de pacotilla en los claros del bosque con chicharras que tal vez sean sintéticas, pero como ya usted tiene Shakespeare y chicharras en su patio entenderá el encanto".

Así la despidió, con la pregunta: ¿cuándo se va para el norte? Olvide esos ríos pesados del este de Europa. El hombre se quedó con la figurilla rota que representaba una bellísima negra cargada de frutas y flores.

Jonás regresa al agua, era lo que escribía, mientras preparaba la salida. La poesía es el minotauro y es el laberinto y es la doncella que enreda sus hilos. La poesía no tiene nada que ver con que te apartes. Ni con la soberbia del malherido. Alicia compendió la estrategia del terapeuta que quería salvarme, sí, de mí misma.

Quién no ha sido abandonado en Estocolmo, escribí lacónica en mis últimos días de Cumaná.

Recuerdo de pronto las series nórdicas que vimos abrazadas, Alicia y yo, al comienzo de la pandemia.

Quién no sueña en una taberna a orilla de los fiordos que un dios ha vuelto y como un pez nada por un rato en sus aguas: instala, configura, enciende y apaga. El hilo del control que pende de la carne con metástasis. El agua helada y verdosa y violácea. La carne con su milagro te vomita de nuevo. El amanecer: es siempre dos o tres cosas que sangran.

Mientras pasa la noche, flota una ballena ciega
guiada por risas brillantes, ojos que flotan sobre las aguas.

IV

Sigo en la carretera, sola, por alzada. O es medianoche y camino desde el hospital por la Broadway. No hay ambulancia con seres que te quieran llevar.

El terapeuta de la video llamada es ahora un hombre justo, expatriado como Kundera. Como millones de dentro y fuera de aquel país.

Nos siente a salvo, a mí en esta ciudad, a él en la nueva costa suya, aunque está llorando tanto como yo. Asoma una sonrisa, confiado porque a través de la pantalla ve lo que hay detrás de mí en el fondo, la alegría de Alicia moviéndose en el bosque de los Claustros, tan clara.

Ahora me cura del clonazepam recetado por el médico general, que en realidad he rechazado, después de esperar tantas horas porque nadie quería decirme, porque dónde estaba una identificación legal de pareja porque quién es usted.

Porque solamente me dejan ver el rostro, ya Alicia está en una bolsa. Porque salgo del hospital como si ella no hubiera existido nunca. Ah, sí, camino a medianoche con una lista de funerarias que me extendió una asistente social que intenta parecer compasiva sin lograrlo. Me da pena por ella, tironeada entre su trabajo que le exige no ayudar y el resto de empatía que le queda.

No tomaré pastilla alguna. Ya pasarán la nueva campaña electoral y también la pandemia.

Cómo le digo al terapeuta mi nostalgia de los pies de Alicia, que no la ayudaban mucho.

Ella se quedaría descansándolos, conversando con desconocidos mientras yo iría a retratar la aurora boreal. Era el único plan. Queríamos conocer los mares del norte. No esta preparación para la guerra, cuando abro los ojos y sigo respirando, y siento que me gusta el aire que Alicia me deja, limpio y abierto.

PARTE

6

Epistolario

Cartas de autores

A Marial

por
MARLENE MORALES SUEKE
marlensueke@gmail.com

Mérida, 16 de abril del año de la rebelión

Querida María Luisa…
A ti, Marial Lazzaro, que a medianoche escribes *Nanas a tu hombre... para que no se duerma*, que te sumerges en el *Tiempo Subterráneo* y allí te bañas entre jaspes para emerger de nuevo cada día; a ti que, en las madrugadas del rocío tempranero, silenciosa, esculpes *Poemas de Agua*... Te envío de regalo *El Arrullo* de Vicente Fernández, un mariachi de pura cepa. Y que cuente como la primera canción de la Serenata que hoy te cantaremos todos los que te queremos...

Nuestra Venezuela ha cambiado mucho en estas últimas décadas... Ahora, los hijos vuelan y somos nosotros quienes vamos en pos de ellos... Nos llevamos a cuesta la luna como un tenue fogón y hacemos casa en sus corazones...

Tú, querida María Luisa, tienes muchos hijos: tus bellas Ana Wendy y Ana María que como tú también nos arropan con su generosidad. Tú, ángel de oro que nos cuida a todos. Cada uno de tus libros trabajados a pulso, línea a línea...

Y nosotros, los aprendices de letras. A todos nos riegas y nos miras crecer con tanto respeto del ser y el momento de cada uno de nosotros, tus pupilos; nos pones escaleras siempre a mano para subir y nos llevas en globos de colores a tocar las nubes de la creatividad.

Hoy, yo, también quisiera que nuestro Amado Dios te arrullara, querida Marial, nos arrullara a todos los de este grupo de quijotes de las letras: Y tú con tu "Cofre insólito de las ideas", que allí junto a la ventana de caoba y hierro forjado recibimos tus talleres. Hacer silencio, juntos, y escuchar el Arrullo del Señor de la Ternura, de nuestro hermoso Redentor, oír su canto, juntos, desde donde se ve la pared azul adornada de uvas y flores, mientras extasiados como niños nos dedicamos a revisar los versos y ficciones de alguno de nosotros, los participantes de cada taller.

María Luisa, ya debes haberte dado cuenta con seguridad que acentué la i en la palabra TÍ, pero bueno, si la Academia Española se dedica a qui-

tarle los acentos a *sólo* y a tantas otras palabras, yo me puedo dar la licencia ahora de acentuar y poner en mayúsculas la palabra que quiera... ¿Por qué no? ¿O no? No todos los que amamos escribir somos Licenciados en Letras. Y lo cierto es que, en el camino de hilar y tejer palabras, amorosamente, debemos estudiar muchos detalles de nuestra lengua, el español, cómo acentuar, cómo y cuándo usar comillas, los diferentes tipos de guion y cuándo usarlos, y cómo encontrarlos en nuestras computadoras... Hasta en todos esos pequeños detalles nos llevas de la mano, mientras jugamos seriamente a corregir, todos, nuestros propios textos, sentados juntos frente a la pantalla de tu computadora, el día que nos hemos asignado para analizar nuestras creaciones. Lo disfrutamos como niños.

Creo que fue en febrero del año 2012 cuando iniciamos este recorrido contigo por crear nuestro propio *Cofre Insólito de las Ideas*. Para mí, iniciarme en el mundo de la narrativa entonces fue todo un desafío: *Narrar el entorno desde el imaginario,* como llamaste ese taller, no me atreví entonces aún a saltar a ese abismo. Aunque soy muy buena contando cotidianidades nunca había escrito relatos, ni pensaba hacerlo fuera de mis *Diarios de vida*. Así que se me hizo más afín *Narrar el entorno desde la imaginación poética.* Recuerdo dos de los varios poemas que escribí durante las sesiones de ese Taller Literario. Mis queridos poemas: 1) *Abrazo en cinco tiempos*, y 2) *Peregrinos*.

En el 2014, ya no nos diste tregua y nos invitaste a todos a tu taller literario: *El cuento y sus secretos*. Trabajamos intensamente en la lectura de muchos cuentos de diferentes autores y países porque querías motivar en nosotros la impecabilidad en la escritura de textos narrativos de ese género. Y logré hilvanar mi relato: *La nada húmeda*. Investigué mucho, trabajé hasta con el más mínimo detalle todas mis líneas, para contar un relato donde el protagonista es un árbol. Creo que aún, solamente lo han escuchado mis compañeros de Taller y tú, María Luisa.

Uno aprende a valorar mucho más a todos esos escritores de cuentos que han existido y existen en nuestro planeta. No todos los cuentos son todos ficcionales, y los que narran hechos verdaderos son aún más complejos de escribir, me parece. Porque hacer hermosa la realidad –aún en sus tragedias o sencillez– no es solo mirarla con belleza poética, sublimarla, también es saber contarla y sacar su esencia a la luz.

Nuestro grupo lo formamos básicamente escritores inéditos, la mayoría de nosotros, eso sí amantes de los libros, la lírica, la narrativa, y la vida. Tenemos diversas profesiones e intereses. Nos hemos ido convirtiendo en un grupo de amigos, de confidentes, pues a la par que escribimos, nos contamos en secreto los porqués de las razones insólitas, las fragilidades que nos motivan a llevar tantas emociones, pensamientos, reflexiones, al

papel. Hay toda una atmósfera de confianza que contribuyes a crear entre nosotros, mágicamente.

¿Recuerdas tu propuesta de trabajo?, en el 2016: la *Reseña de Libros*, como incentivo para volver a encontrarnos. Y, sí, así volvimos a reunirnos detrás de la neblina. Se nos hacían las 9 de la noche, y ninguno quería irse, tenías finalmente, casi que botarnos de tu casa, María Luisa. Entre tantas circunstancias adversas, hacíamos nuestra burbuja, nuestro espejismo de isla, sin sospechar que en pocos años vendría la pandemia, y entonces sí que andaríamos dentro de burbujas literalmente.

En Caracas, estos días de Semana Santa, ha llovido a cántaros –como decía mi abuelita Mamáemma; y de tanta lluvia las piedras se llenan de musgo, de dulzura y capullos de libertad.

A qué no sabes, Marial, en el tablero de mi laptop no consigo el tamaño preciso del guion que debo usar... Ja, ja, qué rollo, bueno te escribiré más tarde esta carta de cumpleaños a lápiz y creyón. Y te voy a hacer un dibujo de acuarelas.

Un mañana distinto, un mañana mejor, venimos contigo tejiendo a retazos, venimos dibujándolos sueltos en papeles de colores. Un mañana distinto acunado con nuestras palabras... Una tras otra, una tras otra, nos movemos como rompecabezas e hilvanamos en cantos breves y cuentos cortos, y luego desarmamos para volver a armar.

Que Dios Bondadoso nos regale un mañana distinto y nos deje seguir jugando a zambullirnos en la Verdad de Su Palabra. Mi Dios, mi Señor, arrulla a Venezuela...

Te quiero mucho ¡¡Feliz Cumple!! Y ¡¡Buona Piñata!!

Tu amiga y aprendiz
Marlene Morales Sueke

La carta que debía

por
SYLVIA PUENTES DE OYENARD
sylpuen@internet.com.uy

Te debía una carta, compañero,
una carta de amor-aniversario,
la que siempre te envío cuando otoño
comienza a embriagarnos con su vino.

Este año no: pude hacerla en fecha,
la escuela, el hospital, la casa,
la cocina, la ropa, el polvo,
los rincones y el trajín
que también se hace bueno,
porque vibra y envuelve
en otra danza familiar y mínima
este quehacer que me... ilumina y ya transfiere
su triunfo al tiempo libre,
a las rodillas limpias,
a la ropa planchada y la comida.

Pero hoy vuelvo a ponerme
mi vestido de pájaros y soles,
aquel que consiste en primavera
y hace ya trece años que me cubre
sin gastarse en el tiempo o la rutina.
Y no es mérito mío esa perfecta comunión
de amores y cordura,
porque soy
y lo sabes
como el agua ligera,
un torbellino,
un asombro de espumas que devora,
que se acosa y te acosa
y desafía,
y aturde, corre y anda

entre camas y escobas,
entre besos y túnicas,
entre sangre y aromas
con dolor y con rabia,

pero plena de amor,
de tu amor que se hunde
-equilibrado y puro-
y despierta en mi boca con fulgor de arcoíris.

Eres tú quien me ha dado
este nuevo reloj en el que avanzo
y me permite ser y me perdona
el destino de sal de mis recetas
y estas arrugas que se vuelven leves
cuando tu abrazo ampara mi cintura.

Siempre he pensado que el amor se hacía
de ausencias, deserciones, fugas
y sin embargo de tu mano anduve
la nueva dimensión de una poesía:
ser mujer, tu mujer,
la que anda por la casa entre gorriones,
picoteando entre ollas y sartenes,
entre el perro y los libros
mientras abre sus puertas y te dice:

Esta es mi carta, amor,
la carta que debía y necesito
para alzar esta voz en mi universo
y proclamar que soy -oh, privilegio-
la celebrante de la vida.

A las uñas laceradas

por
MARÍA LUISA LAZZARO
mlazzaro55@yahoo.es

Queridas uñas mías:

Las miro y un profundo dolor me lleva a pedirles perdón, son tan hermosas cuando están lejos de mi boca.

Les juro, que no es a propósito, nada tienen que ver ustedes con mi perturbación emocional desde que era muy jovencita, casi niña y algo me angustiaba.

Es inconsciente, por eso después les pido perdón y las alejo de mi boca, de mis dientes. Mejor dicho, no son ustedes las únicas, todo en derredor pareciera estar implicado e incluso más que ustedes. Es algo inconsciente.

Prometo buscar ayuda, así sea sacarme todos los dientes... Perdonen, dientes míos, tampoco son ustedes culpables. Hay un orden, un impulso que nada tiene que ver con ustedes; que son

maravillosos, impecables.

Prometo hacer algo certero, llegar al origen de la fibra nerviosa que emite órdenes inconscientes, lacerantes; comienzo y razón del mal.

Lo juro, es un hecho, hecho está. Nunca más, nunca más. Solo paz y respeto por la individualidad de cada una de ustedes.

Lo juro, desde la melodía que estoy escuchando en este instante: "El amor es azul", de Paul Mauriat.

A mi futuro esposo

por
MAGDA UZCÁTEGUI
magdathoven@gmail,com

Tengo la certeza de que eres tú quien ha estado manifestándose de manera tan frecuente e intrépida en mis sueños desde hace más de cuatro meses. No han sido tiempos fáciles; tengo más de seis años sola, en casa, lidiando con la ausencia de mi madre y tratando de ver qué hacer para volver a sentirme activa y útil, y no una sonámbula. Que lo único que hace es ir la oficina, llegar a casa a comer, ver televisión y dormir.

Lo cierto es que cada vez que me acuesto, la imagen que llega a mi mente siempre es la misma: un hombre alto de cabellos grises no muy largos, que usa un gran sombrero que le cubre toda la cabeza. Y pareciera no decidirse a encontrarme.

Yo sé que ese eres tú: el hombre que siempre está en la misma posición y luciendo la misma postura, como mirando hacia el horizonte un mar bravío y espumoso, cuyas olas parecieran no dar tregua con su fuerte ruido de violentos choques contra las rocas. Mostrando signos de inquietud e inseguridad que no lo dejan quedarse tranquilo en el mismo sitio.

Sí. Ahí estás tú, mirando, suspirando y pensando en quién sabe qué mientras yo siento una necesidad enorme de tocarte el hombro derecho y lograr de una vez por todas que te voltees para poder mirarte de frente y escuchar definitivamente lo que tengas que decirme... pero no puedo.

Siempre es lo mismo: te miro, te observo, siento tu calor que abraza mi cuerpo, empiezas a mover tu cabeza hacia los lados como si buscaras algo o a alguien, pero no miras en ningún momento hacia atrás, y yo, irónicamente, no puedo acercarme a ti.

Todas las noches es lo mismo, cada vez que me acuesto: la playa, tu sombrero, tu mirada perdida hacia el horizonte, los movimientos indecisos con tu cabeza, mi sensación de calor corporal y... no poder acercarme. ¿Por qué no puedo acercarme más a ti? Yo siento que quiero hacerlo, pero tú no me dejas. Es como si tuvieras alguna especie de barrera o resistencia que no permite que te des la oportunidad de voltearte, y finalmente nos miremos cara a cara y nos digamos lo que nos tengamos que decir.

Siento que tienes miedo, dudas, vacilas constantemente (miras para acá y para allá, pero sin dirección, sin saber qué hacer). Intuyo una fuerte

nostalgia por algo que sucedió y que te marcó fuertemente, aunque, por alguna razón, no quieres soltar, dejar atrás ¡como si no quisieras liberarte de algo!

Sé que estás ahí afuera en algún lugar cerca de mí. Siento que estás cerca. Algo me dice que quieres verme, que quieres hablar conmigo, pero es como si te faltara el valor suficiente para hacerlo y es por ello que he decidido escribirte esta carta.

El hombre misterioso de mis sueños. Ese hombre que se me aparece todas las noches cuando me lanzo a los brazos de Morfeo. Sí, tú, es contigo, quiero que te voltees de una vez y me mires de frente, ya es hora ¡ya está bueno!

No soy una chica joven que tiene todo el tiempo del mundo para esperar por tu respuesta, por tu decisión ¡No! Ya tengo 55 años y hace seis que perdí a la única compañía que tuve a lo largo de toda mi vida: mi madre. Nunca tuve pareja, nunca tuve hijos. Siempre me dediqué al trabajo, a estudiar, a hacer inspecciones donde quiera que me las pidieran y nunca me dediqué a mí misma, a mis otros sueños, a mis otras aspiraciones, a decir un sí definitivo a alguno de los hombres que cada cierto tiempo me merodeaban y me lanzaban el anzuelo a ver si yo lograba atajarlo.

Pero, bueno, me habitué a estar siempre sola. Nunca sentí que me hiciera falta nadie, ni un esposo, ni un hijo, pero ahora, luego de tantos años lidiando con la soledad de esta casa y viendo cómo la jubilación me roza los talones, ahora siento el peso de los años y de los continuos "No" que dije en más de una ocasión, cuando aún era bella, joven, y tenía toda una vida por delante.

Pero entonces apareces tú, sigiloso, dubitativo y sin tomar acciones.

Insisto, sé que estás cerca, sé que quieres verme, sé que quieres conocerme, pero no me la estás haciendo nada fácil ¡o te muestras ya, o voy a hacer que te voltees así sea a la fuerza! ¡Mira que yo puedo hacerlo! No sería la primera vez que intervengo en mis sueños y logro mi objetivo.

Sé que donde quiera que estés, donde quiera que te encuentres, en el fondo, tú quieres encontrarme. Lo sé. Lo presiento. Siempre he tenido esa habilidad para ver mi futuro en los sueños, y esta vez, no es la excepción. De eso estoy segura.

Así que no te escribo estas líneas para reclamarte ni para reprocharte nada. Simplemente lo que quiero es que te animes a dar ese paso que tanto necesitas dar para que finalmente podamos encontrarnos y concretar nuestra relación.

Las puertas de mi casa están abiertas de par en par esperando tu visita. Me encanta preparar excelentes platos y tengo un gran repertorio musical herencia de mis padres, ambos, importantes músicos de la orquesta, que se conocieron desde muy jóvenes y siempre cultivaron en mí el amor y la admiración por la buena música.

Te aseguro que soy una excelente anfitriona y una gran conversadora. Siempre me ha gustado leer y saber de todo un poco, así que dudo que conmigo vayas a aburrirte en algún momento.

Espero que a partir de esta noche, demos aunque sea el primer paso: mirarnos a los ojos.

Yo pienso cumplir con mi parte, espero que tú también puedas cumplir con la tuya.

Que tengas dulces sueños.

Con mucho amor y cariño,

Tu futura esposa.

Con tu recuerdo vivo

por
MARYSOL CARRERO NECKER
mcnecker2016@gmail.com

¡¡Y... sí!! Quiero recordarte en esta carta, abuela querida.
¡Te tengo muy presente!

Con tu recuerdo vivo entretejo esta vida de vaivenes diarios desde tu imagen, sentada en la ventana, viviendo el atardecer de la montaña, que se avecina lentamente... desde esa apacible mirada tengo un sentimiento profundo que se me mete en el alma.

Quiero raptar esa mirada tuya y hacerla eterna aquí, adentro, pulsando esta existencia llena de sobresaltos, donde siento que no tengo ventanas para mirar y que no quiero ver paisaje alguno afuera.

Te recuerdo tejiendo las trenzas de mis muñecas y primorosamente haciendo retoques a sus sombreros... una a una, se van transformando paulatinamente con la caída de la tarde.

Te veo apretando faldones de lacitos azules, inolvidable, y de un momento a otro, las muñecas ya listas para el baile. La atracción las llama, es grande la incertidumbre, quieren perderse en el azaroso mundo de la seducción. Van al baile nocturno donde ninguna zapatilla se pierde y todos los carruajes hasta se tornarán calabazas para llevarlas... ¡Saben que el reloj en algún momento marcará las doce y no habrá huida posible, solo danzas con príncipes o sin ellos!

Ya sé qué hace tiempo han dejado de ser muñecas, se desafían en lo humano, les anima ahora un nuevo espíritu, temen entrar al mundo de lo masculino.

Ahora, otra piel me está naciendo, me trae caras nuevas... en todas ellas, te cuento: descubro tus travesuras, tus disfraces, tus bailes. ¡Me han permitido hoy el juego, ser otra, divertirme con "lo otro", lo que es distinto!

He podido oír mi risa fresca, y hasta empolvarme la nariz varias veces y de alguna forma apretarme alguna falda, estas no tienen lacitos, pero sí se baten, ondulan en el zapateo flamenco.

Adiós Dorila... No eres un recuerdo... Tu amor ha sido un brebaje infinito.

¡¡Te me has transformado en una compañera eterna, vivaz y danzante!!

Tú en mí...

por
DARIELA FERNÁNDEZ G.
darielafendez@gmail.com

Querida mía, te escribo sin ilusión, ni razón.

Sin la ilusión de que respondas sin emitir juicios y, sin razón, porque el corazón no la atiende, él tiene sus propias significaciones. Te he dicho, y no me escucho, que de la mano vaya la razón y el corazón.

Como a Galeano, me gusta la gente sentipensante porque trasparenta la vida.

Te cuento. Lo hice de nuevo, una vez más. Casi con desesperación arranqué las plantas aún vivas, pero con las flores desfallecidas de agotamiento, y planté nuevas: verdes, hermosas, con flores de colores vibrantes y de amables aromas.

Como siempre cuidé con esmero la posición de la maceta buscando que las flores nuevas fueran visibles a ojos de los observadores, y no descuidé, ni por un momento, que la gama de colores seleccionada fuera de idéntico tono de las anteriores flores y que siguieran la misma degradación de claros a oscuros, perpetuando el ocultamiento.

¡Ya lo sé! ¡ya lo sé! Esta práctica te es cotidiana. Es parte de nuestra singularidad humana, no es mera formalidad psíquica de proseguir el sin sentido, sino que constituye en el fondo la fuente primaria de todos nuestros procederes. La existencia moldeada.

Imagino, mientras lees esta carta que te has dejado caer y te hiciste una con el mullido sillón. Ahora, observas tus recién sustituidas flores, y fuerzas una sonrisa, crees que mantener la sonrisa te hace distinta a mí, sublime y sosegada. Pero tus sentires como jinetes apocalípticos recorren velozmente todo tu cuerpo, despiertan tu miedo y el miedo, temblando, para no caer, se viste de rabia. Piensas: ¿Rabia? ¡Que no se note la rabia! Qué poco encanto tiene la rabia. Pierdo el glamor y lo sofisticada.

Meliflua, te pesa tantas horas de adiestramiento y resignada aceptación de patrones familiares y educativos para moldear el carácter. ¡Si! sí. Acude a la tristeza, es menos escandalosa y la puedes encubrir con lentes oscuros, pues ella tan inocente se deja notar en las pupilas de tus ojos.

Te incomodé, lo sé. No sabes qué hacer, comenzar por escuchar a tu cabeza es una buena opción. Ella se encargará de pensar, de argumentar y de establecer sensatez a tu ser más íntimo. Es tu mente, quizás, quien pondría el granito de cordura que te puede estar haciendo falta. Sin embargo, no tienes más remedio que inclinar algo la balanza hacia el otro la. No dejes que tu corazón sea siervo de tu pensamiento. Es bueno que escuches lo que tiene que decirte; en la lógica, esa inflexible comandante, no siempre es el acierto y actuar sin estar en consonancia con lo que sientes te hace fallar…

Lo hiciste de nuevo, una vez más. Te he dicho y no me escucho. Ahora dejas de lado esta desolada carta, y das inicio a la repetición sin sentir afirmaciones que solo alaban tu ego. Por esto de creer, sustituir el dialogo interior negativo con afirmaciones, como sortilegios de hechicera medieval. Perpetuando el ocultamiento.

Guarda silencio. Escúchalo. Deja de cambiar las flores de tu maceta, son cortos de vista los observadores. Ponle atención más bien a tus recurrentes sensaciones que galopan tu cuerpo, te hablan, te gritan, te muestran lo somero de tu vida. Todo es impermanente, solo de ti permanecerá lo que no es muerte.

A mi casa

por
ELENA MOLINA
elenamargaritamolina@gmail.com

Hola mi casa querida.

Hace mucho tiempo dejé de andar por tu piso, aquel piso de madera sólida y cálida a la vez, que la hacía especial. El pasillo, como una arteria irrigando espacios, pues te repartías entre cada uno de los ambientes, las dos salas, la cocina, el comedor y los dormitorios.

Esa madera que crujía al andar de las gentes... Hoy, de la mano silenciosa de mis nueve años, revivo tu imagen y la puedo caminar una y otra vez, pasearla a pleno color o recordarla en tonos sepia. Al hablar de ti, querida casa, tu piso de madera siempre me acompaña en los recuerdos. Como decía Andrés Eloy, la casa grande de portón y enredaderas. Pero tú, lo eras de portón... balcón y patio, pajarera y solar.

Querida casa, eras la base de un gran balcón, desde donde se abría un inmenso escenario, tan amplío que podía ser el marco para la obra de un pintor paisajista, inspirado en La loma de la Virgen, el frondoso mango de Rafaelito y las tejas del vecindario. Todo, era vida y color.

Al bajar la mirada desde el balcón, teníamos la visión de un patio muy grande y una jardinera adosada a la pared lindero, con rosas amarillas y rosadas, romero, limoncillo. Y como dirigiendo escolares, un árbol pequeño daba las guayabitas más dulces y más amarillas.

Te habitaba una presencia, que aún con tantos años se movilizaba por toda ella, llevando detrás una maleta grande llena de recuerdos.

Abuelita... Te veo desde el balcón, prodigando lluvias de dorados maíces y en impetuoso aleteo descendían los palomos desde diferentes partes del techo. Luego regresaban a sus nidos o tal vez eran de otras casas.

Querida y noble casa, con devoción y cariño vuelven mis pasos a reavivar el sonido de tus pisos. Siento que hayas partido sin un adiós, sin lamentos sin despedidas.

Nefasto virus

por
ELENA MOLINA
elenamargaritamolina@gmail.com

Hace más de dos años te tomaste la sopita o consomé, nada alimenticia, de un murciélago. Ahí comenzó la historia que ha causado mil contrariedades a nuestro querido planeta, a todos los continentes, a todos los países, a todas las familias. Nadie fue una excepción.

De Wuhan para el mundo... De avión en avión, de barco en barco, trenes, metros, casas y lo más grave hacia el aire otrora limpio. ¿Es que acaso no sabes lo que significa la pureza del aire?

Tengo entendido que nadie te invitó, todo lo contrario... te rechazamos y hasta nos hemos escondidos de la manera más insólita de día y de noche. Los más jóvenes e incluso los menos jóvenes fueron atacados vilmente teniendo que vacacionar en sus propias casas. ¿Te imaginas lo que ha significado para todos? Las empresas cerradas, los hospitales habilitando espacios, las funerarias comprando bolsas. Y lo más doloroso, lo millones de muertos ni siquiera pudieron despedirse.

Y, ¿qué es de tu vida, virus? ¿Puedes estar en paz después de tantas vueltas al mundo y con tantos enemigos a cuestas?

Y como para no quedarte tranquilo, en los inocentes organismos dejas además secuelas, coletazos, quejidos. Todos llevamos el mismo sentimiento de rechazo a que sigas haciendo daño.

P.D.
Estamos negados a vivir sin abrazos y besos, tan necesarios como el aire.

PARTE

7

Ensayos

Enseñar el gusto por la lectura a los niños

es un acto de amor

por
ARINDA ENGELKE
arindita1.engelke@gmail.com

Las letras asustadas y otros cuentos (María Luisa Lázzaro y Franklin Pérez Guillén Lázzaro. Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo, Ibimi, Mérida, 2021. Ilustraciones de Ludwianna Piñero).

Estamos inmersos en un mundo vertiginoso, acelerado, presuroso, repleto de tecnología, tanta, que en ocasiones se nos nubla los sentidos y vamos por la vida pendientes de un celular, de una tablet. Leer, lo que dicen las redes sociales, marca la pauta matutina de muchas personas, quienes pendientes de la pantalla no se dan un respiro para tomarse un rico café en compañía de su familia. Es imperativo saber qué le pasó a fulanito, cuál es lo último en TikTok, y si acaso, mirar las noticias que se publican por aquello de estar enterado de lo que pasa tanto en el país como más allá de nuestras fronteras.

En este corre-corre, tan sin sentido, los adultos estamos perdiendo uno de los placeres más gratificantes que pueda sentir un ser humano: el placer de leer. Y lo peor es que nos hemos olvidado de enseñar a nuestros hijos el gusto por la lectura. En cambio, desde muy pequeños saben manejar a la perfección un celular con todas sus aplicaciones. A veces, y es triste decirlo, los niños de ahora no conocen una librería, y mucho menos piden que se les regale un libro de cuento para Navidad. Entonces, ¿por qué no aprovechar ese conocimiento que tienen los niños de la llamada Generación *BIT* (*Born In Technology*) para estimularlos a leer historias que realmente desarrollen su creatividad e imaginación? Justamente por eso hoy en *Comunicación Continua*, quisimos dar a conocer una iniciativa que como alternativa para que los niños se vayan acercando a la lectura de cuentos especialmente imaginativos y llenos de ingenuidad, pero que al mismo tiempo enseñan, entretienen y nos hacen sonreír.

Las letras también se asustan

Las letras asustadas y otros cuentos, de María Luisa Lázzaro y Franklin Pérez Guillén Lázzaro, es una opción digital de un libro hermosamente ilustrado por Ludwianna Piñero Pereira, perteneciente a la Colección Cocuyos de Cristal, Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo y cuya coordinación editorial y edición fue responsabilidad de Ennio Tucci, director editorial.

Su lectura, es, sin duda, un bálsamo para los sentidos, un desborde de imaginación infantil, donde cualquier cosa puede pasar como encontrar, por ejemplo: "En una pared, una al lado de la otra, temblorosas, sin formas definidas, una hilera de letras asustadas". Imposible leerlas (El Rey Franfrán y las letras asustadas).

O que en (Patitas para que te tengo): "Un día, muy temprano en la mañana, un señor que parecía un niño por su tamaño y su cara, estaba preparándose con una enorme vara para tumbar unos mangos deliciosos y grandes que colgaban hacia afuera de un solar. En eso estaba, con un saco que pretendía llenar al final de su exitosa jornada, cuando —de pronto— vio venir a un dragón pequeño, pero dragón al fin. Venía echando humo blanco por la boca mientras batía sus alas estrepitosamente, acelerándole el corazón… pum, pum, pum. Sin pensarlo ni la mitad, de una vez, el niño que parecía un señor vio a un caballo ideal para su tamaño, corrió y corrió y se le montó con la velocidad de un rayo, diciendo:

—¿Paticas para qué te tengo, paticas para qué te tengo?…

O asistir al "Baile de los números", donde cada uno muestra su personalidad bien definida. Y… ¿saben qué? el "NUEVE que era encendedor de luces los entusiasmó a todos: ¡A bailar, a bailar! Cuando ya estaban bien cansados apareció el DIEZ que era el apagador de luces. ¡A dormir, a dormir! Colorín colorado este baile de números por fin se ha terminado.

Son 8 cuentos deliciosos del libro: El Rey Franfrán y las letras asustadas, El niño distraído que se tragó un sapo verde, ¿Paticas para qué te tengo?, Mosquito patas cortas, ¿Y los otros qué dicen? El pez espada y su nariz singular. El mono del zoológico, El baile de los números.

Lo que se hereda no se hurta

María Luisa Lazzaro, es una escritora sublime, que sabe expresar sus sentimientos, trasmitir conocimientos de una manera tan íntima que el que la lee queda subyugado, enamorado, y para siempre presa de su magia escritural. María Luisa también se ha destacado como editora y escritora de libros para niños y jóvenes. Por esa razón no es de extrañar que esta vez, junto a su nieto, haya escrito este libro de cuentos que estamos seguros les encantará.

Quisimos conocer un poco más sobre el origen de esta iniciativa digital, y he aquí lo que María Luisa nos contó: Cuando Franklincito tenía casi tres años lo sentaba en mis piernas frente a la computadora y le hacía ver y escuchar cantidad de cuentos clásicos para niños, su mamá también le leía cuentos antes de dormir y por las tardes. Un día en que su mamá y yo lo fuimos a buscarlo a su escuela en Maracay, Franklincito, a sus cuatro años, casi angustiado nos dijo: "Una letra asustada, una letra asustada". Le dije a mi hija que se diera vuelta porque yo necesitaba saber que era una letra asustada: En una pared había varios grafitis con sus letras sin forma, sin color, como si estuvieran asustadas. Al llegar al departamento, comencé la historia de "Las letras asustadas y el rey Franfrán". Historia que fue concluida entre los dos casi dos años después, él me iba indicando qué cambiar, qué colocar, qué colores, etc. Luego, y esto es lo más importante, un día estando en Mérida de vacaciones, casi a sus cinco años, me dijo: "Yaya siéntate en la computadora que te voy

a dictar un cuento. Se dedicó a "describir" cada uno de los números del 1 al 10, con características de tamaño, volumen y carácter. Y me dijo: Yaya ya los describí, mañana te dicto "las acciones". ¡Dios Santo! me dije para mis adentros, esto es lo que enseño en mi taller de creatividad "El cofre insólito de las ideas", y él nunca participó porque apenas tenía cinco años casi. Yo explico en el taller que un cuento está formado justamente por descripciones y narraciones, y este muchachito tan pequeño sabía perfectamente que existe la descripción y la narración en los cuentos. Así me fue dictando cuentos que entre los dos le íbamos dando forma de libro. A este niño a los seis años le otorgaron un diploma de premiación a nivel estadal, en Maracay, como uno de los mejores lectores niños, y a corta edad.

Y esto no es un milagro, es producto de los estímulos que los padres, madre y abuelos les bridamos a los niños desde muy pequeños, contándoles buenos cuentos que los llevan a desarrollar su creatividad, en todos los órdenes, para que sean profesionales idóneos en cualquier carrera que escojan a futuro.

La zona de broca y la palabra inteligente

por
MARÍA ISABEL NOVILLO
mnovillo24@yahoo.es

"Cuidado con nuestras palabras,
el alma acostumbra mostrarse en ellas"
"Vivo en el mundo creado por mi propio lenguaje".

— Carmen Cristina Wolf

En el Museo del Hombre de París trabajó por mucho tiempo una mente brillante: Paul Broca. Su mayor descubrimiento fue una pequeña zona cerebral, situada en la tercera circunvalación del lóbulo frontal izquierdo de la corteza cerebral, conocida como "ÁREA DE BROCA". Esta área controla la forma articulada del lenguaje, algo tan esencial para un poeta, para el ser de palabra que es el poeta.

La zona de Broca es el asiento de la característica fundamental del ser humano inteligente: la posibilidad del lenguaje. Broca, también puso de manifiesto la separación de funciones entre ambos hemisferios cerebrales y las zonas específicas de la actividad de procesos de pensamiento. También hizo profundos estudios sobre lo que denominó AFASIA.

La afasia se traduce como un menoscabo y, en extremos, una incapacidad de articular ideas. Una incoherencia en el uso del lenguaje. Afecta la selección adecuada de las palabras, así como su uso, tono y concatenación. Acarrea distorsión en los procesos de comprensión, reducción de la calidad del lenguaje y del vocabulario, simplificación de la sintaxis y dificultad para aprender de la información recibida.

"El Acto de pensamiento es Vida", decía Aristóteles.

Se sabe que toda materia responde a luz y sonido y en ese hecho, la materia, se va configurando en su estructura de cierta forma. Nuestra corporeidad, nuestra materia, también responde a esa ley física. En ese responder genera movimiento evolutivo o no, es decir su lenguaje le hace responsable de su propio devenir. Así podríamos decir que una persona "es" su pensamiento materializado, que el mundo que nos rodea es el lenguaje que emitimos. Somos lo que pensamos, sería otra forma de decirlo.

¿Somos lo que escribimos? O ¿escribimos lo que somos?

¿Nuestras obras dependen de nuestro nivel interior?

¿Nuestra vida, su poética, depende de nuestros sistemas de pensamiento?

¿Sería este, quizá, uno de los matices de lo que se conoce como el poder creador de la palabra? ¿Así como tener un ala diferente podría dar lugar a una nueva especie de pájaros, tener una consciencia de la palabra creadora diferente y ejercerla con Belleza y con Bien, con Virtud, podría dar lugar a cambios celulares hacia una nueva especie de hombres?

Es posible que la poesía donde la palabra es sustancial permita en otros que se genere respuesta hacia algo más claro en nosotros. Con lo cual la responsabilidad del escritor sería una especie de compromiso, de promesa. Pero, ya se dijo: "que solo los Hombres Verdaderos son capaces de prometer..."

¿Qué energía mediadora, qué plano puente, debería asistirlo, guiarlo?

Nos dice el poeta Rafael Cadenas: el Arte, es ofrenda o vanidad.

Para alguien que viva la Poesía como una forma de entrega consciente a un propósito superior para el devenir propio y el de otros seres de humanidad, ¿cómo encontrar la forma de entrar en la luz de lo que se dice?

Cito a Armando Rojas Guardia:

Si yo fuera capaz de entrar por fin
en esa pulcritud del aire inmóvil
que he llamado silencio en el poema.
Si yo fuera capaz de nombrar árbol
como esta tarde el árbol se mostraba
a sí mismo en la quietud del parque;
si yo fuera capaz de parecerme
al objeto real de mi escritura
(al agua misma cuando escribo agua,
al vaso limpio cuando escribo vaso);
y si fuera posible merecerte,
cosa que ultrajo en tu mudez precisa
al hacerte sonar en mi palabra,
yo entraría en la luz de lo que digo.

Hay diferencia, hay profundas diferencias, entre los que viven al amparo de la poesía y los que se establecen en su misterio.

¿Qué asiste innombrable, como el Tao, a ciertos poemas, a lo que se ha llamado silencio en el poema? ¿Ese más allá de las palabras, ese significado que, suponemos, una forma de lenguaje puramente espiritual, y que puede modificar el corazón de un lector, tocar sus íntimos filamentos y grabar, allí, como en cera virgen, como en lámina de cobre pulida para el Arte?

Esa tela en blanco entre el poeta y el lector que permite que lo no escrito, el pensamiento silencioso, entre como un rayo.... Rayo que al alcanzarme.... decía Juan Liscano. Donde hay esa fuerza hay un poema con magnetismo tácito que trabaja, opera, obra, en quien lo recibe. Puede que por mucho tiempo ciertos escritos sean un mensaje en una botella hasta que encuentran su decodificador. Su receptor real.

Pero, hay pocos receptores reales. Dado que vivimos en un sistema de referenciales –y no solo de referenciales de lenguaje– erróneos. Como un mal sueño, en que los códigos originales se encontraran infiltrados y nos moviéramos con una pérdida de los referenciales creativos correctos. Todo en su mayoría enajenado, claudicado a la mentira, a una esfera ajena. Esfera enajenante que devora los pensamientos y hace pasto de sus intereses. Una forma de domesticación de la verdadera creatividad.

¿Cómo dejar de ser personajes y llegar a la mínima fuerza de pureza necesaria? A ese Verbo, el del principio.

No confundir lenguaje y verbo, dijo Mallarmé.

Es propicio recordar los escritos de José Ángel Valente sobre las palabras sustanciales. Aquellas que van siempre con nosotros, aún, cuando callamos, especialmente cuando callamos. Las que operan, como en un recóndito laboratorio en nosotros, y en ocasiones, pocas, se trasladan al decir.

Quizá en nosotros, como materia creada, que responde por ley a la Ley del Universo se encuentre instaurado otro lenguaje, tal el anhelo aquél de quienes buscaban en el Esperanto, un cifrado de unión comunicadora entre los humanos. Quizá a nivel íntimo, celular, hay otras informaciones en semilla en nosotros, que esperan una cierta luz y calor interiores, un sol, para comenzar a germinar.

Sería Belleza y Bien ponderar las palabras, las muchas no dichas, de un hombre que mucho miró al cielo: Nicolás Copérnico.

"Mi tiempo en esta vida ha sido guiado por la fidelidad. Solo el Sol me recordaba el significado de otro orden de ideas, de pensamientos que, emanando de su esfera, pueda transmutar todo lo que aquí se nos impone, como a esclavos. Escribir todo eso ha requerido un esfuerzo de cierta clase. Prefiero el silencio de las estrellas. Temo la enfermedad de lo dicho, ver cómo las personas se dañan unas a otras, se son letales por la intención de sus voces. Aquí nos guía la imaginación ciega, pues los espejos giran y se da vueltas en un círculo que se repite siempre. Gente imaginaria hablando de gente imaginaria ¿Cómo despertar?"

Así, y como pareciera que mirar largo al cielo aclara las ideas, finalizo con las palabras de alguien que, mucho tiempo después, escribió algo muy cercano: Albert Einstein:

"Solo me interesan los pensamientos de Dios. Lo demás son detalles".

La llama incesante y el sustento espiritual

por
MARÍA ISABEL NOVILLO
mnovillo24@yahoo.es

Texto leído en la presentación del libro *La llama incesante*, de Carmen Cristina Wolf, Editorial Diosa Blanca y Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca (cuarta edición).

A veces descubrimos en actos cotidianos el modo de utilizar la concentración como un instrumento poderoso que convierte algo habitual en un asunto de significado real. Por ejemplo, se guarda memoria de la forma concentrada y sutil en que el poeta Ranier Maria Rilke lavaba sus manos. Ese gesto pequeño y cotidiano quedaba convertido –para quienes lo observaban– en una acción de belleza ritual.

Una cosa sería, entonces, para cualquier acto de nuestras vidas la brevedad y otra, la sustancial concentración.

Viéndolo así, no sería el hecho de las pocas palabras –como tal– lo que otorga definición e importancia a unos aforismos, a unos poemas, sino la quintaesenciada concentración de un núcleo de ideas poéticas y filosóficas capaces de movilizar en nosotros un proceso de asimilación reflexiva que, como un alimento del alma, nos sustenten.

Recuerdo de la verdad que nos fue transmitida: "No solo de pan vive el Hombre" son estos pensamientos que en La Llama Incesante nos ofrece Carmen Cristina Wolf, como se brinda, en bandeja sagrada, un alimento puro, para tomar de a poco, con las manos limpias y que santifique a los ojos que leen y la mente que recibe.

Así que no tan solo de pan vivimos y la poeta devela la esencia de los pensamientos que ha escrito, tal como la ceremonia sencilla de servir una taza de té, devela la finura del espíritu que la ofrece.

Los Benedictinos decían: "Si deseas apreciar fácilmente cómo las personas se relacionan con Dios, observa de qué se alimentan, que cánticos entonan y cuales libros las acompañan".

Esta Llama Incesante, sin metáfora, en pequeños cánticos crea un alimento espiritual. Apreciamos la relación y comprendemos que la causa

de su fuerza es que transmite una consciencia afinada, una práctica diligente y un conjunto de ideas claves que reconstituyen la pureza de intención de sus lectores.

Apetece poner un vaso de agua límpida allá donde este libro para que esa agua se transforme, por cercanía con sus textos claros, en Agua de Vida. Y luego, beberlo lento, lento.... Hay líneas de trabajo espiritual que bendicen con palabras, oraciones y mantras al agua, que así se dinamiza como conductora de una carga capaz de transmutar lo denso en sutil, lo opaco y espeso en transparente. Así, liberará en quien la toma, lo compasivo y bondadoso que le ha sido instalado.

Sin nuestros cuerpos, materia rica en fluidos, alta estructura de agua creada por lo DIVINO, responde por resonancia a la luz, al sonido y al valor transmutatorio de la vibración de las palabras nobles, alto servicio nos daremos unos a otros al participar en la lectura íntima o de viva voz de estas palabras de Carmen Cristina.

Una mujer por cuyas venas corre la sangre de un ser que anheló un lenguaje universal: el Esperanto. Esta mujer creció rodeada de Hombres de Sabiduría... Grandes dones, estos, de poder ser configurada, desde la infancia, por seres de voz y pensamiento nobles.

Una tarde, conversando con Carmen Cristina me dijo: «La esperanza es el hilo de luz en medio de la penumbra".

Sabemos, al leerla, que lleva sembrada la bandera de la esperanza en el corazón como un compromiso divino.

Aún así, nada puede darnos que no esté ya en nosotros Por ello, sus pensamientos poéticos son una forma de rescatar lo olvidado.

Una luz que pone en evidencia un punto de amnesia y lo restaura, esperanzada, para nuestra memoria.

De alguna forma nos dice: "Sean una luz para sus propias almas".

Permítase, así, que esta Llama Incesante nos sustente y que sea como la SAL, eso tan valioso para los alquimistas. Eso, que conserva incorruptible la materia y que, en pequeños toques, todo sabor esencial realza.

Eso, tan preciado al espíritu que, a ciertos seres, se les dijo que eran "La sal de la tierra".

Carmen Delia Bencomo: guardiana de sueños.

Una vida y obra dedicada en hacer felices a los niños

por
NÉSTOR ABAD SÁNCHEZ
nestorabadsanchez@gmail.com

"Carmen Delia Bencomo es un ser de excepción
en el mundo femenino de la creación"

— Juan Ramón Suárez Zambrano

¿Carmen Delia o Delia del Carmen, nació el 5 o el 6 de julio?[1], lo cierto es que fue bautizada a los veinte días de nacida el 26 de julio de 1923 como Delia del Carmen, padrinos: José M. Molina y Ana Rita Molina[2]; aunque eso es lo que menos importa, por su voluntad[3] es y seguirá siendo Carmen Delia Bencomo Barrios (n. Tovar 5/7/1923 - m. Caraballeda Edo. Vargas 13/10/2002), hija de José Francisco Bencomo Araujo y Delia Victoria Barrios, naturales de Escuche-Trujillo, la primogénita de seis hermanos: Héctor Enrique (n. Tovar 1924), Margarita María (n. Ejido 1926), Cira Elena (n. Santa Cruz de Mora 1928) y María Ana Teresa y María Luisa (n. La Azulita 1930), estas dos últimas morochas. Por el lugar de nacimiento de sus hermanos reconstruimos la vivencia errante de su familia en: Tovar (1922-1925), Ejido (1926), Santa Cruz de Mora (1928), La Azulita (1930), Lagunillas (enero, 1933) y Mérida. Estudio primaria entre La Azulita y Mérida, bachillerato en el Liceo Juan Vicente González y secretariado en Caracas, donde también realizó Cursos Libres de Literatura con Alejo Carpentier en la UCV, Literatura infantil y narración de cuentos en el Instituto de Mejoramiento Profesional del Ministerio de Educación y luego en Madrid-España e inglés en el Instituto Venezolano-Británico.

Se casó en cuatro oportunidades: En Cabimas con Raúl Fuentes (c. 1946), padre de dos de sus tres hijos: Rubén (n. 1947) y Raúl (n. 1949); con el poeta Alarico Gómez (c. 1955), de quien enviudo el 6/8/1955 en plena luna de miel; con Luis José García (c. 1960), padre de Luis Guillermo (n. 1961) y en

Santa Cruz de Mara-Zulia con Orestes Segundo Moreno el 20/03/1973. Vivió una vida sentimental intensa, a su gusto y sin reparar en los convencionalismos sociales. Siempre recordaba y tenía presente una frase que el poeta Alarico Gómez le dijo cuándo acerco su voz a la de ella: *"Te quiero tanto como se quiere el pueblo donde se nace..."*, por eso cuando en Caracas le preguntaban ¿de dónde eres?, sin titubear contestaba: *"de Tovar, Mérida"*. Llevaba tatuada la ciudad en su corazón y en su libro *"Con en camino"* escribió al inicio de un poema dedicado a Tovar: *"/Ciudad mía / aquí nací / encontré el sol..."* y lo finaliza añorando: *"/ Ábreme / el río de mi infancia / la torre de neblinas / Quiero dormir / en tu silenc**io** /"*. Hoy Carmen Delia descansa al lado de sus amigos en la Plaza de los escritores y pintores tovareños, ya que al pie de su busto, por voluntad de sus hijos, fueron depositadas sus cenizas.

De muy joven y toda su vida le tocó trabajar arduamente de maestra en la escuela Pedro J. Maninat de Cabimas Edo. Zulia (1947-1951); Bibliotecaria-secretaria del Consejo Venezolano del Niño en Caracas (1953-54); en la Compañía Shell de Venezuela (1954-1971) donde coordinó la sección "Piñata" de la revista *Tópicos Shell* (donde escribía de la historia, personajes y fiestas tradicionales de cada mes); durante ese periodo paralelamente se desempeñó como: Directora del Suplemento Infantil "Momentico" de la revista *Momento* (1959) y Redactora del programa radial "Álbum de recortes" en la Radio Nacional de Venezuela (1961). Al retirarse de la Shell viajo a Europa durante un año, visitando bibliotecas, museos, teatros e instituciones culturales, especialmente dedicados a los niños. Al regresar fue Directora de la revista *Club 5V* del Ministerio de Agricultura y Cría (1972); Directora-fundadora del Instituto Zuliano de la Cultura, hoy Secretaria de Cultura de la Gobernación del Zulia (1972-73); paso a Mérida y ocupó la Coordinación de actividades culturales de la Dirección de Educación, Cultura y Deportes del Estado Mérida (1974-77); Directora encargada del MAMJA (1977), Directora de Turismo de la Gobernación del Estado Mérida (1977-78); Directora de la página "El Rincón de los niños" del *Diario Frontera* de Mérida (1978); Directora de la página "Para el hogar" del *Diario Critica* de Maracaibo (1982); Coordinadora del área de cultura y relaciones institucionales de AD en Maracaibo y Mérida (1982-1983); nuevamente Coordinadora de actividades culturales de la Dirección de Educación, Cultura y Deportes del Estado Mérida, hoy Fundecem (1983-85) donde fundó y dirigió la revista infantil *El Tren de Colores* (se editaron cuatro números entre agosto de 1984 y mayo de 1986); Directora del Suplemento Infantil "Petroquitos" de la revista *Pequiven* (1987); Bolsa trabajo del Instituto Autónomo Biblioteca Nacional que llevó a cabo coordinando actividades artístico-culturales en diferentes salas infantiles de la bibliotecas públicas del distrito capital (1988); Coordinadora del área de Cultura y Extensión de la Universidad Popular Alberto Carnevali (1990); Editora de la hoja suelta *Cantaclaro*, Directora de la página infantil *"*Águilas blancas*"* y del suplemento infantil "Don Tulio Febres Cordero" en el *Diario El Vigilante* (1990); a finales de los 90 se dedicó a realizar entrevistas para la revista *Experiencias* de la tercera edad.

Desde la publicación de su primer poema: "Flora de mi país" en *Tópicos Shell* (1957) y su primera obra de teatro: "Delina y los tres reinos" en la revista *Shell* (1958), no dejo de escribir ni de publicar, oficio que inicio desde los nueve años y sus hermanos la llamaban la "escritora", lo hizo hasta el último aliento de su vida y el mejor testimonio son sus libros: *Muñequitos de aserrín,* Buenos Aires, Argentina, Macagno, Landa y Cía, 1958; *Rostros de soledad,* Caracas, Pensamiento Vivo C.A. Editores. Talleres Gráficos de Editora Gema, 1964; *Cocuyos de cristal,* Caracas,

Gráficas Edición de Arte C.A., 1965; *Los luceros cuentan niños.* Caracas, Oficina Técnica del M. D., 1967; *Los papagayos.* Caracas, Editorial Kapelusz Venezolana C.A., 1968 y reeditado Ministerio de Educación, Gobernación del Estado, Programa Biblioteca de Aula, 1998; *Diario de una muñeca.* Maracaibo Edo. Zulia, Tipografía la Columna, 1972, 2a. ed. Mérida, Talleres Gráficos de la Imprenta Oficial del Estado, 1984 y 3ra. ed. con el nombre de *Diario de Maruja.* Guarenas Edo. Miranda, Ediciones Florilegio C.A. Colección juvenil. Litho-Mundo S.A., 2004, redición póstuma[4]; *Vida y obra del poeta Andrés Eloy Blanco.* Maracaibo Edo. Zulia, Instituto Zuliano de la Cultura "Andrés Eloy Blanco", s.p.d.i, 1972; *Tiempos de sombra.* EL Vigía Edo. Mérida Centro de Investigaciones Literarias de la ULA, Nº 1 de la colección Las Cinco Águilas Blancas. Impresos Sur del Lago c.a., 1977; *Cuentos del colibrí.* Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes, colección: Literatura infantil, Mérida, s.p.d.i., 1984; *Con el camino.* Caracas, Anteo Ediciones, Editorial Texto, 1986; *Alberto Carnevali.* Universidad Popular "Alberto Carnevali", Serie fundadores de Acción Democrática. Mérida, Ediciones SG C.A., 1993; *Cantaclaro, el hijo del viento.* Caracas, Rotary Club de Petare. Tipografía Principios, 1997; *Los vecinos, la comunidad y los reinos de la naturaleza*. Teatro en tres actos. Unicef Venezuela. Caracas, P&P Producciones Graficas, 2000; *Los mejores amigos.* Teatro para niños en tres actos. Unicef Venezuela. Caracas, P&P Producciones Graficas, 2000; *Fiesta en el parque*. Unicef Venezuela. Caracas, P&P Producciones Graficas, 2000; *Los hermanos comunes*. Unicef Venezuela. Caracas, P&P Producciones Gráficas, 2000 y de manera póstuma *33 mini cuentos para dormir ratones.* Mérida, Unidad de Literatura y Diseño de Fundecem, 2016. Hay un libro único, escrito, diseñado, confeccionado y publicado por la misma Carmen Delia: ¡Sólo yo conozco tus sueños..! que será la sorpresa en su centenario en el 2023. De acuerdo con sus apuntes, dejó inéditas las siguientes obras[5]: Libros infantiles: *El caballero de la capa azul*[6], *Canciones del alba*; *Juegos del rocío*, *ABC del agua*, *Cantares del cántaro*, *Cuentos para hacer reír las mariposas* y *los cuentos de las taparitas*. Libros a los que llamó "para mayores": *La loca Juliana*[7], *Desde el umbral*, *Poemas del domingo*, *Albricias*, *Más allá del silencio*, *Sortilegios*[8], *Poemas de entrecasa*, *Ecos de mi sangre*, *Mi bosque sorprendido*, *Soliloquios* y *Simón Bolívar visto por una mujer, influencia de la mujer en la vida y obra de El Libertador*[9].

La obra literaria de Carmen Delia Bencomo publicada hasta 1999, ha sido ampliamente estudiada por el Licdo. Juan Ramón Suárez Zambrano quien la agrupa en cuatro "vitrales creativos" divididos en: "I.- Poesías de esencialidad, en dos direcciones: Infantil: *Muñequitos de aserrín, Los luceros cuentan niños* y Adulto juvenil: *Rostros de soledad, Con el camino*. II, Prosa ecológico-moralista (cuentos y relatos): Integrados por *Cocuyos de Cristal, Cuentos del Colibrí y Cantaclaro, el hijo del viento*. III.- Dramas éticos: Conformado por su obra de teatro *Los Papagayos*. IV.- Prosa de transición: representada por sus novelas *Diario de una muñeca* y *Tiempos de sombra.* V.- Voz ductora de ensayos y análisis didácticos, referente a las distintas publicaciones dispersas en periódicos o revistas nacionales (entrevistas, talleres, seminarios, conferencias, entre otros). VI.- Poetisa de matices cromáticos, constituido por dibujos u otras experiencias plásticas de la autora (retazos iconográficos)"[10].

La labor de Carmen Delia está ampliamente acreditada por ser una de las pioneras de la literatura infantil en Venezuela, por su reconocido trabajo como formadora de una generación que ha descollado en el área, muy a pesar que sus libros están agotados por sus ediciones limitadas y que quienes los tienen los guardan como un tesoro y por haber recibido los siguientes galar-

dones: Primer Premio del Concurso de Cuentos Infantiles promovido por el Banco del Libro, con *La cigarra niña*. Caracas (1965); Ganadora de la letra del Himno de la Enfermera (1967); Primer Premio, Teatro Infantil, del Concurso auspiciado por la Dirección de Cultura de la UCV, por la obra *Los papagayos*. Caracas. (1967); Segundo Premio del Concurso de Poesías Infantiles del Banco de Libro, con *Cartilla del aire*. Caracas (1970); Primer Premio de Cuentos infantiles de la Universidad de Carabobo, con *Un cuento blanco para Mary* (1983) y Premio de Poesía de la Asociación de Escritores Venezolanos por su libro *El silencio de los dioses*. Caracas (1984). Menciones: En el Concurso de Cuentos de El Nacional, con su cuento *La tercera caída*. Caracas (1965); Mención honorifica por la obra de teatro infantil: *La primera salida de la hormiga,* promovido por el Consejo Venezolano del Libro, Caracas (1969); Placa y mención especial del Ministerio del Ambiente y Recursos Renovables, por su cuento *Las primeras lecciones del Pico de Plata*. Caracas (1979) y Mención de Honor en Concurso de Poesía. Concejo del Distrito Libertador. Mérida (1983). Distinciones: Declarada Hija Ilustre del Estado Mérida por el Concejo del Distrito Libertador. Mérida (1973); Condecoración con la Orden Francisco de Miranda en su segunda clase. Mérida (1977); Placa de reconocimiento de la Orquesta Sinfónica de Maracaibo como testimonio de agradecimiento a su gestión en pro de la Orquesta, Patrimonio Artístico Nacional (1983); Diploma de honor acreditado por el Concejo del Distrito Libertador como Individuo de Número de la Biblioteca Bolivariana (1983) y Condecoración Orden Ciudad de Tovar en su primera clase (8/9/1995). Además de pertenecer a la Asociación de Escritores Venezolanos, al Ateneo de Caracas, a la Asociación Cultural Maraven y Miembro del Consejo Fundacional de la Fundación Casa de la Cultura Juan Félix Sánchez.

El poeta Enrique Hidalgo, en la antología mínima de Carmen Delia que preparó entre 1993-1997, la inmortalizó en un bello poema a modo de prologuillo que luego musicalizó y dedico "A la maestra, con amor": *"Carmen Delia, la andinita, / que vio la luz en Tovar, / Muñequitos de Aserrín / bien sabe confeccionar. / Viste con dulce sonrisa / su Rostro de Soledad, / y se alumbra por las noches / con Cocuyos de Cristal. / Carmen Delia, la andinita, / ¡cómo le gusta soñar!; / por el páramo y la sierra / muchos la han visto volar. / Los Luceros Cuentan Niños / y ella cuenta sin contar, / es que con la poesía / todo se puede lograr."*[11], esa poesía se la aprendió de memoria mi hijo Luis Ángel y la recitó en el homenaje que le rendimos en Tovar el 11 y 12 de noviembre de 1999, que además contó con un ciclo de ponencias a cargo de María Luisa Lázzaro, Maén Puerta de Pérez y Juan Ramón Suárez Zambrano, que fueron publicadas en la revista Casa de la Fragua Nº 7 de septiembre-diciembre de 1999, cuya edición tuve el honor de coordinar, ilustrar y complementar con la primera y única exposición bibliohemerográfica que de su obra se ha realizado. Ese encuentro contó con la presencia de su amiga de toda la vida Doña Lucila Velázquez, quien a dos manos con la homenajeada nos deleitó con un hermoso recital y para el cierre la muestra de Teatro con sus obras por el grupo de alumnos del Colegio Fe y Alegría.

Los días 20, 21 y 22 de julio del 2000, regresó por última vez Carmen Delia a Mérida, donde le tributamos un nuevo homenaje en la Casa Juan Félix Sánchez, en el Centro de Arte Elbano Méndez Osuna del CONAC Tovar y en la Casa Bolivariana de Bailadores. En cada uno de los sitios la poetisa dictó la conferencia: "Influencia de la mujer en la vida y obra de Bolívar", en esta oportunidad vino con ella el poeta cubano Alfredo Sainz Blanco, quien la acompañaría hasta el final de sus días, por cierto fue la última persona que la vio con vida el día de su muerte, estaba con

Rostro de soledad como su segundo libro, donde escribió de manera premonitoria: *"Mi alma ya no tiembla ni siente el vacío / que dejan la ausencia y el olvido..."*, era una acendrada soledad que como *"una rosa aplastó de madrugada"* así se lo había pedido: *"escoge una hora muerta, que no haga nada, / que no sueñe, ni ría, que no ame ni lloré..."*. Aunque en la mayoría de las biografías se señala que murió el 12, realmente ocurrió en la madrugada del 13 de octubre del 2002[12] en Caraballeda, al igual que su fecha de nacimiento es lo que menos importa. Con su muerte Venezuela perdió una de las más genuinas representantes de la Literatura Infantil, un alma grande que nunca dejó de ser niña, "La doctora vegetal" de Enrique Hidalgo y la mamá-abuela de todos los niños que añoran quien les haga sonreír.

Una Constructora de Ciudadanía cuyo legado merece ser rescatado y difundido en la Venezuela por venir. Hoy al recordarla con este escrito brindo por haberla conocido y compartido momentos inolvidables. Espero que Dios me permita celebrar el centenario de su nacimiento en el 2023, aunque después tenga que marchar a tu reencuentro.

Notas:

(1) "...hoy día dieciséis de julio de mil novecientos veintitrés, me fue presentada una niña recién nacida por José Francisco Bencomo (...) la niña cuya presentación hace nació en la aldea Corozo de esta Ciudad, **el seis** del presente a las cuatro de la mañana: Que tiene por nombre Delia del Carmen..." Así reza textualmente en el Libro de Nacimientos de 1923, partida Nº 216, f. 55 del Registro Civil del Municipio Tovar.

(2) "Venezuela, Arquidiócesis de Mérida, registros parroquiales y diocesanos, 1654-2015," database with images, *FamilySearch* (https://familysearch.org/ark:/61903/1:1:QGKX-YY9H : 8 March 2021), Delia del Carmen Bencomo Barrios, 26 Jul 1923; Baptism; parish Nuestra Señora de Regla, Tovar, Mérida, Venezuela, Arquidiocesis de Merida (Archdiocese of Merida), Venezuela.

(3) Carmen Delia siempre firmó anteponiendo sus nombres y como nacida el 5 de julio. Así lo reafirmó en Tovar el 8 de septiembre de 1995, en su discurso de orden con motivo del Día de la Patrona: *"...vuelven a surgir mis primeros años, mi primer grito, un 5 de julio maltratado...";* las comillas son mías.

(4) Nunca entendí lo del nuevo nombre para esta tercera edición, quizás por ser más comercial. Aunque en honor a la verdad cuando Carmen Delia anunció la novela en una entrevista a Melisa Cuvenca publicada en *El Nacional* del 31/1/1966, dijo que llevaría por título: *El Diario de una muñeca llamada Maruja*.

(5) Lamentablemente su obra inédita desapareció por razones que no viene al caso nombrar ni explicar ahora. Cada quien asume las consecuencias de sus actos.

(6) En el antepenúltimo encuentro con la escritora en Caracas dejó en mis manos para publicar copia de un ejemplar de este libro que conservo en La Abadía, en su momento traté de editarlo de manera infructuosa con el vicerrectorado académico de la ULA.

(7) De la novela *La loca Juliana*, ambientada en Tovar, se salvó el Capítulo I, que fue publicado en: Casa de la Fragua: Revista de Cultura Humanística de Fudecut. Tovar: septiembre-diciembre 1999, año III, Nº 7. pp. 34-38. Al igual que algunos poemas de sus libros inéditos: *Desde el umbral* y *Poemas del domingo*. pp. 39-40.

(8) Recién muerta su hermana, en una de sus visitas a Tovar, el General Héctor Bencomo Barrios trajo hasta mi casa y nos entregó copias de los siguientes libros inéditos: *Sortilegios* (2001), *Poemas de entrecasa*, *Mi bosque sorprendido* y *33 mini cuentos para dormir ratones,* que se logró publicar por Fundecem. Los otros textos que he mencionado aun buscan editores. En total cuatro (4) libros inéditos de dieciocho (18) que se enumeran. Sin contar las "Cajas de palabras" o juegos para niños que había confeccionado con tarjetas o barajas que contenían adivinanzas, poesías, cuentos cortos, charadas y trabalenguas.

(9) Esta obra me despertó un especial interés, pero sólo llegue a conocer las fichas por donde Carmen Delia dada su conferencia sobre el tema que se la escuché en cinco ocasiones. Dudo que llegase a escribir el libro que ella misma refiere.

(10) Ídem. Juan R., Suárez Z.: "Carmen Delia Bencomo: poética y prosa de la perennidad lúdica, onírica y del despertar" En: *Casa de la Fragua*. pp. 14-15

(11) Enrique, Hidalgo: *Antología mínima de Carmen Delia Bencomo. Poesía y canciones para niños*. Ediciones de la Dirección de Cultura / Colección Cuadernos de la Casa Fuerte Nº 1, Anzoátegui, 1999. p. 6.

(12) Tal como lo señala su hermano el historiador Don Héctor Bencomo Barrios. "Don Ramón Darío Suárez y Doña Carmen Delia Bencomo: In memorian". En: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* Nº 341 de enero-febrero-marzo de 2003. Caracas. p. 117.

Carmen Delia Bencomo vista por ella.

Y en la mirada de otros con motivo de sus 98 años

por
NÉSTOR ABAD SÁNCHEZ
nestorabadsanchez@gmail.com

"Les digo no estoy sola voy con mi camino"

— Carmen Delia Bencomo.
Con el camino[1]

Serio compromiso. Difícil tarea escribir sobre una misma y su poesía, pero me despojaré de temores, adjetivos y comentarios superfluos para desnudar las palabras y decirlas con claridad, verdad y sentimiento de quien trabaja con ellas, más comencemos desde el principio: soy la hija mayor de un matrimonio andino, de recias costumbres y buenos principios, amantes de la lectura, artes e historia. Después vinieron cinco hijos más.

Nací en Tovar, pueblo de los andes recostado a la montaña, llamado entonces Ateneo de Mérida, por su cultura y ser cuna de escritores, pintores e ilustres personalidades entre los cuales podemos citar a Don Claudio Vivas, Elbano Méndez Osuna, Rafael Gallegos Ortiz, Rigoberto Henríquez Vera, Simón Alberto Consalvi, Domingo Alberto Rangel y muchos que se me escapan. Escenario propicio para el inicio espiritual de una niña nacida con un destino al cual se debería.

Crecí escuchando el rumor del agua del río Mocotíes y las canciones, cuentos y poemas infantiles que nos decía nuestra madre y despertaba mi tierna imaginación hasta hacerme sentir la Caperurita Roja a quien el lobo temía; o Rizos de Oro, aunque mis cabellos eran negros, del cuento de los tres osos; Blancanieves, La Cenicienta o la princesa Margarita de Rubén Darío que fue a *"Cortar su estrella a la azul inmensidad"*; o la Pilar de Martí que un día de sol bueno y mar de espumas salió a estrenar su sombrerito de plumas. Y a medida que crecía también lo hacían sus lecturas y de pronto era María, de

Jorge Isaac, Julieta, Ofelia, la Pastora del Guadiela y hasta algunas voces la Dulcinea del Quijote.

Me casé. Vinieron los hijos y como me resultaban pocos lo que escuché en la infancia para repetirlos a ellos, les creaba mis propios poemas y cuentos que recogí en el primer libro: *Muñequitos de aserrín* bellamente ilustrado con los dibujos ingenuos de mis pequeños. La crítica y la buena acogida abonaron en mi vocación y vinieron otros libros: *Cocuyos de Cristal; Los luceros cuentan niños; Diario de una muñeca; Papagayos; Cuentos del Colibrí; Cantaclaro, el hijo del viento; Teatro para niños.*

Los premios y reconocimientos me animaron y apasionaron más en mi oficio y como sí debía expresar mi admiración por el genio de nuestra libertad escribo un libro, sin publicar todavía: *Simón Bolívar visto por una mujer, Influencia de la mujer en la vida y obra de El Libertador* y entre uno y otro poema para niños los que llamo para mayores: de los primeros tengo inéditos: *Canciones del alba*; *Juegos del rocío*, *A B C del agua*, *Cantares del cántaro*, *Minicuentos para dormir ratones*, *Cuentos para hacer reír las mariposas* y *los cuentos de las taparitas*. De los segundos: *Más allá del silencio*, *Sortilegios*, *Poemas de entrecasa*, *Ecos de mi sangre*, *Mi bosque sorprendido*, *Soliloquios* y *otros poemas*. He hecho una selección para el libro que editará el Colegio de Médicos del estado Miranda, con los trabajos de los asiduos participantes a los lunes literarios, de gran estímulo en la labor creadora y contribución a los programas de la Coordinación de Cultura a quienes felicitamos y agradecemos"[2].

Carmen Delia Bencomo en la mirada de los amigos y críticos literarios.

Son innumerables los juicios expresados sobre Carmen Delia Bencomo (n. Tovar 5/7/1923 - m. Caraballeda Edo. Vargas 12/10/2002) referentes a su vida, legado y testimonio de la especial dedicación a los niños, la política y la cultura.

Para Carlos Augusto León, muy cercano a su familia, casado con su prima Guadalupe "Lupe": "Es asombroso el dominio que Carmen Delia alcanza en el desarrollo del verso y el poema breve, lo cual no puede lograrse plenamente, sino a través de muchos años como fruto de plenitud".

El poeta Víctor Salazar, consecuente amigo, considera que: "La poeta se acerca cada vez más al mundo luminoso de la infancia".

Señala José Ramón Medina, en el prólogo de *Muñequitos de aserrín*, que: "Carmen Delia Bencomo es poeta de tierna palabra infantil, de espontánea y leve luz maternal que le crece la voz con amorosa y digna claridad...".

En 1992, el diario *Correo de Los Andes* le dedicó su "Suplemento Dominical"[3], con los siguientes artículos y opiniones:

Escribe Ramón Rivas, quien fue su compañero de lucha en la Universidad Popular Alberto Carnevali (UPAC), en *"Carmen Delia Bencomo a través de sus palabras"* que: "Para un hombre dedicado a los caminos ásperos, a veces, de la historia y la política resulta un verdadero descanso leer a Carmen Delia. Ella viene de una país donde había un duende acariciando hierbas para hacer relicarios de espumas a sus cantaros de leyendas".

Helena Sassone, centra su crítica literaria en *El diario de una muñeca*, señalando que: "... la autora del diario es como si fuera la propia niña y no la muñeca, compañera de soledad a la que dirige un monólogo, en su necesidad de comunicación"[4].

Para Nancy Y. Monsalve S. en *Los cuentos del colibrí,* la autora: "...resalta su gran labor de cuentista, demostrando su capacidad de fantasear, de curiosidad, de indagación, y sobre todo su gran imaginación y creatividad".

Eddy Rafael Pérez en entrevista intitulada: "Carmen Delia Bencomo: Escribir para niños es

como sentarse a la orilla de una fuente y cantar con el agua", la presenta como: "Maestra, Bibliotecaria, Secretaria, Directora de Suplementos Infantiles, Redactora de programas radiales, Directora de Revistas, columnista de periódicos y –sobre todo– Poeta integra".

Al revelar su faceta quizás más desconocida de "...reproducir el paisaje uniendo pedacitos de tela, retazos de uno y otro color, a manera de vitral...". Carlos Augusto León puntualiza que: "Poesía y plástica son estos RETAZOS DE COLOR".

Lubio Cardozo al referirse en *Con el camino, metáfora del Hado* razona que: "En su madurez –valga decir plenitud, remanso de experiencias, recuerdos y confluencia de sabores vitales– Carmen Delia Bencomo publica uno de los libros más hermosos de su vida, reflejo fiel de esa estación donde las flores existenciales del espíritu abren la totalidad de sus cálices".

El 11 y 12 de noviembre de 1999, por iniciativa le tributamos en Tovar un sentido homenaje a la poetisa Carmen Delia Bencomo, las ponencias presentadas fueron publicadas en la revista *Casa de la Fragua,* Nº 7 de septiembre-diciembre de 1999, cuya edición tuve el honor de coordinar, ilustrar y complementar con la primera y única exposición bibliohemerográfica de su obra que se ha realizado.

En la revista, la editora María Luisa Lázzaro al hacer un recuento *"De escritoras, investigadoras y escritura para niños. Aportes de Carmen Delia Bencomo"*, va un poco más allá al afirmar, que: "Carmen Delia Bencomo, autora de una obra respetable: poesía, cuentos, novela, obras de teatro, ensayos; tanto para adultos y para niños, además de su labor divulgadora del trabajo de sus compañeros creadores a través de las publicaciones periódicas, revistas y páginas literarias en distintos diarios en Mérida y fuera de Mérida".

Maén Puerta de Pérez, quien formó parte del Instituto de Investigaciones Literarias Gonzalo Picón Febres de la ULA, en *Carmen Delia Bencomo: una artesana de la palabra* destaca su labor de docente por excelencia: "Ella pasa en la vida de las personas adultas y niños dejando una huella que fortalece la relación con el texto literario, abriendo un espacio de acercamiento y de disfrute con la palabra oral y escrita".

Por su parte, Juan Ramón Suárez Zambrano, crítico de su obra literaria de manera integral en un extraordinario ensayo biográfico y de su obra *Carmen Delia Bencomo: poética y prosa de la perennidad lúdica, onírica y del despertar,* considera que la autora tovareña: "Es una escritora contraposmilémica, prismaconcrética o finisecular. Su obra infantil o infanto - juvenil, perdurará durante el tercer milenio y los que sobrevivan el universo".

Y para quien esto escribe, Carmen Delia Bencomo fue una mujer excepcional, una guerrera de la vida que cumplió sin amilanarse riesgosas tareas como correo durante la dictadura perejimenista, que supo labrarse un nombre como demócrata cabal en el campo de la literatura infantil y como constructora de ciudadanía. Su obra es transcendente, su ejemplo digno de imitar y su vida de emular. Seguimos en deuda con su legado, su obra debe ser reeditada en la Venezuela por venir, para que de mano en mano y de boca en boca de nuestros niños la multipliquen sus cantos a la vida, sus añoranzas de la Matria y sus moralejas didáctico moralizantes.

Honra y prez a Carmen Delia, cuyo Diario no tuvo fechas, una muñeca fue la fiel compañera de sus angustias y desvelos en días de sol o noches de luna llena. Su sueño fue "Hacer felices a los niños" y a los adultos también.

Notas:

(1) Carmen D., Bencomo. *Con el camino*. Ateneo ediciones, Caracas, 1986. p. 49.

(2) Copia al carbón de una hoja mecanografiada intitulada *"Carmen Delia Bencomo vista por ella"*, que de acuerdo a su lectura deben ser algunas palabras con motivo de un acto relacionado con los "lunes culturales" que la autora facilitaba en el Colegio de Médicos del Estado Miranda.

(3) *Diario Los Andes* (1992), Correo Cultural. Suplemento Dominical. Año 1, Nº 49, Domingo 6 de Diciembre de 1992.

(4) A pesar que los editores del Suplemento advierten que: "Todos los artículos publicados en esta edición, son rigurosamente inéditos...", el trabajo de Helena Sassone fue publicado con anterioridad en la página 4 del diario *El Nacional* del 27 de enero de 1973.

(5) FUDECUT (1999), revista *Casa de la Fragua*. Nº 7, septiembre-diciembre 1999.

El libro de Gil Otaiza sobre Febres Cordero

por
ALBERTO JIMÉNEZ URE
albertjure2009@gmail.com

Interesante la forma como el escritor Ricardo Gil Otaiza inicia su biografía de Don Tulio Febres Cordero [edición del diario El Nacional, Caracas, 2008], mítico y emblemático intelectual venezolano de nacimiento (1860). Comienza por dejar explícito que fue «mortal», como nosotros, un hombre que experimentaría bienaventuranzas e infortunios. Sería respetado, empero igual presa de la idéntica maledicencia que hostiles Salieri -de todas las épocas- esputan contra inteligencias como la que tuvo Mozart: y -a ello- no puede calificarse diferente a envidia, esa que, aun cuando no siempre lesiva, fijó su acepción última en los deseos del mediocre por desestimar o «embasurar» el talento de quien -sin aspavientos- lo exhibe:

«[...] Si, altos y bajos tuvo la vida de Don Tulio» [...] «Paradójicamente, fue un incomprendido, un ser que tuvo que luchar contra la inmediatez de su entorno y de sus contemporáneos para erigir una obra que trascendió los límites de su tiempo histórico por acción de su mera persistencia vital» [Ob. Cit., p. 14]

Cuando comencé a leer la biografía que Ricardo redactó sobre nuestra Intelligentia Mater en Mérida, confidencié a mi fraterno amigo que su texto tenía propiedades semejantes a la «Física Cuántica»: me transportaba, en un claustromóvil de antimateria, hacia aquellos días. Me vi, sentí y deambulé, cabizbajo, triste, por las calles que transitó Febres Cordero: fui su interlocutor fortuito, me inquietó su fragilidad corporal y lo tomé del brazo, «en trance de admiración», para ayudarlo pasar de una acera hacia otra en redor de la Plaza del Prócer Principal.

Eufórico, recordé mi arribo a Mérida, durante el alba d. a.a. 70/s. XX [ya que en paz descanse] Era una ciudad fría, con una sierra feliz e cubierta de nieve, bendecida por la neblina y una sempiterna llovizna durante todo el año. En las paredes del centro de la ciudad adhería el musgo, los enormes árboles de las plazas principales [Glorias Patrias y Bolívar] parecían

gigantes de otro mundo, los líquenes descendían de sus ramajes y helechos embellecían balcones y parcelas baldías. Pero, irrumpió lo que heroicos ecologistas del Green Peace popularizaron con la expresión científica «recalentamiento global». A Mérida ya no la estigmatiza esa sierra [que me provocaba estupor] y de la cual anhelé estuviera ad infinitum nevada.

Asevera el biógrafo y autor que D. Tulio «saboreó las mieles del triunfo social y literario». Aquella Mérida era casi una aldea, no exagera Gil Otaiza, porque el éxito literario nunca ha estado realmente sujeto a la perversidad de cuanto una vez el impenitente Karl Marx calificaría como plusvalía, siempre impulsada por el entenebrado territorio del [mercado] materialismo: según el cual, valemos y somos exitosos proporcionalmente al cúmulo de próceres impresos que logramos, el poder que se nos confiera o la fama [académica, intelectual o de cualesquiera disciplina] y que –de súbito- advenga. Y, si de literatura se trata, en la actualidad seremos triunfadores sólo por decisión de los miles o millones de lectores de esta sensación albertoeisteiniana de existencia. De quienes navegan en nubes de la Internet y otros factores que la «Ciencia Postmoderna» han envilecido, de la probabilidad que nuestros libros impresos se conviertan en eso que llaman best seller [muchos hipnotizados adquirientes ni siquiera saben qué significa en inglés] para ocupar, sin ser leídos, los anaqueles de bibliotecas universitarias, públicas o privadas, y residencias de la presunta y siempre preterida «Clase Social Culta o Instruida».

Presumo que los rasgos historicistas que tiene la obra más conocida de Febres Cordero, sus indagaciones en torno a mitos y leyendas del Estado Mérida y hasta las querellas por límites territoriales que lo mortificaban, obligaron a Ricardo decir en la biografía que «[...] su interés fue siempre impactar de manera positiva todo aquello que brotaba de su tierra como un manantial, y que podría llevarse al papel para ser eternizado» [Ídem., p. 15].

La sensibilidad social de D. Tulio, rememorada en la enjundiosa investigación que nos presenta Gil Otaiza, impulsaría a Tulio Febres Cordero preocuparse por asuntos que el propio biógrafo califica de «triviales o domésticos»: el comercio de la producción cafetera y cacao, el resguardo de la nombradía de plazas y lo que hoy nada de fatuo es: el inevitable y funesto destino de los ecosistemas en el planeta.

Febres Cordero habitaba un pequeño enclave del mundo, de aquel que fue inmenso y hoy, por lo expuesto la víspera, se ha reducido. Los avances científicos y tecnológicos han transformado el planeta en una comarca. Pero, las tribulaciones de nuestra Intelligentia Mater están vigentes. Ricardo Gil Otaiza, con su admirable destreza de narrador que en alta estima guardo, infiere:

[...] «Una larga avenida, que otrora estuviera vigilada por decenas de altísimos árboles, tal vez cipreses, que parecían callados centinelas apostados a la vera del camino, conduce al panteón familiar de los Febres Cordero, que se encuentra junto al de los Parra, donde yace el también eminente escritor, nacido en Mucuchíes, Pedro María Parra» [Ibídem., p. 19, del entre-título Cinco águilas blancas y un epitafio]

Fue una decisión acertada de Ricardo, talentoso merideño devenido en biógrafo de un clásico y notable escritor regional, abordar ciertos aspectos de cuanto fue la vida íntima del insigne Don Tulio Febres Cordero [cuyo memorable nombre luce esa imponente obra ordenada por nuestro querido amigo, escritor y ex gobernador magnífico Jesús Rondón Nucete: el principal centro cultural de la capital del Estado Mérida]. Nombre que igual lleva numerosas veces protagónica avenida donde, más tarde, se construyeron las facultades de Medicina e Ingeniería de la Universidad de Los Andes.

Nuestro pater intelectual experimentó la muerte prematura de su primogénita, Ana Josefa. El hacedor se deprimió profundamente, y sumergió en la pena-reflexión alrededor de los infaustos sucesos que la existencia puede deparar a cualquier ser humano, porque nadie espera o anhela que la vida lo lastime y aflija tan cruelmente:

[...] «El escritor entra en una dura fase de introspección y de análisis de su vida familiar, y al sobreponerse de la conmoción logra escribir un hermoso texto que intituló Siempre en blanco, que representa una especie de vitrina a través de la cual Don Tulio se expone, se desnuda, abre su corazón y deja que broten todos sus sentimientos que a lo largo de la vida de la hija había anidado en lo más profundo de su yo interior» [p. 79 de «La intimidad de su tragedia personal»]

Ricardo Gil Otaiza da suma relevancia, en el entre-título ¡Me amabas tanto! [p.p. 115-121], a episodios matrimoniales del escritor. Aparte de reputado ciudadano, su relación conyugal era, y no exagero, ejemplar. Asombroso entre quienes transitamos el camino de las letras, en el curso de las postrimerías de la presencia humana durante la Era del Tedeum Expansivo de una Humanidad Agónica. Tiempos del imperio de fenomenologías como el feminismo, la desinhibición sexual, informática, multimedia, la magia de lo satelital y la exploración estratosférica de los parientes de la Tierra que procreó el Big Bang. Don Tulio y Teresa de Febres Cordero se prodigaron intensísimo amor. Cuando ella murió [1883], el escritor dejó impreso su doloroso testimonio de inquebrantable fidelidad: «[...] Aun te siento en mí mismo; estrechamente abrazada a mi espíritu, apurando conmigo, en la misma copa, la gran amargura de la orfandad en que quedan nuestros hijos» [fragmento citado por el biógrafo, p. 117]

Gil Otaiza, quien incisivo y meticuloso indagó sobre su vida, da trato de venerable al auténtico magister de una literatura que legó a los venezolanos: «[...] Los merideños se apostaron aquella noche del 3 de Junio del año 1938 en los predios de la casona paterna, que servía de hogar al escritor merideño, y en la que había nacido, ubicada en la esquina del Centenario, en la Avenida 3 Independencia con calle 19 Cerrada, a cuatro cuadras de la Plaza Bolívar (...) No hubo una personalidad, o un simple hombre de pueblo que no se sintiera impelido a darle el último adiós a Don Tulio. Contaba con 78 años de edad cuanto expiró...» [Supra, p. 20].

De per-ver-sos a la obra íntegra jiménezureana

por
ELIÉSER OJEDA
elescriturador@gmail.com

La conciencia hace que nos descubramos,
Que nos denunciemos o
Nos acusemos a nosotros mismos,
Y a falta de testigos
Declara contra nosotros.

— Michel de Montaigne

Inicio esta crítica sobre la obra *jimenezureana* con la advertencia de haber leído solo uno de los textos de la extensa producción de Alberto Jiménez Ure [*Aberraciones*]; coterráneo zuliano, campo petrolero de Tía Juana (1952), sustentada en la lectura de su prolija recopilación analítica organizada por Moisés Cárdenas: *Apuntes sobre obras literarias de Alberto Jiménez Ure*, al igual que comentarios literarios de este mismo articulista respecto de la obra del escritor aludido en *La cara oscura del criminal literario*.

Pero quiero valerme de uno de sus escritos para mis propósitos, este es *Per-ver-sos,* el que tampoco ha pasado por mis ojos; más lo utilizaré como pivote oportuno por la descomposición silábica que el título mismo presenta, intencional por demás y "capciosa", según mi criterio, como toda la producción literario-filosófica del referido autor. Ello por inferencia cómoda de mi parte y para quien pretenda enfrentar una lectura nada "lúdica" por la perseverancia, arduo quehacer de "sesuda" caligrafía, en palabra preferida del autor señalado.

Tal vez peque de plagio en los criterios que verteré sobre la singular obra escrita de Jiménez Ure [la mente es traicionera en ello: no pretendo hacer eso]; pero me excuso precavidamente de ello acogiéndome al criterio del gran Borges, pues él mismo reconoció plagios cometidos en su singular producción literaria. Esto, si algún crítico avezado me pilla en mi objetivo: la tradición literaria es una permanente imitación, corresponde a una síntesis de subjetividad social; pero vista desde ángulos disímiles e influenciada por

el entorno del escritor que se proponga hacerlo, no es mi caso, para ello se necesita cierta astucia y retórica elocutiva como de una sabiduría y acervo cultural "extraños", que yo no poseo.

En alguna oportunidad, a voluntad de todo esto, dije a mi amigo virtual Jiménez Ure a quien solo conozco por las redes con motivo de un comentario de mi parte a uno de sus tantos *post* que él coloca en el "Mar de la Web", como generador de conversaciones con los que suele acompañar su acrimonia de pensamientos.

Quería decir yo, que su literatura, de lo poco que he leído, repito, no es para lectores de mente "fresita". De ahí que, insisto, aluda a lo nada "lúdico" de su magna obra, me baso en los grandiosos y vastos comentarios hechos de su literatura de los cuales yo no deseo rezagarme en lo propio.

Pero por otra parte mi índole, a la que incito, es a una lectura de la obra completa de Jiménez Ure, desde su primera producción aconsejable para quien desee seguir el desarrollo y progreso de su pensamiento [en ello me he de empeñar, en la medida de lo posible], de la claudicación o de la resistencia de su cogitar, sin escrúpulo ni suspicacia.

Ha de adoptarse para ello, en sus inicios, una postura con mente flexible para beber de una literatura nada ortodoxa recubierta por el musgo de la filosofía, que otorga calibre a sus narrativas y planteamientos de reflexivo y ¿extraño?, numen.

Todo, con la advertencia de conocer a qué tipo de intelecto enfrentaremos. Leer y percatarse respecto de la temática de sus escritos más que fantásticos, a mi entender, extraídos de una realidad profana, frívola y banal de vivencias humanas de seres *Per-ver-sos.* Materializaciones estas desde una sempiterna existencia humana desde la propia maldad natural de nosotros mismos; de las flaquezas de nuestro espíritu, del *Mal* instalado en nuestro "yo" pues este se encuentra con nosotros. Mortales que convivimos con lo abyecto del cotidiano vivir velado por la máscara del rostro de la cual presumimos y mostramos los ¿humanos?, como doble faz y dicotomía con el miserere de nuestro "divino" actuar.

Pero sin más preámbulo a lo anunciado. Como lo he proclamado *Per-ver-sos* es mi punta de lanza sobre esta propuesta de comentario. Y lo que diré no es lucidez de mi parte, es inferencia, no me lo agradezcan a mí, sino a él, escritor del cual me ocupo. Es lo que he dado en llamar, en metáfora de mi propia cosecha "La lectura poliniza ideas y pensamientos" implícita en la descomposición de esa cabecera del libro; es propósito velado del autor [el que tenga ojos que vea], es parte del plan concebido de este "singular" escritor, como toda palabra utilizada por él que extrae con pinza "quirúrgica" de su acervada retórica, posicionándola con esmero en su, además, "telegráfica" y nada sobrante escritura.

Entonces, descoyuntado el título, como lo muestra la portada de la obra tenemos que, *per*, como prefijo, nos indica intensidad o totalidad: *pertinaz, pervivir, perfecto* [Real Academia Española]. En consecuencia, nos encontramos con un herrero, con un forjador de la palabra obstinado en su quehacer y de su verbo todo, en que el papel es su yunque más preciado; sus martillos, con los que aporrea sus caracteres tipográficos, el teclado, como medios con los que da lustre a la palabra precisa y perfecta son pervivencia de su pertinaz labor de creador de mundos de un "Realismo Mágico", como demiurgo de la palabra y consecuencialmente de su obra plena.

El vocablo *ver*. Basta con acceder al diccionario de la RAE para percatarse de la implicancia de los múltiples significados, entre los que destacan asertos precisos de la intención de nuestro autor en estudio al intitular, así, como lo ha hecho, en esta particular obra.

En tales acepciones, para dicha voz, hay inteligencia para zanjar y nominarla como lo ha

hecho avenida con la temática de la misma; pero a su vez servir de alarma al lector que se atreva a leer detenidamente este particular libro, reconocer con cuidado y atención sobre algo, leyéndolo o examinándolo [con mayor implicancia en su poética]; prevenir las cosas del futuro, anteverlas o inferirlas de lo que sucede en el presente (RAE).

¿Existe alguna duda, también para mí como auto-reflexión, en cuanto a su obra escrita sobre acontecimientos expresados, ya, por la crítica literaria toda, conteste en qué la misma es premonitoria de precisos hechos ocurridos y consumados, plasmados en ella? Si continuamos atentos a dicha partícula sobre lo que la RAE ha establecido en su glosario para esta, podemos colegir otras tantas confirmaciones sobre el asunto en cuestión.

En cuanto a la partícula o sufijo *sos,* como constitutiva del nombre que anuncia la obra, la misma podría sugerir significados tácitos de ruego y ayuda y/o asumirla en la conjugación verbal; además, como la segunda persona del singular *vos,* del presente de indicativo de "ser"; deíctico, tal vez, hacia el lector, para desenmascarar su verdadero rostro humano.

Como señal de "auxilio", *sos*, al ubicarnos como lector en la obra de Jiménez Ure, quizá su intención sea la de no abandonarlo en esa lucha solitaria emprendida desde sus inicios de escritor "maldito", pues es un combate con el ser interior por la "Luz"; pero que su dolor es ver a la humanidad inerme y desvalida de esta. El ser humano se desvive en mayor medida por lo mundano y trivial soslayando lo "divino", potencial en él. Luego, entonces, cómo hacer que este dé un giro de 180 grados y alcance la libertad de su intelecto; salir de su medianía toda y logre ser el tan buscado "hombre nuevo", renacer para dejar de ser subyugado y convertirse en el Prometeo que aborreció sus dioses todos, esperado por Jiménez Ure.

Pero por otra parte y para finalizar, «*sos* quien eres por despreciar la Luz», parece gritarnos el autor desde su obra, desde otro contexto. Expresión implícita acompañada con el dedo acusador; pero con la dicotomía del índice, asimismo, de un dios del *Mal* en el que la resurrección imperial cristiana es el círculo vicioso de la crucifixión, del sufrimiento eterno del humano ser; renacimiento, represión y entierro, Hinkelammert, F (2008: 33). *Hacia una crítica de la razón mítica. El laberinto de la modernidad*. Materiales para la discusión. Como se ve, pues, Alberto se erige como heraldo bien hechor de la postmodernidad, "El que tenga ojos que vea, el que tenga oídos que oiga".

La heurística en Borges
como método de creación literaria

por
ELIÉSER OJEDA
elescriturador@gmail.com

(...) las hipótesis, las teorías
y las ficciones
pueden formar parte de la heurística
de un creador,
si conducen pragmáticamente
a la realización
del proyecto deseado.

— Ricardo Mandolini
Universidad de Lille, Francia.

Hablar de Borges es hablar de una cultura "unánime" para decirlo en palabra preferida del autor.

Las letras, como parte del acervo cultural de la humanidad, le debe mucho a los grandes escritores y Borges es uno de ellos.

La literatura, desde mi entender, como arte, avanza a pasos lentos, pero aprovecha dar un 'salto cuántico' con el músculo cerebral de alguna estrella cuando aparece en el cielo de las letras con especial maestría, ejercitando a fondo sus ligamentos para desbrozarla, marcarle nuevos rumbos y remozar los transitados.

Soy un ferviente admirador del suramericano por la magnitud de su obra, majestuosa originalidad y particular retórica en sus escritos; pero sobre todo por la técnica de la heurística y hermenéutica empleada en sus composiciones.

Ambas métodos, heurística y hermenéutica, constituyeron en Borges recursos escriturales en su investigación constante en buena parte de su producción escrita de ficción narrativa, como muestra de su vasta cultura y lo maravilloso de su cuentística, género que se constituyera en pivote de sus prístinas, especiales composiciones y que, desde mi opinión, se circunscriben en la denominada corriente de "Lo Real Imaginario" del despertar literario en el boom latinoamericano.

No podríamos imaginarnos a un Borges privado de una investigación previa de lo que plasmaría en sus narraciones extraordinarias desprovisto de la particular aplicación de tales métodos, como "segunda" piel en él. Cada lectura, exégesis, desentrañado de textos que de seguro realizaba era nutrimento para su imaginación creadora pues tenía la virtud de conjugar sueños, mitos y leyendas con realidad, así como con lecturas de lo sagrado y profano de la vida para generar, como corolario, un texto único y mágico de invención sin igual.

Asumimos el texto borgeano como un clásico de la literatura americana; pero en especial de la literatura universal, y, sobre todo, como método de composición para generar nuevos mundos de fantasía literaria por lo que podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que Borges fue un verdadero y real demiurgo de la literatura universal.

Mientras regaba las plantas

por
ENZA LÁZZARO
enza_lazzaro@yahoo.com

Mientras regaba las plantas de jardín y las contemplaba con la fervorosa admiración de siempre, de pronto... sentí crecer dentro de mí un furor de palabras, que me hermanaron definitivamente a cada planta que hermosea nuestro duro batallar cotidiano.

De tanto divagar profundamente, llegué a la conclusión, tal vez con algo de menosprecio de la condición humana, de que las plantas necesariamente deben ser más fuertes que el hombre, ser pensante que tiene en sus manos el conocimiento de todas las artes y todas las ciencias.

Las plantas soportan la variable intensidad de los rayos luminosos, las fuertes lluvias, los vientos huracanados, las tempestades, el granizo, la nieve, la sequía... Ellas no necesitan sombrillas, ni techo. No necesitan cobijarse del frío. Soportan desnudas las inclemencias del tiempo.

Resisten a los animales feroces que con sus garras, juegan, llenándolas de heridas, algunas veces insalvables. Y ellas fuertes, majestuosas, soportan sus "heridas", que muchas veces son ocasionadas por algún transeúnte distraído o por algún ser que sufre de ansiedad y desasosiego. Entonces sangra la sabia, líquido inmaculadamente lechoso, a diferencia de nuestra sangre roja de pasión y de ira.

Resisten picaduras de insectos que destrozan sus frágiles dedos, sus brazos, su cuerpo todo. Hasta su raíz es ultrajada por la seca tierra pedregosa. Sin embargo, ella ofrece su miel a los pájaros, a las mariposas y a las abejas, en la más sofisticada de las bandejas; flores de muchos colores o jugosos frutos.

¡Qué hermosas las flores, qué tersura la de sus pétalos!

¡Qué belleza la que nos halaga!

¡Inigualable!

Ninguna obra de arte creada por el hombre puede compararse (en medio de su indiscutible belleza) a la frescura de la naturaleza que nos

bordea por doquier, nos llega al alma, nos llena de amor y plenitud, nos hace sensitivos para crear vida a semejanza de la naturaleza.

En las grandes urbes se están haciendo campañas contra la contaminación ambiental, contra la tala y la quema indiscriminada.

Se incita a la siembra de árboles con el solo propósito de aliviar la aridez a que nos lleva a la destrucción de la naturaleza y a la contaminación que está envenenando a nuestras células nerviosas que ya se están sintiendo aletargadas en medio de las fuentes vaporosas de monóxido carbónico.

Y ellas, ¡fuertes!, ¡resistentes!, aspiran todo el gas tóxico y allí permanecen, ¡impávidas!, ¡firmes!, tal vez tan solo perdiendo un poco de brillo y color.

Por eso recomiendan tener dentro de casas o apartamentos, muchas plantas puesto que, además de filtrarnos el aire contaminado haciéndolo más puro, deleitan nuestra imagen visual sensitiva.

Y todavía tenemos el valor de creernos seres superiores; y cualquier cambio de clima y de modo de vida nos tambalea, nos hace revolvernos en palabras que disminuyen nuestra energía vital.

Si comprendiéramos de una vez por todas la frase de que "Todo ser sobre el universo tiene conciencia", si penetráramos en la esencia de cada una de estas palabras y tomáramos conciencia de que cada ser sobre la tierra tiene las mismas cualidades de sentir que el hombre con sus cinco sentidos, entonces, a partir del momento de nuestro cambio de visión hacia la naturaleza, comenzará el hombre nuevo a desbordarse de amor, comenzará a sentir el nacimiento de la poesía, igual que las plantas nos ofrecen su miel y sus flores.

El mundo sería una isla encantada. ¿Utópico? ¿Por qué no intentar construir un mundo feliz? Contamos con un mundo interior maravilloso que espera ser descubierto para comenzar a florecer en su esencia sensitiva, para enseñarnos a mirar el trasfondo de la naturaleza.

¿Cómo analizar el discurso musical?

Su forma y su fondo

por
RAFAEL J. SAAVEDRA V.
rasaavedra@gmail.com

El discurso musical se transfiere de una manera peculiar, si se compara con otras artes. El poeta y el pintor se comunican directamente con el público. Sus obras, plasmadas en el papel o lienzo (únicos elementos que se interponen), son difundidas entre las diferentes generaciones en el transcurso del tiempo.

En el caso musical el compositor requiere, por lo general, de un intermediario para llegar al auditorio. Ese intermediario es el intérprete. Este último recoge la idea original en la partitura y realiza una única y temporal versión de la obra al momento de llevarla al público. De tal manera que el auditorio percibirá cada vez una nueva e irrepetible realización de la idea original del compositor.

Es de aclarar, que este fenómeno excluiría a la grabación fonográfica, videográfica, a la música electroacústica y la de transmisión oral. El papel de intérprete está tradicionalmente en manos de instrumentistas, cantantes, directores de coro y directores de orquesta. Esta necesaria y singular cadena de transmisión integrada por compositor-intérprete-público hace de la música un complejo sistema de transformación de lenguajes.

Por otra parte, la naturaleza del lenguaje en el caso de la música instrumental es particularmente abstracta en relación con sus pares estéticos: la prosa y el verso se fundamentan en la concreta palabra; la pintura y la escultura se materializan en objetos visuales que suelen representar a la realidad. Sin embargo, la música instrumental llega al público en forma de ondas sonoras. Con este recurso poco explícito se busca construir imágenes coherentes que describen objetos, cuentan historias y desarrollan emociones.

El intérprete analiza el discurso inmanente de la partitura para lograr una personalísima comprensión. Una vez construida la idea subjetiva de lo plasmado por el compositor, procede a realizar su versión sonora que lleva-

rá al público-destinatario final de la cadena. Ello presupone la traducción que va del sentido simbolizado por la notación musical al sentido manifestado a través del sonido. Con ello, el intérprete se convierte en un *sui generis* nuevo compositor o re-creador de la obra. Así se forma la ecuación de la música que tiende hacia el infinito: Tantas versiones como intérpretes e interpretaciones existan de la misma obra, la irrepetible obra.

¿Cómo estudiar ese abstracto lenguaje?

Al igual que todo estudio semántico, el discurso posee una forma y un contenido. La forma se concibe como el vehículo que permitirá desarrollar el contenido. Debido a esta coexistencia, el análisis observa ambos elementos tratando de delimitarlos y luego los interrelaciona.

En la música, la forma está representada por los elementos tangibles como la estructura, el material temático y el sistema musical. En el ámbito de la estructura, se contempla la disposición de las partes, sus interacciones, sus proporciones.

En lo temático se observa el material que integra la melodía; su dibujo espacial de organización de intervalos y de codificación rítmica y métrica. Así mismo, es pertinente en este nivel analítico la textura de la composición. Ciertas escuelas, como la eslava, la denominan factura musical. El término *factura* proviene del latín, y quiere decir "acción y efecto de hacer". La idea de factura es realmente amplia y subjetiva. Pero tratando de buscar un punto referencial, podría definirse como el conjunto de elementos sonoros que se emplea en una obra musical. Si se compara la música con una pieza hecha de tela, la factura vendría siendo el tejido usado para la elaboración de la misma.

Así, una obra o sección de ella se puede presentar como una monodia. Esta expresión tiene su origen en el griego. De allí se deriva "*monos*" que significa "uno" y "*ode*" que traduce "canto". La factura monódica es interpretada por una o varias voces –o instrumentos– que realizan al unísono la misma línea melódica o sus duplicaciones a octavas.

De igual forma existe la factura heterófona. La palabra heterofonía proviene del griego "*heteros*" que significa "otro" y "*phone*" que es "sonido" o "voz". Este término fue utilizado por vez primera en 1901, por el psicólogo e investigados musical alemán, Carl Stumpf. Son numerosas las acepciones dadas a este término. Pero en materia de *factura musical* existe una relación con la ramificación de voces de manera primitiva. Esta factura se encuentra como característica, en las composiciones de los siglos X al XII. Estas ramificaciones contemplan desde el punto de vista histórico y cultural, variaciones accidentales producidas por dos voces o instrumentos al unísono, así como composiciones donde las diferentes líneas melódicas van doblando a la principal en intervalos de terceras, cuartas, quintas, sextas o décimas. La duplicación en intervalos de quintas fue la base técnica compositiva del *Organum* en la Edad Media.

La factura polifónica –del griego "*poly*", "muchos" y "*phone*", sonido– tuvo un progresivo y largo surgimiento a partir del siglo XIII. Pero es en el XV cuando obtiene su primera cristalización y punto culminante. La etapa llamada renacentista logra un desarrollo de la técnica compositiva a varias voces donde cada una de ellas toma una independencia particular dentro del contexto multisonoro. Así, la técnica del contrapunto en sus más variadas formas llega a su gran esplendor. Este estilo de composición altamente sofisticada se "adueñó" de los principales centros culturales en la Península Itálica.

En la primera mitad del siglo XVIII, ocurre el segundo florecimiento de la polifonía. Era la

época de J. S. Bach y G. F. Haendl. La polifonía estaba presente en todos los géneros y formatos tanto instrumentales como vocales. En esta etapa se fue produciendo la transición del sistema modal, al sistema mayor-menor. Las diferentes voces contrapuntísticas se presentaban en planos jerárquicos, de tal manera que la multiplicidad sonora remitía una percepción de tridimensionalidad.

La factura homófona se propagó por toda Europa en tiempos revolucionarios de la *Ilustración* francesa y del *Sturm und Drang* del mundo germano. El arte musical polifónico del antiguo régimen fue desplazado por la factura homófona como influencia de los principios democratizadores comprometidos en el arte. Esto se traducía en un lenguaje musical sencillo, accesible y apto para todo tipo de oídos. El término –al igual que los anteriores– proviene del griego "*homo*" que es "igual" y "*phone*" que, como ya es sabido, traduce "voz". La factura homófona, tiene una marcada influencia de origen en las danzas. Estas solían estar compuestas de una melodía la cual era acompañada por acordes rítmicamente regulares.

El aspecto relacionado con el sistema musical se fundamenta en los modos, las escalas, las series, las armonías o cualquier otra lógica de organización de sonidos. Dentro de estos tipos de sistemas musicales, es la armonía el más significativo de todos ellos por su actualidad y complejidad. Esta complejidad es el fruto de una elaborada construcción intelectual, matemática y planificada. Se fue perfeccionando en un contexto de desarrollo escolástico. Es por ello que se podría considerar como el elemento más "artificial" dentro de la música.

Es de aclarar que cuando aquí se habla de *armonía*, se refiere al tipo de creación homófona definitivamente difundida a principios del siglo XVIII. En esta etapa, prevalecía el sistema musical fundamentado en los dos modos únicos *mayor-menor*. La funcionalidad estaba resumida en tres tipos de sonidos: uno estable y dos inestables. La función estable la representaba la *Tónica* y las inestables, la *Dominante* y la *Subdominante*. La armonía se consolidad en los tiempos de la factura homófona y es el resultado de un proceso de experimentación en la composición a varias voces, tal y como se ha descrito anteriormente.

La armonía es, entonces, el más reciente de los elementos musicales. Si comparamos proporcionalmente lo que se conoce sobre la historia de la música y buscamos como inicio los hallazgos arqueológicos desde el período Paleolítico, habría que remontarse varios miles de años. Se conoce sobre la existencia de ciertos instrumentos primitivos de aproximadamente ocho mil años antes de nuestra era. Si a eso le agregamos los dos mil años hasta hoy, se tendría un total cercano a los diez mil años de historia.

Una referencia significativa para la ubicación temporal del término *armonía* lo representa el año de 1722. En ese año, el compositor y teórico J. Ph. Rameau escribió el primer libro sobre ese tema, dividido en cuatro cuadernos, con el nombre de Tratado de armonía. Con estos datos numéricos se podría hacer un breve pero útil ejercicio matemático:

Si reconsideramos los mencionados diez mil años de historia musical, y el nacimiento en 1722 de la armonía, es decir, hace cerca de 300 años, se obtendría una proporción aproximada del 3% de existencia de este último elemento. Algo comparativamente insignificante, cuando se relaciona con los prehistóricos orígenes.

El fondo.

Todo lo hasta aquí expuesto ha sido dedicado al aspecto relacionado con la forma del discurso musical, el vehículo donde corre el contenido. Ese

contenido es lo que los teóricos de la gramática generativa llaman la *estructura profunda, latente* o *intangible*. Ello para diferenciarla de la forma, es decir, de la estructura superficial, patente o tangible. La primera es abstracta, mientras que la estructura superficial es una realidad física.

Los contenidos de las inspiraciones musicales han marcado notables tendencias a lo largo de la historia. Por ejemplo, el siglo XIX europeo estuvo protagonizado por temas que interrelacionaban al hombre con la naturaleza que lo circundaba. Una acción recíproca del mundo íntimo e interno del personaje y la inmensidad externa del universo.

En este contexto cultural comenzó un proceso de proliferación de las escuelas nacionales musicales, inspirándose en la tradición del arte local. Los *Lieder* de F. Schubert y las óperas mágicas de C. M. Weber son ejemplos significativos de este arte. Los nuevos planteamientos de la ópera, la sonata, el oratorio, entre otros se forman sobre las raíces de las culturas locales.

Hacia finales del siglo XIX se desarrolla un movimiento que se posiciona contra el arte oficial: la antigüedad, las mitologías, lo bíblico estaban entre estas temáticas rechazadas en el llamado *impresionismo*. Se abordaba la realidad del individuo en su contexto natural. Ello conllevó a la minimización del componente sublime humano tan explotado hasta entonces y a la magnificación del naturalismo.

Por el contrario, el siglo XX estuvo caracterizado por el mundo psicológico aislado del contexto externo. En tiempos previos a la primera guerra se planteaban los compositores el asunto de la comunicación entre individuos por medio del alma como expresión cruda sin necesidad del entorno (¿Quién es? ¿De dónde viene?). En cambio, el denominado *neofolklore* buscaba las fuentes originarias.

Otra de las líneas de contenido se desarrolló desde finales del siglo XIX hasta mediados del siguiente, conocida como el *existencialismo*. La existencia precede a la esencia y la realidad es anterior al pensamiento. Nace como una reacción frente a las tradiciones filosóficas imperantes, tales como el racionalismo o el empirismo.

Con la culminación de la primera guerra, se produce la caída de los grandes imperios de entonces nacidos a la sombra del capitalismo. Los artistas buscaban su fuente de inspiración en los asuntos sociales desde una perspectiva crítica en contra de la realidad burguesa. Al mismo tiempo, con el movimiento surrealista se exaltaba la las temáticas propias del reflejo del inconsciente. El psicoanálisis de S. Freud aportó destacadas contribuciones desde los elementos del *Ello*, el *Yo* y el *Superyo*.

Otro hijo de la primera guerra fue la Alemania conocida como la República de Weimar. En esta convulsionada etapa histórica surgieron movimientos como la denominada "Nueva objetividad" (*Neu Sachlichkeit*). Ello significó un regreso al sujeto y al objeto cotidiano y un modo de representación objetiva de la vida urbana.

Otros de estos movimientos alemanes lo constituyó la llamada "música utilitaria" (*Gebrauchsmusik*), la cual se posicionó en contra de la profesionalización en la música y de la falta de trascendencia en los conciertos. Esto hizo que las obras de estos compositores se enfocaran en el público aficionado, en la población infantil y en los estudiantes.

Hacia finales de los años 20 y hasta el inicio de la segunda guerra surgió una tendencia marcada por la acumulación de experiencias, la búsqueda hacia temas más profundos y menos amplios. Para ello, se volvieron a los temas antiguos (siglo XVIII, Renacimiento, Grecia). Esa generación de inspiraciones se conoció como el *neoclasicismo* y los emigrantes europeos lo extendieron al continente americano.

Con los trágicos acontecimientos acaecidos durante la segunda guerra, se caracterizaron los contenidos denominados de *eterna actualidad*. Estos contenidos son propios de la *panhumana* contemporaneidad: cataclismo, sufrimiento, maldad mundial son algunos de ellos.

Se ha plasmado aquí unas cuantas reflexiones sobre el discurso musical: el abstracto e irrepetible lenguaje vestido de formas estéticas. Muy a pesar de su subjetivismo innato, la música es una representación artística que acompaña la cotidianidad de todos los seres humanos desde el vientre materno y a lo largo de la vida.

En el libro *Arquitectura de la Música*, el autor de las presentes líneas trata con amplitud los elementos tangibles de la música en su evolución histórica. El mundo de las formas, estructuras, armonías, modos, tematismos, formatos y estilos son aquí abordados. Esta visión analítica y crítica es blindada con ejemplos de las composiciones musicales escritas por los principales representantes europeos y latinoamericanos.

La escogencia de obras que aparecen en el presente trabajo, se realizó con criterios pedagógicos. Se ha tomado en cuenta la gama de diferentes culturas y estilos en ellas. Si bien es cierto, que el libro se centra en la música europea de los siglos XVIII y XIX también es cierto que en él existen suficientes casos de música latinoamericana. Las partituras observadas forman parte del libro, de tal manera que el lector no tenga que recurrir a su búsqueda para ilustrar los temas seleccionados. Este trabajo va dedicado a toda la población estudiantil castellanohablante, así como a los docentes en música que día a día luchan por la superación y actualización de los conocimientos y metodologías.

Notas:

1 Para ampliar el tema, véase, Saavedra, Rafael, "El dilema de la interpretación musical: una reflexión semiótica desde el modelo tripartito de Molino y Nattiez", *Revista música en clave*, Sociedad Venezolana de Musicología, Vol. 8 – 1, Enero-Abril (2014). Disponible en: https://www.academia.edu/9272659/El_dilema_de_la_interpretaci%C3%B3n_musical_una_reflexi%C3%B3n_semi%C3%B3tica_desde_el_modelo_tripartito_de_Molino_y_Nattiez

2 Expresión alemana que significa "Tormenta e impulso".

3 *Traité de l'harmonie*.

4 Aquí se puede adquirir el libro completo en versión electrónica (e-book): http://www.amazon.com/dp/B016J7AN4U. ...y aquí se puede encargar para recibir una versión del libro en físico: https://www.morebooks.de/store/es/book/arquitectura-de-la-m%C3%BAsica/isbn/978-620-2-24203-5

Semblanza retrospectiva

por
FERNANDO TORRE CHALBAUD
fernando.g.torre@gmail.com

Un llamado epistolar al cuerpo diplomático[1]

En la hermosa y señorial ciudad de Mérida, bajo la mirada pétrea de las cinco Águilas Blancas, me correspondió la fortuna de estudiar en el Liceo Libertador. Una excelente institución con dedicados profesores, laboratorios equipados y acuciosos estudiantes que buscábamos prepararnos para ingresar a la Universidad de Los Andes. Funcionaba nuestra institución en una hermosa edificación, construida en la década de los cuarenta, como uno de los modelos educativos del futuro, a la par del Fermín Toro de Caracas, el Lisandro Alvarado de Barquisimeto y otras instituciones de educación media en el país. Teníamos de todo, hasta una banda show que participaba en los principales eventos de la ciudad, a saber: juegos de fútbol, desfiles y eventos de las Ferias del Sol. Aprendí a tocar trompeta practicando en las tardes y los sábados bien temprano para delicia de mis vecinos. Todo funcionaba muy bien en el liceo, menos la biblioteca, de manera que algunos estudiantes utilizábamos una cercana perteneciente a la universidad.

Ilustración 1.
Escudo de armas de la ciudad de Mérida con la inscripción *Non Potest cívitas abscondi supra montem posita* (No puede ocultarse una ciudad sobre una montaña. Mt. 5:14).

Ilustración 2.
Acceso al Liceo Libertador en Mérida
(Fundación Arquitectura y Ciudad, 2015)

La biblioteca de nuestro instituto estaba en un lugar destacado en el segundo piso, al final de dos escaleras convergentes. Sin embargo, los libros eran antiguos y estaban prisioneros en vitrinas bajo llave. No había estímulo para visitarla. Tomé la iniciativa de dotar a nuestra biblioteca de nuevos títulos, pero la respuesta era siempre igual: no hay presupuesto para ello. De manera que decidí escribir cartas a todas las embajadas acreditadas en el país solicitando donaciones. Al poco tiempo llegaron tantos libros que se vieron en la necesidad de ampliar la biblioteca. Aquello que había comenzado como la inquietud de un estudiante, se había convertido, sin pretenderlo, en un proyecto de mejora de un servicio fundamental para la institución.

La epístola se hace digital[2]

Trabajando como ingeniero en la Industria, era común, como parte del desarrollo profesional, *hacerle las vacaciones* a un compañero de trabajo. Lo cual consistía, en suplir sus funciones durante el período de su receso anual, pues formábamos parte de una instalación en operación continua. El departamento a dirigir era un *centro de atención a usuarios de computación*, cuando se comenzaba a utilizar sistemas remotos, antes de Internet. De manera que servíamos a cientos de usuarios de diversas tecnologías, distribuidos en un área que abarcaba varios kilómetros cuadrados. A fin de hacer fluido el pase de responsabilidades, mi compañero de trabajo fue explicándome a lo largo de su última semana, todas y cada una de las funciones, tareas y actividades que realizaba. Todas, salvo una que dejó para el viernes al final de la tarde, cuando ya no tenía otra opción que aceptar la responsabilidad. Se me acercó con gran parsimonia, activó un sistema desconocido para todos nosotros, y me dijo con voz grave y cadenciosa:

—Mira, Fernando, si te equivocas con la atención a este sistema, te pueden botar. Aquí están conectados todos los gerentes.

A medida que avanzaba en su explicación, observé que, en efecto, era algo completamente distinto a todo lo demás. Al contrario de los sistemas transaccionales, aquí el usuario podía escribir texto libremente y enviarlo al destinario de su

preferencia. Se trataba del primer *sistema de correo electrónico* instalado en el país para uso gerencial. Una tecnología realmente nueva: quedé fascinado.

Al final de la suplencia, solicité quedarme con el sistema, algo que mi amigo agradeció. Con el tiempo, lo convertí mediante una buena gestión, en un modelo de comunicación y excelente servicio. Al punto de que la gente solía decir, ojalá todo aquí funcionara como el correo electrónico.

Epístola universitaria[3]

A raíz de nuestra asesoría a las autoridades sobre la crisis de transporte en la universidad, recibí una comunicación donde se me solicitaba asumir la Dirección de Servicios Universitarios. La cual abarcaba, además del transporte, otras actividades: comedores, servicios generales, reproducción y correspondencia. La solicitud estaba clara, hacer todo lo posible para concluir exitosamente el trimestre en medio de dificultades inusitadas. Conté, para tan magno desafío, con el apoyo de un excelente equipo de trabajo y la voluntad de la comunidad, dispuestos todos a hacer universidad. En pocas semanas conseguimos un aporte significativo de donaciones provenientes de los egresados en el exterior, implantamos mejoras operacionales y desarrollamos un nuevo modelo de financiamiento para el transporte universitario. Finalizamos con éxito el período, estábamos felices y satisfechos del trabajo realizado, era diciembre de 2019. No conocíamos aun lo que nos depararía el destino en el año siguiente...

Epístola prospectiva[4]

Podríamos mencionar muchas de nuestras experiencias personales, como aquella oportunidad en que implantamos un programa de mejora en una finca agroindustrial y logramos la mayor productividad de la historia en la toda la zona, o cuando formamos parte del equipo organizador de la mejor exposición de Informática en el Zulia con más de cien sistemas operacionales en demostración simultánea, o aquella vez que organizamos el plan de vacaciones para los hijos de los trabajadores en la empresa. Sin embargo, hoy en día tenemos un reto superior a todo los demás. Nuestro mayor desafío profesional consiste en reconstruir el país. En Venezuela hemos tenido logros de gran magnitud, como desarrollar la hidroeléctrica más poderosa del mundo en su momento, o crear una industria petrolera eficiente y verticalmente integrada de escala mundial. Nada se le compara con nuestro desafío actual, se trata de un proyecto para reconstruir el país que nos tomará décadas, un esfuerzo de una complejidad sin paralelo en nuestra historia. Luce inmensa la gesta, pero nuestra voluntad de superarla es aún mayor.

Ante la dificultad. ¡Atrévete!

José María Vélaz, SJ

Notas:

1 Circunstancias y escenarios en las que, por la naturaleza de los hechos, le ha correspondido sin proponérselo liderar situaciones de su vida cotidiana.

2 Oportunidades en las que usted ha asumido roles de liderazgo organizacional, con propósitos profesionales y corporativos.

3 Eventos en los cuales ha sido designado circunstancialmente por sus superiores para desempeñar roles de líder.

4 Experiencias gerenciales que han constituido desafíos personales en su itinerario profesional.

Evolución mental y cultural

por
ZOILO ABEL RODRÍGUEZ
abel.zar2@gmail.com

¿No debería ya ser obvio que todas las filosofías, todos los paradigmas, todas las teorías y, en fin, todas las creencias... son reemplazables? No admitirlo es insensatez... o puro y simple fanatismo...

Los científicos serios y los académicos y pensadores honestos y objetivos, aunque no siempre lo declaran pública y desenvueltamente, quien sabe por qué extrañas reservas, suelen reconocer puertas adentro que esa es una verdad inapelable.

Solo los integristas y los fundamentalistas religiosos, obnubilados por creencias pétreas y anquilosadas, se niegan a dejar pasar las esclarecedoras señales de la exponencial transformación que, a medida que la mente humana evoluciona y se adapta a las realidades emergentes, van mandando en secuencia sostenida los sistemas culturales.

Si tenemos eso claro, siempre estaremos en condición de actualizarnos y, aun si ello no nos permite develar en el trámite los grandes arcanos universales, nunca será en balde afinar la percepción y el entendimiento, expandir la conciencia y poner distancia entre nosotros y los mitos atávicos, lo mismo que de las supercherías mítico-religiosas que, al derivar morbosamente castradoras del intelecto, inducen al estancamiento y a la regresión.

Comprendo, que no todas las personas tienen el bagaje de temeridad y de valor que les dé para enfrentarse todos los días –en ingrimitud, con la mente abierta y la lengua suelta– con el misterio y con las dudas, y atreverse a formularles preguntas extraordinarias sobre lo extraordinario, aún si estas pasan por insólitas... o tontas.

Bueno, hermanos, yo, que cultivo cotidianamente esa práctica, puedo contarles que funciona eficiente y significativamemente como pitanza para la mente y para el espíritu, y que puede ser la ambrosía que nos deleite las horas incluso cuando los desasosiegos y las sordideces quieren sitiarnos la ciudadela de los sentidos y del alma.

¿Me creerán si les digo que estas palabras son, precisamente, además de un recurso catártico, la espada que en este momento esgrimo contra cierta oscuridad que me devora?

Sobre dios

(Con estas reflexiones, que sé que a algunos les resultarán temerarias, no pretendo pontificar acerca del tema, ni imponerle mis ideas y pretender fastidiar a nadie, ni mucho menos abrir una discusión, que, dado el delicado tema, siempre será baldía. Asimismo, puedo asegurar que este ejercicio –con propósitos más literarios que filosóficos– no pretende ser una crítica velada, ni mucho menos, a quienes creen en un Ser Superior, a quienes respeto en absoluto. En ese sentido, las preguntas que formulo, dirigidas a mí mismo, no son más que una forma de discernir e ironizar desde el oficio de la palabra). La más excelsa expresión de humildad del homo sapiens es haber inventado a Dios… para darle el mérito de haberlo inventado a él.

Dios es tan importante como valor de Fe y de Esperanza para tantos seres humanos… que está "moralmente" obligado a existir, aunque no tenga cómo.

Por el hecho de que siente y piensa y, en fin, porque tiene conciencia, el único animal que cree en Dios y espera de Él es el hombre. Las demás criaturas vivas del universo, en particular las que se mueven por instinto, no Lo necesitan… y eso, vaya paradoja, las hace superiores. El homo sapiens, en algún momento de su evolución, se hizo creativo por imperativos de supervivencia, vale decir, por la fuerza de necesidades primarias. Más adelante, y casi simultáneamente, por necesidad espiritual creó a Dios y por necesidad estética creó el Arte. Algunos, diría que muchos, creen en la existencia de Dios… porque están convencidos de que de no hacerlo… serán castigados. Otros, como Pascal, creen en Él "por si acaso" (es mejor negocio creer que no creer, puesto que "si creo y existe, me salvo; si creo y no existe, no pasa nada; si no creo y no existe, nada sucedería; pero, si no creo y existe… me voy al infierno).

Encarnando el ser humano la cumbre evolutiva del Universo, y estando "teóricamente" Dios (o la idea de Dios que habita en la mente de los que creen) precisamente en el Origen, en el Principio de la Evolución, ¿no viene el Hombre a ser, entonces, la antítesis de Dios, o viceversa? ¿Cómo dialogan la Fe y la Razón en una relación entre el Hombre y Dios, siendo tales dimensiones inmateriales diametralmente opuestas, dialécticamente hablando? ¿Si el Hombre puede aproximarse al Dios en el que cree sólo por la vía de la Fe –lo consustancial al Gran Creador–, significa que Dios, de existir y tener que hacerlo, se aproximaría al Hombre por el canal de la Razón – que es la sustancia última de éste–?

Una de las cuestiones que, desde el más elemental razonamiento, nunca podremos comprender es ese inefable cuanto injusto asunto –precepto instituido por la mayoría de las religiones y sumisamente aceptado por las feligresías–, según el cual las bondades y aciertos que derivan de nuestra voluntad y de nuestros actos siempre serán atribuibles al Todopoderoso, mientras que con nuestros pecados y yerros, siempre pese a Él, debemos cargar íngrimos.

Finalmente: si los que temen a Dios supieran que no temerle es mucho mejor negocio espiritual… no Le temerían.

El instinto poético del mito

y el ritual teatral

por
FREDDY ANTONIO TORRES GONZÁLEZ
demeridagrupoteatro227@gmail.com

Las nuevas tendencias del teatro es visto en conjunto como aquello a lo que se opone, por eso el arte teatral moderno aparece fragmentado y sectario definido por su labor imaginativa ilustrando la amorfa realidad de la sociedad post-tindustrial en una variedad anárquica de movimientos, centrados de abstracciones filosóficas. De ahí el empleo de "ismos" para enunciarlos: simbolismo, futurismo, expresionismo, formalismo, surrealismo.

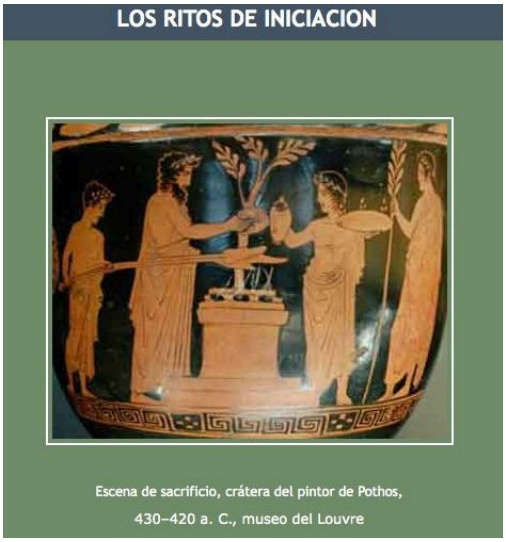
Bajo variaciones de estilo y tema aparece el encantamiento de lo irracional y primitivo que se sostiene en la exploración de estados oníricos o los niveles instintivo y subconsciente de la psique y un enfoque casi religioso en el mito y la magia , la experimentación con pautas rituales y ritualistas de actuación: hay que retornar a las " raíces" del hombre que a nivel de estilo es el retorno a las formas originales del drama.

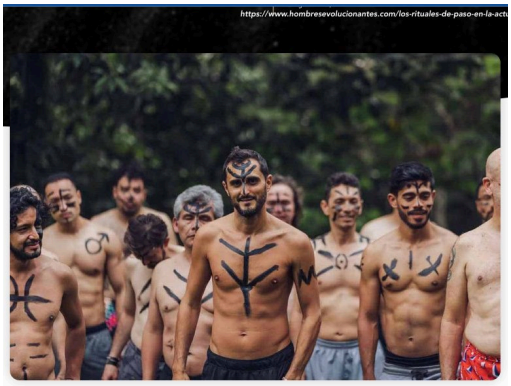
https://marcianosmx.com/10-ritos-de-paso-extranos-alrededor-del-mundo/

El teatro sagrado que clama Artaud es una aspiración a la trascendencia, a lo espiritual en un sentido romántico. La idealización de lo primitivo y elemental en el teatro se acerca al término de " profetas restrospectivos" y aplica el término de " laboratorio de teatro"a una rigurosa experimentación técnica destinada a hacer avanzar el progreso técnico y científico mediante la exploración de preguntas esenciales: ¿qué es un teatro?, ¿qué es una obra?, ¿qué es un actor?, ¿qué es un espectador?, ¿cuál es la relación entre todos?

De ahí que las puestas en escena tienen la premisa de integrar al público y la acción, la resistencia al lenguaje como medio primario de comunicación, la búsqueda del trance y rechazo a la estructura y lógica aristotélica, así el mito encarna una experiencia universal e intemporal en forma intensificada.

El texto es un pretexto para crear cuadros. La esencia del rito de paso requiere participación física y emocional en una acción presente y trata de cambiar la naturaleza de los participantes. La iniciación convierte al actor en otro.





Probablemente hayas escuchado alguna vez sobre los rituales o ritos de paso. Y también es probable que lo relaciones a sociedades rudimentarias y apartadas de nuestra sociedad, o que simplemente son actividades que forman parte de un pasado remoto que hace mucho quedaron en desuso. Lo cierto es que los rituales de paso son una de las herramientas que nos dejaron nuestros ancestros más eficaces para formar a hombres sanos y responsables y que aún hoy en día se siguen practicando.

Envejecimiento saludable

por
CARLOS GUILLERMO CÁRDENAS D.
cgcardenas@email.com

Los organismos internacionales encargados de la salud han declarado la década de Envejecimiento Saludable el periodo comprendido de 2021 a 2030. La declaración conjunta plantea la imperiosa necesidad de unir esfuerzos de los gobiernos, tanto de países desarrollados como en vías de desarrollo, los organismos internacionales de la salud, las instituciones académicas, los medios de comunicación, la empresa privada y los gremios profesionales, en una acción concertada y confluyente para ofrecer a la población mundial mayor de 60 años, que según los últimos estudios sobre pasa los mil millones de personas, mejorar sus vidas y brindarles una calidad de vida aceptable.

El envejecimiento de la población mundial se ha acelerado en los últimos dos decenios, entre otras razones por aumento de la expectativa de vida de los países desarrollados. Los países signatarios de los acuerdos en estas áreas tienen el compromiso de evitar la desatención de personas por encima de los 60 años para que sus vidas puedan llevarse con dignidad, igualdad y en un entorno saludable.

Los organismos plantean la necesidad de una acción concertada para hacer realidad el alcance de un Envejecimiento Saludable. Una buena parte de la población mundial carece de los medios necesarios para satisfacer las necesidades básicas del ser humano para una vida plena y digna.

Qué se entiende por Envejecimiento Saludable. Es el proceso de fomentar y mantener la capacidad funcional que permita el bienestar en la vejez. La capacidad funcional se define como disponer de los atributos que faciliten a todas las personas ser y hacer lo que para ellas es importante.

Hasta un par de años hace, el término Envejecimiento Saludable se conceptuó como un estado positivo y libre de enfermedades. En la actualidad, con el envejecimiento llegan los problemas de salud, resultado no únicamente de las enfermedades crónicas como comorbilidad de la edad, sino de la interacción resultante de modificaciones de la capacidad funcional que repercuten en la calidad de vida.

De manera que la Organización de la Salud, organismo dependiente de Naciones Unidas amplió el concepto de Envejecimiento Saludable al proceso de fomentar y mantener la capacidad funcional que permite el bienestar en la vejez. Se ha aceptado que envejecer saludable significa ser capaz de hacer durante el máximo tiempo posible las cosas a las que damos valor.

Se puede concluir en el imperioso requerimiento del desarrollo de acciones en la salud pública que puedan responder a los desafíos presentes y futuros. En tal sentido la Oficina Panamericana de Salud y la Organización Mundial de la Salud elaboraron acciones estratégicas cuyo objetivo es promover un envejecimiento activo y saludable.

En este orden de ideas y propósitos, el éxito final dependerá en la medida que los organismo regionales, provinciales y locales interactúen conjuntamente con las directrices de los organismos internacionales.

En nuestra ciudad de Mérida, la Casa Merideña del Corazón de reciente creación y promovida fundamentalmente con entusiasmo por el doctor Tulio José Núñez Medina, con la incorporación de cardiólogos y médicos de otras especialidades, técnicos de la salud, personal de enfermería y estudiantes de postgrados, podría convertirse en la instancia local impulsora de esas acciones.

La educación de las comunidades, las propuestas atractivas por una vida más longeva y saludable para todos. Una población educada para la salud, para el Envejecimiento Saludable, también exigirá garantía de una adecuada alimentación.

De lo anterior se deriva la Fundación de la Casa Merideña del Corazón, como una institución privada no gubernamental, sin fines de lucro, creada para el bien común, con personalidad jurídica, con patrimonio propio y con plena capacidad para desarrollar actos tendientes al logro del objetivo de la fundación. La contribución a la promoción y defensa de la salud cardiovascular y coadyuvar en la lucha para reducir la carga de morbi-letalidad y discapacidad prematura de las enfermedades cardiovasculares y los factores de riesgo.

Las enfermedades cardiovasculares y las enfermedades no transmisibles como el cáncer, diabetes mellitus y afecciones respiratorias crónicas, son la causa principal de enfermedad y muerte prematura, evitable, en nuestro país.

Mérida se convertirá en la ciudad fundamental, promotora de la salud colectiva y el control de enfermedades cardiovasculares, principal causa de muerte en los estados desarrollados.

PARTE

8

Literatura *Infantil y juvenil*

María Luisa Lázzaro

mlazzaro55@yahoo.es

EPAMINONDAS ENTRE MEMORIA Y OLVIDOS

En los tiempos previos al nacimiento de Epaminondas, en Maturín sucedieron tantas cosas fuera de lo común, que dio la impresión de que Plutón estaba confabulado con Neptuno y Saturno. Sin embargo, por esos días, Venus estaba esplendente, el Sol andaba majestuoso y la Luna se mantuvo llena y brillante por cuarenta noches seguidas. Nadie permanecía indiferente ante aquella Luna preñada, rodeada de una aureola platinada.

Uno de esos cuarenta días que faltaban para el parto, a Hermelinda le dio un fuerte dolor de estómago. Su vecina le dijo que fuera donde los yogas, quienes enseñaban una forma de respirar que curaba cualquier mal. Desde la puerta entreabierta pudo ver varios letreros seguidos de flechas que indicaban el camino al oratorio: *Incorpórese en silencio, Incorpórese en silencio.* Ahí vio Hermelinda a varias personas de blanco, sentadas en el piso de manera muy particular, repitiendo al unísono una suerte de sonsonete. De inmediato se le quitó el dolor. Salió corriendo hacia la casa de su vecina gritando: ¡Un milagro, un milagro! ¡No hizo falta hablarles para que me curaran!

Otro de esos días, muy de mañana, cuando fue a la bodega de Don Agapito, faltándole casi dos cuadras para llegar, le salió un perro con claras intenciones de destrozarle como mínimo los tobillos. Se acordó de la inmovilidad de los yogas. Como no había entendido bien lo que repetían tan concentradamente, se inventó un sonsonete para la ocasión: *¡Soy un tronco de caoba! ¡Soy un tronco de caoba!* De inmediato, el podenco ladeó la cabeza como diciendo: *Esta tipa como que está loca, quiere convencerse de que es caoba y además tronco*. La escuchó un rato y luego decidió que con locos no se metía. Pero antes de irse para otra calle, levantó su pata izquierda sobre "el tronco de caoba" y dejó salir todo el contenido de su vejiga, caliente y perfumado.

Ya era de tarde cuando la comadre Jacinta la encontró todavía con su sonsonete. Tuvo que zarandearla un buen rato para que dejara de ser árbol –oloroso a urea– y volviera a ser Hermelinda la de la calle Azcúe, número treinta y ocho.

Por esos días, Hermelinda se volvió silenciosa y bastante olvidadiza, pero no tanto como su marido, que un domingo, como a eso de las diez de

la mañana, le dijo: *Mi amor voy a comprar la prensa*. Y no regresó. Se le olvidó que la había dejado a punto de romper fuentes. Ella lo estuvo esperando tres domingos seguidos, hasta que se dio cuenta de que los zapatos y la ropa de su marido iban disminuyendo de dos en dos. De la misma forma en que volvieron a aparecer cuando ella sintió la premonición de que su marido había recobrado la memoria y en cualquier rato aparecería diciéndole: *Mi amor ya llegué*. Como efectivamente sucedió cuando Epaminondas iba a cumplir cinco años.

El día del nacimiento hubo un extraño eclipse de sol que duró seis horas, justo las mismas del trabajo de parto. Con cada dilatación se escuchaba un grito que parecía decir: ¡Allá voy! Para rematar cayó una lluvia torrencial que tumbó los postes del alumbrado.

Por otro lado, a la partera se le perturbó el estómago y tuvo que ausentarse de emergencia, según ella por la necesidad de "expectorar", de sus intestinos. Por suerte, el médico del pueblo se encontraba disponible y a disposición, porque Epaminondas estaba saliendo, mejor dicho, entrando al mundo, con sus propios pies, y para más corona, dos vueltas de cordón umbilical le amorataban la circulación. Pese a todo este trajín, cuando el neonato fue acomodado al lado de su madre tenía los ojos bien abiertos y esbozaba una sonrisa pícara cada vez que levantaba la boca buscando los pucheros de comida.

Epaminondas creció noble y suave, pero olvidadizo y distraído como ninguno. Sólo se concentraba cuando hacía variadas y extrañas figuras de plastilina, albardilla o barro. En la escuela de al lado, a la que asistía por insistencia de su madre, sus pies y sus manos nunca se estaban quietas, como si amasaran arcilla fresca al ritmo de un tornero que igual que su mirada se perdía del presente de su memoria.

Cuando tenía nueve años, su mamá, que no estaba bien de salud, se vio precisada a mandarlo a hacer las compras del día. Ante los primeros encargos, Hermelinda perdía la paciencia con exasperación, pero poco a poco aprendió a recuperarla casi enseguida que la volvía a perder. Así, convencida de la desmemoria de su bien amado hijo, fue desarrollando distintos métodos para cada ocasión y cada mandado, a fin de ayudarlo en el logro de las faenas.

Uno de esos primeros días le encomendó comprar un paquete grande de café tostado: *Que se vea bien negro*, recalcó la madre entregándole la bolsa de tela donde debía traer la mercancía: *Una vez que pagues échalo en la bolsa, después de hacerle un fuerte nudo te la tercias al hombro*, le recomendó, temerosa de que, por lo retirado que quedaba la casa, la bolsa de papel donde venía el café se rompiera por la humedad.

Epaminondas se fue saltandito como niño feliz que era. Iba cantando para fortalecer su memoria: *Bien negro, café bien negro, negro negrito tostaditico, negrito negro... ensortijadito*. Esto último le salió al pasar por la tienda de animales. Un cachorro negro lo miraba juguetón. Sin pensarlo mucho, Epaminondas pagó, lo echó en la bolsa, hizo el nudo bien apretado en el saco de tela y se lo terció al hombro cantando: *negro negrito, negrito negro, ensortijadito.*

Al llegar, feliz como siempre, le entregó a Hermelinda el mandado. Ésta, armándose de paciencia, le explicó que su necesidad era de café no de perro. *Y además los animales no se meten en las bolsas del mercado, SE LES ATA UN CORDÓN AL CUELLO Y SE ARRASTRAN*, le recalcó en alta voz.

A los pocos días lo mandó a comprar una panela grande de mantequilla, y para evitar el olvido se lo anotó en un papel. Efectivamente, Epaminondas compró una barra grande de mantequilla; pero... cuando la fue a echar al saco del mercado se acordó del cordón que debía atar para arrastrar el encargo hasta la casa. Dicho y hecho en un santiamén todo quedó hecho. A pleno medio-

día, entregó lo que había quedado del derretido pedido. ¡Oh Diosito de las cruces encarpetadas!, exclamó la madre al ver el escaso hilo de grasa en el paquete casi vacío de mantequilla.

La madre dejó pasar varios días después de explicarle que la mantequilla en días cálidos se debe resguardar del piso y del sol. Por necesidad, Hermelinda se vio obligada a enviarlo de nuevo a la bodega de Don Agapito. Esta vez le explicó con más detalles de manera que no hubiera ninguna equivocación. La orden fue escrita en cartulina blanca con letras rojas, luego de darle la cava pequeña fría y la bolsa del mercado: *Comprar pescado fresco: colocar en cava; y azúcar morena: colocar en bolsa*.

Cuando Epaminondas llegó al mercado buscó y buscó entre sus bolsillos y no encontró la cartulina. Se regresó corriendo. La madre volvió a anotar la orden guardándosela en el bolsillo de la camisa. Epaminondas partió de nuevo al mercado y, por si acaso, fue memorizando lo que su mamá le había escrito que debía comprar: *Pescado fresco, azúcar morena; azúcar morena, pescado fresco; fresco el pescado, morena el azúcar*. Cuando al fin llegó, no necesitó leer la orden porque la recordaba con nitidez: *Pescado fresco, azúcar morena*. Se sentía orgulloso... no tanto por él sino por su mamá que era tan buena y paciente. Pero... al guardar la mercancía.... el azúcar moreno fue a parar a la gavera fría y el pescado a la bolsa del mercado. Camina que te camina con ese calor de fogón. Al fin llegó a su casa como siempre, feliz. Estaba seguro de que su madre se iba a sentir orgullosa de él. Al recibir el encargo, Hermelinda se mordió el cuello de la blusa, y, con una paciencia nueva, porque la otra se le había acabado, le explicó los inconvenientes del frío para el azúcar y del calor para el pescado.

Impotente en eso de ayudar a su hijo, decidió mandarlo a la escuela. Lo perfumó, le lustró los zapatos y lo mandó con su bulto de libros, cuadernos y lápices. Todo nuevo, recién comprado; hasta el uniforme con el sello de la Escuela más importante del pueblo. Al regresar de ese primer día, Epaminondas quiso demostrar que estaba mejorando su memoria, arrastrando el atado de cuadernos y libros desde la escuela hasta la casa. Se acordó clarito cuando su mamá le enseñó cómo se debía amarrar el mecate: *Ni muy apretado ni muy flojo*. Por supuesto que cuando Hermelinda vio lo que tenía que ver, gritó con todas sus fuerzas dirigiéndose, al parecer, al frondoso bucare que refrescaba la entrada de la casa. Epaminondas miró también la inmensidad del árbol con su más dulce expresión, aunque no entendía el juego que su madre jugaba.

Después de varios días respirando cuatro veces rápido y seis veces lento, Hermelinda volvió a retomar las riendas de la paciencia y le mostró cada detalle de los destrozos del atado de cuadernos y libros. Epaminondas, comprendió con tristeza que algo nada bueno estaba sucediendo; todavía seguía en él esa extraña enfermedad. Pero Hermelinda captó de inmediato el peligro de que su hijo se hundiera en la desesperanza. Antes de que esto sucediera le dijo que eran cosas de la edad y le habló de la necesidad de aprender a concentrarse. Le prometió hablar con la maestra para buscar entre las dos una solución más efectiva. La maestra hacía grandes esfuerzos, pero no hubo mejoría en Epaminondas a pesar de que desde su corazón de pan recién horneado estaba dispuesto a desarrollar ese pedacito de cabeza que se había quedado atrás, como le oyó decir a la maestra en conversación con su mamá.

Ellas hacían cualquier cosa para ayudarlo en esos vericuetos de recuerdos y olvidos, en un presente que bien pronto se le hacía pasado. Se habían acostumbrado a ser pasado en la vida de Epaminondas, porque el único tiempo que él podía vivir con holgura era el instante fugaz. El pasado se le hacía una nube rosa que ni siquiera

dejaba rasgos de neblina, y el futuro ni siquiera llegaba a hacerse viento que amenazara llegar por los lados de la costa. Epaminondas se daba cuenta de que cada día algo se le borraba, por eso anotaba todo en hojas que guardaba en sus gavetas; no obstante, ninguna nostalgia lo llevaba a revisarlas. Lo que nunca se le olvidó fue su alegría de jardín florecido, que repartía a rostro lleno por donde pasara.

Una tarde de sábado, teniendo catorce años, se resbaló con unas rolineras de bicicleta, estuvo inconsciente cerca de una hora; tiempo necesario para que Hermelinda le hablara de sus frustraciones y de sus expectativas con él. Su más caro anhelo era saberlo doctor, pero ahora no iba a esperar otra cosa que verlo sonreír, con eso le bastaba; era más que suficiente. Dos horas después, Epaminondas pidió comida, quería comer rápido porque tenía mucho qué hacer, no podía perder tiempo. Se echó un baño y fue a buscar a la maestra con quien tuvo un diálogo acerca de su recuperación escolar. En pocos meses terminó la primaria. La secundaria la hizo a grandes saltos, de manera que a punto de cumplir los diecisiete años Epaminondas obtuvo la beca Galileo. Su orientadora, luego de la prueba vocacional, le recomendó estudiar Arquitectura en Alemania en vista de su pasión por ese fraguar casitas de arcillas, argamasa, casquillo y hormigón, y porque tenía facilidades para los idiomas, especialmente el alemán que casi hablaba con garbo y soltura.

Epaminondas permaneció en el exterior durante cinco años doctorándose en Arquitectura Urbana Postmodinámica. Una vez terminado sus estudios con honores, y una inigualable inventiva para diseñar viviendas aerodinámicas, se le exigió regresar a su lar nativo. No fue fácil que en ese otro país se desprendieran de él. A nivel diplomático se intentaron varios acuerdos, incluso que el brillante investigador fuese permutado por cinco alemanes de los mejores en urbanidad arquitectónica; pero el gobierno de Venezuela, que ya tenía noticias de este compatriota, no se dejó convencer y demandó el cumplimiento de la cláusula que indicaba que debía regresar a servirle a la patria. Así que retornó. Lo primero que hizo fue recorrer el barrio, luego de visitar a su madre en el pueblo de su infancia y contarle los pormenores de su estadía en el viejo continente; quería ver a la maestra que tanto lo había ayudado.

Pero... al avanzar la primera cuadra, unas semillas de tamarindo lo hicieron dar de cabeza al piso después de unas extrañas cabriolas por el aire. Su madre, que lo seguía con la mirada orgullosa, corrió hasta donde se había despatarrado su hijo amado. Al ayudarlo a levantarse notó que el tiempo se le había detenido, como si no hubiese transcurrido más que uno o dos días de los de atrás. Su Epaminondas se volvió taciturno, de pocas palabras; algo se le había perdido en la memoria y no sabía qué. Su madre permanecía como una columna de granito, aunque por dentro remolinos de aguas iban y venían sin gobierno alguno.

Hermelinda lo mantuvo escondido para que nadie se diera cuenta de tamaña desgracia. Algo se le tenía que ocurrir. Se quedó enlazando aquel tiempo, el de la rolineras de bicicletas con este otro de semillas de tamarindo. En el medio estaba un golpe que abría o cerraba la cámara gris y blanca de Epaminondas. En esas disertaciones estaba cuando alguien tocó la puerta. Eran las autoridades del Instituto de Investigaciones Arquitectónicas, donde Epaminondas debía presentarse para asumir un cargo importante. Hermelinda los despachó amable, explicándoles que fue llamado por el Presidente de la República a una comisión de alta gerencia.

Algo tenía que ocurrírsele. Volvió a pensar en la distancia y el espesor que media entre unas rolineras de bicicleta y unas semillas de tamarindo. Entretanto, miraba la protuberancia que

coronaba la parte posterior de Epaminondas. En su imaginación aparecía y desaparecía el mazo de quebrantar vegetales. Iba y venía de la cocina al cuarto, en espera de un milagro que tuviera la misma precisión que las rolineras o las semillas.

Contemplando a Epaminondas, Hermelinda se dio cuenta de que se veía sereno, feliz, había una dulce paz en su corazón taciturno; como esa tranquilidad que tienen los niños que no saben de necesidades ni preocupaciones. Y lo miraba andar por la casa, vuelto niño grande, escarbando arcilla roja en el patio, endureciendo el barro, amasándolo con greda y caliza calcárea para construir hermosas casas que parecían pájaros extraterrestres con ventanas apestañadas y puertas sublinguales. A ratos, ráfagas de conocimientos almacenados le hacía contar historias de países extraños que parecían ser sueños que alguna vez soñara.

Cuarenta años después, Epaminondas, dulce como un pan de leche aromatizada con clavo especie y guayabilla, seguía ganándose la vida jugando con sus casitas de piedra y barro, que desde los pueblos más apartados la gente venía a comprar, admirándolo.

Observando la sabiduría de sus manos y la serena luz de sus ojos, Hermelinda no dejaba de pensar que en lo más profundo de la memoria de Epaminondas, una sonoridad de recuerdos nítidos lo había llevado a escoger, entre las aéreas construcciones del mundo en permanente competencia y la fresca y dúctil humedad de la arcilla, el barro, la albardilla, que lo entretenían en mil formas de amor que nunca se le desvanecerían.

EL REY FRANFRÁN Y LAS LETRAS ASUSTADAS

Había una vez un rey grande, muy grande, que era chiquito como de cinco años. Su traje era de satén rojo con blanco y negro acebrado, su corona de príncipe, sus botines dorados, elegantes, de corte mediano. Aunque por instantes parecía asustado era tan fuerte que podía enfrentarse a un tigre, a un león y a la fuerza de todos los vientos.

Se llamaba Franfrán y era tan amoroso que cuando se vestía de San Nicolás dejaba que su osito Frufrú le mordiera el dedo pulgar y se lo comiera todo. Estaba seguro de que el dedo le volvería a nacer de inmediato; como de hecho sucedió esa misma Navidad. El dedo apareció en un abrir de ojos, y le dijo: ¡Hola! ¿Qué tal?

Una tarde, al regresar Franfrán de compartir, con sus amigos de la escuela, cuentos, canciones, lápices de colores, meriendas, juegos y rondas... ¡las vio! Desde la ventana del auto las vio.

—*¡Ahí, ahí! En la pared. ¡Ahí, mamá! ¡Regresa!* ¡Una Letra asustada! ¡Muchas... *muchas letras asustadas!*

En una pared, una al lado de la otra, temblorosas, sin formas definidas, una hilera de letras asustadas. Imposible leerlas.

—*¿Será la A, será la E, la I, la O, la U? ¿Será una F, una C, una M, una Z? ¿Acostada, sentada... por caer?*

Por más que lo intentaba, esforzándose, ni Franfrán ni su mamá podían leer lo que decían.

—*¿Serán nubes, serán pájaros, delfines, telas de arañas, monstruos, piratas, iguanas?*

¿Estarán sucios mis ojos? —se preguntó restregándose la cara con las dos manitas.

Las letras se veían deformadas, regordetas, temblorosas, arrugadas. Muchos colores mezclados con el negro, el marrón, naranja, azul, gris, violeta, morado, rojo, verde.

—*Como si se hubieran despintado, o se les hubiese chorreado la pintura entre pincel y pincel.*

—*Tal vez un borrador de lluvia... o se pusieron patines, narices, bocas, pestañas.*

En esas estaba Franfrán, contemplando, cuando escuchó voces de varios niños y niñas que decían:

—*¡Las letras están mal pintadas... o mareadas...* cómo si les doliera la barriga... o estuvieran jugando a las escondidas! —gritaban sorprendidos, unos y otros.

—*¡Papá, mira, las letras están deformadas!* —lloraba una niña, zarandeando al papá por el pantalón.

—*¿Será una A, será una E, será una I? ¿Una zeta, un delfín, un aeroplano?* —seguían preguntándose.

Ya en casa, sentado en el trono de su imaginación, Franfrán, estuvo pensando y pensando. Se rascó una oreja, después la otra... Y ¡zúas! le llegó una grandiosa y enorme idea: Llamar a su papá. Entre los dos descubrirían el misterio de las letras asustadas. Los dos soñaron alguna vez disfrazarse de Zorro y salir a defender los huevitos de los *Angry birds*.

Así que —sin esperar ni un minuto— lo llamó por teléfono. ¡Aló, aló! ¿Hablo con el Zorro*? ¿El del antifaz y la espada que escribe zetas (Z) de un solo chas-chas?*

—¡Sí, claro, con él mismo habla! ¿Para qué soy bueno?

—*Habla el rey Franfrán. Necesito que me ayudes a investigar por qué las letras están asustadas.*

—*¡Enseguida montaré mi caballo alazán y estaré en un dos por tres! ¡Arre, arre caballito, arre, arre a trabajar, vuela, vuela por los aires que enseguida estaremos allá!*

El papá de Franfrán mientras venía en camino fue notando que los muros de las avenidas estaban llenos de letras asustadas. Menos mal que sabía leerlas de atrás para adelante, de abajo para arriba y de aquí hasta más allá.

Mientras llegaba su papá, Franfrán les hacía preguntas muy importantes a las letras asustas.

—¿Les duele la garganta, la barriga, la cabeza?

Una sola —pareció abrir la boca para decirle que tenía un pedacito de comida atascado entre los dientes. Las demás se quedaron calladas como si tuvieran mucho sueño, hasta que...

Casi al mismo tiempo que su papá, llegaron unos muchachos, estudiantes de la universidad que traían unos botes de pinturas en aerosol de muchos colores, y comenzaron a retocarlas...

—*Porque... les había llovido mucho la noche anterior y se habían despintado... o escurrido, como los helados* —le explicó su papá.

Así se enteró Franfrán de cómo se habían formado las letras que parecían asustadas y cómo recuperaban sus colores, sus formas artísticas; de palabras con mensajes no fáciles de leer. También supo que su nombre era grafiti.

—*Graffiti en italiano* —le aclaró el papá.

Desde ese maravilloso día Franfrán les prometió contarles un cuento una vez a la semana para acompañarlas.

El primer cuento tenía que hacerlas reír muchísimo —pensó Franfrán. Así que habló con su abuela, contadora de cuentos.

La abuela buscó dos sillas portátiles para que todos los sábados a las cinco de la tarde fueran a contarles un cuento recién salido del horno de la imaginación.

Mientras la abuela terminaba de preparar el cuento *Paticas para qué te tengo*, que era para desternillarse de la risa, Franfrán les inventó uno de un niño, que por distraído se tragó un sapo verde. Después inventó otros cuentos que le fue dictando a la abuela para que los transcribiera en la computadora y luego en papel, así poder leérselos cada sábado como les había prometido.

Franklin Pérez Guillén

frankper1977@yahoo.es

EL NIÑO DISTRAÍDO QUE SE TRAGÓ UN SAPO VERDE

Este era un niño muy, pero muy distraído y fantasioso, andaba todos los días volando entre nubes, se la pasaba ensoñando ser pájaro y volar, ser un arcoíris y colorear el paisaje, ser lluvia y regar las flores.

Un día se tragó un sapo verde. El sapo estuvo brincando un rato en su barriga hasta que se aburrió y decidió regresar a la boca, por donde salió volando convertido en un pájaro.

El pájaro se convirtió en un arcoíris muy lindo con sus siete colores: rojo, naranja, amarillo, verde, cian, azul y violeta, y después… se hizo lluvia.

Estuvo regando las flores, los árboles, los arbustos, mojando con sus gotas suaves a todas las personas que caminaban por las calles, y también a las letras que parecían asustadas, pero… sin despintarlas.

Después se volvió a transformar en un sapito chiquito que le gustaba soñar, cantar y saltar.

Finalmente se convirtió en una silla para que todos se sentaran, por turno a contarle cuentos a las letras asustadas.

Una semana después les contaron el cuento *Paticas para qué te tengo*, que surgió "de la nada o del todo fantasioso" de una abuela y su nieto.

¿Y LOS OTROS QUÉ DICEN?

Un día la mamá de Franfrán llegó a la casa cansada del trajín, se quitó los tacones para descansar sus pies en el piso frío, respiró profundo para llenarse de la energía de su hermosa familia. Su hijo y su esposo la esperaban para almorzar. Pero ella tenía unas palabras que venían resonando en su cabeza y quiso compartirlas con su familia en la antesala de la cocina, así que de pronto dijo en voz alta:

—Algunos dicen que el cuerpo humano es una máquina perfecta.

Franfrán, de cinco años, se rascó una oreja, miró a una distancia que parecía ser el propio trayecto entre su pensamiento y las palabras pronunciadas por la madre…Y parsimonioso, con signos de interrogación (?) o de admiración (!), preguntó como al descuido del aire que resopla la tarde:

—¿Y los otros... qué dicen?

La mamá miró al papá como al descuido de un chupaflor parándose en la cabeza buscando un poco de alpiste.

El papá miró a la abuela buscando auxilio verbal que los salvara de algún naufragio marítimo.

La abuela miró hacia la ventana rogando un eclipse con boca, que lanzara alguna frase que fuera más que el silencio.

El niño, regresó tranquilamente al botón de encendido del juego, que había dejado en pausa por unos segundos mientras reflexionaba.

EL PEZ ESPADA Y SU NARIZ SINGULAR

El pez espada estaba muy contento. Por fin había cumplido seis años, ya no le seguirían diciendo: "Bebecito", ni: "Qué bebé espada tan lindo".

Sentía que era el momento de mirarse en el espejo y ensayar varias poses para las fotos.

—Así todos verán lo grande que estoy, y que cada vez me parezco más a mi papá, a quien tanto admiro —se dijo.

Pero, lo que vio en el espejo no le gustó mucho. Su nariz era muy larga para su tamaño y no le permitía mirarse de cerca los ojos.

Fue donde estaba su papá y vio que su nariz se le veía muy bien, requetebién.

Entonces le preguntó, que si cuando era de su edad no se asustó del tamaño de su nariz. Y el papá le respondió que sí, pero que él fue donde su papá, y su papá le explicó que ya no le crecería más, solo le iba a crecer el cuerpo.

El pez espada que estaba cumpliendo seis años regresó al espejo y dijo: *Gracias nariz, disculpa por haberme asustado, no todos los peces tienen una nariz tan singular.*

EL MONO DEL ZOOLÓGICO

Había una vez un zoológico que tenía muchos animales. Un día se escapó el mono Chichí, los cuidadores estaban muy preocupados por él. En eso llegó un vaquero que se llamaba Uno, y se ofreció a colaborar en su búsqueda. Se fue hasta la ciudad y comenzó a observar las copas de los árboles, pero no lo vio. En ese momento llegaron otros vaqueros y entre todos iniciaron la búsqueda por los alrededores.

Lo extraño es que en ese pueblo todos tenían nombre de números.

Descubrieron que en la casa del señor Noventa y nueve se había escondido el mono Chichí.

Al señor Cien, lo habían llamado para que ayudara a buscar a Chichí.

También llamaron a Ciento uno, este llegó más rápido que el otro y lo encontró y lo llevó de vuelta al zoológico. Revisando se dio cuenta de que el monito estaba debajo de la cama del señor Noventa y nueve porque encontró un caminito de migajas de galletas.

Después le preguntaron al monito por qué se había ido. Y este contestó que no le habían dado comida porque el cuidador estaba muy ocupado en otras cosas.

Así que todos los números hablaron con el cuidador para que no desatendiera la comida de los animalitos.

EL BAILE DE LOS NÚMEROS

Había una vez un UNO que le gustaba mucho, muchísimo, bailar, pero era muy alto, altísimo, sobre todo porque le gustaba bailar con DOS que era más pequeño y a quien le gustaba escribir más que bailar.

Un día apareció TRES que era sembrador, le gustaba sembrar semillas para que crecieran flores, pero de repente llegó un temblor que lo asustó. Cuando iba a salir corriendo se dio cuenta de que era un tractor que venía a suavizar la tierra.

En eso apareció CUATRO que bostezaba todos los días, siempre tenía sueño, pero cuando llegó CINCO en una moto haciendo ruido, se interesó en preguntarle sus aventuras en la ciudad. CINCO le contó que también era sembrador, pero de palabras. En su casa había un montón de libros en el suelo y en el estante. Se acercó muy emocionado SEIS, que había escuchado todo y se interesó porque leía cuentos todas las noches.

Así llegó SIETE, quien era muy inquieto, hablaba, cantaba, bailaba, y era alto, altísimo. En eso empezó a sonar un *rock*, era OCHO que llegaba con un altavoz.

UNO se emocionó tanto que se puso a bailar con SIETE. Los otros se acercaron con un poquito de pena, pero NUEVE que era encendedor de luces los entusiasmó a todos: ¡A bailar, a bailar!

Cuando ya estaban bien cansados apareció DIEZ que era el apagador de luces. ¡A dormir, a dormir!

Colorín colorado este baile de números por fin se ha terminado.

Arnaldo Andrés Véliz Paraguaima

ing.vj15@gmail.com

EL GATO ESPACIAL

En un pueblo de gatos donde se sabía casi de todo, lo único que les faltaba saber era de las estrellas. La razón por la que no sabían todo de las estrellas era porque estaban muy alejadas de su planeta, por eso nadie se atrevió a investigar.

Un día, un gato llamado Felipe vio pasar a una estrella fugaz y se asombró por su brillo, color, belleza y majestuosidad, deseando descubrir algo más de ellas.

Impulsado por su sueño el gato Felipe preparó una nave para ir al cielo y descubrir a las estrellas. Llegó el día del despegue y embarcó en su viaje.

Todo parecía bien hasta que... un motor le falló, quedándose a la deriva. Pasaron muchas horas hasta que, cuando todo parecía perdido, vino una estrella fugaz que lo vio casi inconsciente, entonces se lo llevo a la luna.

Felipe despertó y reconoció al instante a la estrella fugaz. Recordó que esa fue la estrella que él vio de chico. La estrella le dijo que ellas eran guardianas del espacio, y que protegían a los seres vivos desde el cielo. También le explicó todo sobre ellas. Luego le dijo a Felipe que podía regresarlo volando a su hogar.

Cuando Felipe llegó a su planeta despertó y se dio cuenta de que todo había sido un sueño, pues era un gato pequeño todavía.

Sin embargo, en lo primero que pensó fue contarle a su pueblo su vivencia, inspirándolos a ir al cielo a conocer ese mágico mundo.

Samantha Isabella Smith Arends
y su abuelita Marlene Morales Sueke

(Barcelona, enero 2022)
marlemsueke@gmail.com

CACHO CACHO

Este es el cuento de un caballito que tenía dos cachos, uno en el lado izquierdo de su cabeza y otro en el lado derecho. Y por eso, sus amigos lo llamaban Cacho-Cacho.

Un día Cacho-Cacho dijo:

—Quiero salir a patinar. ¿Qué te parece, Sammy?

—No, no puedes, los caballos no patinan, contestó Samantha.

Cacho-Cacho dijo: —Entonces, quiero ir a una piscina a nadar.

—No, Cacho-Cacho, los caballos pueden nadar en los ríos, pero no en las piscinas. Dijo Sammy, con gran seguridad.

Entonces, Cacho-Cacho se quedó pensando largo rato y dijo:

—Quiero ir a visitar a Elsa, la princesa guerrera, y a su hermana Ana, que siempre la salva.

—¡Qué buena idea! Expresó Sammy emocionada... Elsa y Ana aman los caballos valientes y gentiles. Pero, donde ellas viven hay mucho hielo, mucho frío. Tienes que protegerte del frío, le dijo Sammy.

—Ok, contestó Cacho-Cacho. ¿Abuelita de Sammy, puedes prestarme tu bufanda de lana de llama?

—¡Claro que sí! —Dijo la Abuelita Marly.

Y Cacho-Cacho se enrolló la bufanda, de lana de llama marrón, alrededor de su cuello. Después, dijo:

—Samantha, ¿tú puedes prestarme tus botas rojas y amarillas?

—Sí, pero cuando necesite mis botas para ir al hielo o para visitar a Elsa y Ana, me las devuelves, contestó Samantha.

—¡Sí! —Dijo el caballito. Y luego, Cacho-Cacho le pidió a la mamá de Sammy, su sombrero gris.

Así que ya Cacho-Cacho estaba listo para su viaje, tenía sombrero, cuatro botas, bufanda; todo prestado. Entonces, comenzó a correr tucutú, tucutú, tucutú, alejándose de Sammy y corriendo hacia el castillo a la orilla del lago de Elsa y Ana.

Cacho-Cacho iba pensando, mientras corría: ¡Aún no las veo... Ah! Ahora sí las estoy viendo, allá, a lo lejos. Y recordó las palabras de su amiga Samantha: Necesitas caminar lento para que no te resbales, Cacho-Cacho, camina lento Cacho-Cacho.

Cacho-Cacho llegó, se encontró primero con Elsa. Al verlo, ella le preguntó:

—¿Quién eres?

—Soy Cacho-Cacho, un caballo que tiene dos cachos.

—Camina lento, la nieve se ha vuelto hielo y es muy fácil resbalarse.

—Sí, ya lo sé. Además, tengo las botas amarillas y rojas de Samantha. Voy a seguir cabalgando hasta el castillo, para encontrarme con tu hermana Ana.

Cuando Ana vio a este singular caballo, le dijo con alegre sonrisa:

—¡Qué bonito eres, tus colores son muy bonitos... y tienes dos cachitos! ¿Puedes regalarme uno de tus cachos? –le preguntó Ana.

Entonces, Cacho-Cacho recordó que Samantha también le había pedido uno de sus cachitos, y él no quería quedarse sin cachos... Le regaló uno a Ana, y se quedó con un solo cacho que se fue moviendo muy lentamente al centro de la cabeza de Cacho-Cacho.

Cuando Samantha se reencontró con él, le dijo: —Bueno, ahora tienes un solo cacho. No te lo voy a pedir. Te quedaste con un solo cuerno... Así que te llamaré ahora unicacho... unicuerno...

¡¡Unicornio!!

No me interesa tu cacho, Unicornio, prefiero que estés contento siempre y juegues conmigo, y me lleves a volar por montañas y sabanas.

Sofía Marmolejo Plocikiewicz

(8 años. Barcelona, España)
sofia.marmolejo.plo@gmail.com

VIAJE AL PASADO

Hola, soy Aitana. Y vengo a contar mi historia.

Todo empezó un 20 de abril de 2080, mis compañeros de laboratorio y yo estábamos elaborando la primera máquina del tiempo de la historia, estábamos muy contentos ya que nos encontrábamos en el procedimiento final, ya casi lo acabábamos. Solo quedaba una semana de los cinco años que estuvimos haciendo la máquina, pasó la semana y ¡ya la habíamos terminado! Montamos muchas fiestas y... ¡llegó la gran inauguración! Mi equipo científico y más personas voluntarias íbamos a estrenar la máquina.

A cada pareja le tocaba una década distinta. A mi compañera Miriam y a mí nos tocó ir al año 2030 ¡Estábamos muy emocionadas y a la vez nerviosas ya que seríamos las primeras personas en el mundo en viajar en el tiempo!

Después de la gran fiesta, ya era el momento, empezó la cuenta atrás y todos gritaron 5, 4, 3, 2,1. ¡¡Yaaa!!

El mundo empezó a dar vueltas y en un abrir y cerrar de ojos aterrizamos en una playa desértica. La gente nos empezó a preguntar qué era eso que llevábamos, nosotras respondimos que era una caja metálica, pero en realidad era la máquina. Avergonzadas salimos de aquel lugar. Después nos alojamos en un pequeño hotel, todo era súper antiguo, las televisiones solo medían 2 metros y los móviles no te leían la mente. Nosotras solo teníamos que estar allí una semana, al menos eso era lo previsto...

Después de estar 7 días en el 2030 haciendo fotografías, investigando y recordando el pasado, todo estaba yendo de maravilla, pero era hora de volver a casa, Miriam y yo ya teníamos muchas ganas. Había sido muy divertido, pero ya no queríamos ocultar más secretos y queríamos volver con la familia. Ya, dentro de la máquina, oprimimos el botón de 2080 y... no pasó nada. Seguíamos dándole al botón, pero no funcionaba necesitábamos ayuda, no sabíamos qué hacer. Después de pasar largas horas pensando en una solución, decidimos que pediríamos ayuda al mejor ingeniero de aquella época, el Dr. Bidor, pero él vivía en Francia y nosotras estábamos en Gibraltar y solo teníamos dos bicis. Con los pocos conocimientos de mecánica e ingeniería que teníamos conseguimos motorizar las bicis.

Quince días después llegamos al taller del Dr. Bidor. Al principio no se creía nada de lo que le decíamos, pero con todas las pruebas que teníamos al final nos ayudó. Era un procedimiento complicado, y lo consiguió, le dimos mil millones de gracias y entonces pudimos volver.

Cuando llegué a casa le di muchos abrazos y besos a mi familia. Miramos todas las fotos y los videos juntos y disfrutamos del momento. Definitivamente aquella fue la mejor experiencia de mi vida que nunca la olvidaré.

Ahora tengo 56 años y he contado esta historia a todas las generaciones.

Alba Pocaterra

epocar60@gmail.com

DEL LÁPIZ AL GARABATO, DEL GARABATO AL DIBUJO Y DEL DIBUJO AL MUSEO

Uno de los juegos preferidos de Emmanuel, aprendido prácticamente desde que tuvo la oportunidad de conocer esa varita mágica, fue en lo que se convierten los lápices para los niños cuando se dan cuenta que, al frotarlo, o al pasarlo por sobre distintas superficies, cosas nuevas comienzan a aparecer.

Como todos los niños Emmanuel se inclinó por las paredes para dejar testimonio de sus habilidades creativas, razón por la que su mamá cubría de papel grandes extensiones de pared para que el niño pudiera realizar sus interminables garabatos.

A medida que el pequeño crecía tanto su abuela, como su mamá, participaban con él en el garabateo de un conjunto de rayas, hechas del uno para el otro; donde cada quien buscaba dar forma a un extraño animal, o algún personaje extravagante; floreros, flores, soles, estrellas, lunas, sombreros y todo tipo de dibujos inimaginables.

Con el correr del tiempo esto, del dibujo, llamaba cada vez más la atención de Emmanuel y por ello su mamá quiso encontrar para él un lugar donde pudiera, junto a otros niños, profundizar en ese conocimiento, ya que, para ella, el garabateo era más que un juego. Esa intuición le hablaba del potencial de su hijo para aprender una disciplina, cuyo origen estaba asociado al garabateo.

De pronto, Emmanuel, se encontró sentado junto a otros niños en un espacio donde a través de claras instrucciones dictadas por Lucas, su profesor, comenzaba a dejarse fluir en el trazado, de ejercicios, donde el dibujo cobraba cada vez más fuerza e importancia.

Mientras Emmanuel, junto a los otros niños, realizaban sus rutinas, el profesor charlaba de forma muy amena acerca de ese maravilloso lugar donde los niños tenían la oportunidad de disfrutar y aprender.

Un día, mientras ellos estaban embebidos en el hacer del dibujo, y como todo permanecía en silencio les preguntó: —¿Saben qué es una musa?

Como todos se quedaron en silencio, le explicó que: —Una musa es aquello de donde un artista toma su inspiración. Y dicen los cuentos, las fábulas o los mitos de los griegos que estas musas eran deidades que ha-

bitaban lugares cuyos nombres eran el Parnaso o el Helicón. Y que ellas protegían a las artes y a las ciencias.

Toda esta información también formaba parte de las clases de los aprendices del arte del dibujo y de cada dibujo en particular.

Ese día el profesor terminó su clase explicándoles a sus alumnos que:
—El lugar donde se encuentran es el salón de educación del Museo de Arte de Tovar "José Lorenzo Alvarado". Y que la palabra "museo" tiene su origen en el término griego μουσεῖον (mouseion), un lugar que hace las veces de templo para esas musas que guardan las artes y las ciencias.

Nos vemos el próximo jueves y no dejen de hacer sus ejercicios de repaso en casa y de recordar las cosas que les he dicho.

Marlene Morales Sueke

marlemsueke@gmail.com

LOS COMPADRES

Al caballo Humberto
le gustaba viajar.
Un día
desde la Sierra andina
bajó
a la orilla del mar.

Iba al bautizo de la niña
de un juglar.
Llevaba en su alforja
una ruana, un cuatrico
y la marioneta
ojos color de mar.

Cinco eran los padrinos
y las madrinas, five.
Los hombres vestidos de pingüinos.
Y las mujeres con sandalias
de arena y mar.

Al terminar la bendición,
todos salieron a bailar.
Jugaban con las olas
Todos,
menos el caballo Humberto
que no sabía nadar.

Desde la orilla,
con su traje negro y blanco
nos observaba circunspecto...
Pensaba y pensaba:
En las lagunas de la Sierra,
en una canoíta
siempre voy a pescar
y quién ha dicho
que para eso
hay que saber nadar.

Una de las madrinas,
ojos como la miel,
quería alcanzar la luna
y en uno de sus saltos,
tropezó
con una estrella del mar
y quebró un dedo de su pie.

Corrió el poeta a socorrerla,
también el caballo de la Sierra.
Al hospital se fueron
cabalgando entre poemas.

Y el doctor le recetó:
Escuchar arrullos y parrandas,
y, con una paleta de helado,
sostener su dedo
y sumergirlo
en tibia agua de mar.

Ya regresan a sus casas.
El caballo Humberto
a su Teatro de Marionetas.
El juglar con su cuatro a cantar.
Y la madrina
a la luna escribirle poemas
y a hacerle bañitos a sus pies
con arena y agua calentita del mar.

La almohada Muñeca

autora: María Luisa Lazzaro.

ilustraciones de: Laura Medrano.

Hace mucho, mucho tiempo, cuando yo era así... de pequeña como de cuatro, cinco, o seis años, cuando se está llena de sueños, sucedió...

Que mi amiga Patricia llegó a la casa un 25 de diciembre, con una muñeca grandota, de goma, de esas que dicen: ¡Mamá, papá, pipí!, y me preguntó:

- ¿Qué te trajo el niño, Francisca?

Yo le contesté:

- ¡Nada, no tenía plata!

Mamá me dijo que El Niño andaba corta de dinero. Así que no le pidiera más que salud y felicidad. Yo le dije que no se preocupara, siempre tengo mis muñecas de barro. Es muy divertido hacerlas, aunque... se las lleva la lluvia. Pero a ellas les encanta viajar por los océanos de charcos que se formaban en las calles. Lo malo es que no podía dormir abrazadas con mis muñecas de barro. Por eso tuve que hacer una muñeca de trapo.

Estuve pensando toda la noche en cómo hacerla y con qué. Así fue que sentí que mi almohada estaba inquieta hasta que le pregunté qué le pasaba.

- Estoy cansada de que me aprietes con tu cabeza –me dijo–, casi no puedo respirar... ar... usf... chin... chin...

Le pedí perdón de inmediato y le pregunté si quería ser muñeca.

- ¡Me encantaría!, ¡me encantaría!, respondió muy efusiva.

Al otro día me levanté de madrugada, los gallos aún no habían cantado.

Tomé la almohada con mucho amor, le di el beso de los buenos días y le dije: – ¡Manos a la obra, mi niña! Ella me sonrió sin decir nada.

Le até un lazo en el medio para sacarle cintura. Abajo le cosí las piernas rellenas con algodón planchado, que completé con unas medias de rayas rojas y blancas. Arriba le hice los brazos y el cuello. Faltaban las manos, los pies y la cabeza. Me quedé pensando... pensando...

La ausencia de manos y pies la solucioné con unos guantes y unos escarpines que tenía mamá en el baúl de los recuerdos pequeños y suaves. Pero... la cabeza, tan importante, no encontraba cómo hacerla, por más que pensaba y pensaba... Mientras me llegaba una buena idea, vestí la almohada muñeca con la ropa que yo había usado cuando fui bebé.

....

Al enterarse mamá de mi preocupación me llevó donde la costurera, porque, como la misma señora dijera:

- Este trabajo es... de alta costura, tienes que dejar tu almohada muñeca en mis manos unos tres días.
- ¿Puedo ver cómo va naciendo la cabeza de mi niña? Quise saber.
- ¡Claro! Puedes venir todos los días, así me ayudas a bastear –expresó la señora de la alta costura.

Así fue como en un forro de tela color piel, de forma ovalada, después de dibujar el rostro lo rellenó con algodón planchado. Hizo los ojos con

botones que previamente había pintado. La nariz, con una bolita de tela, y la boca con satén rosado. El cabello lo tejió con barbas de mazorca, también las cejas y las pestañas. No hizo falta hacerle orejas. Entre las dos tejimos unas crinejas a la almohada muñeca que enrollamos en un moño-teléfono, a los lados de su cara.

¡Qué hermosa iba naciendo mi niña!

Ya en casa le puse la dormilona de cuando yo era bebé y la acosté en un cajón que le había forrado con retazos de crepé esponjado, regalo de la costurera.

Arropé a Josefita con toda la ternura que estaba naciendo en mi corazón.

Desde ese día fui la mamá más feliz de mi pueblo; más, mucha más. Era la mamá más alegre del planeta Tierra, del universo, de todos los astros del espacio. ¡Qué más podía pedir, si lo tenía todo con Josefita!

(...)

Algunas veces... no estaba segura si Josefita me entendía cuando yo le hablaba. Me parecía que sí, porque yo sentía que ella me hablaba también... con sus ojitos de botón, y amor.

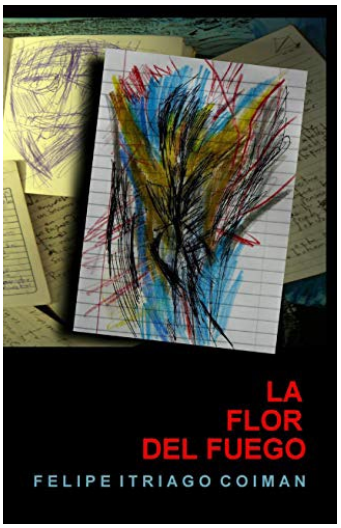
5 Julio 2022

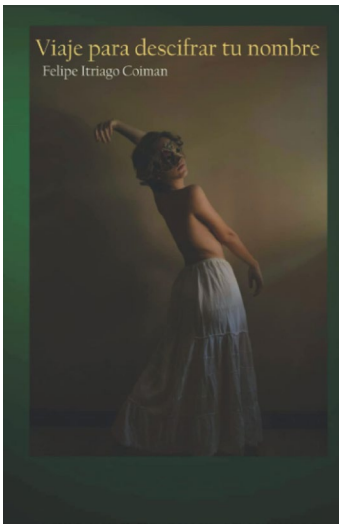
PARTE

9

Quicio de los libros

Reseñas





Para adentrarnos en los poemas de Felipe Itriago Coiman

POR ANDRÉS J. ROJAS S.

La lectura de los poemas de Felipe produce una suerte de Sinestesia: Se activan todos los sentidos de manera simultánea, una suerte de ebriedad, de confusión; además, porque ellos suscitan de inmediato un intento por indagar y acercarse a la edad y a la personalidad del poeta.

Esto ocurre ya con la lectura del título de los libros que hoy presentamos: 1) *La Flor del Fuego* y 2) *Viaje Para Descifrar tu Nombre**. Allí se asoman dos poemarios románticos, clásicos, y Felipe lo es; lo imaginamos, tal vez de unos 40 años, pero solo tiene 22; más, cuando me adentro en los textos y me encuentro con un poema como "Espalda de cualquier partícula" (...) *"Suena el latido de corazón de una alarma; es una molécula de hidrógeno llena de pintura para desnudarte cuánticamente, contándote los días fértiles"* ...

...sus líneas me llevan al mundo simbólico de un poeta de la posmodernidad, que Felipe lo es, con las plenitudes de su edad y venido de las improntas del LEO zodiacal.

Situado entre esos dos extremos, lo clásico y lo posmoderno, el recorrido por la lectura de estos libros nos lleva de lo inesperado al asombro, por las cambiantes formas de su escritura y los toques personalísimos y creativos con que se ocupa de los temas ineludibles de la poesía: El Tiempo, por ejemplo, con un habla rotunda, a la vez, de surrealista y posmoderno... *"El presente es la mancha de sangre/ con heridas de balas poéticas del pasado"*.

Pero otros versos me hacen pensar (y sentir) en un músico anotando frases para ser cantadas en un son, o en un pintor que juega con pinceladas sobre un lienzo de trazos verdosos, de montañas y ríos cantarinos.

En otros ´momentos´ de sus textos están también el dolor, las preguntas del amor, el asombro, los fondos oscuros y los hilos sueltos de la vida trayéndonos de la cotidianeidad hasta la magia, haciéndonos reaccionar con desazón por los juegos de palabras que nos conducen a mirar hacia nuestro propio interior.

¿Qué es esa extraña e inquietante resonancia que nos deja esa lectura si, al mismo tiempo, la percibimos como lo que nos hace sentir un niño que acomete una travesura y corre a ocultarse de inmediato dejando tras de sí el rastro delator de

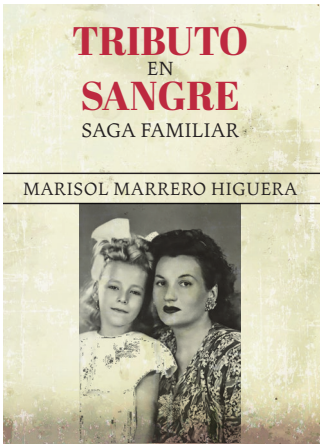
su risa?... *"Bendíceme en la belleza de un vestido de cuerdas de guitarra".*

Nacido (29/07/2000) y criado en estas tierras ondulantes, hijo de un hogar donde el arte se sirve amorosa y cotidianamente; he aquí, pues, que estamos en presencia del joven artista Felipe Itriago Coiman; un poeta ya en el pleno andar por su camino expresivo, que se anuncia diciendo... "*De pronto, resucité en el verso del artesano".*

Para pintor, un cuadro, para cantor, un poema como el que ahora les leo para cerrar esta inc(v)itación a conocer la obra de nuestro Felipe más querido, admirado y aplaudido.

Otra vez escribir a mano alzada

Sabes que este poema lo escribí tocando el alma, sufriendo cada verso, sintiendo temor llenando cada desorden con tinta.
Sabes que esta cuestión escrita en el papel fue borrada por callar.
Llorando miedos, hurgando mi oscuridad, despidiéndome de la sombra.
Persistiendo roces, con los roces que deja el rastro de una mirada.
No hace falta que te dé explicación acerca de lo que siento, ni cómo me siento, al trazar una línea en la nada.
No tiene sentido explicarte mi sensación de desorden, al introducirme en el cuadro.
Esta sensación tal vez tú no la comprendas, pero no me importa: es como las cosas que no tienen relevancia.
Es una necesidad de escribir gritando en este papel blanco, donde derrama la tinta sus silencios negros.
Se evapora el fuego con las lágrimas.
Dejando mis dudas, atrás, con este oficio.
En ser este drama, que cae al escribir.
En ser miedo, mirando la libertad temblar.
Tragándome las arenas movedizas.
Mientras, me hundo más, no puedo responderme ninguna de estas preguntas.
Ni siquiera intento salir.
A causa de que me hundo más, pero no quiero escapar. Las verbenas recaen en mi espalda, partiéndola en dos.
Cada noche es interminable, porque desgarra la ausencia.



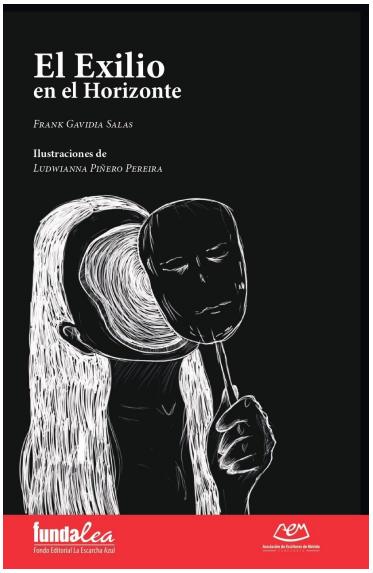
"Tributo de sangre" y el presente y sus tiempos

POR ALBERTO HERNÁNDEZ

Un entramado de voces, un tejido sanguíneo que recorre el tiempo, los tiempos. Un registro de nombres y apellidos, amores y perversiones revueltas entre la memoria y el olvido. La razón de ser de unas islas que flotan en pleno océano Atlántico cerca de las costas de África donde estaba asentada la cultura guanche, extirpada por conquistadores hispanos que lograron sacar de la corriente genética el acento de aquellos habitantes que ahora son otros siendo los mismos. "Tributo en sangre" es una novela de Marisol Marrero, quien logra –con el juego de los tiempos en sus distintos presentes- desentrañar los secretos de personajes que viven en su curiosidad, que forman parte de su legado, de su herencia canaria.

Marisol Marrero Higuera desbroza ese camino y se encuentra con sus antepasados, con esa gente que habla con ella en estas páginas, que vuelven como fantasmas activados por la fuerza de las palabras: la autora desteje la genealogía de Candelaria, un poblado de fe y creencias y que con el tiempo cruzó el océano y se instaló en la Séptima Isla, Venezuela, pero ese relato pertenece a otro viaje. El relato, al afirmar que se resuelve en diferentes presentes, le añade a la historia una redondez en la que se encuentran, en la voz del narrador y sus personajes, el pasado y el futuro.

Por allá, en algún rincón del recuerdo, en momentos de clara expectación, Marisol Marrero se entretuvo en la lectura con Elías Torres Meza de donde extrajo cinco siglos de rostros, matices y entonaciones para poder dar con el cuadro completo, con la fotografía donde respiran los hombres y mujeres de su linfa vital. De allí, de tantas sangres revueltas, proviene su color, su andar por el mundo: los canarios, los guanches, son el producto de heridas, acosos, prisiones, destrucción y construcción. Bandoleros, conquistadores, asesinos, dementes, iluminados, extraviados, caballeros y damas, trashumantes y desvestidos… todos ellos forman parte de la herencia de ese terrón que se agita cerca de África y mira con recelo muchas veces hacia el Estrecho de Gibraltar. En esa tierra abonada, sembrada en la que el pellejo de la superficie ha sido varias veces devorado por el fuego volcánico, allí, en ese paisaje, nació la gente que Marrero —ella misma— nos entrega como un reconocimiento a su existencia y a su arbitrio cultural.



Poemas entre el dolor y el amor adherido al país

POR FIORELLA PARAGUAIMA SANZ

Entre nosotros, los venezolanos, que vivimos el caos de un país cuyo contexto empuja fuera de sus fronteras a miles de personas a diario, hay jóvenes, que con sus letras exponen la mirada hacia muchos horizontes posibles, aquí o allá. Escriben lo que ven, lo que escuchan y experimentan. Ha sido el caso de Frank Gavidia Salas, quien como todo autor con su primer libro ha dado su primer paso, que es atreverse a que sus creaciones poéticas salgan a la luz.

Los poemas de este libro han nacido en el extranjero, aunque han sido creados como si aún el autor estuviese en su tierra natal. Tal vez por eso se percibe que anda con la casa todavía adherida a la piel, por lo que refiere de primera instancia "al inmigrante", para abordarlo con la pregunta: "*¿Qué nos significa el exilio?*". Dando la impresión de que al nombrar el "nos", estuviera interactuando con nosotros, es decir, los que estamos aquí y los que están en otro lugar. No obstante, cuando se decide marchar lejos de la

tierra donde están las "raíces", siempre surge una pregunta por responder: "*¿A dónde ir para no tener los pies tan desarraigados?".*

Y así vemos en el poema "En el viaje", la imagen de un inmigrante que sabe que su vida ha quedado reducida a un equipaje. Mientras avanza ve por dos ventanas el reflejo de lo que ha dejado atrás y el camino que conduce a su nuevo destino. Cuando en el poema "En el puerto", surge la duda de si lo que carga en los bolsillos sería suficiente para "*obtener país, abrigo e incienso*", no puede dejar de pensar en la "Casa árbol", en la "Ciudad valle", que persisten en el fondo.

El exilio es una "Ventana surrealista", para "*recomenzar o continuar"* y también es un "Horizonte", donde a veces es necesario transmutar la infelicidad para "*seguir los sueños (...), la claridad ardiente".* Pero en el poema "Desarraigo", el inmigrante vuelve a sus pensamientos para decirnos: "*somos seres a la deriva de recuerdos agridulces".* Por ello insiste en el poema "Buscando el ánimo", expresándonos: "*no me rindo ante el desaliento"*, hay que "Osar" y "*romper las barreras del conformismo".* Más adelante expresa: "¡Protesto!" y con firmeza en la voz reclama libertad, aunque sabe que entre el ardor y la frustración "Hay esperas muy largas".

Estos son los "Intentos" de las voces que todavía están allí entre nosotros y en las latitudes a donde ha sido posible llegar. Las intenciones con las que se mira *"la vida en la distancia",* cual anhelo de "Innovaciones"; donde "*nos miramos volar como colibríes*" y donde la verdadera "Vocación", consiste en acudir en apostolado "*para recoger las hojas marchitas*". Todo ello, en contraste de aquellos que "No han podido" *vaciarnos la cabeza,* aun cuando nos "*han vaciado los bolsillos".* Volviendo, a esos intentos, la esperanza es del que observa "*la vida en la distancia/ con la sed del que quiere beberla/ a cántaros posibles de estrellas".*

Palabras más o palabras menos, este poemario es una ventana para detenerse a observar desde múltiples perspectivas, como testimonio de lo que pensamos y vivimos los jóvenes; aunque no es el letargo lo que nos ha silenciado. El mismo Frank Gavidia ha expresado en varias ocasiones que este libro es un homenaje para quienes se han ido, como él, al extranjero, en búsqueda de oportunidades. Sin duda, se ha querido plasmarlo a través de la poesía, porque desde ella, como desde la mirada, se transforma el mundo interior, como también se reconstruye el mundo de una forma consciente.

SOBRE EL AUTOR

Frank José Gavidia Salas, nació el 2 de noviembre de 1993, en la ciudad de Mérida, Venezuela. Desde hace algunos años reside en la ciudad de Dallas, Texas, Estados Unidos. A partir de los trece años desarrolló gran interés por el activismo sociocultural, sensibilizado por la problemática de su entorno. Desde entonces participa en diversos proyectos con el propósito de causar un impacto positivo en su ciudad y en la vida de muchos jóvenes.

Fue miembro fundador de Proyecto Ciudad Mérida y Activista de la Red Joven Venezuela, de la que también fue su coordinador regional. Actualmente es miembro fundador del espacio de poesía en redes sociales *Poetry For Freedom*. Sus textos han sido publicados en la Revista *País de Papel* Nº 5 de la Asociación de Escritores de Mérida, Venezuela (2021). La razón del exilio ha sido su motivación para escribir. Sus poemas pueden ser leídos en su cuenta de Instagram @frankgavid1a

Este poemario es una ventana para detenerse a observar desde múltiples perspectivas, como testimonio de lo que pensamos y vivimos los jóvenes; aunque no es el letargo lo que nos ha silenciado. El mismo Frank Gavidia ha expresado en varias ocasiones que este libro es un homenaje para quienes se han ido, como él, al extranjero, en búsqueda de oportunidades. Sin duda, se ha querido plasmarlo a través de la poesía, porque desde ella, como desde la mirada, se transforma el mundo interior, como también se reconstruye el mundo de una forma consciente.

El número 6 de ***País de Papel*** es una publicación digital
de la Asociación de Escritores de Mérida, Venezuela.
Enero de 2023